

EL NUEVO CASO DEL DETECTIVE BARCELONÉS ALBERT MARTÍNEZ

LAS PALOMAS DE LA BOQUERÍA

JORDI
BASTÉ

MARC
ARTIGAU

Grijalbo

D.J.57

JORDI BASTÉ
MARC ARTIGAU

Las palomas
de la Boquería

Traducción de
Gabriel Dols Gallardo

Grijalbo

SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
| Random House
| Grupo Editorial |

*A Jofre Llombart por aguantarme.
A Xavi Pérez por aguantar
a Jofre y aguantarme a mí
Y a todo el equipo de El món a RAC1
por aguantarlo todo.*

Justo cuando se apagan las luces.

Cuando, poco a poco, se oscurece la platea y nadie sabe qué pasará. Es en ese preciso instante cuando todo es posible, en ese espacio de tránsito en que la gente apaga el móvil y se acomoda en el asiento.

En ese momento, todo podría cambiar de golpe.

Que todo fuese distinto, como en un truco de magia. Lo imposible está al alcance de la mano.

Pero solo dura unos breves segundos, porque después llega la oscuridad, empieza el espectáculo y todo aquello que habíamos imaginado acaba siendo un poco menos de lo que habíamos deseado. Así he vivido yo: siempre esperando la oscuridad, siempre vencida por la realidad en contra del deseo. Ojalá el cuerpo de Paula, su muerte, hubiera sido tan solo una ficción, una mentira pactada que pudiésemos repetir todas las noches. No lo digo para que resucitara, eso me da igual, lo confieso, sino porque querría asesinarla cada día, cada hora, y no me cansaría nunca.

1

«Me cago en mi putísima vida. ¿Cómo coño se hace esta sopa, joder?»

Remuevo con la cuchara para ver si encuentro qué lleva esta sopa que la hace tan especial. Detecto huevo rallado, pollo desmigado y algo más que la espesa.

—Antonio, ven, por favor —le digo al camarero.

Antonio no se llama Antonio. Es un camarero chino que había trabajado en La Romana, en Santo Domingo, y que habla un castellano oxidado pero comprensible. Todos los camareros, sean de donde sean y trabajen donde trabajen, se llaman Antonio. Es demostrable. Mi amigo Carreras me lo enseñó hace muchos años.

«Vayas donde vayas, si llamas Antonio al camarero, se gira y viene», me dijo Carreras, un antiguo profesor de la facultad.

Pasa en Alemania, en Australia, en Gabón, en Suecia y en la China Oriental; donde sea. Y, por supuesto, también en Nueva York, que es donde estoy pasando unos días de vacaciones.

—Antonio, ¿qué lleva esta sopa?

—Pollo, huevo, maíz...

—Vale. Algo más. Seguro.

—*Just a moment* —me pide con tono servil.

Al cabo de unos segundos, regresa supuestamente de la cocina y me dice:

—La cocinera dice que pollo, huevo, maíz y nada más.

—*A liar, she is a fuckin' liar* —grito con cara de pocos amigos.

Él se ríe enseñando una dentadura desordenada donde las muelas preceden a

los premolares y los incisivos se esconden en algún lugar secreto.

—*I'm sorry but* no sé —me dice mezclando inglés y castellano.

—Sémola —me suelta Jordan, un joven negro al que conocí hace unos años en un Starbucks de Chelsea y que ahora me hace de guía cada vez que vengo a Nueva York.

—¿Sémola?

—Claro, si no, no podría salir una sopa tan espesa.

—Pero tampoco es sólida.

—No, pero la sémola le puede dar esa textura más... No sé cómo decirlo...

—Yo sí. De... de... de... de moco.

Como no sé decir «moco» en inglés, me señalo la nariz y con el pañuelo de papel finjo que se me cae algo.

—Moco —repito.

—Ah, *mucuuus*? —dice alargando la «u» como si se cachondeara, y se ríe a carcajadas.

—Eso... mucus.

Jordan es un chico de treinta y tres años al que conocí hará media docena de veranos. Buscaba carnaza por las calles del barrio más «homo» de Chelsea, cuando lo vi allí sentado. Con las gafas puestas, usaba un portátil Apple mientras chupaba la pajita de uno de aquellos vasos espantosos de cartón. Había pedido un *double espresso* y, como no había otro asiento libre en el local, me senté a su lado. Como buen investigador, lo repasé de arriba abajo y me fijé en lo que estaba haciendo con el ordenador. Curioso. Un dinosaurio en 3D al que hacía girar con los mandos del Apple mientras una serie de frases que no podía leer rodeaban una de las partes de la bestia. No sé de qué dinosaurio se trataba, pero hubiese jurado que era de los buenos, es decir, de los herbívoros, de los que no matan a nadie en las películas de Spielberg. De los que comen verde.

Me miró como diciendo qué coño quieres y me sonrió. Le correspondí, aunque enseguida fijé la vista en el *New York Times* que había cogido del montón de periódicos de aquella cafetería tan diminuta. No sé por qué narices

nos pusimos a hablar del Museo de Historia Natural que está en lo más alto de Manhattan: que si no había estado nunca, que si era investigador, que si de Barcelona, que si él no conocía la ciudad pero le haría mucha ilusión ir, que si mi inglés estaba oxidado, y él que no, que no, qué va, si lo hablas muy bien, que si otro café, que no, que mejor una copa en un bar de la Séptima Avenida, que si una copa de vino blanco, pues que sean dos, que si chin-chin, que si mañana no tienes nada que hacer podemos quedar, que si el museo... y mira por dónde acabé delante de los dinosaurios con un licenciado en Arqueología y profesor de la Universidad de Columbia.

Desde entonces, después de una noche de sexo innecesaria que nunca hemos comentado, ni cara a cara, ni por correo electrónico, ni por skype, ni por teléfono ni por whatsapp, Jordan es mi amigo en los EE.UU. y yo el suyo fuera de ellos. Jordan siempre será una desilusión enorme, pero un gran cómplice.

He venido una semana a Nueva York a relajarme, y hoy he quedado con él para comer. Y aquí estamos ahora, en el 210 de Grand Street de Chinatown, en un lugar delicioso en el que, visto desde fuera, solo entrarías si fueses un inspector de la Organización Mundial de la Salud y tuvieras el precinto en la mano. Hay unos patos colgados del cuello que Dios sabe cuántos años llevan allí, clavados para deleite visual de los chinos que pasan por el local. Pero resulta que hace un año, deambulando, fui a parar allí, y al mirar por el escaparate vi que el establecimiento estaba lleno hasta la bandera de orientales. Y pensé que, si un sitio estaba petado de nativos, no podía pasar de largo. Y debo decir que en mi vida había comido un pato como aquel, separado primero de su piel, extraordinariamente dorada, y poco después troceado. La piel tostada la meten en una especie de pan, envuelta con diferentes verduras y después cubierta con una salsa de soja fuerte y compacta. Memorable.

Nunca había llevado a Jordan y ha sido un éxito rotundo, ya que él, que viene

de una buena familia de Maine, es un sibarita, de modo que siempre tengo que buscar sitios donde se coma bien, pero se pague poco.

—Apostaría por la sémola —insistió Jordan con un inglés comprensible.

—¿Y si sodomizamos a la cocinera?

—Aparecerá Fu Manchú y servirá nuestras piernas y pies cortados en juliana a los del segundo turno.

—¿Cómo conoces tú a Fu Manchú?

—Porque mi madre, cuando era pequeño, siempre me ponía las pelis de Christopher Lee y cuando me llevaba a un restaurante chino de Blue Hill me daba miedo que saliera Fu Manchú de la cocina con sables y serpientes.

—Mejor lo dejamos, entonces.

Pago treinta y nueve dólares por los dos, incluidos impuestos, propinas y mierdas varias, y marchando, que es gerundio.

Caminamos un rato por Chinatown hasta adentrarnos en Little Italy. Hacía ocho meses que no nos veíamos, desde la última vez que había estado en Nueva York. Le mantengo informado de forma casi quincenal, pero hay cosas que solo pueden hablarse cara a cara.

—¿Y no has vuelto a saber nada de aquel chico al que conociste en Barcelona y con el que tuviste una aventura de tres días? —me pregunta el negro de los cojones, metiendo el dedo en la llaga.

Se refiere a Eduard. Sacudida del móvil. El vibrador. Un momento, a ver quién es.

—Joder, Rubén; mira que es pesado.

Jordan se pone a reír. Siempre le hablo de Rubén y de que aparece cuando menos te lo esperas, pero que lo aprecio mucho, aunque sea un pesado insoportable...

Cómo va?

Cuando alguien te pregunta «cómo va» por whatsapp, mal asunto. Cuando el

diablo no sabe qué hacer, mata moscas con el rabo.

—A lo mejor está pensando en ti y te echa de menos —dice cariñosamente Jordan.

—Se aburre, no te preocupes.

—Pero contéstale. Siempre me hablas muy bien de él y me dices que, cuando tienes un problema, por gordo que sea, siempre puedes contar con él.

—Vale.

Cojo el móvil y entablamos una conversación:

Aquí estoy, con Jordan. Tú, qué tal?

Bastante bien. Cuándo vuelves, Albert?

Mañana por la tarde cojo el avión. Por?

Porque Barcelona se está poniendo interesante.

Qué coño quieres decir?, tecleo, como diciendo «venga, no te enrolles».

Cuando puedas entra en los digitales. Han matado a una mujer en la Boquería.

En el mercado?

Sí, sí, pero no hay mucha información. La han encontrado esta mañana cuando un carnicero ha abierto su puesto. Colgada del cuello.

«Joder —pienso—, como los patos del restaurante de Chinatown.»

¿Qué es el talento?

Me lo había preguntado tantas veces cuando en la escuela nos hacían salir al escenario...

—Mònica, te toca. ¿Qué te has preparado? —me preguntaba la profesora, una chica de veinte años que estudiaba para ser actriz (actriz de verdad).

—Un monólogo de Hamlet.

—Pero Hamlet era un hombre.

—Pues yo me lo he preparado como si fuera una mujer.

Y entonces los compañeros de clase se sentaban en círculo a mi alrededor y me escuchaban y miraban. Éramos adolescentes. La mayoría habían escogido teatro como actividad extraescolar para no hacer inglés o judo. Algunos, para tocarse sin complejos. Yo no. Recuerdo sus ojos pendientes de mis palabras, con la boca abierta, cuando me arrodillaba delante de la calavera, cuando me resbalaba una lágrima mejilla abajo. Recuerdo que un día, después de recitar un poema de Salvat-Papasseit: *Porque has venido han florecido las lilas / y han dicho su dicha / envidiosa / a las rosas: / mirad a la niña que os gana en rubor, / bella y joven, de rostro moreno...*, hasta me aplaudieron. No nos aplaudíamos nunca. Solo al final de clase y a modo de ritual, sin ningún valor. «Tienes luz, Mònica.» A la profesora le gustaba cómo lo hacía, mucho. No podía demostrarlo demasiado, pero me daba igual. A veces, cuando ensayaba en el escenario, no sé cómo explicarlo, sentía que empezaba a brillar, sentía que el tiempo adquiriría otro

ritmo, otro aire, y que yo fluía por los versos de Sófocles o los chistes de Neil Simon como si fuera una partitura, una melodía, y yo brillaba...

—No podrás dedicarte nunca a eso, Mònica.

—¿Cómo lo sabes, papá?

—No digo que no seas buena, digo que la mayoría de la gente no puede vivir de eso. Es un mundo muy complicado.

—Tú lo has dicho: la mayoría.

—Las ilusiones son peligrosas.

Y zanjaba la conversación con una frase sacada de alguna antología de aforismos de mierda y se quedaba tan ancho. Mi padre era profesor de Literatura en un instituto y corrector. Él me contagió el veneno del teatro, pero decía que todo había que hacerlo en su justa medida. Me había regalado libros de Eduardo De Filippo, Harold Pinter, Benet i Jornet... Cuanto más le insistía en que me diera dinero para un curso en Londres o Berlín, más me evitaba. No le gustaba mucho hablar del tema, quizá porque contra la pasión no hay argumento que valga. ¿Acaso no había aprendido nada de toda la historia universal del arte? Negar una pasión es su mejor principio. Mi madre, en cambio, siempre me decía que siguiera mis sueños, que hiciese lo que me dictase el alma, que le había costado mucho entender este principio vital de todo el universo, pero que quien no hace lo que le dicta el alma, lo llevará siempre dentro y acabará en algo malo. (Cuando hablaba de algo malo quería decir cáncer, pero no se atrevía). Pobre mamá, ella que se apuntaba a talleres de psicomagia, a terapias alternativas, a convenciones de poderes curativos cósmicos, ella que siempre me animaba...

—Tienes que limpiarte el karma, hija.

—¿Eso cómo se hace?

—Si las cosas no te salen bien, es por algo.

—Es por algo. —A menudo repetía sus palabras exactas para poner de relieve que no tenían ningún sentido.

—La energía es sabia.

«Sí, y que la Fuerza nos acompañe.»

Resultaba complicado escoger quién perforaba más mi autoestima, si mi padre o mi madre. Años antes, cuando asistían a los talleres de final de curso y todavía no se habían divorciado, cuando la gente comentaba después de las funciones que yo tenía madera (así lo llamaban), se les veía orgullosos. Inflados como pavos. Mi padre incluso aprovechaba para recomendar alguna lectura a mis amigas, o íbamos a cenar con mamá y por un espacio de tres o cuatro horas no discutían.

¿Qué era el talento?

Lo había buscado hasta en el diccionario: «Especial aptitud intelectual, capacidad natural o adquirida para ciertas cosas».

Capacidad natural o adquirida. El talento no se podía enseñar, no se explicaba en ninguna clase magistral ni había un manual de instrucciones. ¿Quién decidía, pues, qué afortunados entraban en el país de los elegidos? ¿Qué dioses señalaban lo que era bueno y lo que no? El talento y lo mediocre. Y perseguía el talento durante los cursos de verano, aunque mis padres no pudieran/quisieran pagármelos; yo ahorraaba y en verano me iba a hacer un curso de cuerpo o de voz para perfeccionar la técnica, para tener consciencia de lo que quería llegar a ser. Una actriz. Alguien que viviera una vida distinta en la piel de otra persona; vivir bajo la luz de los focos, escuchar el silencio del público respirando... Una actriz.

En algunos sitios pedían tener más de dieciocho años, pero entonces escribía cartas llenas de citas que le robaba a mi padre, explicando que la ilusión de mi vida era hacer aquel curso, que hacía tiempo que seguía la trayectoria del director o de tal coreógrafa, y después me respondían con un sí. No solía fallar. Contra la adulación, la gente del teatro (bueno, la mayoría de la gente) no puede hacer nada, y caen como moscas.

Tenía vocación de actriz.

¿Cuánta gente podía decir lo mismo?

¿Cuánta gente tenía vocación de algo? Vocación de verdad: de no dormir, de ir a ver todas las representaciones del Grec en verano, de viajar en coche hasta Temporada Alta, de ir a Aviñón, de saberme de memoria fragmentos de *Romeo y*

Julieta: «Romeo, quítate el nombre, y a cambio de tu nombre, que no es parte de ti, tómame entera». De aplaudir de pie al final de un espectáculo y esperar a la salida para felicitar a los actores...

¿Tenía vocación Robert, mi ex, cuando estudió Administración y Dirección de Empresas en la universidad privada porque no le daba la nota para hacer Económicas en la pública? ¿Tenía vocación aquella amiga de la escuela cuyo nombre he olvidado y que ahora es jefa de recursos humanos y se dedica a despedir gente? ¿Tiene vocación la dependienta del Bershka a la que obligan a ir pintada como una puerta y debe soportar la música discotequera a las diez de la mañana? ¿Tiene vocación el taxista franquista que sigue el trayecto más largo para llevarme a casa de madrugada?

¿Tenía yo vocación de camarera?

¿Qué cojones es el talento?

Para ser sincera, debo reconocer que no me pregunté de verdad qué era el talento hasta que lo eché de menos. En la escuela, de pequeña, el talento y yo teníamos una relación basada en la confianza, y pocas veces la había cuestionado. Él me ayudaba las noches importantes, cuando lo necesitaba, y el resto funcionaba solo.

Hubiera sido mucho mejor vivir así. En mi burbuja, dentro de mi pequeño círculo. Pero tenía ilusiones, de las grandes, de las inflamables. Ya me había avisado mi padre.

Y cuando hice las pruebas para entrar en el Institut del Teatre, dejé de brillar. Ante la mirada de aquellos profesores (que no estaban pendientes de mis palabras) me sentí pequeña como una hormiga y, por mucho que intenté levantar el peso titánico de una escena, fui incapaz, porque era un microbio, invisible; por mucho que los versos de Sófocles conservaran una fuerza sobrenatural, en mis labios sonaron insulsos y cursis.

Pequeña como una hormiga.

Y, no sé cómo, dejé de brillar.

3

—Te he guardado un vino rosado que me aseguran que es de categoría —me dice Oti con cara de vendedora de perfumes.

Mal asunto cuando alguien te dice que algo es de categoría. Sal corriendo. Mi abuela lo soltaba cuando me presentaba en su casa con alguna prenda de ropa nueva.

«Caramba, Albert, se nota que eso es de categoría», recitaba como si fuera Anna Lizaran adoptando un tono solemne.

Yo no le decía lo que pensaba, pobre mujer. Hay mierda que puede ser de categoría. De gran categoría. Pero como somos de familia de barrio, todo lo comprado fuera de Horta nos parecía de lujo. Y claro, cuando Oti sacó el vino rosado y lo puso en la cubitera «para que cogiera más frío», pensé en cómo debía de ser aquel brebaje que según ella era «de categoría».

Oti y Susanna tienen un pequeño restaurante que se llama Petit. No falla. Entre los soportales del mercado de la Boquería se juntan, unas al lado de otras, varias mesas rodeadas por sillas azules y coronadas por estufas con forma de champiñón de pie largo. Suelo ir cuando tengo un rato libre para pasear por ahí abajo y ganas de arañar el coche. Muy cerca de la Boquería, en la calle Hospital, hay uno de los peores aparcamientos de Europa. Yo cedería su propietario a la ciencia, a ser posible bien troceado. Un garaje en forma de caracol que es un laberinto de columnas que deben esquivarse con diversas maniobras, como meter primera, dar marcha atrás, volver a poner primera, arrancar otra vez porque se te ha calado el motor, tocar el freno pero poco si no quieres desnucarte

y, cuando estás a punto de llegar a una de las pocas plazas que ves libres, o hay un cono que no te deja estacionar por vete a saber qué gilipollez o porque es un sitio reservado. Después de cuatro arañazos y un par de abolladuras, llegas al objetivo final. Eso dejando de lado el hecho de que para pagar dos horas de aparcamiento en aquella zona céntrica de Barcelona ya hace falta pedir un crédito.

Pero vale la pena la odisea para sentarse en aquella mesa minúscula y ver pasar la Barcelona que cantaba Peret, la «Gitana hechicera»...

Para el mar de amores, rumbas y flores.

Pa' subir al cielo, vente al Paralelo.

Para ahogar las penas, fuente Canaletas.

La que busque novio, mercao San Antonio.

Pues yo, sentado en la Boquería, veo cómo pasa otra Barcelona ante mis ojos mientras Oti me ha preparado y me ha ido sirviendo en la mesa media docena de ostras que pongo a nadar en limón y pimienta, unos chipirones con ajito picado y dorado, unas gambas rojas como los pimientos del piquillo que me calzo cada vez que viajo a Murcia en el restaurante del hotel Rincón de Pepe y el mejor salmón a la plancha que he comido nunca. Es un salmón fresco, tostado por fuera, crudo por dentro y con guarnición de verduras, que como en reclinatorio cada vez que voy. Y lo riego con ese Penedès rosado de nombre Petjades que sí, al final tenía ella razón, es de categoría. Buena elección, como le hago saber a Oti, que se sienta un rato delante de mí mientras carga otro Marlboro para fumar.

—Tienes que dejarlo, Oti, joder —le ruego, casi exigiéndoselo.

—Ya lo sé, Albert. ¿Pero sabes lo que cuesta? Y no estoy para perder placeres. Tengo demasiados follones con el puto Ayuntamiento, que quiere quitar los negocios de estos soportales.

—Resiste, resiste.

—Ya lo hago, por eso fumo. Si no, con el último que me hubiese fumado le

habría prendido fuego al mercado. Solo faltaba el atentado del mes pasado y el bajón del turismo.

Oti debe de rondar los sesenta y cinco. Ya es abuela y está estupenda para la edad que calza. Cocina como quiere mientras tiene a su lado a Susanna, a la que conoce desde hace años y que le ayuda a sobrellevar el negocio del sacrificio. Porque tener un restaurante pequeño en el que no sabes si atiendes a franceses, alemanes, chinos o nativos, ni el humor del que te llegarán, tiene que ser deprimente.

Son las cinco menos cuarto de la tarde. Para terminar la jornada del restaurante solo queda una mesa, que está ocupada por un par de amigas o conocidas que no paran de hablar.

La temperatura es muy agradable. Ya se sabe que septiembre es un fin de fiesta veraniego y la verdad es que todavía me muevo en camisa, sin americana. Una azul marino con botoncitos blancos que llevo arremangada y unos vaqueros Armani que no fallan nunca.

Oti sigue echando pestes del Ayuntamiento y amenazando con llamar a los periódicos y salir por televisión para condenar la actitud del consistorio hacia el pequeño comercio y bla, bla, bla. Yo voy asintiendo con la cabeza, adormilado, porque el café todavía no me ha hecho efecto y la mierda del jet lag me afecta siempre, y, mientras echo un trago del vino rosado que acabo de servirme en la copa, Susanna se suma a la tertulia y se sienta con nosotros.

—¿Qué pasa, Albert, no nos piensas contar quién ha sido el salvaje de la carnicería?

—Todavía no lo sé, pero esperamos encontrarlo pronto.

—Estamos un poco asustadas —dice Oti, metiendo cuchara—. Nunca se sabe qué puede pasar. ¿Y si es un asesino en serie?

—Pues veremos qué serie sigue. De momento, no ha matado a nadie más que a esa pobre desgraciada. Oti está asustada, pero yo estoy aterrorizada y, de hecho, estos dos últimos días se ha notado mucho en el mercado. Hay menos

gente y los turistas que vienen pasan por delante del puesto de Fidel a hacerse fotos; la persiana sigue bajada, pero les hace gracia retratarse donde pasó todo.

—Sí, la típica chorrada del «Yo estuve ahí». En el fondo, vivimos para explicar que estuvimos. Siempre queremos estar. Una matanza en los atentados del once de septiembre, y hostias para ir al World Trade Center; los disparos de la sala Bataclan, y preferimos ir a ver la floristería en la que se ha convertido que entrar en el Louvre...

—Sí, pero lo que dice Susanna es verdad. Son casi las cinco de la tarde y hoy hemos tenido seis mesas y gracias. Menos de la mitad que hace unas semanas.

—No os preocupéis. Ya he hablado con la Asociación de Comerciantes del mercado. Me han contratado y les he dicho que encontraremos al autor de esta canallada lo antes posible, y les he recomendado que, cuando todo este episodio quede atrás, contraten a una empresa de comunicación que les diseñe un plan para reivindicar la imagen pacífica de la Boquería.

Alzo las cejas cuando me llega un mensaje al móvil. Un número. Es decir, que no sé quién es porque no sale nombre.

Te fuiste muy rápido de casa. Es que no te gustó mi compañía?

Joder, el muerto aquel. No sé ni cómo se llamaba. Tenía cierta gracia en la distancia corta.

Lo encontré por Grindr. Estaba a medio kilómetro del despacho y fuimos a tomar un café en la Diagonal con Rambla de Catalunya, así me daba un paseo de diez minutos. Treinta y cinco años bien llevados, con traje y corbata, porque trabaja en un bufete de abogados de la zona y luce lo que en las bolsas de trabajo se califica de «buena presencia». El café nos sentó bien y decidimos quedar en su casa porque vivía en Gràcia y pillaba cerca de los dos despachos, el suyo y el mío. Tenía el piso en la calle Milà i Fontanals. No era gran cosa, pero lo tenía bien apañado. Vivía de alquiler, solo desde hacía diez años, cuando se había mudado desde Girona por motivos de trabajo.

Llegué a su casa y, sin decirme ni hola, se me echó encima. A mí estos arrebatos me superan. Esta gente que te quita la americana como si fuera comprada en el Primark, como que no. «Tate quieto, cara cartón», les vengo a decir con más o menos educación. Dejo la chaqueta colgada de una silla y luego me quito los zapatos. A partir de aquí, todo es negociable. Si me quiere desabrochar, que lo haga, pero a ritmo de bolero; nada de rock, que me mareo. Este chico quería Metallica de banda sonora. En fin, que en un cuarto de hora estábamos listos. Otro a la papelera de la historia. Pero lo peor vino después. El interfecto cometió la osadía de invitarme a cenar. Adiós. Soy poco dado a que me paguen las comidas. No por nada, sino porque escogen ellos el restaurante. Y un restaurante es peor que una camisa. Si te regalan una y no te gusta, la cambias. Una cena, no. Pringas. Y resulta que el pobre decidió llevarme a un sitio tan raro que mejor obviar el nombre.

Un puto restaurante vegano. Cuando entré y me preguntó qué me parecía, le respondí:

—Has llevado a un claustrofóbico a ver *El exorcista*.

Se quedó de piedra. Me rogó que nos marchásemos, pero de perdidos al río. A apechugar.

—Una experiencia nueva —dije con educación.

Le exigí que pidiera él. Y al cabo de poco, eso sí, aterrizó en nuestra mesa una serie de platos de colores oscuros: sopa *borsch* con remolacha, tofu marinado con guisantes, paté crudo de tomate seco (magnífico, todo hay que decirlo) y una cosa (sí, sí, una cosa que parecía salsa) que se llama *tzatziki* y que se unta en pan de pita como si estuviéramos en el barrio de la Plaka en Atenas.

Comí muy sano y, al traer la cuenta, no hice ningún ademán de pagar. No me lo habría perdonado en la vida. Pagar por aquel festival de verdes, de pijaerío... Quiero ver cuántos restaurantes veganos quedan en Barcelona dentro de diez años. Tenemos que comer sano, eso está claro, pero comer sano no significa comer así. No hace falta que cada mañana nos aticemos un *cap i pota*, pero no

comerlo nunca más... Eso sí, fuera del restaurante había tres chavales fumándose un porro después de la cena. Claro, todo es hierba. Todo muy sano.

Me despedí de aquel chico sabiendo que no volvería a verlo. Por decisión propia. Me pidió el teléfono y se lo di. Hala, rey. Nos llamamos, ¿eh? Sí, sí. Desde luego, guapo. Acuéstate pronto, ¿eh? Sí, claro... Y te vas alejando..., adiós, adiós... y métete el tofu por donde te quepa y que te den dos duros, que no tienes ni puta idea de nada. Hala, venga, desfila...

Y aquí lo tengo otra vez. Menuda mierda.

Respondo:

La semana que viene no puedo quedar.

Coño. Has vuelto de Nueva York y no quieres quedar?

No quieres, no. No puedo.

Ah, eso me tranquiliza, si quieres pero no puedes.

Mierda, ya se está llevando el gato al agua.

No sé si quiero. Lo que es seguro es que no puedo.

Pero no puedes, pero podrías querer.

Podría no sé. Sé que sé lo que no puedo y ya veremos si quiero.

Pero puedes querer?

¡Qué tío más pesado!

Probablemente, no.

Hala, toma.

—¿Qué tal por Nueva York? —pregunta Susanna.

Demasiados frentes abiertos a la vez.

El vegano responde:

Buf. Ya hablaremos, entonces.

Eso mismo.

Adiós.

Chao.

—Nueva York... genial como siempre —respondo a la pobre Susanna.

—Ay, qué ganas de volver.

—Pues siempre estás a tiempo. Yo estoy enamorado de Nueva York y me iría a vivir allí mañana mismo.

Susanna ha traído una botella de orujo blanco, como Dios manda. Nada de hierbas. Ya basta de hierbas, joder.

Oti está jugando con su móvil y de pronto me mira:

—Albert, ¿has hablado con Fidel?

—Todavía no.

—¿Sabes si conocía a esa chica colgada?

—¿La del Romea? Por lo que dice la prensa, no.

—¿Te lo crees?

—No lo sé.

El orujo blanco, de un trago. Todo para adentro mientras levanto el vasito.

—¡Salud! Abajo los veganos de la tierra.

—¿Y cómo ha ido la reunión con la Asociación de Comerciantes de la Boquería? —pregunta Susanna.

—Bien. Buena gente. Demasiada gente. He tenido que solicitar que se quedaran solo el presidente y otra persona, porque ha llegado un momento en el

que hubiese querido pedir un Gelocatil o una pistola. Qué dolor de cabeza. Tanta gente ahí metida.

Sonríen las dos mujeres.

—Al final se han quedado un tal Francesc Rubio, que es el presidente, y una chica muy agradable, una tal Victòria Rius que estaba presente como una especie de vicepresidenta de la panda. Hemos acordado el dinero que cobraré, lo que tenían que hacer a partir de ahora, y me han preguntado, con toda la lógica, qué tenían que decir si la policía o los Mossos les hacían preguntas. La respuesta ha sido muy sencilla: que la investigación la llevo yo, pero que tranquilos que, de acuerdo con los protocolos, les llamaré y se lo anunciaré. Si los policías están acreditados y autorizados como es debido, es evidente que deben responder. Y siempre la verdad.

Oti se enciende otro Marlboro. Susanna le sigue el ritmo y se enciende otro. Callan esperando a que siga, pero al final les pueden las ganas de chismorrear.

—Cómo puede ser Paula Cellar la muerta. Dios mío —exclama Oti.

—Pero si es que, además, de vez en cuando venía a comprarle pescado a Sintu y fruta allí, donde Mariona... —remata Susanna.

—Sí, era buena actriz, pero nada más. Ahora mismo, solo sabemos eso. Muerta, colgada de un gancho en la pollería de Fidel Mallofré, y descubierta por este cuando abrió el puesto a primera hora de la mañana.

—Es fácil suponer que la mataron después de la función del Romea. Pero claro, ¿aquí o allá? ¿Y por qué todo lo demás? ¿Por qué en un puesto de la Boquería? ¿Por qué esta chica? ¿Y por qué colgada como un pollo?

El comentario macabro animal nos hace gracia a todos, que sonreímos.

—Si me lo permitís, voy a visitar a Fidel y después iré a ver el cadáver. Los Mossos han pedido a la familia unos días más antes del entierro para acabar de analizar un par de detalles.

Oti apaga el cigarrillo y echa un trago de orujo. Susanna mimetiza la actuación, y yo fijo la vista en el mercado, que a esta hora ya empieza a decaer. La mayoría de los puestos están cerrados. He quedado con él cinco minutos más

tarde. La distancia que calculo que existe entre el escenario del teatro Romea y la pollería donde apareció la chica asesinada. Cinco minutos.

Cuando empecé a apagarme, en las pruebas del Institut, conocí a Paula. Recuerdo perfectamente el primer día que nos encontramos. Las dos sentadas en el suelo del pasillo, repasando un poema de Gabriel Ferrater («Habitación de otoño»).

—«Como un retenido espanto de caer hasta el suelo...» —recitaba yo con un tono quizá demasiado alto.

—Perdona, podrías bajar un poco la voz.

Imbécil.

—Claro, perdona, estoy un poco nerviosa.

Solo entraban dieciocho. Y todo el mundo sabía que a los chicos les inflaban la nota. Lo hacían básicamente para no encontrarse con un curso de dieciséis mujeres y dos varones haciendo todos los papeles habidos y por haber. Así que podía darse el caso de que una chica con muchas más aptitudes que un desgraciado se quedase fuera. Bienvenida al mundo del arte.

Yo me conformaba con entrar en Terrassa que, aunque me quedaba lejos y no tenía profesores tan buenos, siempre me dejaba la opción de solicitar un traslado de expediente al cabo de un par de años. Por lo menos, intentarlo. Abrieron la puerta y gritaron el nombre de Paula. Parecía la consulta del médico. La prueba era sencilla. Entrar, recitar a Gabriel Ferrater, apuntar las correcciones del profesor —si las había— y después volver a recitarlo teniendo en cuenta las anotaciones. Ella no recibió ninguna observación. Bueno, sí. Un diez. Clavó

hasta la última respiración, la última sílaba, rozó la perfección... En aquel momento no me lo dijo, seguro que para no ponerme más nerviosa.

Cuando entré, hecha un manojo de nervios (y ya medio oscura), el profesor, un vejete muy agradable, me tenía que corregir alguna palabrita, aquel verso que le sonara mal... El hombre, sentado al fondo del aula, cerraba los ojos, como un músico que buscara la afinación. «La persiana, no del todo cerrada...» Y tomaba apuntes en una libreta maltrecha.

*Qué lento el mundo, qué lento el mundo, qué lenta
la pena por las horas que se van
aprisa. Dime ¿te acordarás
de esta habitación?*

Fue un desastre. Tenía tantas anotaciones para corregir que no sabía por dónde empezar. El viejecito entrañable enseguida notó que estaba abrumada.

—No te preocupes. Poco a poco... Mònica, ¿verdad?

Asentí con la cabeza.

La compasión es devastadora.

Quería pedirle que me dejase repetirlo. Una y otra vez, si hacía falta. Mil veces. Pero no había nada que hacer; Paula era un diez y yo, a oscuras.

Me bloqueé.

Aquellas dos semanas haciendo las pruebas del Institut del Teatre fueron muy tristes. Me levantaba por la mañana angustiada, sin ganas de ir, porque sentía que cada examen, cada prueba era una evidencia más de que nunca podría dedicarme a aquello.

—Hay miles de escuelas. Esto no es el fin del mundo.

Nada me consolaba. ¿Había miles de escuelas? Solo en Cataluña se licenciaban más actores en un año que en toda Rusia. Rusia.

Las palabras de mi padre resonaban como una amenaza.

Paula entró, yo no.

Paula se ofreció a ayudarme con las pruebas del año siguiente. Yo no quería quedarme un año entero sin hacer nada. Contando las semanas para regresar a la dura realidad del «No te preocupes. Poco a poco... Mònica, ¿verdad?».

El día en que salieron las notas, mi padre llamó por teléfono a la recepción del Institut. Me enteré por él. Qué morro. Me enfadé. ¿Qué cojones pintaba él? ¿Quién era para llamar y preguntar por mis notas? ¿Por si había entrado o no? ¿Quién le había dado permiso? ¿No me había avisado de que las ilusiones eran peligrosas, de que no podría dedicarme a aquello? ¿Por qué de pronto aquel interés?

Fui corriendo hasta el Institut para ver las notas colgadas y mi nombre a la distancia kilométrica de cinco personas por debajo de la nota de corte. Si hubiésemos entrado los mejores habría acabado dentro, si no hubieran inflado las notas de los chicos. ¿Qué culpa tenía yo? Por una puta vez que se toman en serio la paridad, y es en contra de nosotras.

Lloré. Mucho.

Paula me vio salir del Institut como una exhalación, cabizbaja, y no me dijo nada.

Me encerré en la habitación y lloré mucho. Lloraba de rabia ensañándome con la almohada y los libros de teatro.

—¡Que te den por culo, Peter Brook, que te den por culo, Molière, que te den por culo, Esquilo, que te den por culo, Bernard-Marie Koltès!

Mi madre me llevó un zumo de jengibre que había preparado ella misma, porque decía que la pena había que purgarla, que había que sacarlo todo y que llorar era fantástico, y que no lo ocultara, que las emociones eran como los pájaros, tenían que volar. «¿De verdad, mamá?»

Mi padre, al ver mi estado lamentable, se ofreció a ir a hablar con los profesores, para intentar rascar algo de nota. Lo que me faltaba, la vergüenza de no tener talento suficiente, la vergüenza de tener un padre que no entiende que su hija no tiene talento suficiente.

De tanto llorar, de tanta rabia, tengo aquellos días algo confusos...

Mis amigas de la escuela se habían ido de campamento días antes. Y mis padres pensaron que, para distraerme, me vendría bien un poco de paisaje, bañarme en el río y cantar canciones en torno a la hoguera, bien lejos de las aulas. A mí me pareció bien, porque consideré que si me pasaba todo el santo día entre aquellas cuatro paredes me volvería loca.

—Sara también irá.

—¿Quién es Sara? —preguntó mi padre.

—Es de la agrupación. No pudo subir la semana pasada; tenía un curso de inglés. Y no sabía cómo ir.

—Muy bien. No hay problema.

Sara y yo no éramos muy amigas. Nos conocíamos a cierta distancia. Hablábamos cuando hacíamos dinámicas de grupo, nos habíamos dejado algún pantalón los días de excursión, poca cosa más. Ella quería estudiar medicina e irse a algún pueblo perdido de África a salvar a la humanidad. Yo era más modesta. La mayoría de los tíos del campamento querían desnudarla y llevársela a la tienda. Sara; la triple A, la llamaban. Ella lo sabía. Disimulaba, pero le gustaba ver el deseo que despertaba en aquellos adolescentes orangutanes.

La pasamos a recoger a las ocho de la mañana en la plaza Rosés para ir hasta Esterri d'Àneu. Mi padre abrió el maletero y colocó su mochila. Yo me senté detrás.

—No iréis a sentaros las dos atrás, ¿verdad? No soy un taxista.

—¿Puedo sentarme delante, señor Ribera? Es que me mareo.

—Si vuelves a hablarme de usted, irás a pie hasta Esterri.

Rieron como dos imbéciles. Los dos sentados delante, y yo atrás.

Sara, con la cabeza apoyada en el cristal intentando dormir, y mi padre, que no apartaba la vista de las piernas de la universitaria.

—¿Me ha dicho Mònica que estudias Medicina?

—Sí —respondió ella cruzando las piernas.

—¿Qué especialidad?

—Pediatría. Me encantan los niños.

—Medicina es una carrera muy vocacional.

—También me viene de familia. Mi madre es médico.

—¿Sabías que Chéjov, el gran autor ruso, también era médico?

«¿Qué coño le cuentas de Chéjov, papá?»

Sara negó con la cabeza.

—¿Lo has leído? —insistió, sabedor de la respuesta.

Sara volvió a negar con la cabeza.

—¿Cómo quieres que lo haya leído, papá? No la agobies.

«¿Cómo quieres que lo haya leído, papá?» Lo dije con toda la mala leche del mundo. Para dejar claro que la triple A podía hablar de analgésicos y de antibióticos, pero no de literatura.

—Me das mucha envidia —dijo mi padre sonriendo.

—¿Por qué? —preguntó ella, que no lo seguía.

—Me encantaría volver a leer a Chéjov como si fuese la primera vez. ¡La primera vez de cualquier cosa siempre es mágica! Después, la costumbre, el sabérselo de memoria le quita... —Calló buscando un calificativo para impresionarla— misterio.

No podía seguir siendo espectadora privilegiada de aquella barbaridad. Por mucho que le mires las piernas, papá, no la puedes tocar.

—¿Qué dices, Mònica?

—Nada. Que si falta mucho para llegar.

Me daba pereza llegar y tener que explicar a todo el mundo otra vez que al final, nada, que por muy poca nota, que no sabía si volvería a intentarlo el año siguiente..., pero mis amigas me lo ahorraron. Nada más llegar, cuatro comentarios y punto. Y olvidarme del teatro, por fin, durante una temporada.

De aquel campamento aprendería dos cosas:

La primera, que la miseria humana no tiene límites.

La segunda, que una no puede fiarse de nadie.

Rubén me convence para ir al Arena. Me convence, sin convencerme del todo. Odio la gente, las multitudes, las aglomeraciones. Pero entre el vino que me he cascado y la tabarra que me ha dado mi amigo, creo que necesito salir un poco y termino por hacerle caso. Más que nada, para que se calle de una vez. Pesado. Bajamos poco a poco hasta el local. Cien metros antes de llegar, ya vislumbramos la magnitud de la tragedia. Una veintena de personas hacen cola a la puerta.

—Rubén, vámonos, haz el favor. ¡Ahora hacer cola no! Cuando voy a Port Aventura, o me compro el *fast-pass* o nada. Menuda miseria esto de las colas.

—No haremos cola, tranquilo.

Los amigos de Rubén: un clásico de la noche. De pronto, mi amigo arranca a correr.

—¿Y ahora dónde cojones vas?

—Espérame en la puerta.

—¿Cómo?

Rubén corre con fuerza. Tanto gimnasio y tanta mierda. Me quedo en la soledad del idiota que no quiere esperar a nadie, que no quiere entrar en ningún sitio, que no quiere hablar con ninguna persona. Quiero largarme de inmediato.

Me quedo a veinte metros de la puerta, observando la fauna, básicamente masculina con pinceladas femeninas. Hay algún macho digno de perder el oremus o las dioptrías. Uno en concreto, que sin embargo pierde toda la gracia cuando se mueve y se le caen todas las plumas que lleva incorporadas. Lo siento,

pero no. Hay otros que hacen cola de forma ordenada. Tienen pinta de rusos, la cabeza cuadrada, el pelo corto a lo militar y los ojos azules. Visto uno, deseados todos. Una chica canta no sé qué y sus acompañantes se ríen. Miro, soñando que tal vez Eduard sí que ande por aquí, aunque él, como yo, casi nunca se mueve por estos ambientes. Y si está, ¿qué hago? ¿Me voy corriendo? ¿Me acerco a él? ¿Lo evito? Ay, no lo sé.

Sale Rubén.

—Ven conmigo.

Y me tira de la mano rebasando la cola, cada vez más larga.

Entramos en el local. Me dan ganas de marcharme. Cuánta gente. Qué desastre.

—Te presento a Jan. Es quien nos ha dejado entrar —me dice Rubén.

—Hola —me saluda un hombre de unos cuarenta años, de esos que parecen cortados por el mismo patrón. Y cuando se acerca para darme dos besos, me aparto y le tiendo la mano.

—Hola, soy Albert.

—El investigador, ¿no?

—Sí. Veo que algunos no saben tener la boca cerrada.

Se ríen los dos.

—¿Quieres tomar algo, Albert? —me dice Rubén.

—Un gin-tonic sin *garden center*, por favor, que ya me conozco estos sitios.

—¿Cómo es eso del *garden center*? —pregunta Jan con cara de sorprendido.

—Ni una puta fruta. Ni fresas, ni moras ni nada.

—¿Qué ginebra? —me pregunta el chico este que huele a Gaultier empalagoso.

—La más barata. Así, si no me dais garrafón, creeré que me estoy bebiendo una Bombay Amber.

Rubén se ríe. Jan, también.

—Ya te he dicho que es un poco maleducado, pero es por timidez —le explica mi amigo a aquella especie de pasmarote.

En el local suena Fangoria. No podía ser de otra manera. «Geometría polisentimental.» Se mueve todo el mundo. Dale, Manolo.

—Ahora vengo —dice Jan.

Rubén baila. No existe sensación peor en una discoteca que la que te asalta cuando quien te acompaña se pone a bailar y tú te quedas parado como un tronco. A quien mira la gente no es al tarado que baila, sino al memo que no se menea. Por lo tanto, empiezo a moverme sin salirme de los treinta centímetros cuadrados que pisan mis pies.

—Míralo —comenta el idiota de Rubén.

—O te callas, o te parto la cara.

—¡Ja, ja, ja, ja, ja!

Lo que faltaba. El disc jockey pincha el «Hips Don't Lie» de Shakira y Wycleaf Jean, una canción de ritmo más lento que hace que todo el local mueva la cabeza y la cintura. Aparece Jan, el encargado de la discoteca por esa noche, con el gin-tonic.

—No tenía Amber, pero te hemos puesto un Bombay convencional. Nada de flores, y con la tónica adecuada. Es decir, un gin-tonic como los que hacemos aquí.

Alzo las cejas en ademán de sorpresa. Eso no me lo esperaba y, cuando me ve desarmado verbalmente, se me acerca y me habla al oído.

—Y el garrafón espero que te lo hayas traído de casa con la jaula y los pollos. Quizá no estaría de más que, encima que te invitan, no te anduvieras con exigencias. Si no te gusta, amigo investigador, te lo metes por el culo, que a lo mejor te mola y todo.

Y sonrío. Y yo no sé reaccionar.

Doy un trago desesperado y me sabe a gloria.

Joder con el Jan de los cojones. Una hora más tarde, y después de bailar unas cuantas canciones, miro a Jan y me excita, pero a la vez pienso que tampoco me casaría con él. De vez en cuando viene a hablar con Rubén y conmigo. De

hecho, ya me he disculpado, y él, bastante cretino, me ha dicho que ya sabe cómo se las gastan los tímidos.

—Un meneo de esta clase siempre os sienta la mar de bien. —Sonríe.

—Este —ataca Rubén medio borracho mientras me señala— necesita un buen meneo.

Se acerca a la zona un chico de unos veintimuchos con una camisa imposible llena de gatos Silvestre. Es guapo a rabiar. Pelo panocha, ojos claros. Mirada felina. Cuerpo de bailarín. Alto y fuerte. Saluda al encargado del local. Sonríen. Se comen la boca durante diez segundos. Récord del mundo en excitación personal. Rubén me agarra de la barbilla y me gira la cara.

—No está hecha la miel para la boca del asno.

El chico se va. Miro a Jan con cara de «Chaval, el Bombay Amber te lo acabas de gozar tú».

—Esta gente, que va más quemada que todas las cosas —comenta Jan.

—Y que lo digas —respondo—. ¿Qué, nos vamos? Llevamos aquí una hora larga y, al margen de un buen gin-tonic, no me he comido nada.

—Mira que eres aburrido —dice Rubén.

—Por mí te puedes quedar. Cojo un taxi y a casa.

—Qué pena que te vayas. Ahora que me empezabas a gustar —suelta Jan, no sé si con sarcasmo.

Me despido de los dos dándoles la mano. Rubén decide quedarse. Locura en la sala. Suena «Believe», de Cher.

Iba cada verano y cada verano decía que sería el último. Pero cuando llegabas, te impresionaba el cielo azul eléctrico, los picos nevados de las montañas en el mes de julio y el olor a hierba mojada, el agua helada del río y hacer pis agachada entre dos troncos contemplando la puesta de sol, y por la noche tantas estrellas que parecía imposible.

Los campamentos son una sociedad en miniatura. Responden a los mismos estímulos, tienen las mismas virtudes y los mismos defectos. Un responsable — la autoridad— y unos monitores —los intermediarios— que distribuyen el poder y marcan los horarios. Los mismos prejuicios, los mismos miedos... y también buenas personas, pero todo a pequeña escala. Y es más perverso, porque las grandes comunidades esconden la mediocridad entre la gente, en medio de la rutina, en la más estricta intimidad, pero allí, en aquel kilómetro cuadrado, entre aquellos doscientos individuos, todos sabíamos los defectos de uno y las mentiras del otro. Además, resulta complicado entrar en una dinámica ya empezada, y en mi caso más todavía porque me sentía sola.

Estaba sola.

Sara, después de bajar del coche y despedirse de mi padre, dos besos largos en las mejillas, echó a correr y desapareció entre las tiendas. Para mí se convirtió en un fantasma, y no la volví a ver. Me esperaban Clara y Manu.

Clara siempre riendo, muy loca, y fuerte como un rinoceronte. Hacía judo y le gustaba el baloncesto, se sabía de memoria todos los jugadores de la NBA. Y Manu, canijo y con gafas, siempre riendo, aspirante al récord Guinness de la

barba adolescente más larga del mundo. Suerte que estaban ellos, porque si no aquel infierno de verano, aquel infierno de campamento, habría acabado todavía peor.

La noche antes, una ventolera había arrancado el entoldado que cubría la cocina y se lo había llevado volando hasta el río. Los intendentos, críos de dieciséis a dieciocho años, con la cara llena de granos y motivados como fanáticos, recogían todo lo que se había llevado el viento y hacían inventario por si faltaba algo.

Llegamos a mediodía —después de un montón de curvas y de perdernos—, y a primera hora de la tarde el cielo ya se cubría de nubarrones densos que auguraban tormenta. Menuda mierda. Huir de Barcelona para acabar atrapada en una tienda de campaña con una panda de chicas cuyas únicas preocupaciones eran que no les bajara la regla coincidiendo con la ruta y si Pablo tenía novia o no, he ahí el dilema.

El horario del campamento era tan estricto que no dejaba cabida a la improvisación, a que pasaran cosas. A las ocho el responsable silbaba y teníamos que ir corriendo a formar. Todos en círculo, con el fular bien puesto. Luego venían los gritos de *colla*. La *colla* era la célula más pequeña, la sociedad primera, la familia. Como mi agrupación era religiosa, los niños con los niños y las niñas con las niñas. Los gritos de *colla* solían ser unas rimas lamentables. ¡La *colla* de Ruth llega antes que tú! (rima asonante). ¡La *colla* de los bandoleros somos siempre los primeros! (rima consonante). La *colla* de las que no hemos entrado en el Institut del Teatre, la *colla* de los desgraciados, la *colla* de los fanáticos, la *colla* de los que nos cagamos en todo, la *colla*... (nunca había sitio para la imaginación). Después de la primera revista, hacíamos deporte. Los chicos con los chicos, las chicas con las chicas. Ellos seguían el tópico machista de la fuerza bruta; nosotras, deportes más «suaves». Era vergonzoso pero, ahí dentro, de lo más normal. Después, higiene. Después, desayuno. Después, ordenar las tiendas. Después, oración. ¿Oración? Sí, después oración. Después,

la actividad de la mañana. Como yo había llegado más tarde y no era monitora, me metieron en un grupo de intendencia.

—¿Quieres cocina o intendencia?

—Intendencia.

—Te lo pasarás de puta madre.

—Seguro...

Montábamos letrinas y mesas, cavábamos, tensábamos cuerdas, íbamos a descargar la furgo, preparábamos la leña para la hoguera de la noche. En esta zona no puede encenderse fuego, ¿entendido? Entendido. Nosotros, saltándonos las leyes de los forestales, prendíamos fuego. La palabra de Dios no nos iluminaba suficiente. A mí me gustaba mi trabajo porque podía ir a mi aire y hablar con Manu y Clara. Contarnos cómo veíamos la vida, renegar de los padres, insultar a alguien del campamento, reír de cualquier chorrada. A veces te encontrabas con gente que miraba el mundo desde tu punto de vista, es cierto, pero lo que más me fascinaba de ellos era la bondad; tenían una bondad que yo perdí años más tarde a golpe de cinismo y decepciones.

Después de la ventolera, vino la lluvia del primer día.

Y me encarcelaron en la tienda. No estaban ni Clara ni Manu para pasar el rato. Y aquellas estúpidas, mientras se acercaba el diluvio universal, seguían hablando de si Pablo aquella noche haría vivac.

La lluvia de campamento nunca es discreta. Es una lluvia salvaje que te recuerda que allí tu cobertura, tú civilización, son un chiste, una migaja. Y el repiqueteo constante sobre la tienda sonaba como una amenaza.

De improviso, apareció Robert, el típico crío que quería ser abogado y siempre estaba moreno, el mejor amigo de Pablo, y abrió la cremallera de un tirón.

—A la colla de los pequeños se les ha inundado la tienda.

—¿Cómo? —preguntó una estúpida

—Estaba mal clavada. Se les ha inundado. Tenemos que recolocarlos en otras tiendas. Y necesitamos gente.

—¿Y qué haremos para cenar?

Robert se tragó la respuesta para no herir sensibilidades.

—Cada colla cenará en su tienda. Mònica, tú eres de intendencia, ¿vienes conmigo? —me preguntó, aunque en realidad era una exigencia.

—Llueve mucho. —Era una excusa y sonó todavía peor.

—No me jodas —replicó burlón—. ¡Venga, hostia! ¡Vamos!

Me tiró del brazo y salí de la tienda sin impermeable y con una deportiva agujereada. Llovía tanto que a duras penas se veía a dos metros de distancia. Era una cortina de agua. Chof, chof. Los pies empapados. Me cagué en todo no sé cuántas veces. Con lo bien que hubiese estado yo en aquel momento memorizando fragmentos de Shakespeare en vez de acompañando a mocosos malcriados a las tiendas de sus hermanos mayores, más malcriados que ellos, para después empezar a montar de nuevo su tienda inundada.

—Ponte impermeable.

—No tengo.

—Acabarás con un buen constipado —me avisó Robert.

Y tenía toda la razón.

No sé cuánto tiempo pasé clavando y tensando... Se hizo de noche. La lluvia amainó. Era más fina, pero calaba igual. No cené; Manu me llevó un pedazo de pan con un trozo de fuet, pero no tenía hambre. Me picaba la garganta. Cuando llegué a mi tienda, me desnudé —temblaba de frío— y me metí dentro del saco, deseando que fuera un agujero negro y que, por arte de magia, por alguna extraña conjunción física, apareciese en la cama de mi casa, junto al calor de mi madre y su zumo de jengibre.

A la mañana siguiente me desperté con treinta y ocho de fiebre. Me dolía hasta el último hueso y el último músculo, me picaban los ojos y me ardía la cabeza.

Ninguna de las estúpidas me dijo nada cuando sonó el silbato, se despertaron y salieron corriendo. Después, un rato de paz. Y, de pronto, el responsable

gritaba mi nombre. ¡Mònica! ¡Mònica! Se hizo un silencio espeso que me señalaba.

El toldo de la cocina, aquella noche, había vuelto a salir volando más allá del río.

Paseo por la Boquería, donde he establecido mi segundo despacho. He venido caminando tranquilamente desde el primero, situado en la Vía Augusta de Barcelona, para bajar la cena de anoche con Rubén. Todavía sufro la acidez y la desmesura de la noche. Rubén es muy buen amigo, quizá el mejor, pero es muy pesado. Está estupendo para la edad que tiene, con unos abdominales en perfecto orden de revista fruto de ir cada día al gimnasio y de comer como un pajarillo. A mi regreso de Nueva York, me quería ver de forma inexcusable y me exigió una cena. Como hacía tres noches que maldormía por culpa del jet lag, decidí aceptar la cita en horario europeo: a las nueve de la noche.

—Escojo yo la comida, pagas tú —le solté.

—Lo que haga falta —me respondió—. Todo sea por verte.

Mira que es dulce cuando quiere. Como Rubén tiene un buen empleo de abogado, me convocó a cenar en un restaurante pequeño, casi minúsculo, pero en el que se come de maravilla: el Gresca, en la calle Provença a la altura de Enric Granados, una calle que baja en la que cada vez hay más restaurantes, muchos de ellos neoyorquinos.

El Gresca lo descubrí cuando me llevaron mis amigos Salvador e Ignasi. Son dos gastrónomos que saben comer y conversar; si los tienes cerca, te sientes más seguro. Siempre hay que hacerles caso..., hasta cuando se equivocan. Donde nunca fallan es en la elección de restaurantes. Por eso cuando Rubén me citó en el Gresca solté un viva entusiasmado.

Llego cinco minutos antes de la hora acordada y, plantado ante la puerta, me

encuentro a Rubén. Dos besos de cortesía y adentro.

—Buena elección, cabronazo.

—Gracias. Sabía que te gustaría.

Nos sentamos a la última mesa, pegada a la cocina, que está descubierta para el público, fiel a esta nueva moda de enseñarlo todo. Nos traen la carta y pedimos el vino, un Cotino Reserva de treinta euros; a lo grande, que un día es un día. Rubén ha venido limpio, aseado y planchado. Con una camisa azul celeste, americana clara y pantalones oscuros. Intento estar a la altura, aunque debo de gastar un par de tallas de pantalón más que él y le saco un palmo de alto y de ancho. Todo el mundo dice que estoy de buen ver, pero mi voluntad de ligar es negativa y la de Rubén siempre está en perfecto estado de revista.

—¿Cómo ha ido por Nueva York?

La pregunta de Rubén siempre busca la segunda connotación: nada de turismo, de trabajo... nada. La pregunta es un eufemismo de «¿Qué, has follado?».

—Ha ido muy bien. He conocido un par de restaurantes indispensables, incluido un chino, de esos en los que tú solo aceptarías entrar acompañado por el director general de la OMS. ¿Tú bien, también, por Barcelona? —le repregunto desde el fondo de la pista con un revés a dos manos, pasando al ataque.

—Muy bien. He conocido a un chico que es médico, de buena familia y con casa en Sant Cugat. Una oportunidad única.

—Coño, Rubén. Pues tira adelante, tira.

—No, si tirármelo ya me lo tiro, pero no lo puedo pasear porque todavía está en el armario y solo una amiga suya sabe la crueldad por la que está pasando.

Abro los ojos en señal de sorpresa.

—Sí, Albert. Lo siento, pero es así. Tiene treinta y siete años.

Abro los ojos más todavía.

—Y es hijo de un militante del PSC. Un delirio, en otras palabras. Pero claro, no puedo forzar algo que nadie quiere, y menos con un tío al que acabo de conocer. Viviremos con esta rareza hasta que se arme de valor.

—Que sea hijo de socialista no tiene nada que ver. Hay gente de izquierdas que es más rancia que otra de derechas, pero los hijos son siempre un misterio hasta que salen. Mientras tú estés bien...

—Sí. Lo estoy. Pero qué, ¿por Nueva York bien? —vuelve a atacar.

—Mucho.

Y entonces entramos en pequeños detalles sin importancia. Que como se llama el chico de Sant Cugat (Pol), que si Jordan sigue estando buenísimo, que cuando vuelvas a Nueva York iré contigo, que si sé algo de Eduard...

—No sé nada de Eduard. Y no me lo preguntes más.

Eduard es un chico que, hace unos cuantos meses, me robó el corazón durante una semana. Pero después decidimos no saber nada el uno del otro.

—Eres un idiota, Albert. Un solemne idiota.

—Te he dicho que basta, hostia.

—Pero si Eduard te entusiasmaba. Y me parece que tú a él también. No entiendo cómo...

—¡Basta! No me llama. Señal de que pasa de mí.

—Y tú tampoco le llamas a él, so memo. Haz el favor de no decir chorradas. Sois dos muros; dos cabezotas.

—Rubén, o te callas o me largo y te quedas solo.

Llega el camarero.

—¿Habéis mirado la carta?

—No, pero trae lo que quieras —le digo—. Los *highlights* del restaurante. Media docena de ostras, esa ensaladilla rusa que hacéis, jamón y pan con tomate...

El camarero va apuntando.

—Cuidado, Albert. No te pases —me dice Rubén, asustado.

—Cuidado, los cojones. Tú come lo que puedas, que yo comeré lo que quiera.

—Recomiendo un poco de lengua fileteada —sugiere el camarero.

—¿Lengua? —exclama Rubén—. ¡No!

—¡Sí! —respondo yo—. ¿La has probado alguna vez?

—No.

—Pues cállate la boca —le ordeno alzando la mano—. Tráela, por favor. ¿Y tenéis aquellas sardinas marinadas?

—Sí.

—Pues trae un par.

—¿Habéis probado los fideos con setas de Burdeos? ¿O el bacalao con yogur y almendras tostadas?

—Los fideos, sí, pero para cenar.. un poco excesivos. —Sonrío al camarero mientras Rubén me mira con cara de alivio—. Pero el bacalao, de acuerdo.

El camarero, con la ayuda de un puntero, toma nota en una máquina de lo que vamos pidiendo.

—Yo pararía —dice Rubén mientras me echo a reír al ver la absurda angustia de mi compañero de mesa. A este chico no se le puede sacar de casa. Si cuando te sientas a la mesa de un restaurante, en vez de disfrutar, sufres, quédate en casa.

—¿Para beber? —pregunta el camarero.

—Un Clos Lenticus. —Ese vino lo conocí hace años. Un xarel·lo, blanco del Penedès, elaborado por unos viticultores de Sant Pere de Ribes. Excelente.

—Un Clos Lenticus —repite el joven buscando el nombre con el puntero—. De acuerdo.

—¿No quieres hablar de Eduard? —insiste el pesado de Rubén.

—A ver, Rubén. Hace días que no te veo, me cuentas tu vida y me entusiasma tu felicidad, pero te suplico que dejes de preguntarme por Eduard porque no hay nada que explicar. Nada. —Me paso un poco subiendo el tono. La proximidad de las mesas hace que los ocupantes de la que tengo a la izquierda nos miren como reclamando que bajemos el volumen.

—Solo quiero hacerte una pregunta sobre el tema. ¿Puedo?

Resoplo.

—Si solo es una, adelante.

—Tienes ganas de volver a verlo.

Silencio. Y más silencio. Demasiado silencio.

—No —respondo.

Aún más silencio. Y una mirada larga que le sostengo un par de segundos como mucho.

—Sé que me mientes. Lo sé, pero te he dicho que solo era una pregunta y punto.

—Te lo agradezco, Rubén.

—Sí. Mi error ha consistido en que la pregunta tendría que haber sido: ¿Me prometes que no me mentirás?

—¿Crees que te he mentido? —le pregunto.

—Esa pregunta debilita al león.

Y el camarero nos trae unas ostras que, al compás de la pimienta y el limón, empiezan a bailar dentro de la concha.

Si se accede por la entrada principal de la Boquería, el puesto de Fidel queda a la izquierda, relativamente cerca del restaurante de mis amigas. Hay veces en que la simplicidad es efectiva y otras en las que, sencillamente, es. El puesto se llama Pollería Fidel. Ninguna pomposidad. Ningún nombre anglosajón, ni juegos de palabras ni nada. Dos palabras, dos informaciones. ¿Qué se vende y quién lo vende? Pollería Fidel. Y vas que te matas.

Hoy el puesto está cerrado, lleva unos días así, porque me temo que, si alguien no hubiese tomado esa sabia decisión, entre todos habríamos convertido el sitio en una especie de *photocall* del asesinato. Es lo que ha pasado estas últimas semanas en la Rambla. La hemos convertido en un parque temático del dolor desde el atentado yihadista. La gente pasea mirando esa especie de reclinatorios en los que hemos convertido el lugar donde, supuestamente, la furgoneta se llevó por delante a un montón de personas y va depositando flores, muñecos de peluche... ¿Hay algo más cruel que buscar el dolor emocional con un puto oso de peluche? ¿Quién piensa cuando se levanta: «Pondré un muñeco donde vi por la

tele que supuestamente habían atropellado a un niño»? ¿Qué le pasa por el cerebro a la gente que hace esas cosas? Y velas. Las putas velas, la oscuridad, la búsqueda de la pena, el drama, el llanto, la angustia, el Trankimazin, el psicólogo... Y encender velas rojas. Y mira la Rambla, qué sentimiento más bonito. Seguro que sí. Seguro que mucha gente lo agradece. Muchos familiares de las víctimas, quizá, también, pero observemos la maldad buenista de la ciudadanía. Lo más importante es sacarnos la foto o el selfie al lado de la noticia. Las redes nos lo han enseñado así. No eres nada si no estás. «*I was there*», y clic, clic de la cámara. No ayudamos al herido, lo fotografiamos. No nos hacemos cómplices del dolor, lo retratamos. Tan cruel como suena.

Y hoy, si la persiana metálica de la Pollería Fidel no estuviese bajada, pasaríamos todos por delante, en peregrinaje, sacando fotos de un gancho que, aunque no fuese el de verdad, diríamos que es del que colgaron a aquella actriz del Romea de madrugada. I si hubiese un charco de sangre en el suelo, mejor que mejor.

Por suerte en la vida hay gente sensata, y la persiana está bajada. Aun así, todavía se puede avistar a un par de señoras de sesenta y tantos años que observan quietas justo delante del puesto mientras una chica de unos treinta aprovecha para sacar una foto que caducará cuando tenga llena la memoria del teléfono y haya que borrarla para dejar sitio a otras. Me juego los huevos a que esta será una de las fotos que borre esta inconsciente.

Me pongo delante y observo a Fidel. Lo conozco porque los telediarios locales y estatales e informativos diversos han abierto con su cara y tiene un rostro realmente especial, de un tono rosado, con el pelo de un rubio oxigenado con la raya a un lado y peinado todo hacia la izquierda. Debe de rondar los sesenta años y viste para la ocasión con unos vaqueros que parecen comprados hace poco, una camisa azul celeste y unos zapatos viejos y desteñidos. En general da impresión de antiguo. Él ya es muy antiguo, la vestimenta también y el peinado ni te cuento.

No sabe quién soy, pero al verme parece que me conociese de toda la vida.

—Hola, señor Martínez.

No pongo cara de sorpresa porque me haya identificado sin ser yo una persona conocida. En Google pones mi aburrido nombre y apellido (Albert Martínez) e «investigador» y salen un puñado de fotos sobre la época en la que resolví el caso del hombre que cayó aquí cerca, en el espigón de la Mar Bella.

Le saludo con un apretón de manos. Tiene cara de muerto, está abatido. Si yo fuese de los que juzgan a primera vista diría que es imposible una representación teatral tan impecable si se quiere disimular una culpabilidad. Nada más verlo, descartaría de buenas a primeras que tuviese algo que ver con la muerte que investigo.

—¿Cómo está? —le preguntó por cortesía.

Se encoge de hombros.

—¿Puede subir la persiana? —le reclamo.

En tres minutos tenemos el puesto listo.

—Pues cómo quiere que esté, mal. Con lo que cuesta sobrevivir a las miserias de trabajar en un mercado municipal, para que encima digan que en mi puesto ha aparecido un cadáver colgando.

—No se preocupe por eso. En la sala Bataclan mataron a más de cien y es un centro de peregrinaje parisino. Hágase a la idea de que a partir de ahora venderá más, pero piense también que no lo hará por el producto que ofrece sino por el morbo que causa el lugar. De hecho, ¿me podría señalar dónde encontró el cuerpo?

Fidel toca una barra con el dedo.

—Aquí había un gancho, como esos otros. —Me enseña unos cuantos que tiene al lado, de los que cuelgan juraría que faisanes, perdices y pollos—. El gancho estaba clavado en el cuello de la chica, pobrecita, y le salía por encima de los dientes. Un desastre.

—Pero —le atajo— es imposible que la barra esta que veo aquí encima aguante el peso de la chica...

—Es que la barra no aguantaba el peso de la chica. El cadáver estaba como

medio sentado en el mostrador. Por lo tanto, el peso lo cargaba sobre el culo, apoyado en el tablero, y sobre los pies, que estaban encima del género. En forma de cuatro.

Eso quería decir que aquello había sido una *performance*. El asesino quería mostrar un baño de sangre, pero no había sabido hacerlo. Si cuelgas el cadáver de un gancho, tienes que saber que en un puesto de mercado la barra aguanta el peso de un gallo, pero no el de una persona. Por lo tanto, el asesino daba muestras de crueldad, pero a la vez de que no era un profesional del ramo. Que hubiese colocado el cadáver de forma chapucera, casi sentado pero enganchado por el cuello, quería decir, en primer lugar, que no había tenido tiempo de hacer otra cosa, es decir, que estaba atemorizado; en segundo lugar, que no era un asesino en serie. Un asesino en serie jamás hubiese cometido una ridiculez parecida: si vas a colgar a alguien, hazlo en un puesto que tenga barras gruesas, capaces de aguantar un peso de sesenta o setenta kilos, y lo traes estudiado de casa; en tercer lugar, apostarí a que había sido un trabajo en equipo, es decir, obra de un mínimo de dos personas. Era poco probable que alguien compusiera aquel retablo en solitario.

—Cuénteme a qué hora se encontraron esta escena y cómo pasó todo —le pido a Fidel.

—Cada mañana llego al puesto hacia las seis. A esa misma hora, Ramos ya está aquí con la furgoneta y el género que traemos de Mercabarna. Ese día, casualmente, llegamos los dos a la vez. El puesto se abre a la vieja usanza. Se mete la llave en un candado grueso y raaaaaas. —Pronuncia la onomatopeya de la persiana que se levanta—. Y lo mismo con los cuatro candados que tenemos. Tres que dan al centro de la Boquería y otro que hace esquina y que mira hacia la Rambla. Cuando meto la llave en el primero, veo que está forzado. «Cagontó», me digo. Miro los otros dos de al lado y también. Le pido a Carlos a gritos que suba las persianas de inmediato. Y él sube aquella —señala la de la derecha— y yo esta —la que tiene delante— y nos encontramos con aquel panorama.

—¿Y qué hace?

—Joder, primero no hago nada. Pienso en no tocar nada y mirarlo todo. Es curioso, pero lo primero que me hizo sufrir fue el género; cuánto me costaría la broma. Después pensé que tendría que defenderme de algo que no había hecho y, al final, en qué pensarían mi mujer y mis hijos. Y después miré si todavía respiraba, pero era imposible.

—Normal. Siempre pensamos primero en nosotros mismos. Descríbame la escena que vio, por favor.

—Estoy acostumbrado a la sangre. La sangre y yo somos amigos. Cuando cortas aves, siempre ves mucha, pero nunca había visto tanta. Me dio mucho asco. Tenía la cara ensangrentada por la herida del gancho. La blusa o camisa estaba totalmente roja, los vaqueros también estaban llenos de sangre. Y el suelo..., uf, había un charco enorme. En el puesto había poco género porque siempre lo guardamos en una cámara frigorífica, pero aquí dejamos todo lo envasado y que no corre peligro de ponerse malo. Estaba todo descolocado y encharcado.

—Su ayudante, ese tal Ramos, ¿qué hacía?

—¿Ramos? Llamó al 112 y al cabo de cinco minutos ya teníamos aquí a una patrulla de los Mossos y de la Guardia Urbana. Decidieron cerrar el mercado y no dejar que entrase nadie por ningún sitio: ni turistas, ni compradores ni trabajadores.

—¿Conocía a la víctima?

—Ni puta idea.

—¿De nada?

—De nada.

—Una última cosa: ¿cuántos vigilantes tiene la Boquería de madrugada? Si se fuerzan cuatro candados, se suben persianas y se cuelga a una mujer, se produce un ruido evidente.

—Hay un vigilante.

—¿Sabe cómo se llama?

—Ni puta idea.

—¿Se llama Ni puta idea?

Fidel se ríe con cara de pensar que soy un impertinente.

—No sé cómo se llama, la verdad. Además, van cambiando de turno y no me fijo demasiado.

—¿Tiene más empleados?

—Sí, una dependienta que llega hacia las seis y media cada día y otro ayudante que llega a las ocho y que hace media jornada.

—Muy bien. Convóquelos mañana a las ocho de la mañana, que quiero hablar con ellos.

—Ahora les llamo.

—Ahora sí, lo último: por lo que sabe de aves, ¿sería posible matar a un animal de esos solo clavándole el gancho en la papada?

—¿Cómo? ¿Con el gancho en el cuello y colgado?

—Exacto.

—A los animales puede matárselos de muchas maneras. Esa que dice sería directamente una tortura. Tardaría mucho rato en morir y los gritos serían insoportables.

He desayunado en un pequeño bar que hay muy cerca de la Boquería. Me he atizado una tortilla de bacalao, un poco salada para mi gusto, con una copa de vino tinto más apropiada para un asado que para acompañar un tentempié de buena mañana. Excuso mencionar el nombre porque pienso que a lo mejor tuvieron un mal día. Me he tomado un Omeprazol, por si acaso. Después de meterme un matarratas como ese vino y un exceso de sal, más vale blindar el estómago.

Aprovecho para llamar a Pérez Navarro, un amigo mío comisario de los Mossos d'Esquadra. Siempre colaboro con los Mossos en mis investigaciones. Estos días no le he querido incordiar por el trabajazo que habrán tenido con los atentados de la Rambla, pero ahora necesito que me haga un favor.

—¿Cómo va, comisario?

Su voz es afable, siempre dispuesto a echar una mano.

—Me han contratado los del mercado de la Boquería por el caso de la chica asesinada. Al margen de lo que he leído en la prensa, que se llamaba Paula Cellar, era actriz y estaba representando una obra en el teatro Romea, ¿tenemos algún dato nuevo?

—No. El caso lo llevamos nosotros y me alegro de que te hayan contratado. Nos vendrás muy bien. Con la mierda del atentado no tenemos gente suficiente para dedicarnos a otros temas. Vamos al ritmo que marca la prensa. Ahora, todo atentado y un poco de actriz. Ese poco es insuficiente. Nos vendrás de puta madre, Albert.

—Déjalo en mis manos, comisario. Me tienes que dar la autorización para ir a ver el cadáver al Instituto.

Cuando hablamos del Instituto nos referimos al de Medicina Legal y Ciencias Forenses. Son ellos quienes reciben el cadáver y le hacen todas las pruebas pertinentes, basadas en una exploración física que después detallan en un informe. Tengo varios amigos dentro, en especial la doctora Elena Forés y el doctor Joan Roca Maig.

El comisario Pérez Navarro me asegura que ahora mismo envía por correo electrónico la solicitud de un pase con carácter de urgencia. Enseguida recibiré la confirmación en mi mail.

El Instituto de Medicina Legal y Ciencias Forenses de Barcelona está situado en la Gran Vía. La entrada es fácil. Dos y dos son cuatro si no nos complican las cosas. DNI, figuro en la lista de invitados, una pegatina y para adentro. Un clásico de los investigadores. Pregunto por el doctor Ricard Vander, un médico catalán de ascendencia belga, una eminencia en lo relativo a desmenuzar cadáveres de forma científica. El doctor Vander es un mayor joven. Debe de rondar los cincuenta años y parece que tenga treinta. Aspecto juvenil, con el pelo oscuro, casi negro, alto y fuerte. Me recibe en bata azul y con la mascarilla bajada hasta el cuello. Me da la mano con educación y sonrío:

—¿Qué, Albert, otra vez por aquí?

—Un clásico de este trabajo.

—La actriz, claro.

—Pues sí. Me han dicho que la pobre da pena.

—Sí. Es un drama, lo que se dice una chapuza. Quien haya cometido esta carnicería es un sinvergüenza. Un desastre de asesino. La cosa se le ha ido de las manos.

—Si no sabes de bricolaje, mejor que no claves clavos.

—Exacto. Un pobre desgraciado.

El doctor va abriendo puertas. Me acompaña a una especie de planta inferior con mucho acero inoxidable hasta que llegamos a una sala donde, por el ojo de buey de la puerta, observo un cadáver tapado. Antes de entrar me obliga a ponerme la bata de médico y la mascarilla. Empuja la puerta y entramos.

—¿Preparado?

—Venga, dispara.

Y retira la sábana azul para dejar a la vista la inocencia de una de las actrices más reconocidas de la escena catalana.

El cuerpo femenino de Paula Cellar queda destapado. Impresiona incluso a un gay como yo. Por usar una expresión que indignaría a las feministas dada la frialdad de la situación, Paula está exquisita a la vista, repasándola de arriba abajo. A pesar de la sangre seca que los forenses no pueden tocar, a pesar de la cara desencajada y trinchada por un gancho clavado con torpeza, a pesar de que no puede ni reconocérsela, el cuerpo ha quedado indemne ante tanta maldad.

—Joder, pobre —es lo único que me sale al ver a Paula desnuda, inmóvil, difunta.

—Sí, un desastre. Hemos encontrado dos tipos de sangre en el puesto del mercado.

—Dos personas.

—Pero no podemos hacer pruebas de ADN a todo el barrio. Creo que la chica

intentó defenderse. Esa sangre solo nos servirá si la hacemos coincidir con el ADN del asesino.

Hago una pequeña pausa como homenaje o recuerdo antes de acercarme hasta quedar a un palmo de la cara. Tiene un agujero evidente por debajo de la barbilla y la dentadura fraccionada por la entrada forzada del gancho. Tiene la boca abierta, como si le durase el susto del momento, a pesar de los ojos cerrados.

—Evidentemente, doctor, esto del gancho es pura ficción.

—¡Hombre, desde luego! —me responde para certificar mi afirmación.

—No murió de este ataque salvaje a la cara.

—Descartado por completo.

—Solo queda la opción de que la sometieran a tortura y alguien fuerte le clavase el gancho en vivo, la desangrara y oficiase una especie de ritual antiguo de la matanza del cerdo. O porque es un psicópata o porque es novato en estas lides y quería ocultar la verdadera causa de la muerte.

Miro al doctor Vander.

—Envenenada —digo, sobrado.

—En efecto, Albert.

—Si no hay señal alguna en el cuerpo, y no la hay, ni golpe en la cabeza ni perforación evidente, el veneno tiene todas las papeletas.

—Dos y dos son cuatro.

—En el mundo de la investigación, no siempre.

—En el de los forenses, sí. Y esta chica murió de un cóctel de diferentes sustancias: ricino, cianuro de potasio y neostigmina.

—Un buen cóctel.

—Sí, casi el que asesinó al hermano de Kim Jong-un.

—Interesante. El líder de Corea del Norte.

—Sí. Solo le faltó el efecto letal total, la tetradotoxina, difícil de encontrar en el mercado.

—¿Tetradotoxina?

—Sí, el pez globo japonés. Una exquisitez siempre que te lo limpien bien.

Arma letal absoluta.

—¿El asesino sabía lo que hacía?

—Por la mezcla de cantidades que hemos encontrado, apostaría a que todo se le fue de las manos.

Pensaba que la fiebre sería un bálsamo, que podría dormir cuanto quisiera y recuperar fuerzas. Clara me trajo un caldo caliente y un ibuprofeno.

—Me lo ha dado Sara.

La cabrona no vino a verme. Estudiaba Medicina, la había llevado hasta el campamento en coche, pero no me podía dedicar ni diez minutos de su maravillosa existencia por si necesitaba algo.

—¿Cómo te encuentras?

—He pasado muy mala noche, pero creo que hoy estoy un poco mejor.

—Descansarás todo el día, ¿verdad? —Me costaba descifrar el tono de Clara.

—Sí.

—Mejor, así mañana podrás hacer el enemigo invisible.

—¿Es mañana? —Había perdido la noción del tiempo.

El enemigo invisible era, en pocas palabras, el típico juego navideño que hacen los grupos de amigos pero con un pequeño cambio: en vez de hacer un regalito de menos de diez euros y desearse un feliz año nuevo, se trataba de hacerle la vida imposible a quien te tocara. Podía parecer una estupidez (de hecho, lo era), pero despertaba la imaginación de toda aquella gente gris que habitaba a mi alrededor. Despertaba la capacidad de inventar malas pasadas, situaciones incómodas y ridículos extraordinarios. No se resumía en el mero expediente de regalar un ramito de ortigas y un que te den por saco (porque dar por culo en aquella agrupación no se podía). Tan importante era ser letal con

quien te hubiese tocado, como cubrirte las espaldas porque eras el objetivo de algún fanático.

Al día siguiente, cuando salí de la tienda, sin fiebre y con la boca seca, experimenté otra vez aquella sensación que había olvidado: volvía a brillar. Brillaba. Lo detecté en los ojos de los más pequeños, que se acercaron a saludarme, en plena formación, y a darme las gracias por montarles la tienda bajo el diluvio. Qué monos eran. Pijos y malcriados, pero monos. Era la primera alegría desde que había pisado aquella condenada montaña. El problema de brillar es que la luz que desprendes siempre deslumbra a alguien y siempre suscita envidias. En los escenarios de la escuela o del grupo de teatro de aficionados me traían sin cuidado las envidias porque las destrozaba réplica a réplica, pero allí a las estúpidas que querían sincronizar la regla les ofendió mucho mi capacidad única de brillar. Y claro, querían venganza.

—En este saco —dijo el responsable— está el nombre de todos los jóvenes del campamento.

Los niños pequeños, por razones obvias, no jugaban al enemigo invisible.

—Id cogiendo uno a uno y, sobre todo, no lo compartáis con nadie. Si alguien hace trampas, incluiremos su nombre dos veces y, en vez de uno, tendrá dos enemigos invisibles, ¿de acuerdo?

¡Sí, capitán, mi capitán!

Fui de las últimas en sacar el papel prodigioso que me devolvería a la diversión infantil con un punto de maldad. Nadie miraba a nadie. Nadie quería delatarse.

Inés.

¿Quién era Inés?

No podía preguntarlo, pero no sabía quién era. Todas las chicas de aquel campamento tenían cara de llamarse Inés.

—Manu, ven un momento. —Manu se meaba de risa, se emocionaba con esos juegos.

—Dime...

—Tengo que hacerte una pregunta.

—No puedo ayudarte, Mònica.

—Venga, no seas imbécil. Me ha salido un nombre y no sé quién es.

Hizo una pausa sopesando algún motivo oculto.

—¿Es mujer? —preguntó como un robot.

—Sí.

—Estás de suerte, las conozco a todas. Puedes preguntarme nombre, edad, aficiones y color preferido de ropa interior.

—Inés.

—Inés... ¿qué más?

—Inés Rodríguez.

—¡Ah, la Rodri! Guapísima. Lo han dejado con el novio hace tres semanas. Todavía está blandita, por eso estoy aprendiendo a tocar un par de canciones con la guitarra; una de estas noches pediré hacer una guardia con ella. Dice que le hago reír mucho. ¿Qué te parece?

—¿Es esa de allí? —Señalo a una rubita con los ojos azules.

—Sí. Creo que el novio la ha dejado. Dato importante, porque eso significa rencor. Dato todavía más importante, porque significa dolor y que tal vez, precisamente ahora, está vulnerable, ¿me explico? Por lo tanto..., en pocas palabras, tengo posibilidades. ¿Lo has oído, Mònica? A la Rodri hay que cuidarla. ¿Me cambias el papel?

—¿Qué?

—Quiero que sea mi enemiga invisible.

—No.

—¿Por qué?

—Porque no me da la gana.

—Va, pídemelo a cambio —insistió Manu.

—¿A quién tienes tú?

—A Pablo. Un pedazo de pan. No sé cómo hacerle la vida imposible.

Cuando pronunció el nombre de Pablo, dudé. Sabía de algunas que hubieran

matado por aquellas dos sílabas. Seguro que era la envidia de todas las estúpidas de la tienda. Pero ¿cómo podía hacerle una putada? ¿Qué podía hacer?

—De acuerdo —respondí sin pensarlo más.

—¿Sí? ¡Uau! ¡Te debo una, Mònica!

Me abrazó. Era la primera vez que allí me abrazaba alguien. Y era un abrazo cómplice, de amigos, de nos lo pasaremos genial. Aquella alegría transitoria me hizo olvidar que mi nombre reposaba en un papelito guardado en algún bolsillo.

Al pobre Manu le tiraron el saco de dormir al río. A Clara, unos vándalos le embadurnaron con cera de depilar aquella cabellera tan larga que tenía mientras dormía la siesta; cuando me la encontré en la tienda tenía tanta rabia en el cuerpo que juraba y perjuraba que los mataría a todos. A un pobre monitor que le faltaba un hervor lo ataron a una bala de paja de uno de los campos del payés. A medida que pasaban las horas, la tensión aumentaba. Algún escupitajo en la comida, pasta de dientes en las zapatillas...

Y aquella tarde se me acercó Pablo. Yo cargaba con una brazada de ramas para la hoguera. Él se paró y se quedó plantado, mirándome, desafiante. Esperaba a que yo dijera la primera palabra, pero callé.

—¿No vas a decir nada?

—¿Qué quieres que diga?

—Ya lo sé, eh..., ya lo sé.

—¿Qué sabes?

—Mòòònica... —dijo alargando la o con tono amenazante.

—¿Quién es tu enemigo invisible? —le pregunté.

—Eso no es importante. Lo que importa es que he atrapado a mi enemiga... visible.

¿Quién cojones se lo había dicho?

—Y ahora te preguntarás —prosiguió él con su tono de fanfarrón de tres al cuarto— que cómo cojones lo sé.

—No. —No quería darle el gusto.

—A mí también me gusta el teatro, ¿sabes?

—¿Ah, sí? ¿Cuál es la última obra que has visto...?

Guardó silencio mientras buscaba un nombre, intentando encontrar en su memoria una obra de teatro lo bastante digna para impresionarme.

—*Los pastorcillos*.

—Qué nivel... —Seguí caminando.

—¿Quieres que te cuente un secreto, Mònica?

—A ver... —Era pesado este Pablo, sobre todo porque se sabía encantador y los que se lo tienen creído dan un poco de pena.

—Sé quién te dio mi nombre.

Puto Manu.

—¿Y cómo lo sabes? —pregunté imitando su tono de voz.

—Porque le di el papel y le pedí que te lo diera a ti.

—¿Cómo?

Entonces esbozó una sonrisa desafiante. Manu, mi amigo, el del abrazo cómplice, había urdido una estratagema para hacerme creer que quería ligarse a una tal Inés Rodríguez. Y yo, pobre de mí, me había tragado el anzuelo. Conociéndolo, quería ligarse a Inés y quedar bien con Pablo. Dos pájaros de un tiro.

Pablo se situó a mi lado. Se me había caído la cinta del pelo y yo, perezosa de nacimiento, por no dejar la leña en el suelo llevaba la melena despeinada.

—Espera.

Me apartó el pelo de la cara con tierna naturalidad.

—Ya está.

—Gracias.

Y empezamos a caminar juntos. Él llevaba una camiseta sucia de barro y unos vaqueros cortados por las rodillas. A mí la punta del dedo gordo me saludaba por un agujero de la deportiva. Cuando ya llevábamos unos minutos, me cogió de las manos unas cuantas ramas.

—¡No, no hace falta, de verdad!

Con un gesto de «calla, mujer», las cargó.

—¿Por qué no me has hecho nada todavía? —inquirió mirando al frente, como si fuese una pregunta retórica.

—¿Cómo sabes —contesté— que todavía no te he hecho nada?

Pablo se rio.

—Tienes razón, te lo preguntaré de otra manera. ¿Me has hecho algo? ¿Tengo que preocuparme por algo?

—No, no tienes que preocuparte por nada.

—¿Y por qué no has jugado al enemigo invisible?

—¿Quieres que te diga la verdad? —Me encantaba responder a una pregunta con otra—. Porque eres buen tío, porque iba a hacer algo pero, al ver las putadas que le han hecho a Clara, se me han quitado las ganas. Eres buen chaval.

Aquellas palabras pretendían ser un halago, pero Pablo se las tomó a mal o, como mínimo, fingió que le sentaban mal. El maravilloso juego del flirteo veraniego, lejos de los padres y del fracaso.

—¿Cómo que soy buen chaval? Buen chaval... —repitió con un énfasis ridículo—. Es lo mismo que decirle a un tío que quiere ligar contigo que es simpático... O sea, rechazarlo con educación; ¿me estás rechazando?

—¿Quieres que te rechace?

—No, no quiero.

Estábamos llegando al campamento y Pablo se me acercó mucho, con lo que hizo trizas esa pequeña distancia que separa la incomodidad del placer.

—Lo que no te has atrevido a preguntarme es por qué le pedí a Manu que te diese el papel.

—No, no te lo he preguntado porque ya sé la respuesta.

—¿Ah, sí?

Preferí callar. Era más bonito que nos quedáramos con la intriga. Llegamos al campamento y, antes de dejar las ramas, Pablo me dijo que esa noche haría guardia de dos a cuatro, que eran las horas más solitarias, y que si quería hacerla con él. Le respondí que me lo pensaría.

A la mañana siguiente salíamos de ruta muy temprano. Haríamos el pico de

Peguera y no sé cuántos kilómetros más, sería muy cansado y echaría de menos Barcelona, pero me apetecía pasar aquella noche con Pablo y emborracharnos de cerveza barata.

A las dos me sonó la alarma del reloj. Me puse las deportivas y, cuando ya tomaba el camino hacia la hoguera, apareció, corriendo como una furia, una persona encapuchada —reconocí por la voz que era una chica—, me pegó un empujón y me caí al suelo. Feliz día del enemigo invisible. Ya no me levanté. Mi agresora llevaba en las manos dos boñigas de vaca del tamaño de dos ensaimadas; una me la tiró a la cara y me emplastó todo el pelo, y la otra, la hija de la gran puta aprovechó que gritaba para metérmela en la boca hasta llenármela de mierda, de mierda, de mierda, de mierda de vaca.

Del asco, vomité.

Mierda y vómito.

Y después la encapuchada desapareció.

Unos cuantos chicos salieron de las tiendas para ver qué era aquel jaleo. Me enfocaban con las linternas y no sé qué coño comentaban.

Pero nadie hizo nada, solo me miraban.

Corrí hacia el río. No quería que Pablo me viese de mierda hasta el cuello, literalmente. Estaba oscuro y yo no llevaba linterna. Nadie salió a ayudarme. Apestaba tanto y tenía la boca tan pastosa de estiércol que no podía parar de vomitar, como una fuente. El agua del río no es que estuviera fría, era hielo... Quería llorar, pero no podía entretenerme, debía lavarme, limpiarme el pelo de mierda, la cara, las manos... Me tiré dos horas —nadie fue a ayudarme— temblando y gimoteando... y a la mañana siguiente el cuerpo entero todavía me apestaba a mierda.

Pablo, al ver que no me presentaba para la guardia, se había ido a dormir a su tienda y, al día siguiente, a primera hora, ya había salido cargado a hacer su ruta.

Premio al mejor enemigo invisible para M. M.

¿M. M.?

Habían hecho un cartel que colgaba en la entrada de la cocina.

Mierda de Mònica.

Y todo el campamento se rio. Mierda de Mònica.

A partir de aquel día, el enemigo invisible contra mí se convirtió en un juego instaurado —en silencio y complicidad— por todo el campamento. Bromitas, comentarios... Me humillaron en público, delante de todos. ¿Dónde estaban los valores cristianos cuando más los necesitaba? ¿De dónde les manaba aquella crueldad animal? Quedaban ocho días y a mí me parecieron ocho siglos. No supe nunca quién había sido; sospechaba de alguna estúpida de mi tienda, pero no conseguí ninguna prueba y eso aún me humillaba más..., ignorante y llena de mierda...

Hasta hicieron una versión de la canción de «Joan Petit quan balla» para ridiculizarme.

Tardé muchos años en volver a sufrir aquella sensación. Era un malestar interno, sentirte indefensa, ultrajada... El teatro Romea, una década más tarde, se convirtió en un campamento de verano, y Paula Cellar, en la encapuchada que una noche me tiró al suelo y me llenó de mierda. De su mierda, de sus miserias, porque Paula aglutinaba todas las miserias del mundo. Todas las inseguridades de una primera actriz..., nada que ver con la chica que me ayudó a entrar en el Institut del Teatre.

Volvería a intentar superar las pruebas una vez más, el verano siguiente, porque en aquel campamento me hice fuerte como un roble. Quizá más insensible; quizá más egoísta. Pocas cosas podían herirme.

Y tenía claro lo que quería: ser actriz. Vivir una vida distinta en el escenario cada vez, huir de la existencia hacia la ficción, allá donde el mundo tiene unas normas y aún no ha sido devorado por el caos.

En aquel campamento, al final, solo hablaba con Clara, que, ahora con el pelo corto, me decía que un día nos vengaríamos de todas aquellas hijas de puta, y con Manu, que siempre me hacía compañía y había salido del armario, se había enamorado de un chico y no podía contárselo a nadie.

Sara desapareció hasta que el último día le preguntó a mi padre si podíamos

bajar juntos en el coche. Y Pablo se folló, como supe meses más tarde, a Inés Rodríguez, que, en efecto, estaba buenísima.

El resto de los días del campamento me parecen difusos, como si los viera a través de un cristal translúcido. No recuerdo nada más. Mònica y la mierda.

Y en mi interior unas ganas de venganza estúpidas contra el mundo.

Corre aire en la Boquería y la temperatura empieza a ser otoñal. Estas callejuelas tienen mucho peligro con sus corrientes, y hoy me he puesto una americana de pana, muy PSOE de los ochenta, de color claro, que he combinado con unos pantalones azul marino, camisa blanca y jersey gris con cuello de pico.

En el puesto de Fidel ya hay gente comprando. La vida sigue y el negocio no puede parar para esta gente. Cuando me acerco, Fidel me hace un gesto con la mano para indicarme que espere un momento. En efecto, se trata solo de un instante, porque cobra a una clienta y sale enseguida del puesto.

Me señala a una chica de unos treinta años que, ataviada con un delantal blanco, corta un pollo por la mitad con unas gruesas tijeras.

—Diana. Una trabajadora que está con nosotros desde hace cuatro años. Una maravilla como persona y como currante. Ramos ha ido a dejar unas cajas al almacén y ese que se acerca por allí es Carlos, un chico que, para poder estudiar, echa cuatro horas cada mañana con nosotros y hace de todo: puede trabajar de dependiente, puede ayudar a Ramos con la furgoneta y puede ir al banco a ingresar dinero en la cuenta de la sociedad. Si yo soy Fidel, él es la fidelidad en persona.

A las nueve y poco de la mañana ha salido el premio del típico chiste malo que puede hacer un tipo que se llama como él. Sonrío de forma grosera.

—Fidel, si quiere ir a atender a la clientela, adelante. Tengo que hablar con ellos de uno en uno. ¿Hay algún bar donde se coma mínimamente bien y pueda estar tranquilo mientras hablo con sus trabajadores?

—Sí, claro. Vaya al Mendizábal. Al lado del Romea.

—El Mendizábal, claro, no me acordaba. Vale, que dentro de cinco minutos vaya allí Diana, luego Carlos y después Ramos. En este orden. Cuando vuelva uno, que salga el siguiente hacia el bar.

El Mendizábal lo conocí gracias a los consejos de una buena amiga, Marta Pons, una de las tías más almodovarianas que conozco. Marta es la naturalidad en persona, de esa gente que nunca se calla nada, que va de cara y no se anda con tonterías. Si tienes un problema, llámala, pero si le fallas, te mata. Y con razón. Siempre da buenos consejos, y uno de ellos fue el de ir al Mendizábal. Es un bar de toda la vida situado en la calle de la Junta de Comerç esquina con Hospital, como si tuviera vistas a los puntos clave de la investigación: Boquería y Romea.

El Mendi es un bar que no es un bar, sino otra cosa. Cuando entras, entras en el barrio del Raval. Me dan ganas de llamar a Marta. Esperaré a terminar la ronda con las tres personas que deben sentarse a explicarme qué coño hacían las últimas horas antes de encontrar el cadáver de la actriz.

Me siento en una de las mesas interiores. El local, a estas horas, todavía tiene sitio libre. Me pido un bocata de sobrasada y queso brie y una Coca-Cola Zero, así no tengo remordimientos. Repaso la zona, el personal, el ambiente. Hay un hormigueo de gente, en su mayoría magrebí, minoritariamente turista; de estos últimos, una mayoría absolutísima camina despistada. Solo les falta el cartel: SOY GUIRI.

Se acerca el camarero y me deja el bocadillo sobre la mesa. Se eleva un olor a sobrasada quemada. La pituitaria me transporta a casa, de pequeño, cuando mi madre pinchaba con un tenedor un trozo de sobrasada y lo acercaba a la llama del fuego. El rojo del embutido se intensificaba y lloraba gotitas de grasa sobre la cocina. Mi madre cogía una rebanada de pan y depositaba encima la sobrasada. Con una de las puntas del tenedor, mediante un movimiento de orfebre, quitaba la piel y culminaba así uno de los actos gastronómicos más

fascinantes. Para rematar, mi padre le echaba un chorrito de miel por encima y, a mí, un poco de queso suave que se derretía con el calor de la sobrasada. Quien logra que un sabor te evoque la infancia merece una Cruz de Sant Jordi celestial al son de las trompetas de un coro de ángeles y arcángeles. El Mendi lo ha conseguido.

—Por favor —le digo al camarero después de probar el primer bocado de esta delicia—, cuando pueda retire la Coca-Cola y tráigame una copa de vino tinto. El que tengan seguro que va bien.

Mientras doy cuenta del bocadillo llega una chica de ojos ahusados, casi chinos, con un vestido comprado a peso probablemente en el Primark y la cara pintadita. Se presenta como Diana, la dependienta. Está atemorizada, a la defensiva, más por timidez que por sentimiento de culpa. No conoce de nada a Paula Cellar, de nada en absoluto, solo de verla por televisión en algún programa de tarde «de la teletrés», cuando presentaban alguna de sus obras de teatro. Como tampoco veía la conocida serie de sobremesa *Ladrones de tiempo*, donde era una de las protagonistas, «porque yo soy del *Sálvame*», su conocimiento de la actriz es mínimo. No sospecha de nadie porque ninguno de sus compañeros de la pollería mataría ni una mosca y ella puede demostrar que aquella madrugada dormía como un tronco al lado de su marido y los dos gemelos de diez meses. Todo, en apariencia, demasiado normal.

Carlos es un chico alto, con cara de susto, que no pasa de los veinte años. Se sienta a la mesa y habla con monosílabos, como si buscara a un abogado que ni sabe que puede tener. No ha hecho nada malo, me dice; echa media jornada, no conoce a nadie, gana cuatro duros para poder estudiar por la tarde en la Facultad de Veterinaria; y se queda todavía más acojonado cuando le pregunto qué hacía aquella madrugada. Dormir. Y cuando le pregunto dónde, me responde que en casa, con sus dos compañeros de piso.

Ramos es más decidido. Tiene cara de buen tío, de engañado por la vida, y tiene respuesta para todo. Cuando le pregunto qué hacía aquella noche me dice que estaba en casa viendo el concurso ese de cocina que echan por la tele y que

le entró sueño, que repasa *El Periódico* y que vive solo. Debe de rondar los cuarenta años y es corto de piernas, ancho de culo y moreno, negro, de pelo. Hace un par de años cortó con su pareja, una chica aragonesa que volvió a Sos del Rey Católico, de donde era. Ahora hace lo que puede, trabaja para Fidel en la Boquería desde hace diez años y aquella mañana, al llegar, se encontró con aquel percal. ¿Si conocía a la muerta? Hombre, claro; que si la serie de la tele, que si hace un par de años fue a verla cree recordar que al teatro Condal (donde no representó nunca una obra), que si los periódicos, pero en persona nunca, aunque había gente que la había visto algún día paseando por el mercado. Alzo las cejas.

—¿Quién la vio?

—A mí me lo contó Eulalia, la de la fruta.

No sé cómo explicar aquella humillación. Aún a día de hoy, a veces, sin motivo posible, todo el cuerpo me apesta a mierda. Dedicué mucho esfuerzo a enterrar bien hondo aquel trago, pero la pulsión perduraba. Clara me había dicho más de una vez que controlase la rabia, que ella también sentía mucha y no servía de nada. Alguna noche, en el saco de dormir, incluso me había dicho que tenía en la cabeza cómo aniquilar a aquella panda de bárbaros.

No fui nunca más de campamento, ya tenía edad para no inventarme excusas para mis padres. No, no voy. Y aproveché los veranos siguientes para hacer cursos (lamentables) de teatro para perfeccionar mi técnica. ¿Qué técnica?

Muchos años más tarde, cuando entramos con la compañía en el Romea y Paula ya llevaba semanas torturándome, como el perro de Pavlov volví a sentir el abismo de la humillación. Un cuchillo bien afilado en la barriga. Paula lo hizo de manera muy sutil; primero fue un pequeño comentario, después una queja más o menos importante, más tarde una charla con la directora sobre mi trabajo. Poco a poco iba devorando mi territorio, y la noche antes de que pasara todo me desperté empapada de angustia, casi sin poder respirar, con los pulmones cerrados. Los sentía llenos de cemento, no podía reaccionar, convencida de que, tarde o temprano, más temprano que tarde, moriría asfixiada. Eso es un ataque de angustia: el universo se detiene..., bueno, no se detiene; todo el universo, cada partícula, cada átomo, te entra por la boca, baja por el esófago y se extiende por todo el cuerpo hasta colapsar el cerebro, los pulmones, los ojos... Eres una

estatua de piedra que cualquier mirada, cualquier palabra, lo que sea, puede destrozar en mil pedazos.

Solo he tenido esta sensación ponzoñosa dos veces. En el campamento, cuando no pude dormir en la tienda porque apestaba a mierda, y la noche antes del desastre.

Mis padres fueron a buscarme el último día.

Sara apareció como por arte de magia, cargada con la mochila y con el pelo suelto, y preguntó si podía ir con nosotros.

Sara. La triple A.

—Claro que sí, Sara, eso ni se pregunta.

La miré con un odio que la atravesaba. Ella, como si nada. A mi padre le pareció una idea extraordinaria.

—No sabía si teníais sitio en el coche.

—¿Quieres que bajemos a alguien más? —propuso mi padre.

—No, no hace falta.

Durante el trayecto a Barcelona, mi madre no paraba de hacer preguntas a las que yo respondía con monosílabos, mientras que Sara se explayaba con los detalles —algunos de ellos inventados— de cómo había ido el campamento. Sara se esforzaba mucho por gustar a la gente. Por que todo el mundo se llevara una buena impresión de ella. Para que después, al bajar la mochila en casa, mi madre dijese: «Qué chica tan simpática».

No recuerdo muy bien el motivo por el que Sara volvió a nuestra casa. Llamó un día porque mi madre le había dicho no sé qué del campamento y quería que le dejase unas recetas vegetarianas. Me hacía sentir unos celos extraños el que a ella le cayeran mis padres mucho mejor que a mí.

La tarde que fue a vernos, mi padre aprovechó para regalarle un libro de Chéjov.

—¿Te acuerdas? —dijo con tono de pazguato—. Hablamos de él cuando os subía al campamento.

—Sí. ¡Ostras! —No había oído en mi vida una exclamación más postiza—.

Qué ilusión, porque había buscado en muchas librerías y no había encontrado nada. Nada de nada.

Qué vergüenza de comentario, guapa. Libros de Chéjov los encuentras en todas partes y a cualquier hora. Mi padre ignoró aquella ignorancia y sonrió.

Después Sara se fue y todo tuvo que volver a la estúpida normalidad. Yo estudiaría Humanidades en la Universidad Pompeu Fabra mientras seguía preparándome para las pruebas del año siguiente en el Institut del Teatre, me apuntaría a talleres, mi madre haría cursos de terapias alternativas, mi padre se encerraría en su estudio a corregir... Era un orden que tal vez no me entusiasmaba pero me hacía sentir segura. Podía acostumbrarme al vacío de aquellos meses, a esperar, a intentar con todas mis fuerzas volver a brillar.

En la Pompeu había un grupo de teatro. Al principio, dudé. ¿Me apuntaba? De cara a los compañeros, quería hacerles creer que mi nivel era superior y no podía perder el tiempo con tonterías, pero por otro lado necesitaba sentir la discreta admiración en los ojos ajenos. Había que ser prácticos. Me apunté y creo que pocas veces me lo he pasado tan bien.

Ensayábamos de verdad, con compromiso, pero no perdíamos el componente de juego. Había gente de nivel, abogados, compañeros de Humanidades, chicas de ADE; otros eran un desastre, y yo, tímidamente, volvía a sentir cuál era mi sitio en un escenario. Durante aquel curso no pensé en Paula ni en el poema de Gabriel Ferrater ni en aquel edificio frío como un hospital que es el Institut del Teatre. Me divertí, me reí mucho, no sé si aprendí algo. Allí volvió a aparecer Robert, el amigo de Pablo del campamento: alto y moreno, siempre afeitado y oliendo bien, con pantalones estrechos y bufanda, con la boca inmensa y los dientes blancos y ordenados, y los hombros anchos y la nariz pequeña, y el pelo corto y los ojos negros, y las manos grandes y la lengua atrevida.

Estudiaba Derecho, como es lógico.

Él me acompañaba en moto a todas partes. A él podía explicarle lo que quisiera. Porque me miraba de una manera y me hablaba de una manera que hacían que no necesitara brillar durante un buen rato; no me hacía falta.

Era viernes.

Mi madre iba a pasar fuera el fin de semana, en un seminario de energías telúricas aplicadas a la vida cotidiana. Yo tenía que dormir en casa de Robert, pero este tenía fiebre; la gripe. A veces el desencadenante de nuestras vidas es ridículo y devastador. Si Robert no hubiese cogido aquella gripe, si no hubiese tenido fiebre, no se habría obstinado en acompañarme a casa, y yo:

—Quiero dormir contigo.

—No, Mònica, que te contagiaré. No podemos dormir juntos.

—¡Vengaaa!

—No...

Y entendía lo que me decía, porque notaba que él también se moría de ganas.

—Te acompaño a casa.

Robert era tan perfecto que a veces se pasaba.

—No, no hace falta, cogeré el metro.

—No me importa acompañarte.

—Si no puedo dormir contigo, no puedes acompañarme en moto a casa, ¿de acuerdo?

Quizá si me hubiera acompañado, el tiempo no habría jugado a mi favor.

Nos despedimos en el rellano de la escalera. Bajo a la calle. Hacia el metro. Tres paradas. Un transbordo. Cinco paradas. Después camino hasta casa. Saco las llaves. Abro. Espero el ascensor. Tarda porque está arriba de todo. Subo. Me quito los auriculares. Cierro la puerta del ascensor. La llave en la cerradura de casa. Abro la puerta. Un ruido raro. La voz de mi padre que susurra algo. Podría haber reaccionado yendo derecha a la habitación sin pasar a verlo, pero me acerco para darle las buenas noches y me encuentro a Sara, la triple A, en bragas en la cama, mientras mi padre, medio desnudo, intenta disimular.

—Papá, eres un hijo de puta.

Buenas noches.

*No me mires, no me mires, no me, no me,
no me mires, no me mires, no me mires, déjalo ya,
que hoy no me he puesto maquillaje, hey, hey
y mi aspecto externo es demasiado vulgar
para que te pueda gustar.*

*No me mires, no me mires, no me no me,
no me mires, no me mires, no me mires, déjalo ya,
que hoy no me he peinado a la moda da da,
y tengo una imagen demasiado normal
para que te pueda gustar.*

Uh uh uh

—No entiendo qué te pasa, Albert. No salías de noche dos días seguidos desde que José Luis Balbín presentaba *La Clave*.

—¡Joder! Si salgo porque salgo, si me quedo en casa porque me quedo en casa. Déjame en paz, Rubén, rey. Necesito tomarme una copa; ya te lo he dicho.

A Rubén le oculto el verdadero motivo. Me hizo gracia el impertinente de Jan, y por eso regreso al lugar del crimen emocional. A ver si hay suerte y nos tomamos otro gin-tonic. Y sí, ya sé que se le acercó aquel efebo pelirrojo a comerle la boca, pero eso es muy habitual y seguro que no son pareja y, si lo son, será abierta. En fin, que a ver si hay suerte.

Rubén se anima cuando el disc-jockey cambia al «Super, Superman» de

Miguel Bosé. Sigue la locura en la pista del Arena. Es viernes y todavía está más lleno que ayer. Vamos hacia la barra. Rubén pide dos gin-tonics de Bombay y, mientras esperamos a que nos los sirvan, pregunta:

—¿Alguna novedad de la investigación?

—Ninguna. Mañana tengo un día jodido porque acabaré tarde. Iré al despacho por la mañana, pero a primera hora de la tarde quiero pasarme por el Romea para hablar con los trabajadores y la compañía.

—Podrías haber ido hoy.

—No. Mejor mañana. Sábado. Teatro lleno. Más responsabilidad actoral. Teatro lleno y, después, el investigador sentado en el camerino.

Rubén se ríe.

Nos traen la bebida.

—Qué hijo de puta que soy —digo en voz alta.

Echo un sorbo del vaso y, con mala intención pero con voz de cordero, le digo a mi acompañante:

—Hoy no debe de haber venido el idiota ese de Jan.

—No. Seguro que está. Es viernes. Debe de andar por aquí.

Mientras tanto, va entrando gente a raudales. Ahora llega bailando un grupo de una decena de chicos y chicas mientras Bosé da paso a Rafaella Carrà.

*Y se encuentra una mujer,
(¡Qué dolor! ¡Qué dolor!)
dentro de un armario
(¡Qué dolor! ¡Qué dolor!)
y el caradura le dice
que le deje que explique
que sintió mucho frío
y que ha llamado al doctor,
y que después de mirarle
le extendió su receta*

*y le dejó a la enfermera
que le dé calor.*

Y la gente venga a moverse. Y Rubén desatado, moviendo el cuerpo de forma compulsiva. Qué horror de música. Qué horror de gente. ¿Qué coño hago yo aquí dentro? Me giro pensativo hacia el interior de la barra para no ver aquel escaparate de la vergüenza ajena. De pronto noto una mano en el hombro. Pego un salto del susto.

—Perdona si te he asustado. Desde arriba he visto a la única persona que no baila en todo el local y me he sentido obligado a preguntarte si te han robado algo o se te ha caído al suelo el sonotone.

—Qué susto me has dado, hijo de puta.

A Jan le da un ataque de risa al ver la cara de sobresalto que llevo. Juraría que va maquillado; le brilla la cara. Lleva una camisa azul marino de Scalpers (el símbolo de la calavera), observo en la oscuridad unos vaqueros claros y huelo el perfume Blue de Chanel, que parece que lo regalen.

—No me gusta bailar.

—Si no bailas con la Carrà, aquí no pintas nada.

De pronto, suenan las trompetas.

—Hostia, no, Camilo Sesto.

Suena el inicio de «Vivir así es morir de amor».

—Ya me puedo morir.

Jan se descojona.

—Venga, disfruta un poco, señor investigador.

Rubén le da dos besos, pero sigue bailando y gritando cuando se acerca el empalagoso estribillo.

*Y ya no puedo más, ya no puedo más,
siempre se repite la misma historia.
Ya no puedo más, ya no puedo más,*

estoy harto de rodar como una noria.

*Vivir así es morir de amor,
por amor tengo el alma herida.
Por amor, no quiero más vida que su vida.
Melancolía.*

La gente está enloquecida. Jan me mira y se ríe.

—¿Para qué coño has venido, entonces? Aquí no se viene a sufrir.

—Para tomar algo. Son días difíciles de trabajo y necesito desahogarme.

—¿Y hace falta venir aquí? Hay centenares de sitios por aquí que te gustarán más. Venga, hombre. —Y le grita fuerte a mi amigo—: ¡Rubééén, vamos a hacer bailar al muerto!

Y entonces la vergüenza me entra por la uña del dedo gordo del pie y me sube a velocidad de crucero hasta el cerebro.

Me rodean los dos, y se nos une un grupo de chicos immmbéciles que bailan por ahí. De pronto me veo cercado a traición y, con un cambio de música, me descubro bailando, bajo la mirada de un amplio grupo de personas, «Un jardín de rosas» de Duncan Dhu.

*Dime tu nombre,
y te haré reina en un jardín de rosas,
tus ojos miran
hacia el lugar donde se oculta el día.*

*Has podido ver dónde morirán
los oscuros sueños que cada día vienen y van,
soy el dueño del viento y el mar.*

La canción más ridícula del mundo para bailar y yo dando la nota mientras

Rubén y Jan se descojonan. De pronto reaparece el zángano de ayer, que le dice no sé qué a Jan a la oreja. Este alza las cejas y desaparecen los dos.

Acaba la cancioncita y vuelvo a la barra mientras observo a Rubén en la pista hablando con un chico que mide un metro y medio y tiene el culo como la Maestranza mientras, a lo lejos, Jan y el moscón desaparecen por una puerta que hay detrás de una de las barras del local.

Me acabo el gin-tonic. Dejo a Rubén con aquel Barreiros. Ni siquiera me despidió. Y suena «I wanna dance with somebody» de Whitney Houston. Pobrecita.

Mi madre pidió el divorcio.

Aquel año cambió el orden establecido de nuestra rutina. Después de pillar a mi padre y a Sara en pelotas, mi madre (aún abducida por los poderes ancestrales) decía que todo iba bien, que la energía era sabia y que lo que hacía falta era purgar el dolor. Que el dolor era irremediable, pero el sufrimiento se podía trabajar. A base de repetirlo, supongo que se lo acababa creyendo.

—Mamá, cágate en todo, por favor.

Para eso llegaron los abogados, una especie de buitres que aparece en el desierto y se alimenta de carroña. Y en casa quizá no tuviéramos demasiada carroña, pero guardábamos muchas cosas de comer.

Ya no se dirigieron la palabra. Lo hacían los buitres encorbatados.

Yo, por mi parte, dejé de hablar con mi padre. No quería saber nada de él. Me daba asco. Sentía una repugnancia descomunal al pensar que había intentado follarse a una niña de dieciocho años, una amiga mía, en la cama donde hacía más de veinte años que dormía con su mujer. Me llamó cientos de veces, me envió mensajes cursis, fue a buscarme a la universidad y me juró que se había equivocado y quería disculparse. Tenía muy mala cara y había adelgazado unos cuantos kilos. Su fuerza, su arrepentimiento. Su estrategia, el chantaje emocional. Qué agotadora es la gente que pide perdón. Les otorga una superioridad moral que les hace creer que, después de aquella palabra, todo tiene que seguir como siempre. No, papá, la cosa no funciona así.

Lo más decadente de todo es que creo que con Sara no llegaron a follar, en

aquella noche imposible. Y después ya no quisieron saber nada. Eso les dijo a las chicas de la agrupación, que por supuesto corrieron a contármelo a mí.

Mi madre se separó de mi padre por un polvo que nunca existió.

Aquella misma semana recogió sus trastos, vació hasta el despacho, y alquiló en el Eixample un piso minúsculo que me imagino lúgubre y con humedades.

En casa nos quedamos mi madre y yo, solas. Ella con su locura y sus armonías, yo intentando huir a ninguna parte.

Y a pesar de todo el desorden emocional me centré otra vez en las pruebas de interpretación del Institut del Teatre. De hecho, me sentaba bien dejar de pensar en mis padres. Y Robert me ayudaba mucho. La prueba teórica constaba de ocho libros, y él fue buscando todo el material que necesitaba.

—También te he traído este ensayo, que te puede ayudar. ¿Necesitas algo más?

—Sacar la nota de corte.

Se acercaban los días de las pruebas de acceso y mis nervios crecían de forma exponencial. Pero nada cambió. Bienvenida al día de la marmota.

Otra vez en el pasillo blanco y frío esperando para recitar el poema de Gabriel Ferrater, otra vez mil apuntes. Como mínimo, ya no añoraba brillar, porque hacía tiempo que estaba oscura. Me llamaron los amigos de la Pompeu. Me enviaban ánimos. Yo seguía bloqueada.

Y dos semanas más bien tristes. Robert lo intentaba, pero yo me despertaba por la mañana cada vez más angustiada, con menos ganas de ir...

Una mañana me crucé con Paula. Me vio, se me acercó corriendo y me abrazó.

—No sabes la ilusión que me hace verte aquí. ¿Cómo lo llevas?

—Bueno... —No quería hablar del tema.

—Seguro que este año entras.

—No sé...

—¿No sabes? Ya te digo yo que sí, tía.

—Gracias.

Quería llorar.

—¿Quieres que vayamos a tomar algo después? Si necesitas cualquier cosa, sabes que estoy aquí para ayudarte, ¿verdad?

¿Por qué nos hace desconfiar la amabilidad gratuita? Paula era tan simpática conmigo que sospechaba que ocultaba algo. Le dije que sí, que me apetecía. Lo que me apetecía era formar parte de aquel mundo, de aquella comunidad de chicas en mallas, que comían manzanas, y chicos con bufanda y gafas, sensibles de bolsillo.

—He hablado con uno de los profesores que hacen las pruebas.

—¿Ah, sí?

—Y...

No entendí entonces que «he hablado» era un eufemismo que escondía una intimidad mucho mayor. Hizo una pausa para dar un trago al café con leche de soja.

—¿Y...?

—¿Puedo darte un consejo? ¿Un consejo de amiga?

No éramos amigas, todavía.

—Sí, claro.

—Este año es muy difícil.

—¿Por qué?

—Depende de cada año. Hay años con mucha gente pero poco talento, años con poca gente pero mucho talento... Nunca se sabe.

¿Pero qué cojones era el talento?

—Eso quiere decir... que no entraré, ¿verdad?

Deseaba con todas mis fuerzas que me dijera: ¡No! ¡Sí que entrarás!

—Eso quiere decir que no todo se acaba en la interpretación. ¿Me entiendes?

—No.

—En el Institut hay más especialidades. Y en algunas no hay tanta demanda.

¿Me sigues?

—No.

—Has hecho la prueba teórica, ¿no? Y has sacado buena nota, ¿no?

—Sí. Sí.

—Pero sabes que esa nota no sirve de nada. Que todo depende de la práctica.

De las escenas.

—Ya lo sé...

—Y la cosa este año está muy complicada...

—¿Muy complicada? —No entendía qué me quería decir. Bueno, sí que lo entendía: no entrarás por mucho que te esfuerces. Pero ¿qué se me escapaba...?

—Mira, las pruebas de Vestuario y Escenografía aún no han empezado. Ya tienes hecha la prueba teórica que es común para todo el mundo. Y con buena nota. ¿Por qué no les echas un vistazo? No pierdes nada. Entrarías en el Institut y, una vez dentro... en la vida nunca se sabe.

En la vida nunca se sabe.

Paula me sonrió satisfecha de aquel consejo de mejor amiga. Y yo me quedé aún más bloqueada. No sabía qué hacer. Quizá tuviera razón. Quizá fuera un camino más largo pero que tarde o temprano desembocaría en el mismo sitio: el escenario.

En la vida nunca se sabe.

Hoy vuelven las representaciones de *Medea* al teatro Romea. Como es evidente, la protagonista difunta ha sido sustituida por una viva. Es Rosa Gendrau, una actriz a la que recuerdo de una serie de esas absurdas de una televisión privada, donde todo pasaba en un piso de estudiantes y ella hacía de una de las hermanas que los visitaba de vez en cuando. Una serie muy gritona, con un guion obra de alguien que aprendió a escribir viendo *Los bingueros*.

He conseguido una entrada en la penúltima fila. Una de las cinco que quedaban libres en todo el teatro. Agotadas. *Sold out*, que dirían los modernillos que utilizan el inglés para todo. Es curioso. La semana pasada tenían un treinta y ocho por ciento del aforo. Hoy llenarán la platea y el anfiteatro. Cien por cien. De hecho, esta tarde me he puesto delante del ordenador y he empezado a consultar cómo iban de ventas. Lleno total esta noche. Es sábado, hasta la bandera con función doble a las seis y las nueve. Y domingo a las siete, lleno. Miércoles, jueves: lleno. El viernes que viene quedan una treintena de entradas repartidas a granel; sábado tarde y noche, a reventar; y el domingo de la semana que viene quedan cuatro entradas dispersas. Cómo es la gente, el pueblo, la masa. Para llenar un teatro, la solución es sencilla: mata al protagonista del drama y tienes la taquilla asegurada. Buena idea para los productores.

Me he acercado al Romea con la idea de sorprender a los actores de la compañía cuando acabe la representación de hoy. Hace años que no voy al teatro. Creo que la última obra que vi fue *Cegada de amor*, de La Cubana, y me lo pasé la mar de bien. Antes, *Mar i cel* de Dagoll Dagom, y hace años una cosa

de Vicky Peña, Alex Casanovas, la Carulla y no sé quién más. Arquillué, me parece. Bah, no sé.

Medea. Una tragedia griega.

He llegado hasta el Romea y he vuelto a parar en el Mendi a comerme un bocata. Cena ligera. Chorizo, un poco picante, con queso brie y una copa de vino. En la barra mismo.

—Un priorat, por favor.

Me lo traen todo mientras un grupo de jóvenes barbudos de treinta y tantos años debate sobre la situación en el Raval. Qué pereza. Que si los narcopisos, que si Airbnb y «que las calles apestan a semen de noche, a marihuana por la tarde y a meados por la mañana». Un desastre todo. La gente, en definitiva, no sabe vivir. Aquel bocata, aquel vino al atardecer y el café que me pediré sentencian cualquier duda sobre lo maravillosos que pueden ser estos quince minutos de tu vida... aunque sea esperando para entrar a ver una obra de teatro que no te apetece.

Mensaje de whatsapp de Rubén:

Ahora que tienes pase VIP en el Arena. Volvemos esta noche?

Pesado.

Le envió:

No sé, Rubén. Te lo digo después del teatro. He visto que la obra dura dos horas. Acabará a las once y pico. Pasearé entre bambalinas y te digo algo.

Parece mentira que Rubén no me conozca. Todo siempre sobre la marcha. Ya veremos qué hago dentro de tres horas largas.

Pago de buena gana los casi diez euros del pack de bocata, copa de vino y café, y emprendo el camino hacia el Romea. La potente luz del exterior del teatro ilumina la calle Hospital y los grupos de gente que se reúnen a la puerta

para hacer tiempo e ir entrando. El cartel de la obra con la silueta, solo la silueta, de una mujer vestida con una túnica blanca y el nombre de Medea escrito a los pies con letra negra y gruesa. Un subtítulo: «La libertad del texto». ¿La libertad del texto? Ay, qué peligro.

Han tenido que cambiar los carteles de prisa porque ahora aparece el nombre de la Gendrau sustituyendo a la desafortunada Paula Cellar. Al lado, en letra pequeña, el nombre de los actores que la acompañan: Joan Màrquez, Marc Eguia, Àurea Rius y Rubén Solé. Todo ello dirigido por Mireia Trupet, con escenografía de Sebas Vilella y adaptación del texto de Eurípides a cargo de Jordi Delmàs. Juraría que hoy hay función especial para el Imsero, porque la media de edad supera con creces la de jubilación.

Paso rápido por el control de la entrada y veo a la gente haciendo cola en el bar del teatro. Cola en el bar del teatro: título para una novela. Voy hasta mi asiento. Pasillo de la derecha; penúltima fila. Tengo la suerte de que delante de mí se sienta una señora de sesenta y muchos años, bajita, talla tapón. Veo moderadamente bien el escenario con el telón bajado.

Miro el reloj. Falta un minuto para las nueve y todavía entra por el pasillo gente que llega con prisas. Se oye una voz por megafonía que nos pide que apaguemos el móvil y nos recuerda que no está permitido grabar imágenes, que nada de fotos... Desaparece la luz y se oye el ruido del ascenso del telón.

En el escenario se ve un árbol, un par de escalones que imitan el mármol, media docena de columnas diría que con pretensión de dóricas y una especie de jardincillo con plantas.

De espaldas, la Gendrau, Medea, que de pronto da media vuelta y, mirando hacia la profundidad de la sala, empieza a chillar cagándose en la madre que parió a Jasón. Está claro: la obra empieza cuando se acaba de enterar de que el marido le pone unos cuernos del quince. Loca de dolor, empieza a invocar a los dioses, como se invoca a los dioses en el teatro, con el puño..., como Vivian Leigh en *Lo que el viento se llevó...* «A Dios pongo por testigo...» Pues la Medea del teatro Romea pone por testigo a los dioses con el puño alzado y cara de

rociarse los ojos con zumo de limón. De pronto entra en escena un actor de voz engolada. Muy engolada. Parece mayor, con el pelo blanco, y arrastra el principio de las frases, que acentúa de una manera casi grotesca.

Le dice:

—Medea, acopio de exigencias. El dolor te aherroja. Me cago en Dios, la vida y la muerte. La maldad de los cojones.

Entro en estado de consternación. Mezcla de palabrotas, expresiones blasfemas y frases que unen el texto antiguo y el nuevo. Un adaptador que se imagina que es un clásico griego.

De repente entra Jasón vestido de torero. Me cago en mi puta vida. ¿De torero? La gente se ríe. La señora tapón de delante mira al cacho de carne de su lado, quien, como un pasmarote, asiente con la cabezota.

Un puto torero. Jasón. Torero. Pierdo el hilo del texto. Lo he perdido porque tendrán que acabar haciéndome el boca a boca como sigan destrozando el texto, la escenografía, con esta adaptación. Empiezo a mirar el reloj, que es el síntoma más sagrado del aburrimiento. Hace veinte minutos que ha empezado la obra y pienso en largarme, pero no puedo. La representación ejerce el efecto inverso: es tan acojonante lo que veo que pienso en cómo podría pasar más vergüenza ajena, que es el peor estado en el que puede encontrarse una persona decente.

Jasón lanza una expectoración al suelo después de arrancar la flema. Es decir, que no es atrezo: un espeso gargajo sale de la boca del actor y explota en el suelo del escenario. No puede ser peor. Hemos llegado al límite. Ahora Medea se desnuda. Dado que soy gay, es como si se quitara la ropa una ameba. Se oye a gente ronroneando como gatos. La señora de delante se mueve en la silla. Vuelvo la cabeza y veo señoras mayores que sonrían y señores mayores que piensan en tocarse. El cuerpo de la Gendrau da gusto verlo, todo hay que decirlo. Salen el resto de los actores mientras suena, no puede ser, el «Swalla» de Jason Derulo. Todos se ponen a bailar. Como mínimo hay un par del cuadro grupal que tienen un empujón. Llevan una especie de bañador Turbo que los hace

especialmente excitantes pero, sobre todo, excitables. En pocas palabras, es terrible.

La adaptación del texto es un drama. Recuerdo haber visto *Medea* en TVE cuando a la señora la interpretaba Lola Gaos, una de las mujeres más feas de la escena española, con voz de tener aliento a carajillo. Aquella representación televisiva en blanco y negro de los años cuarenta sostenía la dignidad del texto de Eurípides. Y me quedé enamorado de Medea viendo una versión breve que rodó a finales de los ochenta el loco de Lars von Trier. Esto que perpetran en el Romea es un vómito viscoso sobre la inteligencia.

Miro a mi alrededor. Todo el mundo clavado en la silla. Curiosa fauna la del teatro. Les ponen unos cuerpos en movimiento a veinte metros, con alguna cara conocida de la tele y un director o directora que se cree que ha inventado movimientos para sus actores, y sobre todo un dramaturgo que adapte los textos pensando que los sabe reescribir mejor que el original. Es el caso. Jordi Delmàs. Estoy a punto de levantarme del asiento y ponerme a berrear: «Jordi Delmàs, cámara de gas; Jordi Delmàs, cámara de gas; Jordi Delmàs, cámara de gas», y que la gente digna, que seguro que tiene que haberla en la platea y el anfiteatro, me siga dando palmas. Y hacer un Liceu y que la señora de delante se ponga en pie, a pesar de su mínima estatura, se acerque al árbol de cartón donde está situada en pelotas Medea y le pegue fuego. Y que no queden ni los pezones de la Gendrau, ni los cojones de los actores que todavía bailan a Jason Derulo. No tienen que quedar ni las Coca-Colas del bar.

Sobre el escenario, ahora, Medea desnuda y Jasón el torero, y aparece un anciano en pelotas con una corona en la cabeza. Hostia, el rey de Corinto. Va desnudo, pero da igual porque tiene micropene y no sabes si está en cueros o lleva tanga. El culo, peludo. Desastre total. Se oyen toses en la platea. Y empieza el concierto. Mi vecino de asiento, un señor mayor, calvo, coge el relevo de la tos y se saca del bolsillo, tras unos inacabables minutos de búsqueda, un caramelo de menta. Más ruido para quitar las dos capas de papel del puto caramelito. Toses tres filas más adelante, toses en el anfiteatro, toses a un lado,

toses detrás. Todo dios tose. Incluso yo, impulsado por la gente que ha creado la Filarmónica del Romea. Toses aquí y allá. Arriba y abajo. Los actores... a su bola. A Medea solo le falta rascarse los sobacos, y a Jason, ponerse a eructar. No hay listón. En este teatro, en esta obra, todo se salta, todo se permite. Incluso que hayan matado a la actriz principal, que, visto el panorama, es lo menos punible que sucede hoy en torno al Romea.

Aquel café con Paula fue decisivo. Diez minutos. Una mesa en la cafetería del teatro. Dos tazas humeando. Un consejo de amiga.

Y todo lo que tenía previsto durante meses, años, a la basura.

¿Por qué me dejé influir de aquella manera? Tal vez, hoy puedo reconocerlo, por miedo. Porque intuía que, aunque quisiera negarlo, tenía miedo. Y no podía permitirme volver a casa, ahora que mi padre no estaba y mi madre se había hecho adicta a las flores estupefacientes, y sentenciar: «Queridos padres, he vuelto a fallar. Queridos padres, he vuelto a quedarme fuera. Por poco, pero fuera».

Suerte del consejo de amiga. Suerte de ella.

Semanas más tarde supe que Paula se acostaba con un profesor del Institut. Gracias a Paula, no encuentro un eufemismo mejor, gracias a ella, y a su capacidad de gustar en general y en concreto, hice las pruebas de Escenografía y Vestuario. En los grupos de aficionados siempre me había gustado ayudar a pintar, recortar, recoger muebles por la calle y coser retales, pero solo durante un rato. El rato necesario para después retomar el texto y volver al ensayo. No era una penitencia, pero tampoco la parte que más me inspirase del teatro.

Dejé las pruebas de Interpretación a medias.

Nadie lo entendió. ¿Esta no es la chica que se presentaba a Interpretación?, decían en Escenografía. Me daba absolutamente igual. De pronto, volvía al punto de partida. Pero esta vez éramos muy pocos alumnos en las pruebas. La mayoría, chicas u homosexuales.

Delante de mí, Sebas (de Sebastià), que parecía tanto una chica como homosexual. Un ángel. Mi mejor amigo. Con su barba de cuatro días, sus gafas de pasta y una larga cabellera negra. Cuando se reía parecía que insultara a alguien y eso me encantaba. Conté mentalmente cuánta gente esperaba. Éramos quince desgraciados, cada uno con sus fobias, menores de treinta años y..., según mis cálculos, entraban doce. Había que ser una calamidad, o cagarla mucho o caerle mal a alguien para no entrar.

A partir de las obras de teatro (Sófocles, Shakespeare, Molière, Miller, Koltès, Mayorga...) que todos habíamos leído en las pruebas teóricas, teníamos que diseñar un vestuario y una escenografía. Poca cosa más.

Después nos harían una entrevista en la que nos preguntarían, no sé, cultura general de arte, de teatro, qué queríamos hacer en la vida —como si alguien lo supiera—, qué esperábamos de esta profesión: nada, no hace falta esperar nunca nada, de nadie.

Sebas llevaba una carpeta llena de dibujos, bocetos, y un estuche precioso con tintas y pinceles. ¡Mierda! Yo la noche antes me había sentado en la cama a pintar cuatro ideas de vestuario.

Justo antes de entrar, me dijo:

—Lo harás muy bien, ya lo verás.

No me conocía de nada y era amable. Como Paula, como la gente que me había encontrado durante las pruebas. Yo esperaba una competición de egos; una lucha sin cuartel de seres con la autoestima muy baja que competían por las migajas de un afecto en forma de profesorado artístico. «Lo harás muy bien, ya lo verás.»

—Muchas gracias.

Entré temblando y salí eufórica.

En el asiento del fondo del aula no me examinaba un viejecito sonriente que analizaba cada vocal que pronunciaba; me examinaba una señora teñida de azul, que se reía con la boca abierta —enseñando los dientes, algunos negros por las caries— y me hablaba de diseñadores que yo no conocía, aunque de todos

modos asentía con la cabeza. Nos entendimos. Era fácil entenderse con aquella mujer. Mis dibujos —se tienen que elaborar más, mira, esto lo puedes plantear de otra manera, y qué te parece si aquí... fíjate, con un poco más de... pero...— le parecieron bastante dignos. Se ahorró hacerme preguntas sobre Bob Wilson, Frederic Amat o Robert Edmond Jones.

Después vino el tribunal. Pero me daba igual, porque aquella misma tarde, después de la inyección de moral de Claire (la teñida), ocupé el estudio de mi padre, lleno de cajas a medio precintar, y, recuperando una inspiración olvidada, me puse a dibujar. Mi propuesta era el vestuario de *El sueño de una noche de verano*, y me dejé llevar con los colores, con la fuerza imparable de la naturaleza, planteándolo todo de una forma muy minimalista, encarada al futuro. Me había aprendido de memoria frases como «el vestuario también tiene que participar en la dramaturgia de un espectáculo» o «debe interpelar al espectador, al equipo artístico».

¡Estaba tan emocionada!

Cuando salieron las notas estaba en la entrada del Institut fumando un cigarrillo a medias con Sebas. Paula salía de clase de Cuerpo. Me vio y me abrazó. Oía muy bien con el pelo mojado. Me dio ánimos y se disculpó, no podía quedarse porque tenía un casting de no sé qué muy importante. Cuando cruzó el atrio, dejando atrás todo el universo, Sebas, mientras se recogía el pelo con una goma, me preguntó:

—¿La conoces mucho?

—Sí —mentí—. ¿Por?

Yo también tenía que parecer interesante.

—Hace primero, ¿no?

Asentí con la cabeza.

—Paula, ¿no? ¿De Interpretación?

—Sí.

¿A qué venían tantas preguntas?

—Dicen —prosiguió Sebas— que es buenísima. De las mejores que han

pasado por el Institut.

No sé por qué, aquel comentario, lejos de alegrarme, me hirió.

Detrás de la puerta de cristal, una de las chicas nos hizo un gesto. Ya habían salido las notas, las habían colgado en el vestíbulo. Sebas dio una última calada al cigarrillo y entramos.

Casi lloro.

Era la duodécima. Entraban doce y yo era la duodécima. ¡Sí! ¡Adentro! Abracé a Sebas, que había entrado el primero, y llamé a mi madre.

—¡He entrado, mamá! ¡Estoy dentro! ¿Me oyes? ¡He entrado! Estoy tan contenta... ¿Cómo? No... No... No es de Interpretación, mamá. No, Inter... Eso ya lo te lo expliqué. Cambié... Al final he decidido hacer Vestuario y Escenografía... ¿Qué? Mamá, por favor, no me fastidies el día... ¿Que qué? Mamá... pues porque sí. Porque quiero. ¡Porque me sale del coño! ¡Hostia puta!

Colgué el teléfono. ¿Qué se había creído?

Después de tantos años, había entrado en el Institut del Teatre.

Dentro del pecho tenía una alegría oscura mezclada con entusiasmo y cierto malestar. Como si aquello solo fuese un poco y yo quisiera mucho.

Gracias a Paula, no encuentro un eufemismo mejor, gracias a ella y a su capacidad de gustar en general y en concreto, gracias a las probabilidades de ser la doce entre quince, gracias a aquel café, a aquellos diez minutos, a aquel consejo... mi existencia cambió de manera irreversible.

¿Cuándo empezó a fastidiarse todo?

Y si hoy lo pienso, si esta noche no puedo quitarme a Paula de la cabeza, ahora que su muerte es tan real, ahora que su cuerpo cuelga abandonado en la Boquería, es porque nunca tendría que haber hecho aquellas pruebas de Escenografía y Vestuario. Tendría que haberme conformado; haber crecido. Haber asumido que yo no brillaba, que me bastaba con el deseo del teatro de barrio a las nueve y media de la noche los jueves de cada semana.

Ella me convenció.

Mi obstinación cambió el rumbo de los acontecimientos. Y mientras huía de la Boquería con el corazón a punto de salirse por la boca, me perdí por las calles del Raval, hasta llegar al Paralelo y después a Poble-sec.

No sabía dónde tenía que ir, nunca había huido tanto y tan deprisa.

Corrí por aquellas calles estrechas y en pendiente. Y acabé en la plaza de Margarida Xirgu, delante mismo del Teatre Lliure. Me senté en un banco y respiré hondo.

No había nadie. Todo estaba cerrado. Ni perros, ni coches.

Me puse en pie y caminé hacia el Institut. Busqué un cigarro en el bolsillo, pero no llevaba tabaco, y sentí un escalofrío en la espalda. «Dicen que es buenísima. De las mejores que han pasado por el Institut.» Paula sería un fantasma que me perseguiría toda la vida.

Fue amaneciendo, poco a poco, y yo no podía quitarme de encima la peste a sangre de la carnicería.

Acaba la obra y el público aplaude. Es el aplauso de un aforo del treinta y ocho por ciento. Es decir, que para llegar al lleno absoluto de estos días nos hace falta la muerta, el cadáver que sobrevuela el cerebro de los insensatos que hemos perdido dos horas de nuestra vida viendo esta bosta. Es una obra de teatro de menos de media entrada. Qué horror. Si Eurípides está en el cielo, cuando llegue el dramaturgo lo despeñará paraíso abajo. Seguro que la gente se va a casa pensando «Menuda porquería», pero todo Cristo hará el idiota diciendo que es una variación muy original del texto aburrido de Eurípides. Cuánto daño ha hecho al cine el subtulado, por el amor de Dios.

Espero a que se vacíe la sala. Me acerco a los trabajadores que controlan la escenografía al final de la platea. Son dos melenudos que se llaman Marc y Pol. Me presento. Me saludan con cara de ya estamos otra vez.

—Ya han venido los Mossos.

—Lo sé. Pero yo esto lo cobro aparte.

Se ríen.

—Tendréis que hacer de loros y repetirlo. ¿Qué sabéis de la difunta?

—No nos daba mucha bola. Hola, buenas tardes. Adiós, buenas noches. Y poca cosa más —dice el melenudo de la izquierda, que lleva una camisa abierta de leñador roja a cuadros y una camiseta negra. Es Marc—. Por ir avanzando con lo que puede ser más interesante para usted, los abogados del teatro nos han aconsejado que digamos la verdad y con frases que no sean demasiado largas.

Por lo tanto, no sabíamos casi nada de Paula y cuando entraba en el teatro a veces lo hacía sola, a veces con cualquier actor o actriz de la compañía...

—¿El día del asesinato visteis algo extraño cuando acabó la obra?

Los dos niegan con la cabeza. De hecho, ninguno de los dos la vio salir. Una circunstancia que se va repitiendo con todas las personas con las que hablo esta noche en el Romea. Ningún acomodador, ni el jefe de sala, ningún encargado técnico, ninguna taquillera, ni los del bar, que por lo general se van a casa mucho antes de que acabe la obra...

Le pido al jefe de sala, Pepe, que me lleve a los camerinos de los actores. Le he hecho las cuatro preguntas de rigor y tampoco vio ni oyó nada. Cuando llego, ya están todos vestidos y arreglados. Es curioso que en la vida real todos tengan poco que ver con los mentecatos que han salido al escenario a hacer el payaso. Saludo a Joan Màrquez, un veterano de los escenarios. Esa voz cazallera, una mirada seca que desarma.

—Nada. No vi nada.

—¿Me acompañas al bar y nos sentamos un momento en la entrada?

—Está cerrado —me avisa.

—Ya lo sé, pero hay sillas y podemos sentarnos.

Joan, que parece buen tipo, a pesar de su enorme y merecida popularidad, viene a sentarse conmigo ante una mesita redonda, en la que deposito mi Moleskine y mi bolígrafo.

—¿Has venido a ver la obra? —me pregunta Joan.

—Sí, sí. Muy bien —le digo sonriendo.

—¿Te ha gustado?

—Mucho.

—No lo dices en serio.

—Mira, Joan. Te vi hace muchos años luciendo tu talento en el TNC, en el teatro Borràs y hasta en alguna sala más pequeña, pero, macho, esto de hoy no tiene perdón de Dios. Quería reconciliarme con el teatro de ahora, pero me lo ponéis difícil.

Joan Màrquez suelta una carcajada de bronquios, de fumador mal curado, y habla con esa voz que parece un trueno:

—Es una mierda, ya lo sé, pero la producción pagó mucho dinero para que hiciese de Jasón. Lo comentaba con Paula, que era uno de los peores espectáculos que habíamos hecho nunca, pero nos querían de cabezas de cartel a ella y a mí y, mira, a veces haces de puta y te vendes por cuatro duros. Paula, pobrecita, decía que los críticos nos aplaudirían, pero que era como la fábula del rey desnudo. Siempre habrá alguien que no tenga ni puta idea de teatro pero esté libre de según qué opiniones y camelos y diga la verdad: que es una verdadera mierda consagrada.

Ahora me toca sonreír a mí. Estoy a punto de abrazarlo.

—Mis condolencias. Por la obra y por el asesinato de Paula.

—Gracias. ¿Qué quieres que te diga? Pues lo mismo que a los Mossos. Paula era buena chica, buena actriz. Sociable, se portaba bien con todo el mundo. Risueña, divertida...

—¿Enemigos?

—En apariencia, no. Pero bueno, en el mundo de los escenarios y el universo de los actores y las actrices hay mucha facilidad para los cuchillos, aunque suelen ser verbales. Abrazamos por delante y a la vez pegamos unos zarpazos por detrás... Y hay muchas envidias, como es evidente. Muchas.

—¿Quién había en su entorno?

—Que yo sepa, ahora no tenía pareja. Tal vez era alguien con quien follaba de vez en cuando, pero ella no hablaba nunca de su vida personal.

—¿Alguien más?

Antes que la respuesta llega el resto de la compañía. Pasan de largo y me levanto de la mesa y les digo que «Un momento, por favor». Se vuelven todos. Un hombre, tres mujeres y otra señora bastante mayor que los demás a la que no he visto en el escenario.

—Perdonad. Soy Albert Martínez, investigador contratado por una asociación

del barrio y que, además, colaboro con los Mossos d'Esquadra. Me gustaría haceros unas cuantas preguntas.

Solo uno me contesta.

—Perdone, es que tengo prisa. Si necesita algo, llame a los Mossos, que ya se lo expliqué todo el otro día —comenta el chico con una mala leche descomunal, y se vuelve con una media sonrisa.

—Yo también tengo mucha prisa. De hecho, tengo ganas de follar y todavía no he quedado con nadie. Esto que te he dicho suena muy impertinente, ¿verdad? Te pido disculpas. Como supongo que tendrás que pedírselas tú a la policía para que no te encierre esta noche en el calabozo por no colaborar con la justicia.

El chico se queda petrificado. Y los demás acompañantes, también.

—Y ahora, si no os importa, ¿podéis sentaros, por favor?

Con cara de cagados, se sientan los cinco alrededor de la mesa donde ya está Joan Màrquez.

—¿Podéis decirme quiénes sois?

—Soy Àurea Rius —responde una chica guapísima, rubia, con los ojos claros y un poco de cara de mala uva.

—Soy Mireia Trupet, la directora de la obra —dice una mujer de unos cuarenta y muchos, si no cincuenta.

Levanto la mirada, que se cruza con la del medio mierda aquel.

—Me llamo Rubén Solé.

—Mira que eres fantasma cuando quieres —le dice Joan a Rubén para romper el mal ambiente que se ha creado—. ¿No podrías ser menos borde?

—Es que tengo prisa.

—Y yo —vuelvo a responder.

—Disculpe. No he estado a la altura de los acontecimientos.

El tío ya se ha cagado. Típico de los bravucones.

—Soy Mònica, la encargada de vestuario.

—Mucho gusto —contesto educadamente.

—Soy Rosa Gendrau.

—¿Medea?

—Sí, en efecto —responde, sorprendida.

—Enhorabuena por su trabajo —le digo mirando a Joan Màrquez, que a su vez me devuelve la mirada como diciendo: «Menudo farsante estás hecho, mentiroso».

—¿Qué quiere saber de nosotros? —pregunta la Gendrau.

—Lo mismo que le dijisteis a los Mossos, pero menos nerviosos.

Entramos en el juego habitual de la buena chica, una actriz excelente, un poco despistada. La historia del exnovio. Cinco minutos sin el menor interés.

—La noche del asesinato. Habladme de la representación de aquel día y de lo que hizo ella al bajar el telón, desde vuestra perspectiva. Empieza, Joan.

—La representación fue como la de cualquier otro día.

—Perdonad. ¿Alguien notó si ella estaba como cualquier otro día?

Se miran entre ellos sorprendidos por la pregunta.

—Sí —responde Joan, convertido en portavoz de la compañía—, no hizo nada que no hiciese cualquier otro día en el escenario. Recuerdo que, antes de empezar la obra, me dijo que había visto que en la platea había media entrada.

—Se tomó un Gelocatil, eso sí. Dijo que le dolía la cabeza porque esa noche había dormido mal por culpa de las cervicales. Siempre sufría de las cervicales —explica Áurea.

Rubén se suma a la tertulia:

—Yo la vi como siempre, pero es verdad que, después de la función, me explicó que estaba muy contenta porque la semana que viene había quedado con el director artístico del TNC para hablar de la temporada siguiente en la sala grande. Por lo que parece, ella tenía que inaugurarla con un texto de Espriu, *Primera història d'Esther*, en el que debía representar el papel de Secundina, una de las protagonistas. Estaba eufórica.

—Sí, a mí también me lo había comentado —interviene la directora—. Me llamó por teléfono y me dijo que era una obra que había visto de jovencita, que

su papel lo había representado Àngels Poch hace muchos años, que era una de sus actrices favoritas. Joder, qué pena. Hablar en pasado de la pobre Paula.

—Por cierto, ¿qué hace una directora hoy aquí? No es muy normal en una función convencional.

—Hombre, convencional, convencional..., no mucho. Cambio de protagonista por asesinato. Me veo en la obligación de apoyar a la compañía durante unos cuantos días.

—Tienes razón. Disculpa el error. Por cierto, ¿alguien la vio marcharse?

Todos niegan con la cabeza.

—Y tú, Mònica, ¿no tienes nada que decir? —le pregunto a la chica de vestuario.

—No, nada importante.

—Y que no sea importante, ¿qué tenemos? —le insisto a aquella chica, que no me mira a la cara y baja la cabeza como si ocultara algo.

—No. Tampoco nada.

—Es una enchufada de la pobre Paula —contesta Àurea Rius. Y se echa a reír como si nada.

Mònica se ruboriza y sonrío.

—Soy amiga..., bueno..., era amiga de Paula, pero no entiendo nada de lo que ha pasado.

—¿Y aquella noche la viste?

—Sí. De hecho, yo había quedado con unas amigas para cenar en mi casa, en el barrio Gótico. Como iba sobrada de tiempo, decidí pasar por el teatro. A veces, si alguien necesita un retoque en el vestuario, busco un momento y lo arreglo.

—¿Tuviste trabajo aquel día?

—Cosí un botón de la falda del vestido de Medea, pero nada importante. Podría haber salido a escena sin aquel botón.

—¿Y a qué hora te fuiste del Remea?

—Fue rápido porque tenía que organizar la cena en casa.

—Qué cosas. Tener que pasar por aquí, cuando habitualmente no hace falta, justo el día en que aparece muerta la actriz principal de la compañía... Es curioso.

La chica abre los ojos asustada. Y la directora de la obra salta como un resorte.

—No se equivoque. Esto es un hormiguero de gente. Maquilladores, técnicos, gente de producción, del teatro... Hay personal que está siempre y otros que entran y salen. Aquí y en todos los teatros y todas las obras. Es como un vodevil real.

Mònica parece respirar aliviada.

—¿Alguien puede traer aguas para todos? Aquí hace calor y tengo sed — reclamo a alguien de la compañía teatral. Todos están sentados a la mesa.

La directora y Rubén Solé se levantan y van detrás de la barra del bar. Por casualidad, la nevera está abierta. Cogen aguas.

—¿Cuántas? —pregunta Mireia.

—Para todos... y vasos, que soy muy señor.

Rubén se acerca con media docena de aguas Veri pequeñas y Mireia lleva vasos a la mesa. Todos desenroscan el tapón y algunos empiezan a beber a morro, mientras que otros vierten el agua en el vaso. Observo que quienes se sirven el agua en el vaso son Mònica y Rubén. El resto, labios al plástico y para adentro.

—Perdonad. Mireia, tú, como directora de la obra, aquel día, ¿estabas aquí?

—No. No estaba. Vengo de vez en cuando, y aquel día no vine.

—¿La visteis marcharse? —pregunto con cierta intención.

—No. Se quedó más rato en el camerino, muy normal —dice Joan—. Pepe, el jefe de sala, tampoco la vio salir. Pensó que se había pirado la primera.

Los otros niegan con la cabeza; tampoco vieron cómo se iba.

—O sea que nadie la vio salir del Romea.

—Yo tampoco. Y perdonad que llegue tarde. Estoy destrozado... Paula era la mejor...

Sale una voz de la nada. Parece que haya aparecido desde detrás de una puerta entreabierta. Es un chico que, a contraluz, parece bastante guapo, con una silueta corporal perfecta. A medida que se acerca a la mesa me doy cuenta, con sorpresa, de que es aquel chico panocho de ojos felinos que la otra noche llevaba una camisa imposible llena de gatos Silvestre y le comía la boca a Jan.

Los años en el Institut del Teatre fueron tan fantásticos como cortos. Entré en primero emocionada y sin saber nada, y acabé cuatro años más tarde, emocionada y sin saber nada. Lo más importante, como en todas las universidades que valen la pena, pasaba en el bar. Allí nos encontrábamos todos. Actores, bailarines, escenógrafos, directores...

Me inventaba cualquier excusa, aunque Sebas me riñera, para no ir a clase, y acababa sentada en un sofá del bar charlando con gente de Interpretación de segundo o tercero. Veían el mundo de una manera que yo nunca me había planteado; siempre tenían a punto una frase ingeniosa, un comentario certero. Nos intercambiábamos lecturas, nos recomendábamos obras de teatro y, en una fiesta, me dieron a probar MDMA.

Aquella noche fue una locura.

Paula estaba con sus amigas y siempre que podía me hacía un gesto con la mano para que fuese a conocer a gente nueva. Me encantaba. Un día llamé a Clara, porque sabía que se moría de ganas de ir a una fiesta del Institut del Teatre. Ella estudiaba diseño en la escuela Elisava y había oído muchas leyendas sobre aquellas fiestas. Orgías, drogas, buen rollo. Pero sobre todo, orgías. Mis expectativas eran altísimas y, como siempre en la vida, cuando una tiene las expectativas muy arriba, lo más fácil es que caigan en picado por el agujero de la decepción.

—Paula, esta es Clara. —Se dieron dos besos.

Me hacía mucha ilusión que dos amigas más se conocieran. No podía

sospechar, entonces, que aquel encuentro sería el principio de una pesadilla. Una siempre quiere que las amigas que tiene por separado se caigan bien el día en que se conozcan. Incluso que, con los años, acaben volviéndose amigas ellas mismas. Pero, desde la primera vez que se vieron, después de los dos besos iniciales, entre Clara y Paula nació una antipatía natural. Un odio instintivo. Si se hubiesen quedado solas en una isla desierta, cada una habría montado su casa en una punta distinta de la isla, lo más lejos posible de la otra.

—¿También eres actriz? —preguntó Paula.

—No, soy amiga de Mònica.

—Ah... —Era un «ah» de angustia.

—¿Es que no puedo entrar? —preguntó Clara con tono desafiante.

—¿Cómo?

La música estaba muy alta y Clara lo repitió.

—Si me dejáis entrar en la fiesta o es solo para gente del teatro.

«Gente del teatro» sonaba a secta religiosa, a infelices adoctrinados que adoraban a un dios supremo.

—¡No, qué va! —respondió Paula—. Todo el mundo es bienvenido, pero no conocerás a nadie.

—No te preocupes, que ya me presentaré.

Y se sonrieron a cierta distancia. Era una sonrisa de despedida. De «este es mi sitio, hasta aquí he llegado» y «no entres en mi terreno, guapa, que acabarás mal». Cada una, por su cuenta, me criticó a la otra, y yo ponía paz; me inventaba que una había dicho no sé qué, que su vestido era precioso, y a la otra le decía que se habían caído muy bien. Mentía para unir las, pero mis mentiras las separaban todavía más.

Aquella noche me fijé en Néstor. Un bailarín brasileño con un cuerpo precioso y una boca inmensa. Pero claro, era bailarín, y eso significaba un porcentaje muy elevado de probabilidad de que fuera homosexual. Según mis estadísticas, tenía un diez por ciento de probabilidades de ser hetero y, dentro de ese diez por

ciento, había un uno por ciento de que yo le gustase. La esperanza —traidora— es lo último que se pierde y lo que nos hace perder la dignidad más deprisa.

—¿Y Robert?

—Robert es muy mono, y encantador... y todo; le tengo mucho cariño... Pero estoy en una fiesta del Institut del Teatre, ¿me entiendes?

Entonces Clara me preguntó:

—¿Con quién hablas?

—Conmigo misma.

Bailé, quien dice bailar, dice menear el cuerpo, cada extremidad, el culo, sobre todo el culo, enviándole un mensaje a Néstor: «¡Hola, estoy aquí! Voy de éxtasis hasta las cejas, estoy dispuesta a todo. Mírame. Mírame. ¡Que me mires, coño!». Y, como es evidente, las ilusiones no pueden luchar con las estadísticas, al cabo de menos de cinco minutos devoraba —y no es ninguna metáfora, ¡devoraba!— con un ansia voraz la boca de otro bailarín. Los bailarines solo tienen relaciones sexuales con otros bailarines, no sé por qué; debe de existir un motivo ancestral, de tribu, de belleza excelsa que no puede compartirse con nadie más.

Como había dedicado mucha pasión a gustar a Néstor, el resto de los chicos de la fiesta me parecían monos, sí, pero no eran dignos de tener una estatua en la calle mayor de cada ciudad. La magia del MDMA es que muy pronto todo el mundo puede encontrar el amor de su vida en cada individuo que le dedique más de cuatro palabras seguidas. Fui al baño y me encontré a Clara con el sujetador en el suelo, el pelo recogido y vomitando.

—¿Estás bien?

—¡Es la mejor fiesta de mi vida! —dijo mientras se secaba la boca y le daba un beso en los morros a un chico teñido de rojo.

—Me alegro.

Salí del baño.

Había perdido de vista a Paula. Alguien había dicho —siempre había alguien del Institut que lo veía todo, que lo sabía todo— que la habían visto en un aula del sótano cuatro follando con no sé quién.

—Con alguien de dirección, seguro, que esta no tiene un pelo de tonta.

Fui a la barra del bar y me pedí un Malibú con piña. La mejor bebida del mundo, desprestigiada de manera injusta generación tras generación. Y a mi lado, un chico desconocido que me pareció que tenía cara de llamarse Tennessee.

—¿Te llamas Tennessee?

—¿Cómo lo has sabido? —Él también llevaba bastante droga repartida por el cuerpo.

—Tengo un poder. Soy maga.

—Espera... tu nombre... no me lo digas... —Cerró los ojos, como si tuviera poderes adivinatorios—. ¿Te llamas María Estuardo?

—Exacto. Soy una reina.

—¿Eres actriz?

La pregunta me dolió.

—Sí, pero aquí estudio Escenografía. ¿Y tú?

—Me he colado. Tengo un amigo que estudia dramaturgia y me ha dicho que venga...

—... que en las fiestas del Institut siempre se folla, ¿verdad? —terminé la frase por él.

—Tengo puestas muchas esperanzas, sí.

No se llamaba Tennessee, no era guapo ni tampoco especialmente simpático, solo había ido a la fiesta para acabar en la cama con quien fuese. No me gustaba, tenía la nariz y la boca demasiado pequeñas, se mordía las uñas, vestía sin la menor gracia, era gris..., Tennessee era muy gris, un gris aburrido-mediocre, pero me había dedicado más de cuatro frases seguidas y yo estaba convencida de que si cerraba los ojos se parecería un poco a Néstor.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Solo una. Dos, no.

—No te llamas Robert, ¿verdad?

—Me llamo Tennessee.

Bajamos por la escalera con la intención de ir al sótano menos cuatro. Pero a

medio camino pensé que era mejor que nos quedásemos en el menos dos, donde era más fácil ser discreto porque la gente suele pasar de largo. Llamamos a la puerta del baño; nadie. Abrimos, entramos y en menos de cinco minutos ya volvíamos a estar fuera.

Me dolía la cabeza y buscaba a Clara para largarme de allí, quería volver a casa y dormir una década. Tennessee desapareció. Daba buenos besos, creo recordar. Cuando subía los escalones, de uno en uno, con una fuerza titánica, vi a Paula con unas amigas, entre ellas Gendrau y Ferrà, que se estaban meando de risa.

—¿Qué pasa?

Se reían.

Iban más pasadas que yo.

—¿Qué pasa?

Siguieron riéndose y bajando por la escalera. Abrí la puerta, y la fiesta parecía una reunión de seres moribundos aferrándose a la vida. La detestable música house. Gente durmiendo por los sofás, otros bailando —o haciendo el ridículo—, una chica tumbada en la barra, dos discutiendo, otra vomitando, aquellos flipados de allá tocando la guitarra y cantando alguna parida musical... A partir de las tres de la madrugada, todo el pescado está vendido. Solo queda la morralla, las rebajas. Y entonces tiene que ser el momento de la dignidad, de mirarse al espejo y decirse: «No, Mònica. No te lo folles».

Seguí buscando a Clara pero, como nadie la conocía y la había perdido de vista hacía rato, no sabía dónde mirar. Probé en las aulas, en los baños, en todos los pisos... y al final la vi tumbada en el suelo, delante de la biblioteca. Había un grupo de gente que la miraba y se reía. Le hacían fotos con el móvil. Pobre Clara. Tenía los ojos cerrados, las tetas al aire y le habían pintado en la frente: FLUFFER.

Pero eso no era lo peor: a su alrededor y embadurnándole el pelo había cera de depilar.

He cometido un error profesional. Grave; gravísimo. Como para que me metan una querrela por mal investigador. En cambio, he ejecutado una jugada maestra de la seducción y la autoexcitación sexual. He hecho sentarse al chico en el círculo con el resto de la compañía de *Medea* en el teatro Romea. Le he preguntado quién es:

—Andy Barrera. Formo parte de la compañía. Me encargo del vestuario y el maquillaje.

—Ah.

A ver. No puede ser que siempre parezca que los peluqueros son todos gays. La mayoría no lo son, pero la vida es como la literatura: parece que todo sea mentira, pero podría ser verdad. Y este Andy lo es: peluquero y con una pluma que parece Caponata.

Sus compañeros se lo quedan mirando. Hoy lleva camiseta negra, camisa a cuadros abierta, chaqueta y unos vaqueros con pinta de agotados.

—Vamos a hacer una cosa. Veo que estáis hechos polvo. Supongo que eso de estar dos horas en un escenario cansa mucho.

—Sí. Y mañana sesión doble —dice Joan recalcando el cansancio.

—Pues me mantengo en contacto con vosotros. Os dejo esta tarjeta con el móvil y el teléfono del despacho. Al móvil enviadme vuestro número con un whatsapp o un mensaje de Telegram o un sms con vuestro nombre y apellido, y así nos tenemos controlados. Cualquier cosa que penséis que puede resultar útil para la investigación me la comunicáis con un mensaje. Sin miedo. Aunque os

parezca una tontería. Muchas veces, de las pequeñas barbaridades surgen resoluciones enormes.

Reparto tarjetas y veo que hay unos cuantos que toman nota, teclean y, al cabo de pocos segundos, me empieza a vibrar el móvil.

—¿Y contigo, Andy, podemos quedar mañana por la mañana? —Aquí empieza el problema y la solución. Aplazo el trabajo hasta mañana para tener un vis a vis con este regalo del cielo.

Andy me indica que sí con la cabeza.

—Pues a mediodía en el Velódromo. ¿Va bien?

—¿Dónde está eso?

Qué barcelonés tan inculto. ¡No saber dónde para el Velódromo!

—En Muntaner, casi con la avenida Diagonal.

—De acuerdo.

—Solo unas preguntas rápidas, Andy. ¿Viste salir a Paula?

—No. Pero siempre se iba a la misma hora.

—¿Cuándo?

—Como ahora, poco más o menos.

—¿Las once y media de la noche?

—Sí, supongo. Como cualquier otra noche de función.

—¿Por dónde acostumbraba a salir?

Pone cara de contestar que por donde sale todo el mundo, por la puerta, pero responde con menos mala leche de la que me esperaba.

—Supongo que por un lateral. Si hubiera pasado por aquí la habiéramos visto.

—¿Nunca se despedía?

—No. Nunca.

—Nada más.

—Nada más.

—De acuerdo. Mañana al mediodía en el Velódromo. Cualquier problema, me llamas.

Me despido del resto de la compañía. Se levantan todos de la mesa del bar y

observo que, entre la docena de mensajes que tengo en el móvil, la mayoría de los cuales me han enviado las personas que ahora se van, hay uno del comisario Pérez Navarro.

Llámame cuando puedas.

Miro su «última conexión» al whatsapp. Hace catorce minutos.

Duermes?

Lo envío sabiendo que es imposible porque no es ni medianoche.

Al cabo de pocos segundos, suena mi teléfono. Es él. Siempre atento, siempre agradable, siempre trabajando. A todas horas a su servicio, como los cajeros de La Caixa.

—Hola, Albert.

—¿Cómo va, comisario? Ahora salgo del teatro.

—¿Alguna novedad?

—Nadie la vio salir, pero hay uno que me puede dar información. El resto, inservibles, me temo. ¿Y tú?

—La confirmación.

—¿Qué confirmación?

—Cianuro de potasio y neostigmina mezclados con alguna sustancia más que mañana o la semana que viene acabaremos de saber. Cóctel mortal.

—Confirmado el envenenamiento.

—Del todo.

—Vaya. Tienes que hacerme otro favor, comisario. Mañana te enviaré un objeto para que compares las huellas con las que habéis encontrado en el puesto de Fidel en la Boquería.

—Mándamelo mañana a primera hora por correo urgente y en veinticuatro

horas tendrás el resultado. ¿Qué objeto es? —pregunta con inteligencia Pérez Navarro.

—Un vaso.

—¿Un vaso?

—Sí. Un vaso de agua que ha usado una tal Mònica, la encargada de vestuario de la obra. Estaba nerviosa cuando he hablado con ella, muy poco creíble. No ha dicho nada interesante. Mientras que los demás hablaban como si tal cosa, ella no formaba parte del paisaje. No seguía el hilo, me miraba mucho y, cada vez que cruzábamos la mirada, bajaba la cabeza. No es nada científico, es intuición. Del resto de la compañía, apostarí a que tienen poco que ver, y mira que todos la veían cada noche, pero las coartadas son verosímiles.

El odio entre Clara y Paula era irreconciliable.

Nadie supo nunca quién le había hecho aquello a Clara, pero ella siempre me aseguró que había sido la puta de mi amiga. Yo le había explicado a Paula lo del campamento y, ahora, alguien se había vuelto a ensañar con Clara de la misma manera en que lo habían hecho durante el juego del enemigo invisible, embadurnándole el pelo de cera. No podía ser casualidad. A partir de entonces el nombre de Paula pasó a ser «la puta de tu amiga». Empieza por la misma letra, Mònica. Es puta.

Clara no vino nunca más a ninguna fiesta, y lo entiendo. Hasta a mí me daba vergüenza, porque de pronto era la amiga de la *fluffer*.

Palabra que no tenía ni idea de lo que significaba. *Fluffer*. Lo busqué.

Joder, qué mala leche.

Según la Wikipedia, es la palabra que «se utiliza para designar al miembro del equipo de grabación de una película pornográfica cuyo trabajo es mantener la erección del actor principal. La tensión del rodaje puede ocasionar que el actor tenga problemas para permanecer excitado. El *fluffer* se encarga de prepararlo para la siguiente toma, ya sea mediante estimulación manual u oral».

Intenté pasar página. Pero las dos me recordaban, siempre que podían, los defectos de la otra. Eran muy pesadas. Según me juró y perjuró Paula, durante la fiesta Clara no paraba de ir detrás de los chicos que se interesaban por ella, la insultó y hasta le vomitó encima.

—Cuando me veía hablando con alguien, venía y hacía bromas de mal gusto.

Eso era fácil de imaginar porque aquel siempre había sido el funcionamiento mental de Clara: intentar seducir al chico al que las amigas seducíamos. No sabía por qué lo hacía, quizá fuera su manera de curarse los problemas de autoestima.

—Hasta me tiró un cubata encima. Te digo la verdad, Mònica. Pregúntaselo. Seguro que te dice que lo hizo sin querer, que fue un accidente... O a lo mejor iba tan drogada que no sabía ni lo que hacía. Pero me da igual. Esta Clara es imbécil.

Lo mejor era quitarle hierro, hacer como si no pasara nada. Mi amistad con Paula no se resintió, y con Clara, aunque me distancié de ella durante una temporada, sabía que tarde o temprano nos reencontraríamos.

Se lo expliqué a mi madre. Lo hice más por charlar un poco con ella que porque esperase una respuesta elocuente; tras la separación de mi padre, se comportaba de una manera cada vez más rara. Una tarde metió unos yogures en la lavadora, en vez de guardarlos en la nevera; en otra ocasión, se dejó unas patatas en la freidora durante horas, y toda la casa se llenó de humo y hubo que llamar a los bomberos.

Pero me gustaba sentarme con ella en el comedor para ponernos al día. Ella seguía obnubilada por las energías, los astros y la fuerza de lo que es invisible a los ojos.

—¿Qué crees que tendría que hacer, mamá?

—Hablar con ellas.

—Lo he hecho y no he conseguido nada.

—Pues deja que pase el tiempo. Que fluya.

Tenía razón.

—Últimamente no me encuentro bien. ¿Quieres un zumo de jengibre?

Estaba chalada, la pobre.

Hoy pienso que todo lo que vino después entre Clara y Paula siguió un orden sutil y lógico. Yo estaba de por medio, pero en cierta medida también tenía que participar. Nadie puede quedarse al margen cuando el mundo se vuelve loco. El

odio entre ellas se alimentaba poco a poco, a base de pequeños comentarios más o menos desafortunados, y sobre todo creció más aún cuando apareció Àlex.

El odio es un sentimiento perfecto para justificarlo todo.

Una tarde, cuando salíamos de Diseño de Vestuario II, Sebas, que ya había empezado a hacer prácticas con un escenógrafo importante, me dio la noticia.

—Tu amiga Paula gusta mucho.

—Sí. Es un don que tiene.

—¿Te molesta?

—No. —Un poco sí me molestaba—. ¿Por qué lo dices?

—Fue a hacer un casting para *La gaviota*.

—¿Hacen *La gaviota*?

—La harán, la temporada que viene, en el Teatre Nacional. En la sala grande.

—¿Y...?

—Pues que vino para el papel de...

—Nina. —No le dejé terminar la frase porque sabía perfectamente de qué papel se trataba. De hecho, era uno de mis favoritos. Nina, la gaviota.

Sebas me miró como si pudiera descifrar mis pensamientos, que en aquellos momentos eran oscuros y estaban llenos de dudas. Guardamos silencio. Yo quería que me lo explicara todo, pero él callaba por no hacerme daño.

—¿Y cómo fue el casting?

—El director se quedó muy contento. Esta semana le harán la última prueba.

—¿Y tú cómo lo sabes?

—Yo estoy de becario.

Paula no me lo explicó hasta el fin de semana. No tenía tiempo, iba tan liada con sus cosas... Hizo la última prueba y, como es evidente, le dieron el papel. Porque irradiaba luz encima del escenario. Representaría uno de los papeles más fascinantes de la historia del teatro, y lo haría en el Nacional, donde meses más tarde yo entré a trabajar de acomodadora.

Ella ya era una joven promesa. Su nombre empezaría a sonar y circularía de boca en boca entre los directores de teatro y las productoras. A partir de aquel

momento, aparecería en los carteles, recibiría ofertas y quién sabe si más tarde en algún momento llegaría una llamada de la televisión para que hiciera un papel en alguna de esas series de mediodía diseñadas para señoras mayores. Y una vez que la rueda empieza a rodar, es difícil que pare.

Sebas me comentó que, si quería, podía hablar con Lupe, la diseñadora de vestuario de *La gaviota*, que necesitaban una becaria. Aunque me moría de ganas dije que no. La cagué, lo sé. Y cuando me eché atrás, cuando me saqué los fantasmas de la cabeza y vi que necesitaba el dinero, ya era demasiado tarde: habían cogido a otra chica.

Envié el currículum al TNC y al cabo de dos semanas ya tenía los pantalones y la camisa roja a punto.

Así continué durante un curso entero en el Institut. Clases por la mañana, acomodadora por la tarde. No me quería hacer mala sangre: tendría la posibilidad de ver toda la programación, podría aprender y también sabía que lo que yo estaba haciendo en aquel momento lo habían hecho antes muchos actores, de jóvenes. Era del todo natural.

Una noche, sin embargo, durante la función de *El mercader de Venecia*, de Shakespeare, me pasó una cosa que podría haber sido motivo para que me echasen. En el momento culminante —«Si nos pincháis, ¿no sangramos? Si nos hacéis cosquillas, ¿no reímos? Si nos envenenáis, ¿no morimos? Y si nos ofendéis, ¿no vamos a vengarnos? Si en lo demás somos como vosotros, también lo seremos en esto»— me sonó el móvil.

A mí. ¡Mierda!

Ese ruido odioso de teléfono móvil, de inoportuno, de falta de respeto, de lo peor que se pueda imaginar.

¡Mierda!

Según las normas de la casa, no podía llevarlo encima, pero ya se sabe, en el teatro todo el mundo hace un poco lo que le da la gana. Siempre lo tenía en silencio o en modo avión, pero aquella vez, no sé por qué...

Todo el mundo se volvió para mirarme. ¿Cómo podía ser que a una

acomodadora le sonase el móvil? Me quería fundir. Me levanté de golpe, lo apagué y salí de la sala fingiendo que había una urgencia. Nada.

Después de la función, por suerte, solo un par de compañeras me hicieron un comentario. La jefa de sala no se había enterado. Mejor, porque esa mujer era un teniente coronel.

Tenía seis llamadas perdidas de mi padre.

El muy pesado tal vez quisiera seguir con su penitencia de pedirme perdón hasta el infinito, pero yo no podía borrar todo el asco que me provocaba.

Le envié un whatsapp:

Qué pasa?

Te puedo llamar?

Sí.

Al segundo tono, descolgué.

—¿Qué pasa?

—¿Estás en el trabajo? —Tenía la voz triste.

—Sí.

—Estoy en casa de tu madre. Ven cuando puedas.

—Voy ya. ¿Qué pasa, papá?

Al Velódromo voy siempre que puedo. Se come relativamente bien a buen precio y, lo que es mejor, es el restaurante-bar de Barcelona que lo aguanta todo. Desayunas, comes, meriendas, cenas, tomas copas, te hace superar la resaca. Cierra a las dos de la mañana y abre a las seis. Una maravilla. Atienden al cliente a cualquier hora y, como soy un habitual y conocen el trabajo que desempeño, me tratan como si fuese un capitán general. Si está llena la parte de abajo, me abren la de arriba para que esté tranquilo y evito las colas de espera. A mediodía hay poca gente y, al lado del billar, justo bajo la escalera, hay una mesa oscura pero solitaria que siempre me ha gustado mucho.

Le he enviado un mensaje a Rubén por si quiere cenar esta noche. Me ha respondido de inmediato con un emoticono con los ojos en forma de corazón y un «sí» lleno de signos de exclamación. Un tercer mensaje me pregunta si no me importa que vaya con Pol y así lo conoceré, que le hace mucha ilusión. Adiós; ya estamos. Toda la noche aguantando la vela y conociendo a rollos ajenos.

Rubén. Seguro que es buena idea que conozca a este chico?

Sí. Este es diferente, Albert. Confía en mí. Te caerá muy bien.

Sabes que tus novios siempre me han caído como una patada en los huevos.

Este noooooo. Venga, decide tú el sitio. Tú eliges, pago yo.

Bodega Sepúlveda.

Magnífica elección. Viva! Hora?

A las 22. Reserva tú.

Y me envía un OK con muchos besos de emoticono.

Observó el entorno del Velódromo. A esta hora, mucho berberecho de Espinaler, Coca-Cola, alguna cerveza y muchas patatas bravas. A las doce y seis minutos llega Andy Barrera, toda panocha ella. No se ha cambiado ni los vaqueros ni la cazadora, pero sí la camiseta, que hoy es blanca, y la camisa, hoy negra. Lleva el pelo revuelto de una ducha reciente y los ojos saltones que indican que hace poco que ha salido de la cama. Le tiendo la mano. Él también, y se sienta delante de mí.

—Tienes cara de haber cerrado anoche el Arena —le suelto.

Sonríe tímidamente, como diciendo que sí sin querer decirlo del todo.

—Perdona, no quería entrometerme en tu vida. Vamos a lo nuestro...

—No, no, tranquilo. Me fui a dormir muy tarde... o demasiado temprano, según se mire. Tuve una pequeña discusión con Jan y se alargó hasta la madrugada.

—Ay, el mundo del amor...

—No, no. No es solo el amor. Son estos horarios que tiene, el mundo de la noche, ser empresario de discoteca...

—¿Celos?

—No. En absoluto. Tiempo para compartir.

—Uf. Sé de lo que me hablas. Es difícil tener pareja y querer que el otro se dedique más a ti que al trabajo. Si se dedica más al trabajo, pero ya lo sabías cuando lo compraste, el problema es tuyo.

—Ya lo sé, pero tampoco somos pareja del todo.

—¿Entonces?

—Nada, que intentar relacionarse con un tío que tiene un local de noche y

que, menos los domingos, se dedica a él en cuerpo y alma... Es complicado hasta quedar para tomar un café.

—Pero tú también trabajas de noche.

—No tanto. A mí me gusta levantarme por la mañana. Jan se despierta a la hora de comer.

—¿Y no tenéis ruido en casa?

—¡Ah, no! Si no vivimos juntos. Solo hace ocho meses que tonteamos.

Llega el camarero.

—¿Qué queréis tomar, Albert? —me pregunta con gentileza Manel, el jefe de sala de hoy.

—Yo quiero un Sprite.

—Hostia, un Sprite. —Andy sonrío—. No recordaba ni que existían. Yo otro.

—Y unas bravas.

—Y unos dados de salmón —reclama Andy.

El camarero se va.

—Vamos al tema —propongo a mi interlocutor.

—Follamos cuando podemos..., si ese es el tema. A mí me encanta, aunque él tiene que encontrar el momento. Esto de los horarios liquida cualquier matemática sexual.

—Perdona, pero el tema no era ese. Era el asesinato de Paula Cellar.

—Ja, ja, ja. Ya lo sé, hombre. Era ironía absurda.

No sé si reírme, preguntarle si me la quiere comer en el cuarto de baño, comerle la oreja en el mismo Velódromo o hacer como si no pasara nada. Me inclino por la última opción, y la acompaño con una sonrisa impostada.

—Me has dicho que no la viste salir. Y los otros cuentan que estaba encerrada en el camerino.

—Siempre le gustaba quedarse un rato más. Era muy especial.

—¿Qué hacía?

—Ducharse, hablar por teléfono, desmaquillarse, hacer tiempo por si había alguien esperándola.

—¿Aquel día no la esperaba nadie?

—En la puerta, no.

—¿Cómo iba Paula a trabajar?

—Normalmente, a pie. Vivía en el Gótico, en la calle de les Moles. Una vez la fui a buscar; en ocasiones le cogía las puntas a los vestidos o hablábamos de maquillaje. Venía por la calle Comtal hasta esta altura de la Rambla, y en dos minutos más ya llegaba.

—¿Cómo era su entorno?

—Poco conocido. Yo la conocía desde hace años, pero sé poca cosa. Era muy reservada para según qué. Para sus éxitos, ningún problema, pero su vida personal era harina de otro costal. Últimamente estaba simpática, alegre, pero siempre distante. Suele pasar con divas como ella. Entran muy bien en la compañía, pero marcando las distancias lógicas entre la dama y los peones.

—¿Tenía enemigos?

—Que yo sepa, no.

—¿Iba muy a menudo a comprar a la Boquería?

—Ni puta idea, la verdad.

Dejo siempre unos segundos para pensar.

—Ahora que lo dices, un par de veces vi que llevaba bolsas de puestos del mercado.

—¿No recuerdas de qué?

—No.

—De acuerdo.

—Una última cuestión. ¿Quién más hay en el teatro, aparte del cuadro técnico?

—El escenógrafo, la encargada de vestuario, el técnico jefe, el regidor...

—Los iré a ver.

El camarero ya nos ha traído los dados de salmón, las patatas bravas y los Sprites. Durante el aperitivo hablamos de la obra espantosa, de lo mala que es la

cover que sustituye a Paula, de lo ridículo que es el público que va a ver la representación.

—No te muerdas la lengua, que te envenenarás tú también.

—No hace falta. Ya me la muerden los demás.

Y se echa a reír.

Uy, qué calientapollas el panocho este.

Llegué a casa de mi madre lo antes que pude. Hacía tantos meses que estaba centrada en mí, en el Institut y el trabajo, que apenas había prestado atención a mis padres. Estaban, sí, pero lejos, personajes secundarios de mi historia. El centro del universo era un escenario. Era mi ego camuflado de mil excusas. A veces, cuando te pegan una hostia, una de verdad, te das cuenta de que solo nos quejamos porque somos unos malcriados.

Y yo lo era.

Abrí la puerta. Y estaban los dos sentados uno delante del otro, en silencio. Con dos tazas de café vacías y las persianas bajadas. Ni música de fondo, ni la televisión encendida...

Desde que mi padre había hecho las maletas una noche y había bajado las escaleras despotricando contra mi madre y contra mí, no los había vuelto a ver juntos. Se me hacía raro. Era una fotografía en blanco y negro. Para mí, dos realidades paralelas que ya no se encontrarían más. De no haber sido por el ambiente lúgubre que se respiraba en el comedor de casa, un aire cargado, espeso, verlos allí me hubiera despertado un ramalazo de la infancia. ¿Y si de pronto se lo habían pensado y mi madre había perdonado a mi padre? Aunque yo no quería que lo perdonase. Se había comportado como el imbécil más grande de la península y a veces perdonar solo es recular y no limpiar.

¿Y si solo querían darme una sorpresa? ¿Una buena noticia?

Mi padre se levantó y me abrazó. No sentí nada.

—¿Quieres un café?

—Son las diez de la noche.

—¿Quieres tomar algo?

—No...

Mi madre tenía los ojos llorosos. Rojos de tanto llorar. Con un pañuelo de papel se secaba la boca y se limpiaba la nariz. Tenía las piernas cruzadas e iba en pijama. Antes de que mi padre entrase en la cocina, quería saberlo:

—¿Qué pasa?

Los miré. Mi madre parecía desfallecer a ojos vistas. Mi padre, con un aire pesado, como si todo le costase mucho, me hizo sentar en el sofá con ella. De forma instintiva, me agarró la mano. Había un sobre marrón encima de la mesa. Eran documentos médicos. Intuí que se trataba de pruebas o resultados.

—Hemos ido al médico.

—¿Juntos?

—He acompañado —matizó mi padre— a tu madre al médico. A hacerle unas pruebas. Me lo pidió ella.

—¿Unas pruebas de qué? —No soportaba que me dosificaran la información.

—No han salido bien. Mamá está enferma.

—¿Enferma?

—Tengo cáncer —dijo ella con un hilo de voz.

Cáncer.

Las dos sílabas más implacables. Cán-cer. El resto es silencio. Apreté con fuerza la mano de mi madre. Intentando decirle: «Oye, no sufras, estoy aquí». Pero sufría. Mucho. ¿Qué cáncer? ¿Estaba muy avanzado? ¿Qué significaba todo aquello? Tenía mil preguntas en la cabeza... pero no podía hablar, todavía tenía dentro aquellas dos sílabas: Cán-cer. Cán-cer. Cán-cer. Cán-cer.

—Es un tumor en el páncreas.

—¿En el páncreas?

¿Para qué cojones servía el páncreas?

—Es muy grave —aclaró mi madre, como si de golpe quisiera justificar la

existencia de un órgano glandular que no nos había importado lo más mínimo durante años.

No quería pronunciar la palabra.

—¿En el páncreas?

Respondieron los dos a la vez.

—Sí.

Aquella noche no me lo quisieron confesar, pero el cáncer de mi madre era terminal. Y la pobre, que tantas plantas, tantas energías, tantas flores y tantas estrellas la habían guiado hasta el absurdo, ahora se ponía en manos de la química, de la ciencia de verdad. Ya no servirían ni las putas flores de Bach ni las energías de vete a saber quién. Supongo que cuando la muerte te mira directamente a los ojos, sin filtros ni excusas, cuando tomas consciencia de que desaparecerás, de que tu cuerpo acabará bajo tierra y no volverás a ver ni a tu hija ni a tus amigas ni nada de lo que tus ojos han visto durante sesenta años, las estrellas dejan de guiarte y las flores solo decoran los centros de comedor.

No pregunté nada más.

Ninguno de los tres tenía ganas de hablar. Se trataba de hacernos compañía. De estar ahí, callados, tal vez. Juntos. Me levanté y puse un poco de música. El silencio me horrorizaba. Buscaba algo alegre, que les hiciera sonreír. Teníamos un estante entero de cedés. Le gustaba conservarlos. Clasificados por años y grupos. A ver... Este: *Enemigos de lo ajeno*. Un disco de El último de la fila que a mi madre le encantaba.

¿Dónde estabas entonces cuando tanto te necesité?

Nadie es mejor que nadie pero tú creíste vencer.

Si lloré ante tu puerta de nada sirvió.

Barras de bar, vertederos de amor...

os enseñé mi trocito peor,

retales de mi vida,

fotos a contraluz.

*Me siento hoy como un halcón
herido por las flechas de la incertidumbre.*

Mi madre se rio. Y se quedó cantando la canción mientras mi padre recogía las tazas de café y fregaba los platos. La risa se le mezclaba con el llanto. Yo también lloré. Y nos abrazamos. De pronto, nos queríamos tanto que dábamos un poco de asco.

La música subía y nos íbamos animando.

«Me corto el pelo una y otra vez...»

—Como yo, que me quedaré calva de la quimio.

—Venga, calla...

Nos levantamos, eufóricas.

«Dame mi alma y déjame en paz...»

Y cuando llegó el estribillo, gritamos:

«Me siento hoy como un halcón
herido por las flechas de la incertidumbre.»

—¡Vuelve a ponerla!

¡Y vuelta a empezar!

«¿Dónde estabas entonces cuando tanto te necesité?»

La repetimos diez veces. Una más. Y otra. Mi padre se encerró en la cocina y solo asomó la cabeza un momento para mirarnos, dos locas que saltaban encima de los cojines mientras la guitarra de Quimi Portet y la voz de Manolo García atronaban por todo el piso y hacían vibrar los cristales.

—Que vengan los vecinos —dijo mi madre—. ¡Que se apunten a la fiesta!

Cuando nos desplomamos exhaustas en el sofá, volvió el silencio. Nos dio un ataque de risa que se mezcló con un llanto feroz.

Después, mi padre intentó consolarnos y se despidió con dos besos a cada una. Nos quedamos solas. Quizá tendría que haberle dicho que le quería mucho. Le preparé un té.

—No, no quiero...

—¿Cómo? —Mi madre no había renegado nunca de los tés.

—Le he pedido a tu padre que me trajera unas pastillas..., están encima de la mesa...

Habíamos dejado las flores y dábamos la bienvenida al mundo real.

Ella se fue a dormir, y yo —no podía hacer otra cosa— me puse a navegar por internet. Escribí en Google: tumor y páncreas. Me entró tal ansiedad que corrí al baño y vomité.

Tumor y páncreas.

He llegado a las diez de la noche en punto. La Bodega Sepúlveda es una obligación, una devoción y una reclinación. No falla nunca. Nunca. Siempre he pensado que voy para encontrar «el» plato que no esté a la altura. Y mira que hace años que voy, pero no lo he conseguido. Es como comer en casa de tu madre. Entro y saludo a la familia, y me señalan la mesa de arriba: el balcón. El balcón es mi mesa. Desde el primer piso tiene vistas a la entrada, donde están la barra y tres mesas más.

En el balcón ya veo dos cogotes. Uno corresponde al corte de pelo de Rubén. El otro debe pertenecer a su pareja. Subo las empinadas escaleras hasta el piso de arriba y me aborda Carlitos, el camarero más divertido de Barcelona, un cachondo.

—Hombre, ¿qué tal?

—Fatal.

—Ya lo sé. Como siempre.

Sonrío.

—Hoy vengo de presentación oficial.

—¿De estos dos? —me pregunta Carlitos.

—Sí. A Rubén ya lo conoces.

—Sí, claro. El otro ¿es la pareja?

—Sí, chico, aquí se juntan todos menos yo.

—Y yo, que mi última chica me duró tres meses y estoy más solo que la una.

—Independiente. Es lo mejor. Vivir solo.

Voy hacia la mesa. Beso a Rubén, que se levanta para recibirme.

—Hola, Albert. Te presento a Pol.

Pol se me acerca y amaga con darme dos besos, pero yo le tiendo la mano. Los besos te los tienes que ganar, chavalín.

—Encantado —me dice—. Rubén me ha hablado mucho de ti.

—Demasiado; estoy seguro.

—Ja, ja, ja. No, hombre. Me ha hablado lo suficiente para hacerme una idea.

Pol es guapo, desde luego, pero es de esos chicos que parecen cortados por el mismo patrón. Fabricados en serie. Mucho pelo por la parte de arriba y desordenado de manera voluntaria, más corto por los lados, barba recortada a la perfección, camisa clara y zapatos en punta, que le he visto cuando se ha levantado. Guapo, lo es, pero como tantos otros. Debe de tener unos treinta y muchos años.

—Felicidades —le digo.

Pol se me queda mirando con cara de susto. Salta a la vista que Rubén debe de haberle advertido sobre mis salidas de tono y se ha puesto a la defensiva.

—El perfume que llevas es excepcional. Poca gente tiene tan buen gusto. Dunhill Desire. Frasco rojo.

—Hostia, sí.

—Ya puedes sentarte —digo, como si fuera un cura dando misa.

Nos sentamos todos y Rubén se ríe de mi primera ocurrencia.

—Rubén, guapo, no te rías. Uno está acostumbrado a estos perfumes tan cargados, que parece que los regalen...

—Gaultier —responde Pol.

—Efectivamente. Entre otros.

—Bleu de Chanel.

—Ja, ja, ja, ja —empiezo a reír—. Sííí. Muy bien.

—¿Polo Sport?

—De acuerdo. También.

Miro a Rubén.

—Este chico empieza bien.

Rubén me mira como si respirase porque he concedido un primer aprobado al personaje. Ya se sabe que a las parejas no las aprueba ni la familia ni uno mismo. La clave siempre la tienen los mejores amigos. Son decisivos. La cara de atontado que calza Rubén esta noche es de las que hacen historia.

Viene Carlitos.

—¿Qué queréis?

—Todavía no hemos mirado —contesta Rubén mientras coge la carta a toda prisa.

—No hace falta —asegura Carlitos—. Ya sabes que aquí manda Albert.

Pol se ríe. Lo hace con gracia. Todavía habrá acertado, el tonto de Rubén.

—Escoge, entonces, Albert —ordena Pol.

—¿Alguna intolerancia? —pregunto.

—A nada. A Rubén, de momento, tampoco.

Risas generalizadas.

—Todo llega, amigo mío —remato.

Más risas.

—Trae croquetas de setas, de cocido y de queso, la ensalada de tomate y atún, la tortilla de patata con cebolla...

—Ya basta, ¿no?

—Venga, Rubén, que un día es un día —dice Pol dirigiéndose a su reciente pareja.

—Faltan las costillitas de conejo, la especialidad de la casa, que son una pasada.

—Y las judías de Santa Pau —remata Carlitos.

—También. Y el vino de siempre.

—Agua también —añade Rubén.

—A mí con el vino me basta —dice Pol.

Nos pasamos la cena hablando de los tres. Pol es médico en el hospital de Can Ruti, en el Banco de Sangre y Tejidos. Comenta el problema que tienen con las

donaciones. La necesidad que hay de campañas de concienciación, porque la gente nunca se da por aludida. Como si la sangre cayera del cielo.

—Soy donante de tejidos —le digo mientras da el primer trago al suave pero eficiente Viña Alberdi, que siempre pido en la Bodega.

—¿Cómo? —se extraña Rubén.

Pol se vuelve hacia su pareja.

—Pues como tanta gente que es donante de tejidos.

—No lo sabía, Albert.

—¿Tú no lo eres? —pregunta Pol.

Rubén pone cara de no saber muy bien de qué le hablan.

—Ser donante de tejidos es gratis, altruismo puro. Se hace una donación para después de la muerte. Entonces se obtienen los tejidos que quedan sanos y se trasplantan a personas que los necesitan porque los suyos están dañados por culpa de alguna enfermedad. Muchas veces los trasplantes de tejido son la única solución para curarse.

A veces pienso que hay gente con suerte, y a Rubén le ha tocado la lotería. Pol es un encanto y, por primera vez, abdominales al margen, siento envidia de mi amigo. Quisiera uno como este. Soy enamorado desde siempre, y este chico me ha entrado muy bien.

Carlitos va trayendo platos y nosotros, venga comer.

—Joder con las costillitas —chilla Rubén.

—¡Qué gordo eres! —le espeta Pol guiñándome un ojo.

—Mañana tendrás que hacer el triple de gimnasio —remacho.

Carcajada general. Reclamo una segunda botella de vino mientras mojo pan en el aceite picantito de las costillas de conejo. Nos estamos poniendo como el Quico. Necesito de forma urgente un sorbete «para bajar».

—Tomaremos una copa, ¿verdad? —pregunta Pol.

—Estoy muy cansado... A lo mejor podríamos quedar...

—Nada de otro día; hoy. No me jodas. Una copa y a dormir. En el Arena.

No les puedo decir que no.

—¿Y qué? Tú no tienes pareja, ¿verdad? —me pregunta Pol.

—Noooooo. Ni ganas.

—Hombre, ganas sí que tienes. Me ha dicho Rubén que había un chico que te hacía gracia y lo dejaste escapar.

Silencio. La cara de Rubén se transforma en las *Bodas de sangre* de Lorca. Pol se da cuenta de que la ha cagado. Bebo otro trago de vino.

—Venga. Vamos de copas —respondo como si no hubiera pasado nada. Puta vida.

Poco a poco se hace de día, poco a poco.

Y yo no puedo quitarme de encima la peste a sangre de la carnicería.

He salido de la Boquería, he atravesado el Raval, Sant Antoni, Poble-sec...

Ahora estoy en el atrio del Institut del Teatre.

No tengo tabaco. Ahora fumaría, destrozaría todos estos cristales o gritaría hasta quedarme afónica.

No sé dónde está Clara. La necesito. No tengo batería en el móvil. La necesito. No sé cómo ha pasado todo. Hay vacíos en mi cerebro, en la memoria. Parece una pesadilla. Y de pronto veo los ojos de Paula pidiendo clemencia. La sangre desparramada por la tienda. Hija de puta.

La plaza de Margarida Xirgu está desierta.

Quisiera ser un perro y huir o esconderme o despertarme y que todo esto hubiera sido una pesadilla. ¿Adónde puedo ir?

Podría ir a casa de mi padre. Sí, sería la mejor opción. Pero tengo que hacerlo rápido. Porque, si no, pueden encontrarme por la calle; seguro que la policía ya anda buscando. Una chica de madrugada, sola, ensangrentada, corriendo por Barcelona. Llevo colgado un cartel en la frente que dice CULPABLE.

Tengo que llegar allí antes de que amanezca.

Piensa, Mònica, piensa.

¿Cojo el Bicing? No, eso sería dejar pistas. Podrían saber mi recorrido, llegado el caso. Mejor no tener batería, mejor no dejar rastro de ninguna clase.

Mi padre ahora vive en el barrio de Les Corts.

Bajaré hasta la plaza de Espanya, subiré por la calle Tarragona y después me perderé por las callejuelas de la estación de Sants hasta llegar a Travessera de les Corts.

Una vaharada de sangre me taponó la nariz.

Cuento hasta tres y hago todo lo posible por desaparecer.

Al final hemos decidido ir a El Cangrejo, al lado del monumento a Colón. Al poco de llegar he conocido a un tío que se llama Manel, sin más. No conozco a mucha gente que se llame Manel y tenga unos treinta años. Vaqueros pitillo; camisa blanca; zapatos negros impecables. Bailaba «Rockabye» en la pista y hemos cruzado una mirada. Dos horas más tarde estábamos en mi casa desnudándonos y besándonos como si no hubiera un mañana. Versátil. Arriba y abajo. Abajo y arriba. Bien armado hasta la victoria final. Gritos. Un disfrute general. Un polvo como Dios manda.

—Joder, Manel. Qué pasada.

Sonríe y me pregunta dónde está la ducha. Se levanta y veo cómo le baila la polla. El péndulo de Foucault.

Miro el móvil. Un whatsapp.

Hola, Albert. Gracias por la cena de anoche.

Y otro mensaje:

Espero no haber sido demasiado impertinente. Te fuiste muy rápido y no pude decírtelo.

Y un tercero:

Espero volver a verte en breve.

Y un cuarto, seguido de un emoticono de llorar de risa:

Y espero que hayas follado bien.

Al final respondo:

Todo perfecto.

Y un segundo whatsapp:

Y tú, Pol, has follado bien con Rubén?

Respuesta:

No, no. Esta noche no hemos dormido juntos.

Mi turno:

Vaya. Qué pena.

Y la respuesta final de Pol:

He estado pensando demasiado en ti.

Cuando la muerte llega de improviso, la familia, los amigos, quienes la viven de verdad cambian de universo, de realidad. La teoría de cuerdas. Un agujero negro que te arrastra a un mundo parecido al de antes pero muy diferente. La muerte de un viejo es otra cosa, un pacto, aunque sea doloroso. La persona puede ir viendo la tumba y cómo los gusanos ganan centímetro a centímetro la lucha contra el cuerpo, ese cuerpo que tiempo atrás fue joven y ahora a duras penas puede levantarse. Pero que alguien desaparezca de sopetón es un viaje en el tiempo y el espacio.

La muerte de mi madre fue un viaje en el tiempo porque era muy difícil tener la certeza de que realmente hubiera ocurrido. Y en el espacio, porque no parábamos de topar con sus cosas: jerséis, libros, botes, zapatos, recetas, facturas, fotografías, los perfumes que le gustaba coleccionar... El cerebro ya sabía que mi madre había muerto, pero parecía que mi cuerpo, de forma instintiva, no terminara de creérselo. Meses antes había pasado días, semanas, sin verla; quizá porque estaba de viaje, con sus amigas de pañuelos y plantas, haciendo el amor con la naturaleza u oliendo la claridad a primera hora de la mañana.

Ahora la ausencia sería definitiva.

En el entierro volví a abrazar a mi padre. De hecho, él me abrazó a mí; yo abrí los brazos. No sentí asco, pero tampoco nada que valiera la pena. Era un cuerpo como cualquier otro que intentaba acompañarme.

La noche antes de que mi madre muriese, al salir del hospital, le pedí a Robert

que dejásemos de vernos. Él no entendía nada. Arqueó las cejas y se quedó con esa expresión durante toda la cena. Creía que era su momento. No le podía explicar que aún le quería pero me había dejado de interesar. Y yo no podía estar con nadie que no me interesara. Podíamos tomar un café, contarnos cosas, abrazarnos, mandarnos correos electrónicos o whatsapps, pero ya no podía amarlo de la manera que él quería. La enfermedad de mi madre me había cambiado. Me había vuelto dura por fuera y seca por dentro, como seca tenía la boca cuando, en la cafetería de delante del Hospital Clínic, le dije:

—Quiero estar sola, Robert.

—¿Por qué?

No había un porqué lógico.

—Porque mi madre está muy enferma y me necesita. Y yo también me necesito a mí misma.

—Y yo puedo cuidarte.

—Lo sé. Pero no se trata de que me cuides. Yo me tengo que cuidar sola.

No sonreía. No me enseñaba sus dientes blancos de anuncio.

Desde mi entrada en el Institut, nos habíamos distanciado. A él le gustaba una música, a mí otra; a él le gustaban unos restaurantes, a mí otros; a él le gustaba ir con sus amigos, a mí con los míos.

¿El teatro? Está bien para pasar el rato.

—Somos diferentes, nos complementamos —decía mientras me cogía las manos.

Los libros de autoayuda han hecho mucho daño.

Lloré. Robert se quedó en silencio. Me miraba como lo haría con un perro perdido en mitad de una tormenta. No era su momento. Tenía que ser mi momento. Yo no podía rescatarlo. Tenía que entender que a mi madre le quedaban días, tal vez horas, y si yo tomaba una decisión como aquella, debía callar y escuchar. Debía hacerse a un lado y acompañarme, si quería, desde mi soledad.

A veces mi cabeza también funcionaba como un jodido libro de autoayuda.

Mis amigos iban a lo suyo. Manu, con quien me llevaba muy bien, me llamaba a veces para preguntar cómo estaba mi madre, pero en aquel momento no estaba, porque se había ido de Erasmus a Múnich y se había enamorado de un tal Hans, y eran tan felices que ya no podía contar con él.

Quien apareció como por arte de magia, se quedó a mi lado y se convirtió en mi cómplice para siempre fue Clara. Me ayudó a meter en cajas la ropa de mi madre para donarla a la beneficencia. También montamos una especie de mercadillo que organizó ella en el que vendí libros y trastos... Por las noches, ella se quedaba en mi casa hasta tarde.

—¿Quieres venir a vivir conmigo? Compartimos piso.

—No, gracias, Mònica...

—¡No pagarás alquiler!

—Soy muy maniática y me acabarías odiando.

De Paula no supe nada. Algún mensaje de vez en cuando, pero estaba ocupada ensayando no sé qué producción para el Teatre Lliure.

Cuando acabé el segundo curso de Escenografía, escogí la especialidad de Diseño de Vestuario, y en tercero empecé a hacer prácticas. Básicamente mi trabajo consistía en coser, hacer dobladillos de pantalón y acompañar a una señora de unos trescientos años (la gran diseñadora del teatro de toda la vida) a comprar calcetines y bragas y a confeccionar grandes abrigos. No era una ocupación aburrida, al contrario; si el director era lo bastante astuto, si los actores no tenían manías, podía ser un trabajo fantástico.

Gracias a Sebas, me hice amiga de Lupe, que así se llamaba la señora de trescientos años con tantos premios Max como arrugas en la cara. Y hablábamos de todo, y me contaba anécdotas como la del fantasma del Romea e historias sobre Margarida Xirgu. Yo no me tragaba nada de lo que me decía, pero su manera de hablar me fascinaba. Le conté que quería ser actriz; bueno, había querido ser actriz, porque hacía un tiempo, desde la enfermedad-agonía-muerte de mi madre que, sin saber por qué, había perdido un poco las ganas.

—Es normal.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—Porque todos queremos ser actores en algún momento de la vida. Es un juego. Un juego serio, de verdad, pero un juego.

—Puede que sí.

—Y también es normal... —Hizo una pausa—. Es sano que ya no lo quieras ser.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

Cada frase de Lupe exigía un porqué acto seguido.

—Porque creces. Eso quiere decir que has crecido. Y has entendido que la vida es más grande que un escenario. Y ser actor es un oficio lamentable. Durísimo. Piénsalo bien. ¿Repetir cada noche lo mismo? ¿Cada noche tienes que enamorarte del Romeo de turno, al que le huele el aliento o es un desgraciado o tiene un ego que no le cabe en el teatro? Si Romeo es encantador, vale..., pero a veces... ¿O matarte cada noche? Y aguantar las toses de la gente, el pitido de los móviles, los comentarios de los imbéciles... O tener que soportar a los críticos, la mayoría de los cuales hoy en día son blogueros con ínfulas... ¡Sí, blogueros! ¿Puede haber un trabajo más triste que escribir en un blog, Mónica? Nadie los lee, ya lo sé, pero la gente del teatro somos tan pequeños y nos creemos tan grandes que perdemos el tiempo leyéndolos. Yo, los blogs, me los paso por el coño, ¿te enteras? Una vez un director cambió el final de una obra porque no sé qué bloguero había asistido a un ensayo y había puesto mala cara. A mí un bloguero me pone mala cara al ver un vestuario mío y tienen que ir a pescarlo al Llobregat porque lo tiro al río con unos zapatos de cemento, ¿me entiendes?

¿Por qué no podía yo ver el mundo con la misma claridad?

Las tardes con Lupe me sirvieron para enamorarme del vestuario y alejarme de la interpretación. Era curioso: siempre había pensado que quería hacer teatro para vivir otras vidas o demostrarles a mis padres que tenía luz, y ahora que mi madre no estaba había entendido que no hacía falta huir en busca de nuevas existencias, que solo tenía una y había que aprovecharla. ¿Y la luz? Trabajar con gente del teatro es aprender a luchar contra egos, inseguridades y desequilibrios.

Mi desequilibrio, el nuestro, empezó un viernes por la noche cuando al salir de un ensayo fui a cenar con Clara y su nuevo novio, Àlex.

Àlex era un periodista cultural de metro ochenta, pelo castaño y labios finos y medio desdibujados; hablaba mucho y había publicado un par de libros de poemas. Era encantador. Lo miraba y parecía hecho a medida para Clara. Y al mirarla él a ella se le caía la baba como a un idiota. Ella tan fuerte y él tan delicado. La cena fue divertida. Las primeras cenas siempre son divertidas. Después fuimos a tomar una copa por el Raval, a un local de moda donde según Àlex hacían los mejores cócteles. Cuando entramos, al fondo de la barra estaba Paula con otra actriz.

No tendría que haber venido a saludarnos.

Pero lo hizo. Era su discreta manera de desafiar a Clara.

—¡Pero qué guapas estáis! —Siempre un mensaje positivo de entrada.

—¡Hola, Paula!

¿Y qué haces? ¿Qué obra? ¿Y los ensayos? Ya, claro, muy complicado, sí, es un autor muy interesante...

Y, por último, llegó el desequilibrio total, la punta del iceberg de la noche.

—¿No me presentas a este chico? —preguntó Paula.

—Este chico es Àlex. Mi novio. —Todo el énfasis en la última palabra.

Pocas veces he visto el deseo escrito de forma tan clara en los ojos de nadie. Cuando Paula y Àlex se miraron, olvidaron el resto del mundo; parecía que estuvieran solos, y se desnudaron, en silencio, en aquella barra llena de gente, y se hicieron el amor, demasiado; era un sexo apasionado y sucio, de gente que no conoce los límites del placer.

—Encantado —dijo Àlex.

—Igualmente —replicó Paula.

Clara no notó nada.

Yo, todo.

Es martes por la noche y en el sur de Barcelona hace una buena temperatura. Me he quedado dentro del coche después de aparcar en el sótano de la Boquería. No avanzo en la investigación. Llevo días dedicándome y solo he descubierto cuatro chorradas sin importancia. Cojo la libreta de hojas blancas que siempre llevo conmigo. Es una pequeña Moleskine con textos de *El principito* de Saint-Exupéry en la cubierta. Y con el rotulador de punta fina escribo:

Paula. Teatro Romea. Mercado de la Boquería.

Obra de teatro acabada. Sale caminando por la puerta lateral, nadie la ve y se pierde por la calle Hospital.

Hallada asesinada en la Boquería. Colgada chapuceramente por el cuello en un golpe de efecto. Envenenada con una dosis de caballo.

Hechos (aparentemente) probados:

1/ No murió por culpa de los ganchos del puesto del mercado. Murió a causa del veneno..., a no ser que el asesino fuese un sádico y le inyectase el veneno después de colgarla de la barra (???).

2/ Si salió del teatro casi a medianoche, significa que en el momento de la función ya la habían envenenado o que le inyectaron el veneno nada más acabar.

3/ En el cuerpo no hay indicios de violación.

4/ Distancia entre el Romea y el puesto de Fidel en la Boquería donde encontraron colgado el cadáver: unos doscientos metros en línea recta. A paso normal, unos tres minutos, cuatro como mucho, y más de noche.

5/ Opciones de recorrido. Dos. La primera pasando por la Escola Massana (en diagonal) y una segunda por la calle de les Cabres, subiendo los escalones que dan al restaurante Petit, el de mis amigas.

Paso una página en blanco. Escribo:

Lista de gente

Fidel: no sabe nada.

Trabajadores del puesto: la dependienta es un desastre. Descartada. Los otros dos, dudas.

Compañía: todos sospechosos sin que podamos concluir nada.

Cierro la Moleskine y salgo del aparcamiento. Es noche cerrada en la calle Hospital. Pienso que he escrito por escribir, porque no tengo un carajo. Me rebelo cuando me quedo atrancado en la investigación. No hay nadie que me provoque sospechas claras. Todo es demasiado complicado. Ella sale del teatro por la noche y al cabo de unas horas aparece colgada en un puesto del mercado. ¿Alguien la aborda? ¿Descartamos que fuera hacia su casa del barrio Gótico, que la matasen allí y la colgaran después? No olvidemos que de madrugada la Boquería está cerrada. ¿Cómo entra, ella, allí dentro? ¿Cómo y en qué estado, viva o ya difunta? ¿Nadie ve nada? Es evidente que toda la operación del interior del mercado tiene que hacerse entre la medianoche y las cuatro de la mañana, porque a esa hora ya empiezan a llegar los trabajadores de los puestos con el género de la jornada.

Camino hasta la puerta del Romea. Este barrio de noche da miedo. Esta oscuridad y estas farolas con los putos leds. Parece Bucarest. Pon luz, alcaldesa, que entramos en depresión. Respiro y me sitúo de espaldas a la puerta de entrada del teatro. Quiero reconstruir el movimiento de la actriz si suponemos que salió de aquí, ya fuera sola o acompañada, y se dirigió hacia la Boquería. Arranco a caminar, girando como hizo ella hacia la derecha de la calle Hospital. Paso por delante de una tienda de pieles y fornituras, una carnicería islámica con la persiana bajada y cubierta de grafitis, una pizzería llena de gente con un nombre imposible, Micaela, una panadería y una tienda de teléfonos móviles. Me adentro en la calle Jerusalem. Una calle que es muy poca cosa, de pisos altos color terracota y un restaurante italiano con buena pinta. No me gusta pasear por esta zona en la maldita oscuridad de esta Barcelona de euro treinta. Llego a una puerta de hierro que da a lo que podría considerarse el culo del mercado de la Boquería, justo detrás de la entrada principal de la Rambla. Apesta a orina. Hay

unos barrotes gruesos que permiten observar los intestinos del mercado barcelonés, los puestos cubiertos por lonas o con las persianas metálicas bajadas. La puerta, como esperaba, está cerrada. Intento empujarla, pero no hay manera. Hay una especie de cerradura que no ha sido forzada. Intento sacudir los barrotes y se oye un chirrido insoportable de hierro.

—¡No hagas tanto ruido, imbécil!

Me llevo un susto cuando, justo en la puerta de atrás de la Escola Massana, un sintecho tumbado en el suelo en un saco de dormir asoma la cabeza en forma de mancha negra. Entre la oscuridad y la barba desarreglada que lleva, no se le ven los ojos.

—Lo siento —digo por si acaso.

—Si quieres entrar ahí, lo tienes complicado, tío. Con el asesinato de la chica hay más vigilancia que nunca. Y más ruido que nunca, también, joder.

—No quiero entrar. Estoy pensando cómo se podría entrar.

El sintecho ya se ha levantado. Doy un paso atrás por tantos motivos que serían inexplicables, uno detrás del otro, todos en fila india. Es alto y barrigudo y va cubierto con un chándal azul marino de Domyos, la marca blanca del Decathlon. Lleva unos mocasines negros combinados de forma imposible con unos gruesos calcetines morados.

—Las chicas lo hicieron bien —dice el hombre con cara de pocos amigos. Muy pocos.

—¿Cómo lo sabes? —pregunto.

Arranca a reír desde los bronquios, y el sonido de fumador aumenta hasta desembocar en un preocupante festival de tos.

—Porque lo vi, tonto del culo.

Es evidente que lo que cuenta es un golpe de suerte y a la vez quizá una mentira enorme.

—¿Y la puerta no estaba cerrada como ahora?

—No.

—¿Y por qué no?

—Porque estaba abierta —responde.

Claro. Dos y dos son cuatro. No hace falta darle más vueltas. Barrio Sésamo: si no estaba cerrada, estaba abierta.

—¿Y por qué estaba abierta?

Se encoge de hombros.

—¿Cuántas chicas eran?

—Tres.

—¿Por qué tengo que creerte?

—¿Y por qué no?

Vuelve Barrio Sésamo.

—¿Cómo eran esas chicas?

—¿Por qué te lo voy a decir?

No tengo una respuesta rápida. No quiero decirle que soy investigador, porque pensará que soy de la policía. No le puedo decir que es por curiosidad, porque entonces me puede mentir.

—Conocía a la víctima. Éramos amigos. Y lo siento mucho, la verdad. Y ya hace unos cuantos días que nadie explica nada y pienso que me merezco, como amigo, una respuesta.

—¿Haciendo de investigador?

—¿Todos los que nos hacemos preguntas somos investigadores?

—A mí me hubiese gustado serlo, pero nunca me lo planteé en serio más allá de cuando acababa de leer alguno de los libros de «Los tres investigadores».

—¿Leías de pequeño?

—Y ahora de mayor.

Me lo quedo mirando con una cara que el sintecho percibe que es de sorpresa.

Se mueve hacia la zona de la calle donde tiene situado el campamento base. Aparte del saco de dormir, hay una especie de fiambarrera sucia y una bolsa de deporte roja. De dentro de la bolsa saca un libro: *Hércules loco. Las troyanas. Medea. Fedra*, de Séneca.

—¡Cojones!

—Soy un sintecho, pero no soy idiota.

—¿Y qué hace un tío que lee a Séneca en esta situación?

—¿Y qué hace un tío que no ha leído nada en su puta vida dirigiendo un banco?

Touché.

—No he tenido suerte con la familia y no he tenido suerte con el trabajo y no he tenido suerte con la vida.

El personaje adopta un tono entrañable.

—No. No he tenido suerte. Mi mujer me dejó porque bebía demasiado, y se llevó a la niña. Trabajaba de maestro en Banyoles y lo dejé. Vine a Barcelona, pero la puta bebida, el vino de los cojones, me lo arrebató todo.

—¿Todavía bebes?

—Nada, pero reciclarme es una tarea complicada en este país de estereotipados.

—Me llamo Albert. Mucho gusto.

Le tiendo la mano.

—Carles Rod.

—Rod. Qué apellido tan raro.

—De Rodríguez. Rod. Así queda más original.

—¿Te apetece un café, Carles? —le pregunto—. Aquí al lado he visto un bar con el curioso nombre de Micaela y a lo mejor tienen vasos de plástico.

—Uno doble.

—No te vayas, ¿eh?, que tengo cosas que preguntarte.

—No te preocupes. Me he dejado las llaves en casa y no puedo volver.

Nos reímos los dos y camino hacia el bar cagándome en la puta madre que nos parió a todos como sociedad.

Durante aquellos años, de manera imperceptible y rutinaria, las cosas fueron ocupando su lugar. Dejé el puesto de acomodadora en el TNC y me dediqué en exclusiva al trabajo de vestuario, que cada vez me gustaba más. Era una labor sutil, de ratoncita, pero importantísima. Conocí a compañeras nuevas que habían sufrido la desgana o el orgullo de algún director presuntuoso, modistas que sabían anécdotas sobre los grandes actores y, aunque trabajase un montón de horas, hacer de ayudante de Lupe también me servía para aprender muchas cosas y ganar algo de dinero para mis proyectos. De vez en cuando, quedaba para comer con mi padre. Formalmente, le había perdonado; me costó muchas horas de terapia borrar aquella imagen patética de los pantalones bajados y Sara en bragas sobre la cama, pero ahora que no tenía a mi madre (ni hermanos ni primos), aquel profesor de instituto mediocre y afectuoso era quien más me cuidaba. Me preguntaba por el teatro, nunca me recordaba mi vocación frustrada y, siempre que podía, me regalaba un par de libros que le habían entusiasmado o, últimamente, una sesión de masaje relajante, porque te veo demasiado estresada, hija mía.

Clara terminó la carrera en la escuela Elisava. A ella le gustaba el teatro, pero también los museos, las librerías y el cine. Una vez por semana iba con Àlex a la filmoteca; seguían los ciclos, participaban en charlas, y después yo los pasaba a buscar y nos íbamos a rastrear los locales de moda del centro.

—Tengo un amigo soltero, Mònica, que te encantaría, porque tiene el mismo sentido del humor que tú —me dijo Àlex un día que habíamos quedado los tres

para salir. Siempre que podía, intentaba endilgarme un amigo-soltero-que-te-encantará-porque-tiene-el-mismo-sentido-del-humor-que-tú.

—¿Y qué sentido del humor tengo yo?

—Os entenderíais mucho.

—¡Venga, Mònica! —se sumó Clara dando un trago de cerveza.

—A ver, ¿cómo se llama? —La esperanza es lo último que se pierde.

—Borja.

—Pero ¿qué dices? Ni de coña.

—¿Qué pasa? ¿Eres nombrefóbica?

—El problema es que todavía piensa en Robert.

—¿Quién es Robert? —Intentaba protegerme haciéndome la tonta.

—¿Cuánto hace que no miras su Instagram? —Clara era una puta cuando quería.

—Dos o tres... ¿horas?

—Sabes que si miras sus *stories* él lo ve, ¿no? —dijo Àlex para avisarme.

—¡Y una mierda!

—De verdad...

—¿Qué quiere decir que él lo ve?

—Que Robert sabe que miras sus *stories* cada vez que cuelga una... —aclaró Àlex con voz dulce—. ¿Cuelga muy a menudo?

—Cada día —respondí yo, delatándome.

—Pobrecita...

—¿Sabes lo que me da más pena de él? —Vi la posibilidad de desahogarme—. Que finge que es feliz. Y antes no era así. No necesitaba fingir nada. Aparentar. Le daba lo mismo la opinión de los demás, porque entendía que los demás eran igual de gilipollas que él, que tú y que yo, o más.

—Tiene una novia muy guapa.

Gracias, Clara, mi autoestima sigue intacta.

—Borja no tiene Instagram —sentenció Àlex.

—Ni debe de saber que hay vida inteligente por debajo de la Diagonal.

—Borja es médico.

Callé y Àlex aprovechó para atacarme.

—Vaya... ahora el nombre de Borja ya te suena un poco mejor.

—¿Qué tipo de especialidad?

—¿Eso es importante?

—Es un detalle, ya lo sé, pero en la vida los detalles marcan la diferencia.

—Pediatria.

—Perfecto —afirmó Clara—, puede hacerte un hijo y cuidarlo.

—No quiero tener hijos. No quiero niños. Te roban el tiempo y la vida, y dejan estrías. Voy a mear.

Mentira, me levanté para zanjar la conversación. Porque no quería oír hablar más de Borja, de Robert ni de su novia guapa. Pero claro, cuando me senté en la taza, saqué el móvil y abrí Instagram; Robert había colgado una nueva *story* y la miré, aun sabiendo ya que él sabría que lo miraba. El hijo de puta hacía muecas con una chica que parecía modelo y después se daban un beso. Y yo, en vez de mear, quería cagarme en todo.

Después vi que Paula también había colgado una nueva *story* (todo el mundo tiene una vida tan interesante...): ella en un camerino del Teatre Lliure, sonriendo con los labios pintados y relucientes. Le faltaban pocos días para estrenar no sé qué obra de un joven dramaturgo catalán. No recuerdo nunca los títulos de los jóvenes autores catalanes. La *story* no tendría mayor trascendencia si no fuera porque repasé sus fotografías y en todas, y cuando digo «todas» no es una exageración para redondear sino en todas y cada una, Àlex le había regalado un corazón. Un *like*. ¿Se podía ser más descarado? Aunque una parte de mí replicaba que no tenía nada de malo que Àlex regalase corazones a las fotos de la gente. Al fin y al cabo, trabajaba en el mundo de la cultura y, ya se sabe, estos necesitan decirse a todas horas unos a otros que lo hacen muy bien, que son muy buenos, que se quieren; cualquier pretexto es útil para disimular las inseguridades.

Llamaron a la puerta del baño.

—¡Ya salgo!

Me había quedado colgada diez minutos, encerrada ahí dentro espiando la vida (digital) de los demás. Mientras me lavaba las manos, una duda: ¿se lo cuento a Clara? ¿Es lo bastante importante para decírselo? ¿O lo dejo caer a modo de comentario sin mala intención cuando ella me vuelva a hablar de Borja el pediatra?

Cuando volví se besaban con pasión exagerada. No hacía falta tanta saliva, tanta lengua, tanto ardor para tu pareja de hacía casi un año. Pero a Clara, como me había confesado más de una vez cuando iba bebida, le gustaba hacer ostentación del placer delante de la gente. Y si se ponía muy caliente le gustaba follar en sitios públicos a horas intempestivas.

—Tendrías que probarlo.

—Pero ¿qué dices?

—No te digo que lo hagas en los vestidores de El Corte Inglés. Allí no tiene ninguna gracia. Es el sitio menos erótico del mundo. Digo en las plazas, en verano, en lugares abandonados; se te dispara la adrenalina.

—Lo que se te dispara a ti es la cabeza, Clara.

—¿No se te pasan nunca por la cabeza pensamientos... extraños?

—¿Qué quieres decir?

—Ideas locas. Pero posibles.

—No te entiendo.

—A veces tengo ideas descabelladas. Hasta dónde sería capaz de llegar...

—No.

Al día siguiente era domingo. Lo recuerdo perfectamente porque tenía una llamada de Lupe, y ella nunca me llamaba en fin de semana. Una ayudante la había dejado tirada y me pedía si podía echarle una mano. «Es poco dinero, pero solo es un día», me informaba.

Aquella fue la primera vez que pisé de verdad el teatro Romea. Por fin mi

trabajo se parecía a mi pasión. Aún iría muchas veces más en los años siguientes, hasta el desastre final.

—¡Joder, cómo quema el hijo de puta! —grita Carles cuando se lleva el vaso de cartón a los labios.

—Hostia, ¿es que no ves cómo humea?

Carles me mira. Son esas miradas profundas de ojos claros que sobresalen de entre un pelaje de barba cerrada, alargada y sucia.

—¿Y por qué no buscas trabajo?

—Porque no me da la puta gana. ¿No quieres un antisistema? Pues aquí me tienes. No como toda esa panda de bocazas que cuando están fuera del sistema nos quieren arreglar la vida, pero cuando están dentro hacen lo mismo que los demás pero con más maquillaje. Nada, hombre. A mí no me engañan.

—De acuerdo, pero eso no lo cambiarás viviendo así.

—Ni quiero. Por eso prefiero que pase la vida. Escogí el número equivocado en la tómbola. Pues me jodo.

—Pero podrías vivir mejor si quisieras.

—Vaya. Y mucho peor también. Por lo tanto, así me quedo. Voy al centro de servicios sociales del Gótico y, allí, cuando tengo un problema, me lo resuelven. Y duermo aquí porque quiero dormir solo, en habitación individual, y en esa clase de centros tengo que dormir con más gente. Hoy, como puedes comprobar, tengo una habitación con vistas a la Boquería. Cuántos guirufos pagarían por una vista como esta, en un córner del mercado.

Sonrío.

—¿Has visto *La ventana indiscreta*?

—Oiga, señor. Soy un sintecho pero he ido a la escuela y el cine.

Vuelvo a sonreír.

—¿La de James Stewart? Claro. Ya sé por dónde vas. Pero no tengo la pierna escayolada.

—¿Qué viste?

—Sinceramente, a tres mujeres caminando juntas por aquí delante.

—Aquí delante quiere decir...

Me corta.

—Aquí delante quiere decir a dos metros de donde estaba yo. Una de ellas iba muy perjudicada. Como bebida. No sé. Una de las otras dos la sujetaba por el hombro para intentar evitar que hiciera eses.

Tengo la extraña sensación de que podría estar diciendo la verdad pero, a la vez, no puedo dar por buena una descripción procedente de una persona como el pobre Carles, que no sé si está bien de la azotea.

—Tienes que entender que todo esto es poco creíble, Carles.

—Tienes que entender que esto es lo que vi y que para mí tiene toda la credibilidad del mundo, Albert. Me has dicho que te llamabas Albert, ¿verdad?

—Sí, pero dices que la puerta de barrotes estaba abierta.

—Pues sí.

—¿Acaso no hay seguridad por la noche en este mercado?

—Sí.

—¿Acaso no estaba haciendo guardia aquella madrugada?

—Ni puta idea.

—O sea, que tres chicas, una de las cuales estaba tocada, no sabes si drogada, borracha o simplemente pasando un mal momento, pasan caminando en dirección a la Boquería. Y no solo se dirigen al mercado, sino que entran por una puerta imposible, de barrotes, sin forzar el candado ni la cerradura. Y minutos u horas más tarde aparece una chica colgada muerta en una pollería.

—Pues debe ser eso.

—¿Recuerdas cómo eran las chicas?

—No. Las tres llevaban gorra y la mareada, además, llevaba puesta la capucha de la chaqueta. Era una noche muy oscura. Yo estaba dormido y me desperté con el sonido del vómito.

—¿Vómito?

—Sí, la chica mareada potó en aquella esquina. —Señala un punto entre el restaurante y la entrada del mercado—. Sacó por la boca hasta la hostia de la primera comunión.

—Coño. Me repito: ¿no viste ningún detalle más?

—Qué insistencia. ¿Por qué tanto interés? Todo esto no quieres saberlo para uso personal.

Se hace un silencio que me parece de media hora. Son unos pocos segundos en los cuales debo decidir qué camino elijo: el de la verdad o el de la mentira.

—Me llamo Albert Martínez Boixadera. Investigador. Trabajo en colaboración con los Mossos e intento averiguar quién mató a una actriz que representaba una obra en el Romea.

—Ya decía yo..., pero yo no quiero marrones, que vivo muy tranquilo mi puta vida.

—No haré nada que pueda perjudicarte.

—Nada. Que no. Pírate o me voy yo. Ya me veo en la policía, citado a declarar delante de un juez...

—Confía en mí, joder. Desapareceré de aquí. No me verás más. Te lo juro, pero me las veo con un nudo mojado y no puedo deshacerlo. Una chica asesinada en el mercado, colgada como una gallina de un gancho, pero muerta envenenada. Podría ser perfectamente la pobre desgraciada que vomitaba el otro día y que, acompañada por otras dos chicas, entró en la Boquería cuando el mercado tendría que haber estado cerrado a cal y canto.

Silencio. Más silencio.

—No sé nada más que lo que acabas de resumir. No sé qué cara tenían.

—¿Cómo iban vestidas?

—No me acuerdo.

—Cualquier detalle, por pequeño que sea, aunque parezca que no tiene ninguna importancia.

—Las gorras eran iguales las tres. Oscuras, azul marino, diría.

—Haz memoria, Carles.

Los ojos del sintecho dan pocas muestras de empatía con nada. Mira el suelo oscuro de la calle del Raval barcelonés. Se lleva el café a la boca. Camina muy poco a poco hacia la puerta del mercado.

—Entraron por aquí.

Carles hace fuerza para intentar abrir la puerta de barrotes.

—Imposible.

—Seguro que la puerta estaba abierta y ellas lo sabían.

—Sí. Vinieron directas hacia aquí.

—¿No oíste nada?

Más silencio. ¡Qué noche de silencios, joder!

—Sí. Ahora que lo dices. Oí que una de ellas, no sé cuál, decía algo así como que le quemaba mucho el maquillaje. No había oído nunca una frase tan poco habitual, y mira que los desgraciados como yo oímos unas cuantas todos los días.

—Gracias, Carles.

Me llevo la mano al bolsillo y me dispongo a darle cincuenta euros.

—No seas miserable. No soy ninguna puta. Otro día me traes un bocadillo o un Ferrari, pero limosnas, al Cristo de Lepanto de la catedral.

Saco una tarjeta.

—Carles, si te viene a la cabeza algo más, llámame, por favor. Es importante. Te juro que nos veremos pronto.

—Espero que no. No quiero marrones con la policía.

—No soy policía. No te preocupes.

Y me voy a seguir dando una vuelta nocturna por el mercado, en busca de un guardia de seguridad que me explique qué cojones pasó para que la puerta

estuviese abierta una noche de septiembre en un mercado que, el resto de los días del año, a esas horas está cerrado para todo dios.

La entrada del teatro Romea conserva la majestuosidad del paso del tiempo. El suelo ajedrezado, de baldosas blancas y negras, los espejos, el piano..., el bar entrando a mano derecha, lleno de fotografías de los mejores montajes. Me podía tirar horas embelesada con cada cartel. Lo primero que me contó Lupe fue la historia del fantasma.

—No, no me gustan las historias de fantasmas, Lupe.

—Pues tendrías que acostumbrarte. Aquí vive uno. Una, mejor dicho.

—¿Una? ¿Margarida Xirgu?

—Hay diferentes versiones. Pepe, el encargado, podría contarte muchas.

Intenté no oír ninguna, pero resultó imposible. A Pepe le gustaba explicar qué cojones pasaba en aquel teatro de madrugada, cuando todo el mundo se había ido. Yo solo trabajaría una noche, cosiendo como una posesa, pero me quedaría en el camerino (convertido en sastrería para la ocasión), sola, con la cabeza llena de ruidos extraños.

Pepe aseguraba que muchos técnicos habían notado presencias extrañas. Gente que subía y bajaba escaleras, cuando en teoría no había nadie, bambalinas desatadas, una voz cantando en un camerino... Todo aquello, pensé, formaba parte de la leyenda, era normal que la gente se lo imaginara si les habían metido el miedo en el cuerpo. Pero las historias no se quedaban ahí. Él aseguraba haber oído (¡oído!) cómo sonaba el piano de la entrada sin que nadie lo tocara. Sentí un escalofrío en la espalda. Y una vez me contó que su hija, de pequeña, había sufrido unas pesadillas lúgubres que se le repetían cada noche:

«¿Qué sueñas?»

«Una señora viene a verme a los pies de la cama y me dice cosas.»

«¿Qué te dice?»

«Me habla de ti, papá.»

«¿Y cómo es esa señora?»

«No sé... Antigua...»

Pepe le propuso a su hija que dibujara a la señora que se le aparecía en sueños. Y cuando la niña lo hizo, su padre se quedó helado. La chica había dibujado a Margarida Xirgu vestida como la protagonista de *La dama de las camelias*. No se lo podía creer. Se armó de valor y pidió a la gente del teatro que lo dejaran solo una noche en la platea, y allí, gritándole a la nada, invocando a espectros, Pepe juró y perjuró a la Xirgu que, si volvía a molestar a su hija, quemaría el teatro.

Quemar el teatro, qué buena idea...

Unos años más tarde, en cada función de *Macbeth* (obra maldita y prohibida de pronunciar y representar...), cuando acababa el primer acto saltaba una alarma de incendios sin que hubiera fuego ni humo. Los técnicos se lo tomaban a guasa: «La Xirgu está enfadada». El director de montaje hizo llamar a una médium. No podía soportar la idea de que en su función hubiera más fantasmas.

«El problema nunca serán los muertos, sino los vivos.»

La médium en cuestión anunció que el espectro era una mujer, sí, pero no Margarida Xirgu, sino una farsante. Y que pedía un ramito de violetas (como la canción) cada noche en el tercer camerino. Al director le pareció buena idea.

Cuando Pepe acabó de contármelo todo bajo la atenta mirada de Lupe, me llevaron hasta la sastrería y me dejaron un montón de ropa para trabajar.

—También habrá que envejecer unos pantalones y manchar de sangre estas camisas.

—Muy bien.

Después se fueron y me quedé sola. Menuda mierda. Temblaba. Puse la

música bien alta, un disco de Norah Jones. *Come away with me*. Y le envié un mensaje a Clara:

Ven a hacerme compañía. Estoy en el Romea.

Veinte minutos más tarde llegó con unos bocadillos y unas cervezas. Le conté la historia del fantasma y se meó de risa. Podía ser muy insolente, cuando quería, la tía. Me propuso que inspeccionáramos hasta el último rincón.

—¿Estás loca? Ni en broma.

En el camerino había una revista de teatro con la cara de Paula. Estaba guapísima. Debajo de su barbilla, con letras rojas, decía: «Aires nuevos». Clara se mofó y aprovechó sus estudios de diseño para dibujarle una polla gigante en la boca.

—Así queda mucho mejor. La que es puta, muere puta.

Una persona puede acostumbrarse incluso al odio.

Nos quedamos allí toda la noche, protegiéndonos de los fantasmas. Clara me contó que había montado la empresa de diseño y que empezaba a funcionar.

—Poco a poco, que hay mucha competencia, pero creo que saldremos adelante.

Estaba ilusionada. ¿Quién iba a decirme que años más tarde volvería al mismo sitio con ella pero en circunstancias muy diferentes? Terminé todo el trabajo cuando ya casi clareaba.

—Tengo que darte una buena noticia —me dijo Clara cuando ya salíamos del Romea.

—¿Estás embarazada?

Se rio.

—He dicho buena, desgraciada.

—¿Qué?

—Àlex y yo nos casamos.

—¡Felicidades!

Nos abrazamos delante del piano y los espejos de la entrada.

—¿Por qué no me habías dicho nada? Hemos estado toda la noche...

—No se lo he contado a nadie. No lo saben ni mis padres.

Nos volvimos a abrazar.

—No será por la Iglesia. No queremos nada formal. Lo haremos en una casa de colonias y...

—Y... ¿qué?

—¿Sabrás guardar un secreto?

Demasiado bien.

—Claro...

—Le prometí a Àlex que te lo diríamos juntos... pero soy demasiado bocazas, no me puedo aguantar... Quiero... queremos... que seas nuestra madrina.

Dije que sí. Soy buena amadrinando desastres.

No transmite buen karma caminar sin rumbo alrededor de la Boquería. No hay almas, ni cuerpos... No se oye respirar. Busco a alguien que se ocupe de la seguridad y no hay manera, aunque llevo un cuarto de hora dando vueltas. En el quinto pino oigo la voz de unos jóvenes escandalosos que salen de los bares de la zona, en los que se coge un pedal por diez euros. Demasiado lejos para sentirme acompañado. Camino por las calles del barrio. Subo por la de la Morera, bajo por la de les Cabres. Calle arriba, calle abajo. No hay manera. Nada.

Guapo, tomamos una copa?

Hostia, un whatsapp de Pol. No puedo quedar con él; bajo ningún concepto. Es la pareja de mi amigo del alma. No le puedo hacer esta putada a Rubén, aunque se me ponga dura con solo pensar en la idea. Soy un malnacido, un cabrón con pintas. Excitado, pensando en el morbo de ponerle los cuernos a mi amigo. De mirarlo sabiendo que le he robado la pareja aunque sea por una noche. El deseo de los demás. Sé que es imposible porque no es posible. Me gusta. Le gusto. Es la jugada perfecta, pero la apuesta es una putada enorme y de una complejidad endiablada. Pol lo tiene todo. Rubén lo tiene a él. Y yo podría tenerlo pero no lo puedo tener. La suerte de saber que sí, la desgracia de que será que no. O tendría que ser que no. Pero ¿y si...?

Prefiero no responder todavía. Me guardo el móvil en el bolsillo de la chaqueta que me acompaña esta noche por el sur de Barcelona. Me pongo a

pasear por la entrada principal del mercado, en la Rambla, mientras miro a un grupo de gente extraña, combinada con unos cuantos vendedores de latas de cerveza, que pasean peligrosamente distraídos por el centro de la arteria barcelonesa que va de la plaza de Catalunya a Colón.

De pronto me encuentro de cara a un seguridad vestido de marrón, con un uniforme ridículamente ajustado que le viene dos tallas pequeño, porque él es dos tallas más grande de lo que tendría que ser normal en una analítica.

El hombre resopla. Tiene pinta de ser sudador profesional, de esos que en la primera esquina en pendiente empiezan a sudar la gota gorda. Lleva por debajo de la barriga el cinturón, del que cuelgan una porra y unas llaves. Calvo con perilla. Si este señor es quien debe controlar el mercado, lo más sorprendente es que solo haya una persona muerta. La noticia tendría que ser que cada noche arrasaran con la Boquería, en la que no quedarían ni las palomas.

Me acerco.

—Hola, ¿qué tal?

El hombre me mira con cara de «vete allá que te doy».

Me presento: Albert Martínez Boixadera, investigador que colabora con los Mossos d'Esquadra.

Saco un carnet infalible, elaborado conjuntamente con el cuerpo de los Mossos, en el que se ve mi cara, el logotipo de la policía catalana y el sello de la Asociación de Investigadores. Se lo enseño. Lo coge y lo examina. Me lo devuelve.

—Me llamo Dídac Sanmartí.

—Tendría que hacerle unas preguntas.

—Adelante. Lo entiendo perfectamente.

—Trabaja en la seguridad de la Boquería, ¿verdad?

—Sí. Desde hace tres años, más o menos. Siempre en Segurfunción, la empresa que subcontrata el mercado.

—¿Trabajó la noche del asesinato de Paula Cellar?

—No. Estaba de «chupetín», tenía una semana de vacaciones.

—¿Sabe quién era el agente de seguridad que estaba de guardia aquella noche?

—Sí. Marcos Sancho. Ahora está de baja por ataques de ansiedad. No ha podido soportar la presión de todos estos días y supongo que la apertura de expediente por parte de la empresa...

Levanto la mirada en ademán de sorpresa.

—Normal. Han matado a una chica una noche en la que él estaba de guardia.

—¿Sabe que una de las puertas del mercado estaba abierta?

—No. ¿Cuál?

—La de barrotes del otro lado, la que da a la Escola Massana.

—Imposible.

—No es imposible porque ha pasado.

—Esa puerta se cierra a las nueve de la noche y ya no se abre hasta las cuatro de la mañana, cuando empieza a entrar el género.

—¿Tiene la llave?

—Claro. La guardamos nosotros.

—¿Alguien más?

—Es probable que alguien de la Asociación de Comerciantes de la Boquería, y seguro que en nuestra empresa guardan una copia. La empresa tiene copia de todas las llaves donde hacemos la cobertura de seguridad.

—¿Les han entrado alguna vez en el mercado?

—Desde que yo trabajo aquí, nunca. Por los alrededores vemos todo lo que se pueda imaginar. He visto incluso una orgía, en la calle de les Cabres, una cosa muy sucia y deprimente; he visto una pelea a puñetazos con un corro de gente alrededor gritándoles como si fuera un combate de boxeo; he visto a los bomberos de la Generalitat rociando de agua a niños borrachos que no paraban de cantar el «You'll Never Walk Alone» mientras bajaban por aquí —explica señalando la Rambla—, pero nadie ha profanado nunca el interior del mercado. Entre otras razones porque, para entrar, no solo hay que romper los candados,

sino que después se tienen que forzar los puestos, y no en todos se mantiene el género de un día para otro.

—¿Dónde puedo encontrar a ese tal Marcos?

—En su casa.

—¿Dónde vive?

—En Horta. Seguro que está porque según tengo entendido no se mueve de casa, de la angustia, el pobre. No lo conozco mucho. Lo habré visto un par de veces en cursos colectivos de la empresa. Si me lo encontrase de cara seguramente ni siquiera nos saludaríamos porque no nos reconoceríamos. Pero sí que conozco a un compañero que es muy amigo suyo y por eso me sé la historia.

—¿Quién lo cuida? ¿Su pareja?

—No. Creo que me dijo que su madre. Tiene veintipocos años. Con lo que gana aquí de noche, estudia por las tardes.

—¿Dónde?

—Eso sí que lo sé porque me sorprendió: en la escuela de diseño.

Un segurata en una escuela de diseño. Dichosa Barcelona.

Clara se iba a casar con Àlex. Iba a ser una ceremonia bonita y llena de poesía. Una casa rural en el Empordà. Una puesta de sol larga como una raja de melón. Una noche luminosa... Habían contratado a unos amigos músicos que tocarían clásicos de los setenta a los noventa. Un par de actores que recitarían poemas de Vinyoli, Benedetti o Ángel González. Ella iba a llevar un vestido precioso, le quedaba muy bien, porque el cuerpo de Clara era precioso. De tantas horas de gimnasio, de tanto ejercicio. Era fuerte y delicada a la vez. Y aquella iba a ser una fiesta llena de colores, con la familia y los amigos. Todo medido (diseñado) hasta el último detalle. Un día de esos que se guardan en el recuerdo para siempre.

Y yo, la madrina.

Me presentaron a Borja. Y debo confesar que a las tres de la tarde era el hombre más feo de la comarca y con diferencia. Cuando hablaba tenía un problema con las eses que me producía un rechazo que me superaba. Antes de que los novios hicieran acto de presencia, como todo era muy informal y todos eran unos *pihippies* encantadores, la gente ya iba bebida. Fue culpa del alcohol que no me diera cuenta de que algo no iba bien. La cara de Clara era un poema triste y de final decadente.

—¿Puedes venir un momento?

Me llamó desde la otra punta del jardín.

—¡Claro, es tu día, *baby*! —Cuando voy borracha soy ridícula.

Clara estaba despeinada y tenía los ojos desorbitados.

—¿Qué pasa, *amore*?

—Toma. Míralo tú misma. —Me enseñó un teléfono móvil.

—¿Qué es?

—El móvil de Álex.

—¿Ha pasado algo?

—Lee...

Mensajes y fotografías con Paula.

Mensajes de Paula diciéndole que tomaba la peor decisión de su vida. Que con Clara sería infeliz porque los infelices solo provocan infelicidad y que intentase no pensar mucho en ella cuando follase aquella noche.

Y un poema de Gabriel Ferrater, que volvía a mi vida, siempre en los peores momentos:

*Estoy más lejos que amarte. Cuando los gusanos
hagan una cena fría con mi cuerpo
encontrarán un regusto de ti. Y eres tú
que indecentemente te has amado por mí
hasta la náusea: saciada de ti,
ahora te excitas, te me vas detrás
de otro cuerpo, y me rehúsas la paz.
No soy sino la mano con que palpas.*

Imágenes de los dos riéndose en la cama mientras se fotografían. Comiendo fruta o haciendo el indio. Gente feliz delante de la cámara.

Cuando levanté la mirada de la pantalla, los ojos de Clara eran sendos charcos.

—¿Qué coño hago?

—¿Por qué le has cogido el móvil? ¿Cómo sabes la contraseña?

—¿Eso es lo primero que me dices?

Tenía toda la razón; pero no sabía qué decir.

—Lo he cogido porque me ha dado la puta gana. Porque será mi marido, lo suyo es mío y lo mío es suyo. Y la puta contraseña es 1, 1, 1, 1. Me quiero morir. Ahora. Aquí.

—¡Calla!

—Dile a todo el mundo que se vaya, que no hay boda.

—Espera, Clara...

—Di que me encuentro mal. Mejor, di que me he suicidado y que no hace falta que se preocupen.

Llegó la madre de Clara y se la llevó a otra habitación. Cuando Àlex, que buscaba a su novia, me vio con el móvil en la mano, lo entendió todo. No hizo falta ni una triste palabra. Bajó la cabeza y se tapó los ojos con las manos.

Reuní a todos los invitados, unos cincuenta, en el jardín, pedí que parase la música y expliqué —sin dar detalles— que Clara se encontraba muy mal y que lo sentía mucho pero aquel día no habría boda. «¿Hoy?» «Sí, hoy.» Como iban bebidos, al principio todo el mundo creyó que era una broma. Sí, una broma pesada. Cuando salió la madre de Clara con los ojos llorosos, entendieron que no; de hecho, no entendieron nada. Se hizo un silencio culpable y desorientado.

Los invitados poco a poco se fueron marchando. Y Clara desapareció. Se borró de Facebook, de Instagram, de todas partes... Se encerró en su empresa de diseño a trabajar y a refugiarse de su existencia. Aquel día, aquellos mensajes solo acabaron de hacer florecer la simiente del odio que llevaba dentro. Y aquellos pensamientos extraños que a veces le rondaban por la cabeza, poco a poco, fueron cobrando forma en su interior.

Adónde vais?

Cómo que adónde vamos?

Sí. Adónde vais con Rubén?

No. Rubén no quiere salir.

Mañana podré dormir un rato más. Me presentaré a media mañana en casa del segurata, a ver si hay suerte. Tendré que preguntarle a Pérez Navarro si desde los Mossos me pueden buscar las cámaras de seguridad del mercado. Tendríamos que saber si quedó grabado algún movimiento extraño en la Boquería aquella noche.

Antes de sacar el coche del aparcamiento he enviado unos mensajes a Pol, un problema innecesario en mi vida. La pareja de mi mejor amigo, un amigo que mataría por mí aunque yo lo mataría a él. Me excitan mucho tanto la historia como él. ¿Por qué cojones se ha cruzado este tío en mi vida? ¿Por qué cojones este tío se encontró primero con Rubén y no conmigo? ¿Por qué me pidió Rubén que lo conociera?

¿Cómo es que Rubén no quiere salir?

No está muy católico.

Respondo reivindicando mi papel de mejor amigo del enfermo:

No me ha dicho nada. Es raro, siempre me lo cuenta todo.

Me lo ha dicho hace un rato y hemos quedado en que ya nos veríamos mañana, y entonces he pensado... y si voy con su amigo Albert a tomar una copa?

Arranco el coche. No quiero responder. Ya estoy en la rampa de salida del parking de la Gardunya. Tomo por la calle Hospital para adentrarme en el corazón del barrio del Raval. Me pongo música en el bluetooth que conecta con el Spotify del teléfono móvil. Me saltan The Vaccines, «Post Break-Up Sex». Buena banda sonora para pensar. Un mensaje equivocado a Pol lo haría saltar todo por los aires. Como me dice también el amigo Carreras, «Cuando tengas una decisión importante, divide un folio en blanco en dos partes. Aunque no tengas papel, imagina que lo tienes. En la derecha apunta los beneficios. En el lado izquierdo, los perjuicios. El lado que pese más es la decisión que debes tomar».

Me imagino el folio. Hay un hándicap que pesa mucho: es la pareja de mi mejor amigo. No hay beneficio alguno que supere este desastre. ¿Qué le escribo, cojones? The Vaccines se acaban y la calle Hospital también, lo mismo que el tiempo para responder. Parece que tuviera una cuenta atrás. Como si me sintiese obligado a darle una respuesta inmediata. Y si le digo que sí, ¿qué? Y si le digo que no, ¿qué?

Cojo el móvil. Busco en la lista de mensajes de whatsapp de las últimas horas los que nos hemos enviado Rubén y yo. Lo abro. Última conexión, hoy hará una media hora. Le escribo:

Rubén. Cómo te encuentras?

Al cabo de menos de un minuto recibo respuesta y paro el coche delante mismo de la Bodega Sepúlveda, donde cenamos los tres.

No estoy muy bien, la verdad. Mocos, dolor de cabeza, un poco de tos..., síntomas de gripe.

Espero que te mejores. Por cierto, tener que enterarme por Pol de que estás enfermo, la verdad, me parece triste.

Silencio. Soy un gran hijo de puta.

Hostia, perdona, Albert. Te lo iba a decir más adelante si se confirmaba la gripe.

Ahora el silencio es mío. El dulce cabroncete vuelve a la carga:

No estarás celoso? Ja, ja, ja.

No son celos, melón. Es amistad o algo parecido.

El atontado, que me está tocando la moral, vuelve a escribir:

Uyuyuyuyyy, los celos. Por cierto, cómo sabe Pol tu número de teléfono?

Porque le di una tarjeta, como suelo hacer con la gente a la que conozco, y allí está mi teléfono y mi mail.

Y dices que te ha enviado un mensaje?

Sí, preocupándose por tu estado de salud y, además, me ha dicho que si nos vemos un rato los dos.

Más silencio. La historia se acerca a su fin. La reacción de Rubén será clave en el desarrollo. «Escribiendo», me dice el bocazas del whatsapp.

Oooh. Ve. Claro que sí. No hay nada que le pueda gustar más a una persona que la amistad entre su pareja y su amigo del alma.

Estoy cansado. No sé qué hacer.

Venga, Albert. Hazlo por mí. Me hace gracia.

Me lo pienso.

Mientras tanto, abro la conversación con Pol y le escribo:

Le he contado a Rubén que me habías propuesto tomar una copa contigo como sustituto suyo. Se ha puesto a reír y me ha exigido que quedemos. Es muy pesado, el tío. Si quieres quedamos en breve.

Y, a la vez, como un trío en perfecto estado de coordinación, recibo dos mensajes simultáneos. Uno de Rubén, mi amigo. Uno de Pol, su pareja.

OK.

Hacía semanas que no sabía nada de Clara. No me respondía a los mensajes, parecía que se hubiera esfumado de la faz de la tierra. Sabía dónde trabajaba, pero entendía lo que me estaba pidiendo: respeta mi espacio, lo necesito. Una noche, de improvviso, recibí un whatsapp de Paula. Ella, que no tenía tiempo para los mortales, que vivía entregada a la causa de los escenarios, al éxito de su carrera, me escribía prudente:

Hola, Mònica, hacía tiempo que quería escribirte, hablar contigo. Puedo llamarte?

El mensaje era de las 23.12. Y yo esperé paciente para responder.

Ahora no es buen momento. (00.10)

Quiero explicarte muchas cosas. (00.11)

Gestionar bien el tiempo de la respuesta, la clave de todo.

De acuerdo. (00.51)

Al día siguiente, cuando me levanté, la desgraciada había escrito lo siguiente:

Mònica, siento mucho todo lo que ha pasado con Clara. Te lo digo en serio. Me gustaría hablar contigo, sin prisa, tomar un café. Àlex y yo hace muchos meses que nos vemos. Y me ha hecho una persona más feliz. Me ha hecho buena persona. Antes solo pensaba en mí, solo quería ser la protagonista de todo, y con él he entendido que me perdía

muchísimas cosas. No quiero que tu amiga Clara sufra. No soy una clínica. A veces estas cosas pasan y no pueden controlarse. No quiero ponerme límites a ser feliz. No quiero reprimirme de lo que llena mi vida de sentido. Espero que lo entiendas. Eres amiga mía. Te he echado de menos y sé que no estuve cuando tu madre se puso enferma. Me gustaría que volviésemos a vernos.

Leí el mensaje con legañas en los ojos. Me desperté de golpe. Lo releí tres o cuatro veces para estar segura. «No quiero reprimirme de lo que llena mi vida de sentido.» Cuando se ponía cursi daba ganas de vomitar. Dudé si responder al mensaje o no. Seguro que era sincera. Aquella misma tarde la llamé y quedamos días más tarde en la plaza del Diamant, para darle un toque más literario a todo, como a ella le encantaba.

Hemos quedado en el Les Gens que J'aime de la calle València. Es un local tan pequeño que para entrar hay que agacharse porque, si no, te dejas los cuernos en la puerta, pero una vez dentro te parece entrañable, íntimo, con muy buen karma. Hace años había una mujer que echaba las cartas del tarot. Nunca lo consiguió conmigo. Qué miedo.

Nos hemos sentado a una mesa con un sofá enorme en el que me he repanchingado, en un rincón discreto y con buenas vistas. Además, a esta hora el local está prácticamente vacío; solo hay una pareja hetero que acaba de pagar. A mi lado se ha sentado Pol, que viste impecable: camisa blanca de cuello ancho abierto, vaqueros *skinny*, unas deportivas Nike Air Zoom, el desgraciado, y encima un jersey de color gris marengo. El perfume es Dunhill Desire, como el otro día. Todo perfecto.

Pedimos dos gin-tonics sin flores ni vegetales. El Gin Mare es magnífico. «Copa de balón», por favor. El diálogo es sencillo, sin demasiados filtros, pero sin grandes temas que nos lleven al callejón sin salida. Soy un agonías y no tengo respuesta a la pregunta de qué coño pasará esta noche. No sé si salir corriendo Eixample abajo, si quedarme pegado a este tío o si ponerme a gritar.

Qué pérdida de tiempo; que si cómo es el trabajo de investigador, que si el cambio climático por el calor que hace los últimos meses del año, como si en los últimos meses del año no hubiese habido desde siempre temperaturas mediterráneas, que si los atentados de agosto, que si su trabajo... No hay duda de que él y Rubén son tal para cual. No se calla ni bebiendo el gin-tonic, hecho que

lo convierte en arte, algo digno de participar en el Got Talent: cómo beber un gin-tonic sin parar de hablar. No lo recuerdo tan embalado en la cena de la Bodega.

Recibo un mensaje a la vez que su móvil emite un sonido.

Qué hacéis?

Rubén por partida doble. Nos reímos y le enviamos a la vez:

Calla, coño, y tápate.

Pol y yo nos miramos y, de pronto, como si no nos viera nadie, empezamos a darnos besos sin línea de meta, sin miedo a nada. Es un morreo descontrolado pero que, sin discusión, formará parte de los besos más apasionados de mi currículum. Las manos de ambos se cruzan sobre su muslo mientras, ya solos en el bar, y con el camarero desaparecido váyase a saber dónde, le pongo la mano en el paquete y noto un bulto que amenaza premio y reventar la banca. Él hace el mismo movimiento mientras prolonga el beso pero, además, intenta bajarme la bragueta. Le freno la maniobra mientras los dos nos echamos a reír. Uff. Qué calentura. De repente, me vibra el móvil y el de Pol emite el timbre de un mensaje entrante. Los dos sabemos quién es.

Pasadlo bien. Me voy a dormir. Creo que me está subiendo la temperatura. Buenas noches.

La escuché mientras los cafés humeaban sobre la mesa. Primero rompimos el hielo con cuatro anécdotas. Paula me preguntó por mi madre y puso cara de circunstancias cuando le ahorré los detalles de la agonía. Intentaba mostrar una compasión bastante impostada. Pero me dio igual, le agradecía el gesto. Después nos callamos de golpe. Había pasado un ángel. Y su tono cambió y se volvió más nervioso.

—¿Cómo está Clara? —preguntó sin apartar la vista de la taza.

—No lo sé. Hace mucho tiempo que no hablo con ella.

—Àlex tampoco ha podido. No le responde a los mensajes.

—Normal —añadí a tiempo.

—Sí, normal... —Y Paula dejó la frase colgando en el aire, esperando que la rematase o buscando una nueva salida.

—Paula, no te creo.

—¿Cómo?

—Tú querías que esto pasara. A lo mejor no de la manera en que pasó, pero te alegras. Eres más feliz ahora.

—No quería que Clara sufriese.

—Eso era inevitable.

—Y no te equivoques. —Su tono era más seguro, más rebelde—. Yo no hice nada malo. Es Àlex el que no fue lo bastante valiente para contárselo cuando correspondía. Fue él quien, teniendo pareja, no tenía ningún problema para quedar conmigo y follar conmigo. Yo le decía que no podíamos seguir así, y

¿sabes qué me respondía él? Que sí, que hablaría con Clara. Y yo le decía: «Dile una mentira, Àlex. No hace falta contarle toda la verdad, solo la harás sufrir». Pero él decía que no quería que sufriese nada...

—Un cobarde, Àlex...

—No.

—Usa la palabra que quieras.

—Lo hizo de la peor manera posible, eso es verdad. Y está muy jodido.

—Qué historia tan triste...

—Mònica... Yo no quiero que juzgues a Àlex ni me juzgues a mí. Nadie puede hacerlo. Tu deberías hacer lo mismo.

—¿El qué?

Me miró a los ojos, desafiándome.

—Enamorarte.

Defendía su pasión como si fuese la coartada perfecta para todo. Como si la pasión pudiera justificar cualquier acto atroz, injusto o lo que fuera. Se había enamorado, ¿y qué? Pues eso le daba derecho a cualquier cosa. Enamorarse es lo peor que puede pasarnos, nos volvemos egoístas, dejan de importarnos los deseos o necesidades de los demás... Paula se había enamorado; por lo tanto, todos los habitantes del planeta debíamos rendirle homenaje.

No, no estaba de acuerdo.

—Paula...

—¿Qué? —Estaba preparada para responder como si hubiese cargado un arma y me apuntase directo al pecho.

Me callé.

No tenía fuerzas para debatir nada. Mis palabras —dóciles o contundentes— no cambiarían nada. Aquella conversación en una mesita de la plaza del Diamant, delante de la estatua de Colometa, solo servía para que ella se enjuagase la mala consciencia. Sin poder evitarlo, una vez finalizadas las disculpas (una vez que ella dio por finalizadas las disculpas), sus ojos recuperaron el brillo de la gente que se sabe superior. Me ofreció un cigarrillo,

que acepté con desgana, y lo encendió mientras removía una infusión de jengibre. Paula me explicó sus futuros proyectos, obras fantásticas, y «es tan complicado elegir, Mònica, tengo miedo a equivocarme, quiero enfocar bien mi carrera, sabes...»

No la escuchaba.

—Haré *Medea*.

—¿Cómo?

—En el Romea.

—¿Cuándo?

—La temporada que viene. *Medea*, de Eurípides.

—...

Mis puntos suspensivos lo decían todo. Ya sé que *Medea* es de Eurípides, guapa.

—Todavía no saben quién la dirigirá, ni el equipo...

—¿Ah, no? —Tenía que felicitarla, tenía que felicitarla...

—No. La productora quiere que yo sea *Medea* y a partir de mí irán construyendo un equipo. Mi equipo. Un equipo con el que me sienta cómoda. Es que, tú ya lo sabes, es un trabajo muy delicado, y si no podemos trabajar a gusto... es una mierda, ¿verdad? Quiero decir que no puedes abrirte en canal, hacer que florezcan todas las emociones, si no te sabes bien acompañada.

Quería vomitar.

Pero lo reconozco, dos extrañas sensaciones recorrieron mis órganos vitales. La primera: Paula Cellar, no eres tan importante. ¿A quién coño te estás follando para conseguir un proyecto como este? Y no me hables de talento, porque el talento no salva el mundo, solo es moneda de cambio para que otro gane dinero.

Y la segunda: ¿Me estás insinuando que quieres hacerte perdonar ofreciéndome un trabajo? ¿Podrías ser tan cínica? ¿Serías capaz de mezclar trabajo y vida personal para sentirte mejor? Me parece bien. Podríamos hablarlo.

—¡Muchas felicidades! —Hice un esfuerzo postizo para fingir alegría con aquellas siete sílabas.

—Mònica... —Dejó la entonación arriba.

—Sí... —asentí.

—Me haría mucha... muchísima ilusión que tú fueras mi diseñadora de vestuario. ¿Qué? ¿Cómo lo ves?

Me estalló la cabeza. Le perdoné hasta el posesivo «mi» (¿qué se había creído?). De repente aquellas palabras me habían absorbido. Me habían metido dentro de una burbuja inmensa y transparente, y tenía la sensación de que el mundo se movía a cámara lenta. Paula me miraba con una sonrisa expectante, quieta, y yo le devolvía la mirada como si no existiera. Éramos dos estatuas. En mis pulmones también estalló una ilusión feroz. Era mi primera oferta de trabajo. En el Romea. Una oportunidad única. Puta Paula, ¿por qué me haces esto? «Me haría mucha... muchísima ilusión que tú fueras mi diseñadora de vestuario. ¿Qué? ¿Cómo lo ves?»

—¿Qué?

Volví al mundo real, lejos de la burbuja.

—¿Eh?

—Mònica, ¿qué me respondes?

—¡Que sí! ¡Claro que sí!

—¡Qué bien!

Me abrazó y yo le correspondí. Cuando noté agarrarse su cuerpo al mío, su olor, su latido, tuve un momento de debilidad: quizá Paula no fuera tan desgraciada, quizá fuese solo ella y sus circunstancias. Durante aquel abrazo recordé que había entrado en el Institut del Teatre gracias a sus contactos, que sí, de acuerdo, tenía su ego (grande y voraz), pero en este mundo todos lo tenemos, y la confluencia de egos paralelos puede destruir cualquier galaxia y hundirnos en un agujero negro. La cuestión era saber tratarla. Ir con cuidado. Las especies que sobreviven son las que más se adaptan, lo aprendí en los campamentos, lo aprendí viendo a mi padre en calzoncillos, lo aprendí cuando mi madre se metía toda la química posible para vencer a la muerte.

Paula me explicó qué tenía en mente. Qué directora. Quería una directora

porque ya era hora de que las mujeres tuviesen un papel importante en la escena teatral de este país. Las mujeres van al teatro y siempre ven historias de hombres. Ya bastaba de perpetuar esa estructura patriarcal y anacrónica. Estaba tan segura de sí misma que cada vez me caía mejor. Y no solo eso, sino que el equipo sería paritario. Y estaba convencida de que haríamos una obra inteligente y sensible porque se había reunido un par de veces con el dramaturgo que se ocuparía de la adaptación y, como era un chico joven, era fácil de manipular y le había prometido que le haría un traje a medida. Con grandes monólogos trágicos y actuales. De esos que hacen que la gente llore y luego se levante de su asiento.

Pobre Paula, le gustaba hacer castillos en el aire.

Nos despedimos con dos besos y la promesa de que me llamarían de la productora para ponerse en contacto conmigo. Ella bajó por la calle Verdi con el teléfono a la oreja. Y yo me quedé en la plaza y pedí una cerveza.

¿Se enfadaría Clara? ¿Podía explicárselo?

No quería pensar en ella. Pero de alguna manera me sentía culpable. Llamé a mi padre y se lo conté todo. Se puso muy contento y me dijo que teníamos que montar una comida para celebrarlo. Tenía razón.

En el barrio de Horta, en la esquina de la calle dels Consorts Sans Bernet con la calle Rivero, hay un edificio de obra vista muy curioso de color rojizo. Allí, gracias a Pérez Navarro, que lo descubre todo en poco tiempo, he sabido que vive el vigilante de seguridad que estaba de guardia la noche en que asesinaron a la Cellar.

Pérez Navarro es una ayuda imprescindible en todo momento; siempre está, siempre. Cuando lo necesitas, es el primero que levanta la mano. Y cuando no lo necesitas, te lo pregunta de todas formas. Si la empresa pública tuviese muchos tipos como él, seríamos una gran potencia europea. Le envié un mensaje breve.

Búscame, por favor, dónde vive un vigilante de seguridad, Marcos Sancho, de la empresa Segurfunción.

Al cabo de veinte minutos ya tenía la respuesta, con guarnición de regalo:

23 años. Compleción fuerte. 1,89 m, 94 kilos. Estudiante de tercer curso de Diseño. No ha pisado nunca una comisaría de los Mossos. A primera vista, limpio.

Y así, he llamado al timbre y me ha salido la voz de una mujer que me ha preguntado quién era. Nombre, apellido y la palabra «investigador» por delante. El silencio cuando la oyen y, de forma automática, la pregunta de rigor:

—¿Qué ha pasado?

Y mi respuesta que nunca falla:

—Si no me abre la puerta, no se lo podré explicar.

Y el meec de la puerta de abajo que se abre. Y hacia el tercero.

Y la madre, con la puerta abierta de par en par y cara de acojonada, de a ver qué ha hecho ahora este crío. Le tiendo la mano y la señora me la estrecha.

—¿Marcos Sancho?

—Está aquí.

Me saco de la cartera el carnet «abrelatas».

—¿Puedo pasar?

—Claro.

Y entro en un piso pequeño pero apañado, donde a estas horas del mediodía entra luz a raudales. He pensado que lo encontraría en casa porque, tal y como me comentó Dídac Sanmartí, lo más normal es que un guardia de seguridad que desee estudiar duerma por la mañana y vaya a clase por la tarde. Las doce es una hora normal para encontrarlo en casa.

—¿Usted es la madre de Marcos?

—Sí. Soy yo. ¿Ha hecho algo malo?

—En absoluto. ¿Su hijo está en casa?

Y en el quicio de una puerta blanca, en apariencia lacada, aparece un armario de chico a punto para ser empotrado.

—Soy Marcos. Ya sé por qué viene. A su disposición.

La madre abre unos ojos como platos.

—¿Cómo? ¿Qué has hecho, Marcos?

—Nada. No he hecho nada, pero es necesario que me pueda explicar, mamá. Siéntese, por favor.

Me siento a la mesa y la madre me pregunta si quiero tomar algo.

—No, gracias. Estoy bien.

La madre quita de encima de la mesa redonda un tiesto con plantas de interior que, como suele pasar, estorban más que otra cosa.

—A ver, Marcos, ya sabes por qué estoy aquí: la muerte de Paula Cellar.

La madre suelta un grito seco.

—¡Mamá, puedes tranquilizarte y callar, por favor! Yo no hice nada, hostia.

—Señora, por favor. Si quiere sentarse, siéntese, pero calmada —digo al ver el tono dramático que está adquiriendo la escena.

—Sí —prosigue el guardia de seguridad—. ¿Me permite contarle lo que sé?

—Adelante, para eso he venido.

—Pues no sé nada del tema, porque no vi nada. Absolutamente nada. De hecho, yo estaba dando una vuelta al mercado. Paseo por las inmediaciones. A veces entro por la puerta principal y camino por las calles del interior del mercado, vuelvo a salir... Es francamente aburrido.

—A ver. ¿Puedo hacer preguntas para no perdernos en un relato absurdo?

—Diga.

—¿A qué hora entraste a trabajar?

—A las ocho de la noche. Hacemos turnos de doce horas seguidas. Acabo a las ocho de la mañana, cuando el mercado ya es un hervidero de gente.

—Cuando entras a trabajar, ¿el mercado ya está cerrado?

—No. Falta media hora para que cierren, pero siempre estamos media horita más.

—¿Cuántas puertas con candado tiene el mercado?

—Cinco. Una es la entrada principal, dos están en la parte central del mercado en los dos lados y, por último, hay otras dos en las esquinas.

—Aquella noche había una puerta abierta. La que da a la calle Jerusalem, al lado de la Escola Massana.

—Sí.

—Esas puertas siempre están cerradas.

—Casi siempre, en efecto.

—Casi siempre quiere decir que no siempre.

—Sí. Hay veces que alguien tiene permiso para abrirlas.

—¿Quién tiene acceso a esas puertas?

—Pues los guardias de seguridad y después los comerciantes que piden que se les deje pasar porque tienen que llevar género de madrugada o lo que sea.

—¿Y cuál es el protocolo en esos casos?

—Pues los guardias de seguridad tenemos una lista de los nombres de las personas que pueden acceder. Los acompañamos hasta la puerta, les abrimos y ellos entran.

—¿Cuánta gente tenías en la lista esa noche?

—Unos cuantos.

—¿Cuántos?

—Diez, doce... quince. Un número habitual. Nada raro.

—¿Recuerdas los nombres?

—En absoluto. Es imposible. Dejan el nombre y el DNI. Y, como sucede en la puerta de embarque de los aviones, nos enseñan el DNI, los buscamos en la lista y, si aparecen, adentro.

—¿Y siempre cierran ellos?

—No. No siempre. A veces seguimos la ronda por el mercado y al cabo de un rato alguien viene a buscarnos para decirnos que vayamos a cerrar la puerta, porque se ha quedado abierta.

—¿Cometen a menudo esa imprudencia?

—No es imprudencia. Hasta el otro día nunca había pasado nada.

—Si un día se dispara la pistola y mata a alguien es imprudencia aunque nunca se haya disparado antes.

Envío mensajes a Pérez Navarro.

Pide lista urgente de los trabajadores de la Boquería que solicitaron acceso al mercado la madrugada del asesinato de Paula Cellar.

Recibo un OK inmediato.

—Sabes que puedes ser cómplice de asesinato por negligencia.

El chico resopla. La madre vuelve a chillar.

—Mire. Le seré sincero. Hace unos días que estoy muy angustiado. He pedido la baja. He llamado a un amigo mío abogado para que me asesore. Me dice que

espere, que está en Madrid. Le propuse presentarme de forma voluntaria en una comisaría de los Mossos para explicar lo mismo que ahora le explico a usted. Cuando ha llamado al timbre de casa, me he sentido nervioso pero a la vez liberado. Ya tengo aquí el problema. Arreglémoslo. Usted puede decirme lo que quiera y, cuando sea el juicio, lo volveré a repetir. Tal vez es cierto que cometí una negligencia dejando la puerta abierta tres minutos o cinco u ocho, y puede ser que en aquel momento entrasen para matar a alguien en la Boquería. No lo niego. Tampoco puede garantizar nadie que a la chica no la habrían asesinado en otra parte si hubiesen encontrado la puerta cerrada. Lo que intento decirle es que no dejé la puerta abierta para encubrir un asesinato. Como hacemos muchos, todos los de seguridad, me atrevería a decir, a veces dejamos un momento la puerta abierta. En el caso de que alguien quiera entrar a robar, hará ruido al abrir las persianas de los puestos, y si lo que quiere es pasear acabaremos por encontrarle.

¡Me cago en todo! Claro, el ruido de las putas persianas. Por mucho que tenga la llave... la llave...

—A ver, Marcos. Si dices que dejaste la puerta abierta unos minutos, eso quiere decir que tú mismo la cerraste después.

—Sí, claro.

—¿Cuánto rato crees que podrías haber dejado abierta aquella puerta de la Boquería, como mucho?

—No lo sé exactamente, pero...

—¿Como máximo?

—Como máximo... veinte minutos... pero tirando a lo alto.

—Entonces ¿no entraste?

—No hace falta. De vez en cuando entramos, pero la gente que entra en el mercado lo hace por trabajo, para dejar o coger género, no para descuartizar a nadie.

—¿No oíste ningún ruido en el interior? ¿En la zona del puesto de Fidel?

—Es uno de los temas que más me viene a la cabeza. ¿Cómo es posible que

no oyera nada?

—Fácil. Porque alguien tenía una copia de las llaves de cada uno de los candados de las persianas de la pollería. Fueron al puesto, metieron la llave en el candado de la primera persiana y la abrieron con sigilo. Con mucho sigilo. Después hicieron lo mismo con el segundo candado y luego con el tercero. Tres persianas levantándose muy despacio sin hacer casi ruido.

—¿Y la mataron ahí dentro?

—No tengo respuesta.

—¿Y cómo huyó de la pollería el asesino?

—No tengo respuesta.

—¿Y por dónde?

—No tengo respuesta.

Me levanto y me dirijo a Marcos y a su madre.

—Te llamarán de los Mossos. Yo no tendría miedo. Volvería a trabajar. Tienes muchos números de quedar absuelto. El problema puedes tenerlo con la empresa.

—Por eso no se preocupe. Por mil euros prefiero dedicarme al diseño. Que les den por culo.

Me despido.

Mientras baja el ascensor de la finca empiezo a buscar los números de teléfono de los trabajadores del puesto de Fidel. Uno de ellos me mintió. Uno de ellos sabe algo más. Uno de ellos podría ser el responsable del asesinato. La puta llave y los candados.

Era el frío.

—Este maquillaje me quema.

—¡Cállate!

—No veo nada... ¡Este maquillaje me quema!

Teníamos que sostenerla entre las dos, a pesar de la fuerza de Clara. Si no, Paula se habría caído al suelo y aún habríamos hecho más ruido.

Cuando empezó a manar sangre grumosa, cuando los gritos de horror de Paula se apagaron dentro de aquel puesto, llegó el frío. Primero fue un cosquilleo, como si una parte del cuerpo se me durmiese, y luego empezaron a temblarme las manos.

Clara estaba enloquecida, tenía los ojos inyectados en sangre y se secaba la cara manchada de tanta violencia. No me atrevía a mirarla. La Boquería estaba en silencio y nada había salido como me esperaba.

Y con el frío se fue la vida.

El cuerpo sin vida de Paula colgado de un gancho. ¿Nos habíamos vuelto locas? No. La noche se nos había metido dentro y para entonces solo éramos un puto pedazo de noche. No veíamos. Nos mirábamos, pero no veíamos.

No recuerdo qué me dijo Clara. No recuerdo que, cuando Paula colgaba muerta como un pollo, ella me diese una indicación concreta o inteligente. Solo:

—Huye. Nos largamos. Vete.

—¿Adónde?

—Vete.

Y yo corrí y tiré la chaqueta en un contenedor del barrio de Sant Antoni. Poco a poco se hacía de día..., poco a poco.

Y yo no podía quitarme de encima la peste a sangre de la carnicería. Ni a Paula mirándome por última vez, roja por el maquillaje, con los ojitos de perro asustado suplicándome clemencia, implorando por su vida.

Salí de la Boquería, crucé el Raval, Sant Antoni, Poble-sec...

Y sola, a partir de entonces siempre sola, me dirigí al atrio del Institut del Teatre.

Sentado en mi despacho de Vía Augusta, 17. A un tiro de piedra de la Diagonal, a un tiro de piedra de Travessera de Gràcia. A un tiro de piedra de todo. También del papeleo que, desorganizado, en situación de caos ordenado, reposa en una mesa donde es imposible encontrar lo que buscas. En mi caso siempre es en apariencia, porque todo se acaba encontrando.

Pérez Navarro me ha enviado un mensaje con la «Lista de gente que tenía permiso para acceder al mercado de la Boquería la noche de autos».

Rosa Maria Pérez Fusté - Frutas Fusté

Aina Muñoz Ballber - Comidas Boquería - Especialidades en celiacúa

Jan Llombart Mas - Bebidas Llombart Mas

Alba Bruñá Girona - Insectos Girona

Adrià Gaya Ortuño - Cafetería Ortuño

Elna Anducas Ussart - Carnicería

Cuco Torrent - Charcutería

Joan Ferrer - Herboristería

Eulàlia Piulachs - Frutería Sort

Lluc Saumell Caballé - Comer sin freno

Nada. Nadie del puesto de Fidel. ¿Cómo cojones entraron? En un momento de debilidad, cojo la Moleskine. Miro y remiro. Y vuelvo a mirar los apuntes.

Tres chicas (al parecer son chicas, según el sintecho) entran en la Boquería por un lateral del mercado. Aquella madrugada, la puerta está incomprensiblemente abierta. Según el guardia de seguridad que tenía turno, podría ser que la puerta quedara abierta unos diez minutos, veinte como mucho.

¿Podrían haber entrado entonces las chicas? Sí, por supuesto. Pero sería demasiada casualidad. Porque si la actriz asesinada apareció colgada quiere decir que la mataron ahí dentro, ya que el único testigo visual afirma que entró viva; en mal estado, pero viva. Por lo tanto, las chicas sabían que aquella puerta de barrotes estaría abierta.

Pero ¿con qué llave y, sobre todo, quién había dejado la puerta abierta? Y, si la mataron dentro y la colgaron, quiere decir que abrieron las persianas de la pollería con tanta precaución que solo podría haberlo hecho alguien que conociera el mercado. Es decir, matan a Paula Cellar. Pero en aquel momento, como mínimo, hay tres personas más que lo saben e, incluso, lo presencian en vivo y en directo: las otras dos chicas y una tercera persona que les abre la puerta desde dentro y se queda para ayudarles.

Joder, qué gentío.

No puedo más. No avanzo. Tengo mensajes de Rubén, de Pol, de Jan y hasta del pelopanocha de Andy. No quiero ni responderles. Ya sé de qué va todo, ya afrontaré los problemas de cintura para abajo más adelante. Me falla la perspicacia. La intuición está bloqueada. El sentido común no aparece. Todo está desordenado. ¿Con quién tengo que hablar ahora? ¿Vuelvo al mercado? ¿Voy a ver al sintecho? ¿A los actores?

Tengo la mesa del despacho llena de papeles. Repaso notas, dibujitos... He trazado hasta un hipotético recorrido de Paula desde la salida del teatro hasta el puesto del mercado. Pero nada encaja, joder. No la vieron salir sola hacia medianoche. ¿Dónde fue, si un rato más tarde, medio drogada, medio borracha o absolutamente drogada o absolutamente borracha, o todo a la vez, iba acompañada por la calle Jerusalem hasta entrar por el culo de la Boquería, la puerta de barrotes donde la vio un indigente? Horas más tarde la actriz aparece colgada en una pollería del mercado.

Si se fue después de la obra y el sintecho la vio al cabo de poco, ¿quiere decir eso que fue a cenar con aquellas otras dos mujeres? No hubo tiempo ni de cenar ni de emborracharse. ¿Droga? Es lo que más se acercaría a la realidad pero...

¿droga con qué? Según el informe forense, la envenenaron. Pero ¿cómo, cuándo, dónde, quién y por qué? No respondo a ninguna de las preguntas clave. Ni una. Cero. Un desastre.

Necesito desayunar algo. Son las diez y media de la mañana, en Vía Augusta hace un sol que raja las piedras y ya hace seis días que intento resolver el final de la historia. Los Mossos me llaman cada dos por tres, a pesar de que nos reunimos por skype, para avanzar e intercambiar datos. No hay manera. TV3 ha emitido un *30 minuts* dedicado a Paula Celler, los periódicos van cargados de medias verdades y enormes mentiras sobre el asesinato. Por suerte no se filtra nada desde los Mossos y la única información es la que se consensúa con la gente de comunicación de la policía catalana. El resto, rumores. Sí que he leído, en *La Vanguardia* y el *Ara* de hoy, entrevistas a vendedores del mercado o a casi todos los miembros de la compañía de *Medea*, que hoy tienen página doble en *El Periódico*.

Mucha información, pero pasan los días y no encontramos la salida del laberinto.

Suena el móvil. El comisario Pérez Navarro.

—Dime, comisario. ¿Cómo? —Me levanto de golpe de la silla del despacho mientras me dirijo al ventanal que da a la calle.

Por la Vía Augusta, coches que suben y bajan, hormiguelo de gente por los laterales, y en el teléfono el anuncio de un nuevo cadáver que ha aparecido en el panorama. Solo nos faltaba eso.

—Ahora voy. Envíame la ubicación y el nombre de la calle, puerta y piso. Cojo la moto y llego lo antes que pueda.

Me guardo el móvil en el bolsillo interior de la americana. Encima de la mesa busco un papel donde he dibujado el croquis de la Pollería Fidel. Del nombre del dueño cuelgan tres más: Diana, Carlos y Ramos. Cojo el bolígrafo y tacho el de Ramos.

—Un sospechoso menos.

Un muerto más.

La primera reunión fue con Paula y Mireia Trupet, la directora. Había oído hablar mucho de ella. Revolucionó la escena catalana en los años noventa. También había visto algunos de sus montajes (no me acababan de convencer). A veces la admiración que sentimos por alguien a quien hemos visto o leído es proporcional a la decepción que nos llevamos cuando lo conocemos. Era una mujer menuda, pero muy fuerte, segura de sí misma y con un sentido del humor afilado y un cigarrillo perpetuo en los labios, como si la hubiesen dibujado así. Me miraba con cierta desconfianza, que me parecía ostensible. ¿Quién era yo? ¿La amiguita desconocida con la que no había trabajado nunca? ¿La jovencita que tenía que demostrar su valía? Pero hizo un esfuerzo, que también pude intuir, por mostrarse simpática. Hacía unos cuantos años que no trabajaba y seguramente aquella producción en el Romea era un rayo de esperanza para recuperar la fortuna encima de los escenarios.

Me confirmaron que Jasón sería Joan Màrquez. A Paula le gustaba desde siempre aquel hombre con aire de perdedor, de personaje secundario en blanco y negro. La cara demacrada, la voz profunda y cascada. Tenía el tono de voz de quien se lo ha comido todo, se lo ha bebido todo y se lo ha follado todo. En su caso, cumplía al dedillo con la imagen. A mí me dejaba indiferente.

Yo iba a la reunión rebosante de ideas. Me había leído y releído la obra entera; todas las obras de Eurípides, de hecho. Había visto documentales, me había pasado horas en galerías de arte y exposiciones para encontrar un color diferente,

un diseño de vestuario único. Pero no me atreví a enseñar nada, porque en aquella reunión yo estaba para callar y asentir a cada frase lapidaria de la Trupet.

—Quiero que vayan desnudos. —Esta fue su primera frase.

—¿Cómo? —Para Paula también fue una sorpresa.

—Tú, como quieras, pero el resto, desnudos. Habrá elementos puntuales, claro, y para la figura de Jasón, que es evidentemente el heteropatriarcado, tendremos que pensar algo nuevo, diferente, excesivo.

—¿Por qué los quieres en pelotas?

—Representamos una tragedia. Vayamos a nuestros orígenes. La base de la democracia, de la civilización, nace aquí. Medea es un ser irracional. Pero nosotros tenemos que verlo con otros ojos, como Edipo.

Chiste teatral que nadie rio.

—Quiero que los demás personajes vayan desnudos porque haremos un trabajo minimal, de matiz, de sutilezas. El cuerpo desnudo es belleza. La pornografía reside en el ojo de quien la mira.

Recibí un whatsapp. De Paula.

Ni puto caso.

—Me parece muy bien, Mireia.

—Llámame Trupet, por favor, no me gusta que nadie del equipo me llame por el nombre de pila.

—De acuerdo. Trabajaré en esta línea, si te parece bien. Creo que a partir de aquí podemos encontrar cosas muy interesantes.

Otro whatsapp. De Paula.

Brava.

Después la Trupet se fue porque tenía clase de yoga y quería releer unas cartas de Alejandra Pizarnik que había publicado no sé qué editorial. Todo muy oscuro.

Cuando nos quedamos a solas, Paula le quitó hierro a la situación. Haremos lo que queramos. Tú tienes que sentirte cómoda. No te preocupes.

Y reconozco que durante aquellos días me olvidé un poco de Clara. Mi cerebro no estaba pendiente de su tristeza, de su vergüenza. Era muy injusto, porque cuando murió mi madre su brazo fue el primero que me tendieron, pero de pronto no quería verme rodeada de gente triste; yo tenía ilusiones, quería que a mi alrededor la alegría —o como mínimo el optimismo— no molestase a nadie.

Un día, cuando llegué a casa, Clara estaba esperándome en el portal. Apeataba a cerveza y tenía los ojos rojos de tanto llorar.

—Tengo que hablar contigo.

Hace días que no me dices nada, Albert.

Debes de estar muy liado, Albert. Ya hace una semana que no tengo fiebre y me vas dando largas.

Pol y Rubén me envían mensajes y se les nota angustiados. Respondo poco y mal. Me los quito de encima. Lo necesito. Los necesito. Por separado y sin decírselo. Pol estaba en el armario hasta que me arrinconó anteayer en el pub.

He decidido cenar solo en la barra del Botafumeiro. Unas croquetas de marisco, cuatro ostras y unos percebes cocidos. La copa de albariño que no falte. Me quedo con hambre y pido un salpicón de marisco, de bogavante. Cae la segunda copa de vino blanco «muy frío, por favor». A partir de la segunda copa de vino la irracionalidad cobra forma. Saco el móvil de la chaqueta Etro que hoy me he puesto vete a saber por qué.

No sé si enviar un mensaje al panocho, Andy. «Donde tengas la olla, no metas la polla.» Lo descarto de toda opción de asesinato. Tiene la coartada de la cena y, además, un asesino nunca se mueve, días más tarde, con la tranquilidad con la que este lo hacía por las discos de Barcelona.

Pero ¿tengo que enviarle un mensaje? ¿Hace falta? ¿Qué busco? ¿Follármelo? ¿Robárselo al manso del Arena? Atravieso una época de promiscuidad. Que si el Manel ese del otro día, que si el vegano, que si Pol, que si ahora voy de caza con este. ¿Qué me pasa? Ya sé qué me pasa, pero no puedo verbalizarlo. Sí. Colgado de Eduard como un fuet, pero el tema está liquidado, y no, no me da la gana.

Sería fácil coger el móvil y llamarle. Pero no. Era y es él, si quiere, quien tiene que corregirlo, y es obvio que le suda la polla porque es incapaz de coger el teléfono y decir un simple «Hola, ¿qué haces?». Estoy perdiendo los papeles. No sé cómo miraré a la cara a mi amigo Rubén, un buenazo al que evito por si acaso. ¿Cómo puedo afrontar este tema? No lo sé. ¿Y Pol? ¿Cómo encaro el tema de Pol? ¿Qué coño tengo que hacer? Enviar un mensaje a Andy es una nueva huida hacia delante, pero...

—Póngame otra copa de albariño, por favor.

El camarero, muy marcial, saca del hielo la botella y sirve con candidez, mientras una pareja de rusos habla en tono asquerosamente alto tres taburetes a mi derecha.

Hola, Andy. Tendría que hacerte un par de preguntas sobre Paula. ¿Cuándo podrías? Cuanto antes mejor. O esta noche o mañana por la mañana.

La pregunta encierra una trampa. Si es esta noche, tengo opciones de pensar en llevármelo a la cama. Si me responde que mañana, la he cagado; al levantarme desconvocaré el encuentro. Táctica de perro viejo.

Hola, Albert. Esta noche no me espera nadie. ¿Dónde?

Ah, perfecto. Estoy en el Botafumeiro. Bajo caminando y quedamos en Casa Fuster dentro de media hora.

De Casa Fuster guardo el recuerdo de unas horas de delirio laboral con Eduard. Teníamos que echar un polvo y el trabajo nos aguó la fiesta. Pero prefiero obviar a Eduard, a pesar de que haber escogido ese hotel me traerá el recuerdo de aquellos breves días en los que nos quisimos poco pero con una locura que todavía me duele. Nos separamos y no tendríamos que haberlo hecho. «Marquemos una distancia», nos exigimos. Y no volvimos a llamarnos nunca. La distancia es enorme. Si no llama, quiere decir que no quiere. Aunque, cuando

me planteo la misma pregunta, la respuesta no es la misma. De vez en cuando miro su whatsapp. A qué hora se ha conectado por última vez. El último mensaje que le envié es del uno de enero. El lanzó, supongo, un viral «Feliz año nuevo». Yo le respondí con un escuálido «Igualmente». Y nunca más se supo. Y temo que nuestras vidas no se volverán a cruzar jamás y que es mejor así. Supongo.

Me gusta el bar del vestíbulo del hotel Casa Fuster, con esos sofás que te hacen parecer Sylvia Kristel en *Emmanuelle*. Llego y Andy, panocho como siempre, ya está sentado en una esquinera que da a los Jardins de Gràcia. Me da la mano. Después de los saludos de cortesía le hago la primera pregunta clave para el desenlace de la noche.

—¿Jan sabe que estás aquí?

—Jan no controla mi agenda, igual que yo no controlo la suya.

—¿Pareja abierta?

—Ya te dije que no éramos ni pareja.

—¿Follamigos?

—Llámalo como quieras.

Traigo pensadas unas cuantas preguntas absurdas para salir del paso, porque el objetivo de este encuentro no es saber quién mató a Paula, sino cómo tiene la polla el panocho. Hemos pedido dos gin-tonics. Pregunto por Paula: que si era una buena chica, que si no la conocía tampoco mucho más allá de su popularidad, que si no entiendo cómo se puede matar así, que si él después de la obra se fue a follar con un amigo de Badalona, que si quiero que le llame, que si el chico de Badalona tiene cincuenta años, pero jode como el gallo de la Pasión, que si a él los maduritos le ponen mucho, más limpios, más arreglados, más morbosos, que qué curiosas estas sillas que son superexcitantes, que si pedimos otro gin- tonic, que si me está subiendo porque yo nunca pido gin-tonics y no estoy acostumbrado, que si cuánto hace que no follas, que sí que eres interesante, mucho, demasiado para ser investigador, que si un investigador puede dejarse seducir por un hipotético sospechoso, que si él es sospechoso, que si ay qué cachondo estoy, que si qué hacemos, que si conoces las habitaciones...

La camarera trae la cuenta, y en el cuarto de hora que tardan en confirmarme que hay habitación, se me pone dura, tanto que el panocho casi a las cinco de la mañana y después de tres polvos a la altura de un campanario me enseña el móvil silenciado con seis llamadas perdidas de Jan.

—¿Estás jodido? —le pregunto mientras, en cueros, salto de la cama hacia la ducha.

—Para nada. Que sufra un poco. ¿Vas a la ducha? Espera que te acompañe.
El cuarto de la noche... y sereno.

—El mundo es injusto, Mònica. ¿Qué he hecho mal? ¿Qué he hecho yo para que el día de mi boda, el día que en principio tenía que ser el más feliz de mi vida, me pasara lo que me pasó? Dime... No, no espero que me digas nada, no hace falta que me respondas, porque no hay respuesta posible. Ninguna que sea lógica. Yo no le he hecho daño a nadie. ¿A que no? Quise a Àlex con locura. Lo cuidé. Estaba más pendiente de él que de mí. Me olvidé de mí por pensar solo en él. Es tan injusto que... Piénsalo fríamente. El mundo está lleno de injusticias, ya lo sé. Algunas pequeñas, cotidianas, las podemos aguantar, otras tienen el tamaño justo para que nos molesten, pero no decidimos hacer nada al respecto. Y después ya están los hijos de puta encorbatados que se salen con la suya. Yo estoy cansada, Mònica. Estoy muy cansada de estar en el bando de los que pierden siempre. Cansada de verlo todo por televisión, cansada de enviar mensajes a la gente cagándome en todo, cansada de hacer retuits crueles. Estoy cansada de no hacer nada, ¿lo entiendes? Soy un ser pasivo que solo se queja. Soy una ameba que sabe de todo pero no se compromete en nada. Esa es la clave, ¿no? El compromiso. Ganas de hacer cosas tenemos todas, y pronto se acaban. Es el compromiso... ¿Y cómo puedo cambiar yo el mundo? Dime... No, no hace falta que respondas. No puedo cambiarlo. El mundo es injusto por naturaleza. Pero sí que puedo intentarlo.

Y se calló porque necesitaba respirar un poco. Y me pidió otra cerveza y se la bebió de tres tragos. Yo la miraba sin acabar de entender nada. Pobre de mí. Sentada en el sofá de mi casa, aquella Clara no era la que yo conocía. Mucho

más musculada, como si hubiera decidido purgar las penas en el gimnasio o contra un saco de boxeo. Con el pelo corto. El sufrimiento la estaba convirtiendo en otra persona. La consumía. A veces pasa. Acumulamos dentro tanto dolor que nuestras células mutan de forma irremediable.

—Sé que estos últimos meses he desaparecido. Pero lo necesitaba.

—Lo entiendo.

Me miró y descifré su: «¿Qué cojones vas a entender tú?». Echó otro trago y siguió:

—Quiero hacer algo.

No sabía de qué me hablaba.

—Quiero hacer algo —repitió—. No me quedaré de brazos cruzados. ¿Cuál es mi grano de arena para que el mundo siga siendo injusto? Contemplantarlo. Contemplantarlo y punto. Lo he pensado mucho. ¿Sabes qué mueve, a veces, el mundo? —Le indiqué que no con la cabeza—. La venganza. Hay gente que siempre ha tenido la suerte de cara, pero no es consciente de ello, no valora lo que tiene. Y creo que los que sí sabemos lo que cuesta todo tenemos el deber moral de hacérselo entender.

Iba perdida.

—Te dije una vez que tenía pensamientos extraños, ¿recuerdas? Pues esos pensamientos se han vuelto lúcidos.

Empezaba a costarle más hablar. Hacía largas pausas. Escogía con más cuidado las palabras. Yo sabía que tarde o temprano —era un mal presagio— pronunciaría el nombre de Paula. Y lo pronunciaría mirándome fijamente a los ojos. Toda aquella retahíla de filosofadas baratas sobre el mundo y nuestras acciones tenía un motivo claro, Paula Cellar, la actriz que le había robado el novio el día de su boda. Lo más sencillo, lo más justo hubiese sido señalar a Àlex. Si quieres venganza, tómatela con él. Arruínale la vida, cántale las cuarenta, pártete la cara, sé imaginativa... Pero la pobre, cuando alguien pronunciaba su nombre, Àlex, sin más, todavía tenía que contener las ganas de

llorar. Estaba muy enamorada. Y contra los enamoramientos la razón y el juicio no tienen nada que hacer. Es la peor enfermedad del mundo.

—Quiero asustar a Paula.

—¿Cómo?

Era un «¿cómo?» de «¿me lo puedes repetir?» no de «¿de qué manera quieres hacerlo?».

—Lo tengo todo pensado. Todo. —Las dos últimas sílabas sonaron como un aldabonazo definitivo, y se levantó del sofá.

Se moría de ganas de explicármelo, pero yo no quería ser cómplice, aunque solo fuera de palabra, en aquella barbaridad. La paré en seco. Para cambiar de tema, le conté que me había salido un trabajo. Un trabajo impresionante y lleno de oportunidades. Se le cambió la cara. Fingía alegría, inútilmente. Y no le oculté que me lo había proporcionado Paula. Se calló. La alegría fingida desapareció en un santiamén. Y siguió bebiéndose todo el alcohol que tenía en casa. Eso la desactivó; o eso creí en aquel momento. Más tarde supe que, muy al contrario, había encendido un fuego que no se apagaría nunca.

Tanto rato hablando, largos monólogos sobre el bien y el mal, sobre la existencia del alma, y en cuanto le hablé del quién, el qué y el cómo de mi trabajo, todo fueron monosílabos. Aquella confesión (para mí solo era información delicada) le cortó la sed y la borrachera de golpe.

—Tengo que irme.

—¿Ya?

—Sí. Es muy tarde.

—Quédate y comeremos algo. Hemos bebido mucho. ¿Por qué no te quedas a dormir?

—No, gracias.

No hacía falta un máster en inteligencia emocional para verlo claro.

—Clara...

Había recogido las latas de cerveza. Con un gesto rápido y torpe se había puesto la chaqueta y tuve que pararla delante de la puerta.

—Clara...

—Diiime... —alargó la «i».

—No quiero que vuelvas a desaparecer. Quiero estar a tu lado. Somos amigas. Quiero ayudarte. Ayudarnos.

Asintió con la cabeza como si fuera un trámite, lo que necesitaba para que la dejase bajar agarrada a la barandilla, con cuidado de no caerse escaleras abajo, no fuera que aquella noche termináramos la fiesta en Urgencias.

—¿Te llamo a un taxi?

Levantó la mano para decir que no con el dedo.

La casa apesta a muerte. Es domingo y los hedores no descansan ni el día del Señor. Es un tufo especial, difícil de describir, aunque a veces creo que son imaginaciones de mi pituitaria, que acepta de buen grado que piense que en aquella casa, con un cuerpo presente, apesta de una manera especial. Ramos está muerto. El de la furgoneta. La «fidelidad en persona» de Fidel. Una década trabajando en aquel puesto de la Boquería. Diez años haciendo el papel de Sancho Panza de la volatería barcelonesa. Antes de entrar en aquel edificio extraño del Hospitalet, en el polígono Gornal, he llamado a Fidel para preguntarle por sus empleados, por si ha visto algún movimiento extraño estos últimos días.

—No. Le habría llamado —me responde solemne.

—Hábleme de Ramos.

—¿Xavier Ramos? Servil, hoja de servicios excelente, se cuentan con los dedos de una mano los días que se ha cogido la baja a lo largo de estos diez años, un trabajador incombustible. Ninguna queja.

—¿Sabe si conocía a la actriz asesinada?

—Ni idea, pero supongo que me lo hubiese dicho.

—¿Eso quiere decir que lo comentan todo?

—No, de ninguna manera, pero, conociendo a Ramos, seguro que si conociera a una actriz famosa, me lo habría dicho.

—¿Últimamente le ha notado más nervioso que de costumbre?

—Hombre, a partir de la mierda esta de la muerte es evidente que todos

estábamos más inquietos. Y él, pues claro, también.

—¿En qué se lo ha notado, Fidel?

—Anteayer, por ejemplo, estaba muy irascible. Se cabreó por un comentario absurdo, sin importancia, de Diana, la dependienta que tengo. No es normal la reacción que tuvo. Le gritó y apostaría a que no lo había hecho nunca en todos los años que lleva trabajando con nosotros. Raro, desde luego.

—Fidel.

—Dígame.

—Ramos ha muerto.

Y el silencio fue ensordecedor.

—No puede ser. ¿Qué ha pasado?

—Se ha suicidado.

Más silencio.

—¿Qué me está contando?

—Lo que oye, pero no puedo decirle nada más. Precisamente ahora estoy a punto de entrar en su casa.

Me viene a la cabeza esta conversación cuando me planto delante del cadáver. Debajo, dos coches de los Mossos y, en el piso minúsculo, cuatro uniformados y un quinto de paisano que examina con guantes el cuerpo de Ramos.

—Hola, Albert —me saluda el Mosso vestido de paisano. Es Oriol Pitarch, uno de los mejores investigadores de asesinatos que tiene el cuerpo y, sin duda, el país. Da gusto trabajar con gente así, que te pone las cosas fáciles y que te obliga a ponérselas tú también.

—¿Cómo va, Ori?

—Aquí... con las manos en la masa

—¡Joder con la ironía de los polis listos!

Oriol se ríe a pesar de lo patético de la situación. Debe de rondar los cuarenta años y es un armario. Roza los dos metros de alto y casi también de ancho. Horas de gimnasio trabajando bíceps, tríceps, maseteros, pectorales... todo desproporcionadamente perfecto. Lleva una camisa negra ajustada y unos

pantalones de color crudo, y me mira con unos ojos claros y seductores, aunque no hay nada que rascar porque vive con una señora estupenda y tiene dos criaturas. O sea que «atletas, bajen del escenario».

Oriol lleva guantes y, con unas sencillas pinzas, coge unos cuantos pelos que hay en una de las uñas del pobre difunto y los mete dentro de una bolsita de plástico. Ramos tiene el cuerpo caído hacia delante sobre la mesa de madera del comedor. Está en una posición plácida, como si se hubiera quedado dormido con la cabeza sobre la mesa y los brazos cruzados detrás. Tiene los ojos abiertos y un hilo de baba blanca con burbujas le baja pegado desde la comisura de los labios hasta crear un charquito sobre la madera.

—¿Cómo os habéis enterado, si el chico vivía solo? —pregunto a Oriol sin ninguna mala fe.

—Su madre ha llamado al 010. Le ha telefoneado veinte veces esta mañana y normalmente a los cinco minutos de la llamada el chico ya se la devolvía. Al ver que no lo cogía, le ha mandado whatsapps y nada. Además, Ramos tiene activado el sistema de tal manera que no se ve a qué hora se ha conectado por última vez. Entonces ha decidido llamar a la vecina de abajo, con la que tiene buena relación. La vecina ha subido y ha llamado al timbre, pero nada. Entonces la madre debe de haber sospechado algo y ha llamado al 010. Han forzado la cerradura, han entrado y se han encontrado este belén.

—¿Hace mucho que ha muerto?

—Esta madrugada.

—¿Causa?

—Por lo que parece, suicidio.

—Caramba, qué seguridad.

Oriol saca una carta de un maletín de médico de pueblo en el que va colocando las bolsitas de plástico. Me la da.

—Lee en voz alta.

Me pongo guantes. Es una carta porque va dentro de un sobre blanco sin destinatario ni remitente. Blanco de blancos. En el interior hay un folio escrito

con ordenador, con cursiva, de un tamaño que apostarí a que es dieciocho. Todo muy cuidado. La cursiva confiere aire de importancia al texto, que empieza de forma demasiado pretenciosa:

A quien corresponda:

Siempre he sido buena persona. Siempre. Nunca había pretendido matar a nadie, pero en la vida hay veces en las que cometes un error insalvable. Hace unos días, llevado por un deseo irrefrenable, maté a Paula Cellar. No busquéis ninguna lectura. No soy un psicópata. Me enamoré de ella y ella no se enamoró de mí. Quise relacionarme con ella y ella no quiso conmigo. Y en un ataque de desesperación, después de meses pensando que algún día Paula sería mía, pisé todas las líneas rojas. Sí, con esta carta confieso que yo, Xavier Ramos Pelegrino, asesiné a Paula Cellar colgándola con toda mi rabia de un gancho de la pollería donde trabajo en el mercado de la Boquería.

Con mi muerte evito todos los males que me habrían sobrevenido ahora, en especial tener que sostener la mirada, algún día, dentro de unos cuantos años, de todos los familiares, amigos y seguidores de Paula. Aquello no fue posible. Fracasé. Y los errores se pagan.

Lo siento, mamá. Discúlpame. Te he querido y te querré siempre. Y tú, Rafa, cuida de mamá, y perdona que te deje solo con la responsabilidad. También pido perdón a todos aquellos que quisieron a Paula. Lo siento mucho. No puedo soportar el peso de la culpabilidad.

En este vaso que hay (espero) aquí delante de mí, beberé dos dedos de whisky mezclado con veneno. Si la hoja de ruta es la que me han explicado, al cabo de pocos minutos el corazón me fallará, sufriré poco, me quedaré sin aire y caeré redondo. Me lo merezco.

Gracias y perdón por las molestias.

Xavier

—¿El vaso? —le pregunto a Oriol.

Abre el maletín. Un vaso de los de toda la vida, de culo grueso, Duralex probablemente, reposa dentro de una bolsa de plástico.

—Envíaselo urgente a Pérez Navarro, Oriol.

—Ahora se lo llevo, cuando me vaya de aquí.

El Mosso sigue examinando a un palmo de distancia detalles de la ropa del cadáver, que lleva una camisa negra. Inclinando la cabeza veo que viste vaqueros y náuticas sin calcetines. El pelo, largo y despeinado, le desciende sobre los

hombros, y al cuello lleva una cadena de plata, delgada e insignificante. Poca cosa y de poca importancia.

—Albert, ¿esta es la respuesta a todo?

—Demasiado fácil. Parece que sí, me temo que no.

—Explícate.

—Ramos se enamora de Paula. Ella, seductora nata, juega con él. Él se lo cree. Ella lo rechaza una primera vez y una segunda, puede que una tercera y es probable que una cuarta. Él está harto, pero conserva alguna esperanza. Ella, en vez de cortarlo de raíz, le da carrete hasta que él acaba por creérselo. La desea, pero ella no. Él se cansa. La mata y la cuelga del cuello, sádicamente, en el puesto del mercado. Entonces se encuentra en un callejón psicológico sin salida, se mete veneno en la bebida, escribe una nota absurda de diez líneas, bebe y adiós muy buenas.

—Sería eso —se conforma Oriol.

—Pues no —replicó contundente.

—¿Lo tienes claro?

—No. No tengo nada claro, pero eso tampoco.

—Ordeno que levanten el cadáver, hablo con la madre y voy a ver al comisario.

—Perfecto. Pídele que solicite el resultado de los dos vasos con urgencia.

—¿Dos?

—Sí. Uno de una chica de la compañía del Romea y este. Yo, entretanto, me quedaré a rebuscar por el piso, a ver si encuentro algo interesante.

Oriol se marcha con su curioso maletín y empiezo a inspeccionar el piso en busca de algún detalle que me permita deshacer este nudo mojado. Demasiado evidente todo. No. Un asesinato nunca es evidente. Este pobre desgraciado que descansa en paz sobre esta mesa de madera es víctima, no verdugo.

Al día siguiente, con resaca y la casa patas arriba, continué con la búsqueda de ideas para el vestuario. De acuerdo, los quería desnudos, pero, si yo le llevaba una buena idea, la sabría reconocer. Solo aprendemos a base de hostias. Llamé a Sebas, que se ocuparía de la escenografía. Siempre era agradable hablar con él, siempre me calmaba y me hacía reír. Le expliqué cómo había ido la primera reunión y me respondió que la suya poco más o menos había transcurrido del mismo modo.

—No quiere espacio.

—¿Cómo que no quiere espacio? El espacio está sí o sí.

—Espacio vacío. Peter Brook.

—Joder...

—Sí, Mònica. En este montaje lo pasaremos mal.

—¿Por qué?

—Porque por un lado está Paula, que se cree Dios Nuestro Señor bajado a la tierra; ¡tiene tela la niña, eh! Después está la directora, que es antigua como un decorado y que cree que después de Strehler el teatro ha muerto. Y para acabar tenemos a los de la productora... —Hizo una pausa que lo decía todo—. Ya los conoces. Bueno, no los conoces, y mejor. Se reúnen todos los ingredientes para que estalle la tercera guerra mundial.

No me gusta que me desanimen.

—¿Ya has hablado de pasta con ellos?

—No. Todavía no.

—Un consejo: no aceptes la primera oferta. Y cuando te digan que saben que te hace mucha ilusión este trabajo y que es una oportunidad y que no tienen más presupuesto, les dices que a ti lo que realmente te hace ilusión es quedarte en casa tocándote la patata.

Todavía faltaban unos meses para empezar a ensayar y ya tenía la cabeza llena de angustia. De vez en cuando me llamaba Paula. Me pedía que le pasara los bocetos de los figurines antes que a la directora, los comentábamos, no le gustaban nunca, aprovechaba para dejarme en evidencia, regalarme alguna indirecta o recordarme que debía estarle agradecida, y a continuación me comunicaba las últimas noticias sobre el proyecto.

Y, en efecto, semanas después, llegó la tarde de hablar de dinero. Me llamó una mujer muy seria y, cuando fui a verla, me hizo entrar en una habitación sin ninguna ventana. Un silencio inquietante. ¿Querían interrogarme? Durante unos momentos pensé que estaba en la sede de la Gestapo en vez de hablando de mis honorarios. La negociación siguió de pe a pa el guion que me había anunciado Sebas: ilusión, oportunidad, nada de dinero. Sus pretensiones de negociarlo todo a la baja eran escalofriantes. «No tienes currículum, Mònica.» No pensé en ese momento que debía atrincherarme, asegurarle que Paula quería que me ocupase yo. Pero las mejores ideas siempre le vienen a una a la cabeza demasiado tarde.

Lo acepté todo. Las condiciones de esclavitud, los horarios eternos, la ridícula compensación económica... Aquello sería la punta del iceberg. El principio del fin.

Durante aquel proceso de ensayos estaba tan cansada, tan exhausta, con la autoestima tan baja, que no podía pensar con claridad, y Clara (valga la redundancia) lo aprovechó. A medida que pasaban los meses y faltaban menos días para empezar, ella aparecía de forma sutil; ahora un mensaje, ahora una llamada. Hoy tomamos un café.

La noche antes de que presentara los figurines definitivos a la Trupet, Clara me llamó.

—¿Quedamos para cenar?

—Algo rápido, sí. Mañana tengo una presentación importante.

—Algo rápido, perfecto.

—¿Hora y sitio?

—¿Gràcia? ¿A las nueve?

—Guay.

—Vendrán un par de amigos míos, te encantarán.

Se llamaban Marcos y Ramos. Dicho así, parecía el nombre de un grupo musical setentero para adolescentes. Marcos y Ramos nos cantaràn una balada romàntica. Pero vistos de cerca tenían una pinta... Inspiraban más lástima que alegría, más compasión que ganas de pasarlo bien. Quedamos en la plaza del Sol. Dos besos. «¿Adónde vamos?». «Conozco un bar de bocatas que está muy bien. Es vasco. Ikastola.» Mucha gente, pero al final pudimos encontrar una mesa al fondo y nos sentamos los cuatro. Observaba cómo se relacionaba Clara con ellos y no lo entendía.

—Y tú, Mònica, ¿qué opinas del poliamor?

—No me gustan los juegos de mesa.

No se rieron. Yo creía que mi broma era bastante ingeniosa, pero al parecer hablaban en serio.

—No lo sé... No acabo de verlo claro.

—Es normal. Al principio nadie lo ve claro, ¿verdad?

Los cuatro comimos los bocadillos. Comentaban películas que yo no conocía y que tampoco me interesaban. Marcos y Clara hablaban de diseñadores gráficos (los dos lo eran), de cosas de su trabajo. Y Ramos aprovechaba para tirarme los trastos, o tal vez yo tomaba por torpe intento de seducción cuatro palabras bonitas. Discutían sobre Trump, el *procés*, Rusia, si Kim Jong-un se había cargado a su hermano... Cambiaban de tema, tenían bromas privadas... Parecía que me hubieran sacado a pasear y no sabía por qué motivo. Ramos y Marcos miraban a Clara con devoción y ella correspondía a aquel deseo con una

amabilidad que ocultaba no sé qué. No los entendía. O no podía entenderlos porque mi cabeza volaba hacia la presentación de los figurines ante la directora y Paula.

Cuando cerraron el Ikastola, Marcos propuso tomar otra copa en un local que él conocía. Yo dije que no. Y les agüé la fiesta. Sufro mucho con los conflictos y nunca sé decir que no.

—Mònica, la chica responsable... —se rio Clara, burlona.

Ramos nos paró de golpe.

—¿Qué pasa?

—Vamos a hacernos una foto. ¡UNA FOTO!

Estábamos en el metro y había un fotomatón. Hacía años que no usaba uno. Qué peste a meado. A Clara le entusiasmó la idea.

—Yo llevo monedas —dijo Ramos.

No cabíamos los cuatro, y Marcos se quedó fuera liándose un porro.

—¡Tenéis que sonreír, eh!

Como aquella luz era horrible y teníamos unas caras monstruosas, me giré de espaldas. Ellos no.

—Venga, otra.

—¡No! Me tengo que ir. Me tengo que ir.

Arrugaron la nariz.

Aquella noche era un saco de nervios, sabía que a duras penas dormiría, pero necesitaba estar sola, intentar cerrar los ojos.

—Dormirás mejor emborrachándote con nosotros, ¿no?

—Si mañana va bien la reunión, os invito a cenar a todos.

Dijeron que sí y crearon un grupo de whatsapp.

Putos grupos de Whatsapp.

Antes de llegar a casa ya tenía más de veinte mensajes con gifs, fotos y toda clase de basura ocupándome la memoria del teléfono. Lo apagué y me tomé un ansiolítico para descansar.

No soñé nada. Oscuridad. El vacío absoluto. Descanso, por fin, un poco de

descanso.

La pastillita hizo que me despertase treinta minutos tarde. ¡Hostia puta! El despertador sonaba pero mis orejas no captaban aquella frecuencia. Había caído en un pozo profundo. Tres llamadas perdidas de Paula. «¿Dónde estás?» ¡Mierda! Llegaba tarde. ¡Mierda! Llegaba tarde.

Ni me duché, me vestí deprisa y corriendo, cogí el primer taxi que pasó por la calle, me equivoqué de bocetos, y las caras de la Trupet, Paula y (oh, atención) Joan Màrquez fueron de un asco supremo.

Me esperaban fumando en el Mendizábal, y mis disculpas sonaron más a insulto que a redención.

—Perdón, de verdad, no me pasa nunca.

—Pues hoy te ha pasado, guapa.

Paula estaba roja de rabia. Cuarenta minutos tarde. Y, claro, los figurines les parecieron, por decirlo de manera suave y agradable, una puta mierda.

La directora intentó ser más prudente; medía sus palabras, contenía su odio o desprecio (no sabía diferenciarlo), que yo intuía superlativo. Joan fumaba, tirando el humo hacia un lado, y como era la primera vez que nos veíamos, que nos presentaban, se limitaba a decir que sí con la cabeza, cerraba los ojos fingiendo que reflexionaba y, de vez en cuando, apuntaba algún comentario más o menos hiriente.

Pero Paula no tuvo piedad.

Era una leona furiosa y herida, y yo, una pequeña cebra que le había hecho perder el tiempo, y dio rienda suelta a toda su violencia, toda su fuerza y ferocidad contra aquel pobre animalillo, vulnerable, perdido en mitad del desierto.

—¿Este es el trabajo que has hecho? ¿Solo estos dibujitos? —El diminutivo era devastador—. ¿Tanto esfuerzo para esto? ¿La Trupet no te dejó muy claro lo que quería? Yo creo que sí, ¿no?

La Tupet, dubitativa, indicó que sí con los ojos.

Y la leona prosiguió.

—No lo sé, Mònica, creo que a lo mejor no nos hemos entendido, a lo mejor es necesario que volvamos a pensarlo todo un poco, desde el principio si hace falta, o a lo mejor el proyecto te viene un poco grande, no lo sé... Lo último que querría, lo último que querríamos todos, es que no te sintieras cómoda y no pudieses hacer tu trabajo... —«Putá, te odio», mi cabeza iba enviando mensajes cuando ella respiraba para seguir devorándome, «putá, te odio»— y que todo el trabajo de los demás pudiera salir perjudicado, lo entiendes, ¿verdad?

Tenía unas ganas de llorar insoportables. El corazón me iba a mil por hora. Me crecía una angustia desde la punta de los pies e iba engullendo palmo a palmo todo mi cuerpo. Solo acertaba a decir que sí con la cabeza, ahogar el llanto y pedir perdón una y otra vez, como un niño que ha cometido una trastada.

Aquella reunión duró quince o veinte minutos, que a mí se me antojaron casi un año. Al acabar, Paula, para demostrar quién era la líder del proyecto, cogió mis bocetos y los hizo pedazos. Delante de los tres. Joan Màrquez también flipaba.

—Lo hago por ti, Mònica, porque esto no me sirve y no queremos que pierdas el tiempo ni se lo hagas perder a los demás. Tenemos que empezar de cero, tenemos que volver a intentarlo, el problema es que cada vez tenemos menos tiempo y los figurines tienen que estar a punto desde el principio del espectáculo, porque, si no, ya sabes que los actores...

No tenía ni ganas de insultarla.

Joan, que se había fumado treinta paquetes de negro, para calmar un poco los ánimos añadió:

—Para mí solo son importantes los zapatos... Sobre todo al principio, los pies...

La Trupet se pidió una segunda cerveza (a las once de la mañana) y me miró con una tristeza casi compartida. Como si le pudiese leer el pensamiento, me decía: «Si, ya lo sé, guapa, Paula es cruel, pero es tu amiga y aquí tenemos que comer todos».

A mediodía, cuando llegué a casa, me encerré en la habitación, enterré la cabeza entre las almohadas y lloré hasta bien entrada la noche. Solo podía pensar en mi madre. No comí nada. No quería hablar con nadie. Quería cavar un agujero profundo y desaparecer.

—Caso cerrado, ¿no? —Es la voz del comisario Pérez Navarro.

—No. Ni mucho menos —respondo.

—Es muy evidente.

—Lo parece. Dame unas horas. Por favor, los vasos... cuanto antes mejor, es importantísimo.

—Tranquilo. Me han dicho que esta tarde, como máximo mañana por la mañana, me darán el resultado de los análisis del líquido y las huellas.

—Magnífico. Hasta ahora.

Me han llegado al móvil media docena de mensajes más. No los quiero mirar. Deben de ser de Rubén y de Pol. Ninguno de los dos entiende que no les responda. No puedo, no quiero. Se me cae la cara de vergüenza. Alta traición. Ignoro qué le habrá dicho Pol a Rubén. Y Rubén a Pol. Tengo dudas sobre si Rubén me perdonaría. Me cuestiono si Pol quiere volver a verme. No quiero respuestas. No acepto los errores y no sé enfrentarme a los conflictos. Ahora no. Primero, resolver el asesinato de Paula Cellar. Después, resolver la amistad con Rubén.

Guardo el móvil en el bolsillo de la americana azul marino, que hoy he combinado con unos vaqueros, camisa blanca y unas deportivas Dsquared2 que me compré hace un par de semanas después de pedir un crédito.

El piso es pequeño. Minúsculo. Al lado mismo de la mesa donde sigue

apoyado el cuerpo, a mano derecha, hay una cocina americana abierta a la vista y, por desgracia, a los humos, a pesar de una campana que debió de comprar hace poco porque observo que el acero inoxidable está muy limpio. Interesante que sobre los fogones haya una sartén con trozos de tortilla. Cenó. «Que el veneno me pille con la barriga llena», debió de pensar. Una lata de cerveza Damm vacía y un plato con una servilleta de papel. No se esforzó ni en tirar la basura al cubo. Todo es extraño, demasiado ordenado: se hace una tortilla, cena mientras se bebe una cerveza, se levanta de la mesa, deja el plato y la lata vacía en la encimera, vuelve a la mesa, se casca un whisky con veneno y hasta luego. En los asesinatos, dos más dos no suman nunca cuatro. Tres con noventa y ocho, como mucho.

No veo la botella por ninguna parte. Ocho cajones de la cocina, uno de platos, uno de vasos, otro que hace de despensa, donde se acumulan sobres, botes y latas que acaban caducando, y en el cuarto, en la esquina, tres botellas de vino, una de sake, otra de ginebra Giró y dos de whisky. Una de JB llena (no me extraña) y otra de Macallan. Joder con Ramos. En esta queda solo la mitad. Qué puta pena mezclar veneno con Macallan.

Salgo de allí y me dirijo a la habitación contigua, que es la suya. Hay una cama hecha de cualquier manera (seguro que se la hacía él cada mañana al levantarse) y un armario empotrado. En el armario, un par de trajes. Uno es Milano, el otro Dustin (de El Corte Inglés). Madre mía. Uno tiene un boli Bic en el bolsillo interior, mientras que en uno exterior hay un papel y la tarjeta de un club de putas. Cojo la tarjeta, por si acaso. En un estante hay apiladas varias camisas, a cual más espantosa. Media docena de pantalones. Revuelvo cajones, calcetines y calzoncillos sin ningún glamour y unos cuantos zapatos y deportivas de diferentes estilos. Debajo observo una caja de zapatillas NB. La abro y encuentro papeleo: facturas, gas, luz, teléfono... Meto los papeles en una bolsa, pero interpreto que nada de todo esto tiene importancia. Miro debajo de la cama tumbándome boca abajo sobre el catre y asomando la cabeza por un lado.

Examino el suelo, asqueroso de polvo. Nada, aparte de moneditas de cinco o diez céntimos.

El cuarto de baño tiene una taza, una ducha y estantes con desodorantes, espuma de afeitar, Gillettes, perfume Ralph Lauren Sport (hasta aquí hemos llegado) y una pastilla de jabón. Nada de interés.

He buscado un ordenador por toda la casa; nada de nada. Qué raro.

Al lado de la mesa de la salita hay un aparador con una foto enmarcada de una señora que interpreto que es la madre, sonriente, con un vestido color rojo chillón, larga melena rubia y, de fondo, una especie de marisma. Juraría que debe de ser el Empordà. Junto a un televisor Sony hay colgado un cuadro de Andy Warhol, de esos que venden a peso. En el mueble hay cajones. Dos. El primero, bastante vacío, con algunos objetos absurdos: cargadores de móvil antiguos, un reloj parado a las nueve y veinticuatro, cuatro pañuelos de hilo doblados, con las iniciales bordadas X. R. (Xavier Ramos, supongo).

Me cuesta abrir el segundo cajón. Está como atrancado. Una sacudida, dos, y al tercer golpe seco se abre. Este sí que está lleno y es un caos absoluto. Me siento en el suelo y empiezo a fisgonear. Un par de DVD: *La piel que habito* de Pedro Almodóvar y *Los renegados del diablo* de Rob Zombie. Un puñado de cedés: Style Council (*Café Bleu*), Housemartins (*London 0 Hull 4*), Van Morrison (*Moondance*), La Casa Azul (*La Polinesia Meridional*) y Nine Days (*Something out of Nothing*). Joder, qué pena que este tío se haya muerto. Me lo hubiese llevado a hablar de música. Menuda colección de delicias. Vestía fatal, tenía una casa que era un desastre, quizá fuera un asesino, pero musicalmente lo que tenía aquí son cinco discos imprescindibles. Alzo la vista desde el suelo y veo que sobre el mueble hay una pequeña cadena musical con CD y un par de altavoces incorporados.

Sigo revolviendo en el cajón: un par de tebeos de *13 Rue del Percebe*, de Francisco Ibáñez (más clásicos, en esta ocasión de la literatura) y una fotografía antigua enmarcada. En ella salen una criatura, un hombre y una mujer. La señora, con el cabello largo y rubio, es sin ninguna duda la protagonista de la

foto anterior: la madre. El otro mayor de edad debe de ser el padre, vestido con camisa y vaqueros, con un bigote recio y el pelo largo. Me recuerda mucho a James Taylor cuando era joven. El niño también lleva vaqueros y un horrendo polo color verde. Es Ramos de pequeño. La foto debe de tener unos veinte años, tirando a poco. Posan en una especie de arenal, con cactus alrededor y una roca de color terroso. Una instantánea del *far west*. El marco de la foto tiene muchos años, porque es de esos que se usaban antiguamente, con una especie de pie en la parte de atrás para sostener el peso del conjunto.

Debajo hay un libro. Es de bolsillo: *El leopardo*, de Jo Nesbø. Da miedo esa portada con el leopardo avanzando con cara de cabreo hacia la mano que aguanta el libro. Observo que hay un punto de libro que sitúa la lectura bien avanzada la novela: página 224. ¡Oh! El punto del libro es una secuencia de cuatro fotografías tomadas en un fotomatón, de esos en los que entras a hacer el idiota con la pandilla, a cambiar de mueca cuando se dispara el flash. Está Ramos risueño en la primera, cabizbajo en la segunda, mirando al techo en la tercera y besando en la mejilla a una chica en la cuarta y última. La chica a la que da el beso tiene cara de estar divirtiéndose, o quizá borracha, incluso. En la primera, ella, que está a la derecha de Ramos, se ríe desmesuradamente, con la boca muy abierta. En la segunda mira a Ramos con cara de perturbada, y en la tercera está vuelta hacia la pared, como otra chica que en las cuatro fotos da la espalda a la cámara. ¿Quién coño serán esas dos jóvenes? ¿Tendrán algo que ver en esta historia?

Me quedo media hora más. En la casa no hay ningún ordenador. Ni uno. Qué raro. ¿Y el móvil de Ramos? No ha aparecido. He llamado a Oriol Pitarch para preguntarle si se ha llevado algún teléfono o portátil de casa del difunto. Me dice que no, que a él también le ha parecido sospechoso. Más lo del móvil que lo del ordenador. Móvil tiene todo el mundo y, de hecho, la madre le ha llamado cuando lo buscaba y no le ha respondido.

—¿Y si lo ha tirado al contenedor? —me pregunta.

—Es una posibilidad que lleva una pregunta incorporada.

—¿Cuál?

—¿Por qué cojones tira un móvil a la basura de la calle un tío que es el autor confeso del asesinato? ¿Acaso hay algo peor que ocultar?

Silencio. Oriol se ha quedado de una pieza. Esto no cuadra. Nada cuadra.

Antes de salir del piso miro el CD que hay puesto en la torre de música de encima del mueble. Enciendo el aparato y, de pronto, suena Aimee Mann, una joya de banda sonora de otra joya cinematográfica: *Magnolia*. La canción se llama «Deathly».

Se lo expliqué todo a Clara.

Y Clara sonrió.

No podía disimular que en su fuero interno una parte de ella disfrutaba (discretamente y en minúsculas) de mi desgracia. Está bien, lo entendía, era un sentimiento muy humano. Se sentía triunfadora. Me había avisado un sinfín de veces y, cuanto más me avisaba, más la ignoraba. Aquella misma tarde, cuando le expliqué cómo me había humillado Paula delante de la Trupet y Joan Màrquez, ella volvió a hablarme de Ramos y Marcos. Podía ser muy insistente, demasiado. Desde la noche en la que habíamos salido de fiesta —alcohol y fotomatón, como si tuviéramos quince años—, nuestro grupo de whatsapp echaba humo, solo mensajes estúpidos que no me hacían ninguna gracia y que había silenciado. Pero ¿a qué venía de repente hablarme otra vez de aquel par? Te echan de manos, Mònica. Sí, seguro. Hablaba de ellos de una forma muy ambigua, con frases llenas de puntos suspensivos; decía que los pensamientos extraños que le poblaban la cabeza habían dejado de ser extraños y ahora eran lúcidos porque los había compartido con ellos.

—¿Y qué les cuentas?

—Cosas mías. Y se tronchan de risa.

—¿Qué has pensado? —le pregunte, más por agotamiento que por curiosidad sincera.

Semanas antes, cuando, medio borracha en mi casa, había querido explicarme su plan para arreglar el mundo y la injusticia, yo había cortado aquellos

pensamientos extraños, pero dentro de ella habían seguido creciendo como una planta que hubiese regado con mucho esmero, mucha paciencia, sabiendo que tarde o temprano llegaría su momento. Porque, en palabras de Clara, la maldad de Paula, su cinismo, no conocía límites.

—¿Qué has pensado?

—¿Me lo preguntas en serio? ¿Quieres sentarte y dedicarme un rato? ¿Quieres escucharme de verdad?

—Sí —mentí.

—De acuerdo. Siéntate.

Le hice caso. Respiró hondo y después de exhalar, dijo:

—Quiero asustar a Paula.

No le pregunté qué significaba para ella asustar; simplemente me quedé en silencio sentada, mirándola, como si estuviera acomodada en un patio de butacas esperando saber cómo continuaba aquella escena tan absurda.

—Quiero asustar a Paula, que sienta lo que es el miedo, que sienta que no puede ir por la vida pisoteando a los demás, tratándonos como si fuésemos una mierda. Quiero abrirle los ojos; si lo hacemos, si lo hago —rectificó— se volverá pequeña, como una hormiga, como un insecto... Aunque no solo lo hago por justicia, lo entiendes, ¿no?

—¿Y qué quieres hacerle? —pregunté.

—Tú la verás casi todos los días en los ensayos, ¿verdad?

—Sí.

—¿Crees que no te humillará más? ¿Crees que ya ha tenido bastante? Eso de romperte los figurines y dejarte en ridículo delante de la directora y Márquez irá empeorando de forma exponencial. Paula es un monstruo, ya lo sabes. Y los monstruos se alimentan del miedo ajeno. Hasta que un día prueban su propia medicina. Si se asusta de verdad, ya verás como no vuelve a molestarte, te lo prometo.

—¿Qué tiene que ver que yo la vea cada día?

—Que la puedes observar. Paula debe de ser un animal de costumbres, debe

de tener sus manías, sus supersticiones... Me gustaría quedarme un día a solas con ella, ¿sería posible?

—No, no veo en qué momento podrías quedarte a solas con ella.

—No sé, en el camerino, a lo mejor...

—Aún faltan semanas para entrar en el teatro. La semana que viene empezamos los ensayos; por lo tanto, para estar en el camerino a solas con ella... ¿Y qué quieres hacer dentro del camerino con ella?

—No me hagas explicártelo todo. He pensado un plan. Tengo una idea que creo que es magistral. Ramos y Marcos dicen que estoy loca pero que podría funcionar, y vaya si podría funcionar. Puedes apostar lo que quieras, doscientos euros, ahora, aquí mismo, encima de la mesa, y te los ganaría.

—¿Quieres partirle la cara? ¿Hacerle daño?

—No, no quiero partirle la cara, eso sería demasiado fácil, y después, seamos sinceras, me denunciaría y yo acabaría en la cárcel.

Se quedó en silencio, disfrutando de no responderme a la pregunta.

—¿Y qué has pensado? Te lo vuelvo a preguntar, Clara.

—Mònica, tú solo tienes que asegurarte de que me pueda quedar encerrada dentro del camerino a solas con ella. ¿Puedes conseguirlo?

—No lo sé, Clara, no lo veo claro...

Dentro de mi cabeza estallaba la lucha entre mis dudas. Nunca he sido una persona vengativa, ni en los campamentos, ni con mi padre ni con nadie. Pero Paula tenía el don de desvelar en mí una tecla secreta, una nota musical llena de rencor que nadie había tocado nunca. Mentiría si dijese que las palabras de Clara me ofendían. Al contrario, una parte de mi cerebro, entre dudas y ganas, ya había archivado la posibilidad (real) de hacerlo. Pero hacer... ¿qué?

Cuando empezaron los ensayos, la tormenta amainó. Clara me dejó respirar porque me conocía y sabía que bajo presión soy un cero a la izquierda.

Recuerdo el primer día. La primera lectura. Todo el equipo artístico esperaba fuera de la sala de ensayo, fumando. El dramaturgo, el ayudante de dirección, Andy de peluquería y maquillaje... Una neblina llenaba el pasillo. En el mundo

del teatro fuma todo dios; de hecho, si no fumas, en cierto modo, eres de una casta social más baja y, claro, yo, por los nervios y por el deseo de ser aceptada, estuve a punto de convertirme en fumadora compulsiva. Paula llegó tarde, pero era un retraso silencioso y pactado, como el de una novia en su boda.

—Ay, perdonad, es que voy de culo. —Una risa falsa—. Perdonad, eh... Que el taxi no encontraba la calle.

Perdonada.

La Trupet había llevado una bandeja de dulces y un cuenco lleno de fruta. Que cogiéramos lo que quisiésemos, que la chica de producción (muy mona y una santa) ya se encargaría de ir rellenando.

Saludé uno a uno a todos los actores: Joan Màrquez, que ya me conocía y apestaba a cerveza; Marc Eguia, bien guapo y perfumado; Áurea Rius, una actriz a la que siempre he admirado; y Rubén Solé, con gafas de sol y una resaca de mil demonios. En los primeros días todo el mundo es encantador, te escucha, se interesa por ti; sería un escándalo reconocer a los bordes a primera vista. Aquella mañana no me saltaron las alarmas; a veces un pequeño gesto, una mirada, un comentario ofensivo pueden delatar a un hijo de puta, pero en el mundo del teatro uno de los grandes artes que conservamos y alimentamos es el de fingir. Y el primer día todo el mundo se saluda con abrazos y besos, como viejos amigos que se reencontrasen después de muchos años sin verse.

Nos sentamos. La ayudante de dirección repartió aguas. El dramaturgillo, un chico joven, pasaba nervios sentado a una esquina de la mesa y sudaba como un cerdo a punto de entrar en el matadero, se mordía las uñas y se le veía pendiente de Paula, preocupado por si le gustaría o no la adaptación. La directora fue muy clara, era muy divertida los primeros días:

—Quiero que lo leáis muy mal, no os preocupéis por nada. Es una primera lectura; si lo hacéis bien, me dejaréis sin empleo, y eso no lo queremos.

Todo el mundo se rio.

Reíamos para rebajar la tensión.

Y empezó la lectura que, para resumir, diré que fue espesa, aburrida,

farragosa, antigua, muy pesada, sin pies ni cabeza, con unas decisiones dramáticas completamente absurdas, pretenciosa, ramplona, torpe, soporífera, cobarde... Pero Paula tenía unos largos monólogos, que era básicamente lo que ella quería. Largas parrafadas de texto, cargadas de adjetivos, de frases subordinadas, de puntos en los que podía respirar, inventarse una buena pausa dramática, mirar al público, emocionarse, lágrimas de andar por casa, y todo servido, cocinado y preparado para que la joven primera actriz pudiera lucirse. A fin de cuentas, era su proyecto.

De vez en cuando parábamos de leer y la Trupet hacía tres o cuatro comentarios más o menos acertados sobre el contexto histórico de *Medea*, sobre Eurípides, cuatro ideas que había tenido para la puesta en escena. Hablaba mucho, pero no decía nada. Después comentábamos cuatro o cinco estupideces más y seguíamos leyendo.

Al acabar la lectura —más larga que un día sin pan— llegó el momento de Sebas. Le tocaba presentar la escenografía delante de todos. Aquel instante en que los ojos de los demás se te clavan como agujas. Para los diseñadores, los primeros días son bastante importantes. Los primeros y los últimos son en los que se decide la partida. Al principio te tienen que aceptar los actores, y al final, el público. Sebas lo hizo muy bien, porque lo explicaba todo de una forma muy didáctica, como si fuera un profesor, y aceptaba preguntas de los actores; además, sabía responder con tranquilidad e ingenio. Sebas consigue que los actores se sientan cómodos. Una escalera puede suponer un problema si tienes actores mayores, una rampa, una tela, materiales orgánicos, la arena... Una escenografía blanca puede suponer un problema para el iluminador. Una escenografía muy grande puede cavarte la tumba si no tienes micros y los actores deben proyectar la voz... ¿Y las visuales? En el teatro Romea hay que idear una buena escenografía para que todo el mundo pueda ver la función desde cualquier localidad.

Son detalles pequeños pero definitivos.

Y después de la gran representación de Sebas tocaba mi momento. Me lo

había preparado, pero justo cuando abrí la carpeta para sacar los nuevos figurines, Paula sentenció que no hacía falta, que ya era muy tarde y que debía irse porque tenía rodaje de no sé qué serie.

—Los figurines no son tan importantes, lo iremos encontrando, Mònica. No te preocupes, que el proyecto no te vendrá grande, te ayudaremos entre todos. — Con la chaqueta ya puesta siguió, dirigiéndose a los demás—: Mònica es alguien de mi confianza, no solo está aquí porque sea amiga mía, ¡eh! Tiene talento.

Tener talento.

Y parecerá una broma inofensiva, pero a mí hacía tiempo que cada palabra que se desviaba un centímetro de la corrección me hería como un puñetazo en el estómago. Intenté sonreír, no sé si lo conseguí. Y ahogué otra vez un poco de rabia dentro de mí. Paula se fue y me dejó con los figurines en la boca y la directora volvió a mirarme con expresión de compasión compartida.

Tres cigarrillos en la puerta. Yo solo tenía palabras de elogio para Paula. «La admiro, mucho.» «¿Habéis visto el estreno del Lliure?» «¿Qué obra dan la temporada que viene?»

Por fin, nos despedimos hasta el día siguiente. Suerte de Sebas, que me acompañó a casa y quitó hierro al asunto.

—No hay para tanto, en serio. No le des más vueltas.

Pronto comprendí que yo no haría ningún diseño de vestuario, que el vestuario lo escogería Paula y yo me encargaría de ir de tiendas a comprar lo que hiciera falta, o en todo caso iría a diferentes modistas y pediría una confección hecha a medida. Dicho de otra manera, yo sería la chica de los encargos. Intenté hablar con ella. «De acuerdo, no hay problema, haré lo que sea necesario, pero no quiero firmar el diseño de vestuario.» Lástima que a aquellas alturas ya no me atrevía a decirle nada. Nada que pudiera ser motivo de conflicto, o una excusa cualquiera para que ella me humillase en público, como hizo el primer día después de acabar el trabajo de mesa. El trabajo de mesa consiste, básicamente, en leer y releer la obra, intentar solucionar todas las dudas de los actores y después levantarse, sin el papel en la mano.

Sabía que era un momento delicado, porque en esa etapa los actores ya tenían que haberse aprendido el texto y debían comenzar los ensayos de verdad. Sé que hace falta concentración, hace falta silencio, y también sé que los actores son seres frágiles, y su fragilidad es el éxito de su trabajo. Yo estaba sentada al fondo de la sala de ensayo, deseando con todas mis fuerzas ser invisible, un ente sin forma ni luz. Si hacía unos años quería brillar, ahora lo que deseaba era pasar totalmente desapercibida.

El ensayo no iba bien.

Era fácil intuirlo, porque la Trupet daba indicaciones muy vagas, nada concretas; ahora le parecía todo mal; ahora todo le parecía bien. Y Paula se encallaba con el texto una y otra vez. Respiraba hondo. Yo, desde la oscuridad, quería pedir palomitas. En estas situaciones, quien suele pagar la rabia contenida es el ayudante de dirección, pero la tensión entre ambas no cesaba.

—No te entiendo —decía Paula.

—¿Qué quieres?

—No entiendo lo que me dices —insistía Paula.

La directora escogía las palabras y le volvía a explicar que en aquella escena no quería que llorase, que había demasiado llanto, quería ver cómo el personaje frenaba la emoción. Pero Paula quería llorar, quería enseñarle a todo el mundo desde el principio los fuegos artificiales. No salían de aquella escena. Repetían. Repetían. Repetían. Era un bucle. Y con cada repetición el aire se enrarecía más, y con cada repetición las caras de Paula eran una pequeña llama que iba creciendo hasta convertirse en un incendio.

Entonces me sonó el móvil.

Me cago en la puta.

Yo creía que lo había apagado, pero no. Me había pasado años antes, en el TNC, y ahora aquello me sentenciaba.

Entonces Paula paró el ensayo. Me miró con los ojos inyectados en un odio ancestral, y me dijo:

—Mònica, estamos trabajando. Estamos concentradas. Si tú quieres jugar con

el teléfono y molestarnos, muy bien. Pero te agradecería que lo hicieras fuera.

—Perdona. Pensaba que estaba apagado. Ya lo apago.

—Pensabas, pensabas... Me parece muy bien. Pero no pienses tanto. Aquí somos profesionales. Aquí hay gente que cobra por hacer un trabajo, por dejarse la piel. Y Mònica piensa. Muy bien, pues piensa todo lo que quieras. Tú ve pensando, ve pensando en tus figurines, que no sirven, ve pensando en el trabajo que no has hecho, ve perdiendo el tiempo sentada en la sala de ensayo mientras pasan los días... Mientras tú piensas, esta producción pierde dinero. Pero tú, de puta madre, Mònica, como a ti no te importa fracasar, ningún problema.

—A todos nos importa, Paula.

—Pero algunas estáis más acostumbradas que otras.

—Gracias. —Quería llorar.

—De nada. Me gustaría ensayar esta escena sola, Trupet. ¿Podrías pedirle a la gente que nos dejen solas, por favor?

Mantuve la dignidad, intenté ser fuerte, no mostrar ninguna fisura de mi alma. Me levanté y me fui. Cuando salí de la sala de ensayo, le escribí un whatsapp a Clara.

Dime cómo, cuándo y dónde. Tenemos que hacerlo.

—Dime, comisario.

—Hola, Albert. Ya tengo los resultados de los análisis.

—¿Y?

—Primero, el vaso de la chica aquella nerviosa con la que hablaste en el Romea.

—Mònica.

—Pues no tiene nada que ver con las huellas encontradas en el puesto de la Boquería.

—Hostia, mierda. ¿Y el vaso de casa de Ramos?

—Efectivamente, veneno. Cianuro de potasio y neostigmina.

—En su casa no he visto ningún frasco de nada.

—La neostigmina es una ampolla pequeña y el cianuro de potasio era granulado. Si se suicidó, podría haber echado el líquido y el granulado dentro del whisky y, antes de beberse, bajar a la calle y tirarlo a un contenedor. Quién sabe.

—¿Y si lo envenenaron contra su voluntad?

—También.

Aquella misma noche recibí un mensaje de Paula disculpándose.

Después de aquel ensayo, dejé de ser yo. Una parte de mí sabía que debía continuar con la sonrisa y las buenas maneras, seguir atenta a cada actor, a sus necesidades, pero me había secado. Una parte de mí había salido a través de mi cuerpo y lo miraba todo desde fuera, como una espectadora de lujo. Había dejado de sufrir. Una capa de barniz me hacía inmune a cualquier comentario por cáustico que fuera, o a cualquier mirada asesina de Paula o la directora. En ningún momento creí que aquella humillación durante el ensayo fuese la última; ya había entendido, gracias a Clara, que el monstruo de Paula seguiría alimentándose hasta el final.

Días antes del estreno, me quedé sola cosiendo en el Romea. Fue una noche muy extraña, porque a pesar de que estaba inquieta por las historias de fantasmas, me sentía muy a gusto en el teatro, como si yo, en cierto modo, me hubiese convertido en un espectro. Oía ruidos, pasos, alarmas que se encendían, los grifos del baño de improviso soltaban agua, pero nada me asustó. En realidad, sentía un deseo irracional de que apareciera un fantasma, el que fuera, me daba igual si la Xirgu, una farsante o mi madre. Durante todos los ensayos eché mucho de menos a mi madre. Y mientras el resto del equipo artístico veía en mí a una chica abnegada, discreta y educada, la otra parte de mí, ajena a cualquier emoción, trazó con Clara un plan en el que no se escapaba ningún detalle, donde todo estaba meditado.

Y cada vez que Paula me hablaba, una voz dentro de mi cabeza me repetía:

«Calla, calla, calla, calla, calla, calla, calla, calla...».

Los nervios se iban multiplicando a medida que se acercaba el estreno. Y el estreno fue un desastre. No hubo ningún giro inesperado. A veces, un grupo de actores puede ensayar semanas y semanas una obra por la que nadie daría ni un duro y de pronto llega el público y todo estalla de un modo prodigioso. Ese no fue el caso.

Podemos ensayar toda la vida, pero al final el público es el último personaje y el que decide si la función es buena o mala.

—¡Mucha mierda!

Sí, mucha.

Los aplausos en las previas fueron apáticos y gélidos; llenamos los primeros días porque había expectación, por los descuentos de algún periódico o alguna emisora de radio, quién sabe...

Pero el estreno, el estreno de verdad, fue un desastre.

A Clara le encantaba repetir la frase, como si la sonoridad tuviese poder:

El estreno fue un desastre.

El estreno fue un desastre. Hasta los acomodadores tuvieron que alargar los aplausos en aquel final tan oscuro, porque, si no, no salía a saludar nadie del equipo artístico. La gente tenía tantas ganas de huir del Romea que al acabar no quedaba nadie en la entrada del teatro. Por suerte, nadie silbó, porque hace tiempo que la gente ya no silba en los estrenos. Todo un detalle. La gente de la profesión huyó como alma que lleva el diablo, y cuando después salimos a tomar una copa, solo quedaban en el vestíbulo los cuatro o cinco amigos más íntimos, y los familiares. Pero a veces hay gente que vive dentro de una burbuja, gente que ha atravesado el espejo de Alicia en el país de las maravillas y ha decidido, de forma consciente o no, vivir en una realidad paralela, porque ahí es más feliz, porque ahí se vive mejor, por lo que sea. Y Paula, que intentaba fingir a ojos de todos que había sido un muy buen estreno, era lo bastante inteligente para deducir, para olerse, que aquello (y digo aquello por no usar palabrotas) había sido uno de los mayores desastres de toda la temporada.

Mi padre me dio un largo abrazo y me dijo: «Ya hablaremos otro día, ¿tú te lo has pasado bien?». No hizo falta responder nada para que entendiese que había vivido un infierno. Me volvió a abrazar y me aconsejó: «Pues piensa que ya ha pasado, y ahora ya eres libre».

Clara seguía con la sonrisa tatuada de oreja a oreja, consciente de que aquel desastre no haría que Paula pusiera los pies en el suelo; al contrario.

—Clara, no me mires así.

Se regodeaba en el dolor ajeno, era así, su felicidad se basaba en la desgracia de los demás. Como todo el mundo.

—De acuerdo. A las nueve y media de la noche. ¿Dónde?

—En la Bodega Sepúlveda.

—¿Otra vez? En Barcelona tenemos más restaurantes. ¿Es que en Sant Cugat solo tenéis uno?

—¡Ja, ja, ja! No, pero el otro día cené magníficamente bien y, si te da lo mismo, me gusta volver a los sitios donde me siento feliz.

—Muy bien. Ya reservo yo.

La llamada la ha hecho Pol poco después de mediodía. Necesitamos este encuentro. Es urgente para aclarar conceptos. Hace tres días que no respondo a mensajes y llamadas de Rubén. Solo le envié un mensaje de whatsapp largo, larguísimo, en el que le pedía unos días de paz porque no avanzaba con el caso de la actriz joven sacrificada como un pollo y colgada en un puesto del mercado. Que tenía ganas de quedar con él, de volver a ir a cenar y de tomarnos un par de copas. O más. Me daba pánico la respuesta, pero, como no podía ser de otra manera, me respondió con un «Me tenía preocupado tu silencio. Creía que había hecho algo mal. Tranquilo. Si necesitas ayuda, búscame y me encontrarás. Tengo muchas ganas de verte». No sabía si echarme a llorar o tirarme desde lo alto de la torre Agbar. ¿Cómo podía haber sido tan cabrón?

Me he arreglado para ir a cenar con Pol. Empieza a refrescar y me he puesto unos pantalones azul marino con unas deportivas oscuras, una camisa azul celeste y un jersey de hilo gris. Encima, una chaqueta no muy gruesa que ya veo que, más que nada, será un estorbo.

Llevo toda la tarde pegado al teléfono. He hablado con el presidente de la Asociación de Comerciantes de la Boquería para tranquilizarlo. Le he dicho que los Mossos y yo estábamos trabajando muy bien, que teníamos serias sospechas sobre quién había podido ser y que en breve recibiríamos alguna información. Nada más colgar, me he tocado la nariz y de momento no me ha crecido.

Tengo sobre la mesa la secuencia de fotografías de Ramos con aquellas dos chicas. La foto debe de ser bastante reciente porque el pelo de Ramos aún no ha crecido. La ropa es de entretiempo, propia de esta época del año, cuando todavía es verano pero se acerca el otoño. Pondría la mano en el fuego por que Ramos no se ha suicidado. Alguien le ha ayudado a hacerlo ¿Por qué? ¿Por qué demonios? ¿A quién podía conocer este muchacho que trabajaba en la pollería que pueda estar relacionado con la muerte de Paula? Tendré que ir lo antes posible al puesto de Fidel para hablar con todos ellos, aunque habrá que esperar un par de días porque la pollería vuelve a cerrar por la muerte y el funeral de Ramos.

Pienso en la compañía de *Medea* y no encuentro a nadie que emita tufillo a muerto. Todos tenían coartada. Me niego a pensar que todo lo ha hecho Ramos por una historia de amor. Demasiado sencillo, coño.

He cogido la moto porque después de cenar tengo previsto volver a la Boquería. He llegado con puntualidad suiza. Dejo la Vespa cerca de Muntaner con Sepúlveda y, cuando entro en el local, doy besos a Sònia y Núria, las dueñas de la Bodega, hijas de sus padres, Josep y Joaquina que son los que han hecho inmenso el negocio. Tengo mesa donde siempre. El restaurante ya está a tope, como cada día.

—Te esperan —me dice Sònia señalando el balconcillo del piso superior.

Subo por la escalera y me encuentro a Pol de cara. Nos saludamos y me siento mientras me sirve dos dedos de Viña Alberdi que ya le debe de haber pedido a Carlitos.

Al cabo de poco ya estamos compartiendo una ensalada de tomate y atún,

croquetas de setas, costillitas de conejo y un plato de jamón con pan con tomate que deberían servir con reclinatorio.

—Albert, siento mucho todo lo que ha pasado —dice con cara de cordero degollado.

—Mira, la verdad, yo lo siento por Rubén. Estoy atormentado desde la otra noche. Eso no se hace. No tengo vergüenza.

—Pues mira que yo.

—Tú, no sé. No te conozco, pero toda la gracia que me hiciste en este restaurante nos la cargamos horas más tarde.

—Albert, ya está. No hace falta seguir con esta historia.

—Claro que no, pero el problema no somos nosotros. Es Rubén. ¿Se lo digo? ¿Me callo? ¿Tú ya se lo has dicho?

—Evidentemente no tenemos que decir nada. Ha pasado y ha pasado. No se hable más.

—No, no, no, no... No te equivoques. Tú conoces a Rubén desde hace poco. Yo, hace años. Le he apuñalado por la espalda. Es una traición.

—A ver, Albert, no seas *overdramatic*. No pasó nada. Un beso, una mano en el paquete y se acabó. No quisiste ir a follar.

—No. Claro que no. Solo faltaría, pero con el repaso de lengua y el magreo ya nos bastó. Y nos sobró.

—Pero si hubieses querido seguir y que nos acostáramos, lo podría entender.

—Sí, pero no quise.

—Y aquí es donde te haces grande como amigo. En un momento de excitación, te paras y frenas. Yo te hubiese desnudado allí mismo.

—Menos mal que todavía estás en el armario...

—Es una manera de hablar. Y ahora mismo. Aquí mismo. Me excito con solo pensarlo.

Otra vez intentaba seducirme, y el tío me estaba calentando como una tostadora.

—Mejor paras. Te lo ruego.

—Te mueres de ganas, Albert. Lo sabes. Solo con imaginar lo que podría pasar en esta mesa...

Empecé a notar un pie que trepaba por mi pierna. Cerré los ojos. El momento era excitante, morboso, sexual... De pronto saqué fuerzas de flaqueza y, con la mano, le bajé el pie hasta el suelo.

—Pol, te ruego que pares.

—¿Por qué, Albert? ¿No te excita?

—¿Sabes lo que más me preocupa ahora mismo?

—¿Tal vez parar la excitación de tu polla?

—No. Cómo hacer teatro cada vez que quede con Rubén. El teatro absurdo de saber que le he engañado aunque hayan sido tres minutos, pero sobre todo el teatro de saber que esta pareja que tiene, cada vez que tenga ocasión, le pondrá unos cuernos como los del padre de Bambi.

Creía que Pol me tiraría encima el Viña Alberdi, pero él siguió con el máster de «cómo ser más miserable en menos tiempo» y se echó a reír.

—Ay, Albert. Vivo en el armario pero si puedo me suelto la melena. El tiempo perdido. Y no te llenes la boca con Rubén. Lo quiero con locura, pero ser pareja abierta tiene estas frivolidades que a los racionales os parecen una cochinada.

—¿Rubén y tú sois pareja abierta? —pregunto con voz de sorpresa.

—No lo hemos hablado y, si no lo hemos hablado, tampoco es un no, ¿verdad?

—Conozco a Rubén mejor que tú. Es un romántico y no aceptaría nunca un pacto de pareja abierta. Nunca.

Íbamos cenando y bebiendo, aunque yo bebía más de lo que comía por culpa del asco que me daba todo aquello.

—No sé cómo arreglaré este estropicio.

—Mira, Albert, te recomiendo que no le digas nada. Por él, por mí y sobre todo por ti —zanjó Pol con una frialdad, una distancia y un punto de psicopatía que, desde luego, y mira que tengo experiencia con perturbados, me acojonó.

La noche antes de que pasara todo, me desperté empapada de angustia, casi sin poder respirar. Con los pulmones cerrados. Los sentía llenos de cemento.

El plan era sencillo: engañarla, emborracharla o drogarla, tanto daba («Por eso no te preocupes, que yo tengo una idea», decía Clara), grabarlo con el móvil y colgarlo en las redes. Que todo el mundo supiera cómo era Paula Cellar. Una hija de puta, desde la raíz hasta la última sílaba.

¿Cómo lo íbamos a hacer?

Esperamos a que acabase la función. Poco público. Yo conocía a los técnicos, Marc y Pol, a los acomodadores y el teatro perfectamente. «He venido porque tenía que retocar unos detalles de la ropa... y para hacer compañía.» La función, como siempre, un despropósito. Clara me esperaba en el Mendizábal comiéndose un bocata.

El plan era el siguiente: yo llevaría una sustancia mezclada con las toallitas de la cara para cuando Paula se desmaquillara. Durante la función las cambiaría. Las dejé encima de la mesa del camerino. Todo lo había preparado Clara. Entraría en el camerino para hablar con Paula. ¿La excusa? «Clara quiere pedirte perdón, tomar un café, enterrar el hacha de guerra y que seáis felices tú y Àlex.» La mezcla de las toallitas (que se pasaría por los labios) con el alcohol sería fatal. Completamente desinhibida, fuera de sí, nuestra voluntad sería la suya.

Pero Clara lo había preparado todo demasiado. Había preparado muchas más cosas que yo ni sospechaba.

Cuando llamé a la puerta del camerino de Paula, fingiendo que era la primera

vez que entraba, ella me miró sorprendida. No me esperaba.

—Mònica... ¿qué haces aquí?

—Quería hablar contigo.

—¿Ahora?

—¿No te va bien?

La compañía ya se había marchado. Encima de la mesa, las toallitas. El espejo y las bombillas encendidas le iluminaban el rostro.

—Sí, sí que me va bien. —Absoluta desgana.

—Quiero hablarte de Clara.

Ya tenía la toallita en la mano y paró.

—Dime. —Ahora, curiosidad.

—Sigue, sigue... No te quiero molestar... Sigue y, si quieres, ya hablamos más tarde. Tomamos una caña en el Mendi.

—De acuerdo. Sí, vamos a tomar una caña. Pero dime, no pasa nada, cuéntame lo que necesites.

Todo en orden.

—Nada... Clara quiere hablar contigo. Quiere que hagáis las paces. Ha necesitado mucho tiempo, el luto, ya me entiendes, y ahora..., bueno, pues dice que no quiere vivir con esta herida.

—La entiendo, sí...

—Sí...

—¿Clara te ha dicho todo eso?

—Si no, no estaría aquí.

Se repasó toda la cara. Con dos toallitas.

—Espera, te has dejado aquí...

—¿Dónde?

—En los labios...

Silencio. Ella, como si nada. Yo temblaba.

—Me ducho y voy...

—No.

—¿No?

Si se duchaba, si se lavaba la cara, no habría servido de nada. Le dije que tenía un poco de prisa, que me iba mejor tomar la birra en aquel momento, contárselo todo y después marcharme. Infalible. Aceptó, pero antes de ponerse la chaqueta empezó a marearse... y vomitó en el suelo del camerino.

Me quedé de piedra, porque aquello no era lo que tenía que pasar, pero no podía (no quería) echarme atrás. Su móvil estaba encima de la mesa. «Fíjate porque si saca el teléfono y nos graba, estamos jodidas.» Fui tan imbécil que creí que ese era el motivo.

El teatro ya estaba cerrado. No saldríamos por la puerta principal. Era una locura. Cruzamos el escenario, ella apoyada en mi hombro, mientras balbucía palabras que no comprendía. El cortafuegos estaba bajado, por suerte, porque si no Pepe podría habernos visto al hacer la revisión del teatro. Salimos por la calle de los técnicos y miré si había alguien de la compañía en el Mendi. Nada, nadie. Como la obra era un fracaso, todo el mundo escapaba en cuanto bajaba el telón. En la puerta, Clara.

—¿Qué haces aquí? —le pregunté, nerviosa.

—Ayudarte.

—No se encuentra bien.

—Perfecto.

Clara dijo: «Perfecto».

Lo sabría días más tarde. Había mezclado ricino, cianuro de potasio y neostigmina. Con un elemento sorpresa: tetradotoxina. El pez globo japonés, lo que mató al hermano de Kim Jong-un. ¿Cómo lo había conseguido? Durante meses, noche y día, buscando información por internet, hablando con gente que yo no conocía, obstinada, exclusivamente, en vengarse. Gimnasio e investigación. Buscó tutoriales, recetas, y al final lo consiguió. Era su propósito después de la boda. Era lo más importante. La venganza.

Pasamos por delante del Romea, con pasos cortos pero ligeros. Clara era la que mandaba. Yo iba detrás de las dos. Solo turistas, es decir, nadie. No sabía adónde

íbamos. La calle Hospital en dirección a la Rambla. Paula vomitaba y lloriqueaba, era un cuerpo sin voluntad. Delante de la plaza de Sant Agustí, Clara estiró a Paula del brazo y entramos en la calle Jerusalem.

—¿Qué hacemos aquí?

—Calla, Mònica.

Me callé.

Una de las puertas de hierro de la Boquería estaba abierta. Nada era casualidad.

—Este maquillaje me quema —dijo Paula.

—¡Calla!

—No veo... ¡Este maquillaje me quema!

—No es el maquillaje —dijo Clara en voz baja.

Ahora teníamos que sostenerla entre las dos, a pesar de la fuerza de Clara. Si no, Paula se habría caído al suelo y todavía habríamos hecho más ruido. Delante de nosotras vimos a un sintecho que dormía entre los cartones. Miré si nos observaba, pero iba demasiado borracho. A nuestra espalda, la plaza de la Gardunya. Ya estábamos dentro de la Boquería. Algo no iba bien; Clara estaba tan tranquila, tan decidida, que empecé a comprender que yo solo era un peón en aquella historia.

—Aguántala.

El cuerpo de Paula temblaba doblado hacia delante, frío. El mercado a oscuras, en silencio, como un monstruo dormido, y yo la miraba y también sentía el frío.

Clara abrió el cerrojo de una pollería y subió la persiana. Hizo ruido, pero no pareció importarle.

Yo estaba en shock. Entramos en el puesto, Clara se puso unos guantes e hizo que Paula se sentara. Me quedé en un rincón. ¿Qué cojones hacía con esos guantes? Entonces empezó la tortura. Clara la miro fijamente a los ojos. La otra no podía moverse.

—Me das asco, Paula. Tú eres la misma mierda que yo y que Mònica. No sé

por qué cojones te crees mejor. ¿Porque eres actriz? ¿Porque llenas escenarios?

Ella volvió a vomitar.

—Me das asco.

Y Clara cogió un cuchillo.

De pronto, Paula recuperó las fuerzas y le pegó un puñetazo, que la hizo caer hacia delante y se golpeó con el mostrador. Era un puñetazo de auxilio. Clara, fuerte y rabiosa, podía desmontarla de un solo golpe. No necesitaba nada más. Paula se volvió con un gesto... Tendría que haberla ayudado, pero seguía inmóvil, superada por todo. «Mònica, ayúdame. Mònica...» Quizá mi nombre fue la última palabra que pronunció.

Me salpicó de sangre cuando encontró un gancho no sé dónde y, con un último impulso, intentó atacar o defenderse, no lo sé. Estaba tan mareada que apenas le hizo un corte en el brazo a Clara. Eso la enloqueció todavía más. Las venas del cuello eran lilas y gruesas. Le pegó un golpe en la cabeza y Paula cayó al suelo. «Levanta, pedazo de mierda.» Clara se tragó un grito de rabia y, con las dos manos, levantó a Paula, ya débil como un pajarillo: «Me das asco, me das asco». Como si fuera un saco, la lanzó contra el mostrador. «Me das asco.»

Del brazo izquierdo le manaba un poco de sangre. Clara levantó a su víctima y la sentó en el mostrador. Paula ya tenía los ojos en blanco. Inconsciente y dócil, era un cuerpo que no podía defenderse. Sin escapatoria.

Y entonces Clara, desde el mostrador, volvió a levantarla, más arriba, con una fuerza diabólica, y la lanzó contra el gancho que quedaba más cerca, y aquel cuerpo quedó colgando... con la punta atravesándole la boca.

Parecía imposible.

Como una bolsa de supermercado que revienta, la sangre grumosa no dejaba de manar. Clara resoplaba, tenía los ojos rojos, era un guerrero que se secaba la cara manchada de tanta violencia. Farfullaba palabras y no osábamos mirarnos. No recuerdo qué me dijo. Solo:

—Huye. Nos largamos. Vete.

—¿Adónde?

Con la mano derecha se tapó el corte que tenía en el brazo.

—Vete.

Ella se quedó no sé cuánto rato más; yo no, yo no podía. Arranqué a correr, pero en la plaza de la Gardunya aflojé el paso, para no levantar sospechas. Los minutos se precipitaban. Tiré la chaqueta en un contenedor del barrio de Sant Antoni.

No me podía quitar de encima la peste a sangre de la carnicería. Ni los ojos de Paula gritándome por última vez, roja del maquillaje, con la mirada de perro asustado suplicándome clemencia, implorando por su vida.

Las casualidades de la vida. Dejando atrás el Romea, camino de la calle Jerusalem, se divisan, en el primer piso de un edificio de la calle Hospital, las letras, a modo de reclamo publicitario, de un hostel que se llama Ramos. Las letras son de color amarillo, el color gafe en el mundo del teatro. Todo cuadra. Es noche cerrada, me he despedido de Pol a la puerta de la Bodega Sepúlveda. Tengo la impresión de que nos volveremos a ver. Tal vez tendríamos que quedar, pero ninguno de los dos queremos desmerecer el aprecio que nos tiene Rubén. Hemos acordado silencio. Fue una tontería, imperceptible en el tiempo, pero que no puede borrarse fácilmente. Ni en su caso, ni en el mío. Es el fracaso que genera el respeto hacia un tercero que es la persona más buena que conozco. A Rubén muchas veces lo mataría por su manera de reaccionar a los acontecimientos, pero, en cambio, lo adoro por la felicidad que proporciona a la gente que lo rodea. Pol me ha exigido una copa, pero la negativa ha sido contundente. La respuesta no le ha sorprendido, pero supongo que él tenía que intentarlo.

Nos hemos despedido como si nada. El apretón de manos —esta noche, nada de besos— certificaba un pacto de no agresión, aunque la mancha oscura la llevaré incrustada en el cerebro durante mucho tiempo. Él se ha marchado calle Sepúlveda arriba en dirección a Muntaner, y yo he cogido la moto camino de la Boquería. Y aquí estoy, buscando a mi amigo Carles, el sintecho, aunque tiene la azotea muy bien amueblada. Cuerdo, leído, interesante...

Me desvíó y voy primero hacia la calle de l'Arc de Sant Agustí, pegada a la

iglesia de la plaza. Hay un bar centenario, de esos de toda la vida, con barriles de vino incrustados en la pared. Hoy hay oferta de ibéricos, anuncia la pizarra de la entrada. Pido un bocadillo grande de pan con tomate y jamón de bellota para llevar.

Mientras espero que lo preparen todo pido un café bien cargado, y qué magnífico café me traen. Cargado, no; cargadísimo, de esos que cuando echas el azúcar hace «plop» sobre la crema que deja la presión de la máquina.

En menos de diez minutos me traen un bocadillo XXL envuelto en papel de aluminio. Salgo del bar dejando las mesas de fuera llenas, con un grupo de amigos que no pasan de veinte años gritando como corderos en el matadero.

Desde la lejanía, entrando por la calle Jerusalem, descubro unos cuantos bultos de color azul celeste. Son los sacos de dormir de un grupo de personas que habitan esta urbanización de los vagabundos. Tumbados en el suelo la mayoría, algunos sentados en compañía de unos cuantos perrillos en posición de descanso. Emprendo la búsqueda de Carles Rod. De repente, cerca de la plaza de la Gardunya y la entrada trasera del mercado, lo veo ahí sentado con la mirada perdida en la dirección de la tienda de bacalao Masclans que hay justo al lado del pasaje dels Coloms. Vestido igual que el otro día, con chándal azul marino de Domyos y mocasines negros, Carles no se percató de que acabo de reaparecer en su vida.

—Hola, Carles, ¿cómo va? —le pregunto.

Sigue mirando el infinito. O finge que no me oye, o está jugando conmigo.

—Te he traído un bocata de ibérico.

Se lo tiendo para que lo coja. Él vuelve la cabeza y fija la vista en el bocadillo. Carles estira la mano derecha y coge la comida.

—Gracias —responde sin mucho ánimo mientras vuelve a colocar la mirada en línea recta, como si nada hubiera pasado con mi llegada.

De la absurda chaqueta que llevo colgada del brazo y que no me he puesto en toda la noche saco las cuatro secuencias del fotomatón y se las enseño.

—Carles, ¿son ellas?

Carles ha dejado mis regalos al lado de la bolsa y continúa, impertérrito, obtuso, contemplando el futuro de la calle.

—Carles. Soy Albert. ¿Recuerdas si eran ellas, o alguna de ellas, las chicas que entraron en el mercado por esta puerta el otro día? Me lo contaste tú... que una iba como bebida o drogada.

De pronto, Carles me clava una mirada con sus ojos verdes y me suelta, gritando:

—¡Tenemos que atacar, coronel!

La frase, sin pies ni cabeza, me deja sin capacidad de reacción. Me acerco con una tenue sensación de miedo.

—Carles. Soy Albert. No soy ningún coronel.

Y se echa reír estruendosamente y con la boca muy abierta, tanto que observo dientes y muelas cariados, y exhala un aliento a alcohol profundísimo que confirma las peores de mis sospechas. Dijo que había dejado el alcohol pero mentía.

—Coronel, hemos ganado la guerra, pero todavía tenemos que eliminar el batallón de Numancia.

—Hostia, Carles, mira la fotografía.

De improviso, se levanta. Tantos libros, tanta inteligencia, tanta amistad que lleva este hombre dentro, y ahora, helo aquí, doblado, caminando en diagonal hacia la puerta de la Escola Massana. Lo sigo y me acerco.

—Coronel, déjeme en paz. Usted es un cobarde. Ordene atacar. Hemos ganado la batalla, la guerra todavía no y debemos arrasar.

Lo agarro del brazo.

—Sargento Rodríguez. Haga el favor de volver a la cama. He recibido órdenes del general López de Arriluzea de atacar mañana a los tres batallones que quedan en Numancia. No se preocupe por eso, soldado. Mañana atacaremos y, si salimos bien parados de esta, juro por las Sagradas Escrituras que le propondré para un ascenso.

La mirada del sintecho se vuelve terrenal, pero los ojos se le empiezan a

cerrar. Le ayudo a volver a la base, es decir, a su saco de dormir. Se tumba. Lo tapo como puedo. La peste a alcohol se extiende a su alrededor. Carles ya duerme la mona.

Me acerco a la puerta de hierro por la que entraron las chicas y la desgraciada de Paula Cellar. Intento lo imposible y, en efecto, es imposible: la puerta está cerrada. No ha habido suerte. Decido ir a dar una vuelta y rodear la Boquería. Veo los puestos desde fuera. Dentro de unas pocas horas habrá un caudal de gente de todas las etnias entrando por las callejuelas del mercado, un magma de cosmopolitismo en mitad de una variedad cromática de frutas, verduras, carnes y pescados que hacen de este mercado barcelonés una obligación turística y una necesidad vecinal.

Todo cerrado, imposible entrar por ninguna parte. Bajo por la Rambla, preciosa y poco iluminada de madrugada, mientras un grupo de paquistaníes suben, por el centro de la calle, con bolsas llenas de latas de cerveza para vendérselas de estraperlo a cualquier guiri que se les acerque.

Paso por delante del restaurante Euskal Etxea, donde todavía hay gente fumando en la puerta. Escribà continúa en su sitio. Sigo paseando, Rambla abajo, a la espera de una explicación. Tendré que volver mañana por la mañana a ver a Carles Rod. Es una de las opciones para encontrar una respuesta, por modesta que sea. Eso, y pasar mañana por el Romea a ver a la compañía otra vez y quedar con la tal Mònica que conocía a la víctima. Y tendré que decidir cuándo le envío un mensaje a Rubén para saber cuándo quedamos. Es todo un gran nudo, pero delante de un gran nudo siempre hay una solución sorprendente. Pienso que saldré adelante. Y más temprano que tarde.

Vuelvo a la calle Hospital, paso por delante del Rey de Istanbul, aquel restaurante que fue noticia durante los atentados en la ciudad porque la prensa — la siempre tan complicada prensa— con la ayuda de twitter —el siempre tan complicado twitter— hizo creer a la gente que allí se había atrincherado el principal responsable de la matanza. Y no había nadie. Solo había el miedo de la gente que se escondió dentro. Sigo deambulando y paso por delante de varias

tiendas, cerradas a estas horas, hasta llegar de nuevo a la calle de Jerusalem. Giro y vuelvo hacia la zona de los vagabundos. Parece un cuadro, porque da la sensación de que no se haya movido nadie. Siguen allí instalados los sacos de dormir, la mayoría ya duermen y sospecho que Carles también. Me acerco aún más y me agacho para ver si, por lo menos, respira. En efecto, respira y ronca ruidosamente.

Dejo el bocado a la vista para que, cuando se despierte, tenga algo sólido que echar a nadar entre tanto riego alcohólico. Veo que al lado tiene una botella de agua sin etiqueta llena de vino tinto. Inspecciono las inmediaciones y veo una boca de alcantarilla al lado de la puerta de hierro del mercado. Tiro todo el alcohol de la botella... para abajo que se va. La sacudo hasta la última gota. Estrujo la botella de plástico con un crujido seco y la deposito encima de una bolsa de basura que encuentro en un portal. Vuelvo a acercarme al pobre desgraciado de Carles y le digo a la oreja:

—Sargento Rod, el coronel se retira a reposar. Mañana será otro día.

Y Carles emite un ronquido profundo como dando por buena la despedida.

No sabía a quién llamar. No sabía adónde ir. ¿Volver a casa de mi padre? ¿Y hacer qué? Durante un rato caminé hacia allí. Pero me detuve. Estaba desorientada. ¿Qué le contaría? Pensé en llamar a Robert, pero me sentía ridícula. Y tarde o temprano se sabría que habían asesinado a Paula en la Boquería. ¡Menuda mierda! Parecía una broma de mal gusto que en aquel momento estuviera en la plaza de Margarida Xirgu. Me temblaban las manos.

Mientras se hacía de día regresaba a mi casa.

Me duche dos, tres veces, pero por más que me enjabonase mil veces, yo era la peste. Intentaba vomitar, tenía el estómago vacío. Intenté dormir, imposible. Ansiolíticos. Pensaba en Paula y Clara. En aquellos ojos pidiendo clemencia. ¿Qué pasaría a partir de ese momento? Todo cambiaría. ¿Qué teníamos que hacer? ¿Huir? Quizá todavía estuviésemos a tiempo. Buscar un billete de avión y marcharme. Pero yo no había hecho nada. A mí también me habían engañado. Y si llegaba el momento, si no quedaba más remedio, lo explicaría todo. Cómplice. Engañada. No culpable. Apagué las luces de casa, bajé las persianas que no estaban cerradas del todo y me tumbé en el suelo. Acurrucada, abrazada a la almohada. Quería volver a estar en la tienda de campaña, dentro del saco, recuperar la felicidad del verano, jugar y olvidarme del mundo. No sé cuántas horas pasé así. Tenía que fingir que todo iba bien. Cuando me diesen la noticia, tenía que aparentar que me sorprendía.

Clara no me dijo nada. Mejor no comunicarnos.

Y, evidentemente, al día siguiente a mediodía, llamada de la ayudante de

producción. Tenía un hilo de voz. Todo el mundo convocado al teatro. La gerente de producción nos reunió en el bar. Cuando nos lo anunciaron, lloré. Mucho. Era un llanto sincero, de rabia, de nervios. Nos abrazamos; yo sospechaba que en cualquier momento alguien me diría «Apesta, cerda», pero el dolor a veces lo mitiga todo. La Trupet fue tan tierna conmigo que parecía otra mujer. Estábamos destrozadas. ¿Quién había sido? No lo sabíamos. Vete a saber, en este barrio... Pero ahí no acabó todo. Después de secarnos las lágrimas, llegó otra noticia. Tendríamos unos días de fiesta, sí, lo necesitábamos todos, pero los de la productora tenían claro que hacía falta seguir representando la función.

—Es lo que Paula querría.

—Y una mierda. —Joan dijo lo que pensábamos todos.

—Buscaremos una sustituta y a finales de semana empezaremos otra vez...

¿Era una broma? No. Los actores se quejaron. Pero fue una queja leve. Mucho ruido y pocas nueces. Necesitaban el trabajo, y las entradas empezaban a venderse a un ritmo frenético. Los muertos son buena propaganda. Prorrogarían.

Aquella tarde llamé a Àlex. Hacía meses que no hablábamos. Le di el pésame. Estaba destrozado.

—¿Sabes quién puede haber sido? —pregunté con voz temblorosa.

—No. Todavía no. A lo mejor alguna mafia... Tal vez la intentaron atracar y ella no se dejó y se la llevaron a la Boquería, la cerradura de la tienda estaba forzada... No sé...

—Puede ser... Àlex... si necesitas algo... ya sabes.

—Gracias.

Al día siguiente vinieron los Mossos.

Íbamos pasando, uno por uno, a los camerinos. Eran preguntas fáciles de esquivar. Yo tenía decidida la coartada, había ido a cenar con Clara y nos habíamos quedado hasta tarde. Ella y yo nos tapábamos. Sí, había ido al teatro a añadir cuatro detalles a la ropa y después adiós. Los Mossos no prestaron demasiada atención. Habían mirado las cámaras de seguridad, pero resultó que

algunas fallaban y el ángulo no era lo bastante bueno. Oí que Pepe lo comentaba con los técnicos.

Cuando salí del interrogatorio fui a hacer unos encargos para el vestuario de la nueva actriz. Al pasar por la sala, vi encima del piano las llaves del Romea. Fue un impulso. Me llamaron. A lo mejor la Xirgu quería ayudarme. Tenía la certeza de que aquello no había acabado y de que tarde o temprano el cerco se estrecharía y me señalarían. Las cogí de forma instintiva y me las metí en el bolsillo. Así no necesitaría permiso de nadie. Haría una copia y las devolvería.

Un investigador, contratado por no sé quién, llegó al teatro. Tenía cara de cansado. Había visto la obra y le había parecido una mierda, como a todo el mundo.

—Y tú, Mònica, ¿no tienes nada que decir? —Me miró con cara inexpresiva.

—No, nada importante.

—Y que no sea importante, ¿qué tenemos? —«Cabrón.»

—No. Tampoco nada.

—Es una enchufada de la pobre Paula.

«Gracias, Áurea, puedes cerrar la boca cuando quieras.»

—Soy amiga..., bueno..., era amiga de Paula, pero no entiendo nada de lo que ha pasado.

—¿Y aquella noche la viste?

—Sí. De hecho, yo había quedado con unos amigos para cenar en mi casa, en el barrio Gótico. Como iba sobrada de tiempo, decidí pasar por el teatro. A veces, si alguien necesita un retoque en el vestuario, busco un momento y lo arreglo.

El hombre no me creyó o, por lo menos, eso me pareció a mí. Pero ya no sabía nada a ciencia cierta.

Con todo aquel asunto tenía la cabeza hecha un lío. Mi padre me preguntaba a menudo si estaba bien. Y yo le decía que me encontraba en estado de shock. Era terrible guardar aquel secreto, sentía que se me inflaba poco a poco en el estómago.

Uno de aquellos días, al salir del teatro, iba por la calle escuchando música, evadiéndome del mundo. Huyendo sin ir a ninguna parte.

*Quin plor més gran que duc
a dins el meu poc cos.
Quin raig de foc que sent
a dintre d'ell.[1]*

Cuando llegué a casa, Clara, seria y con gafas de sol, me esperaba en el portal. No dijo nada, hizo un gesto y entendí que teníamos que hablar.

Me llama Oti para decirme que traspasa su local, su entrañable restaurante, el Petit, porque entre este asesinato, que le ha dado muy mal karma, y los problemas que tiene con el actual Ayuntamiento para poder poner mesas en los soportales del mercado, prefiere largarse de allí... y, además, corriendo.

—Últimamente viven mejor las palomas de la Boquería que los que trabajamos aquí —afirma esta luchadora del trabajo que ya está buscando otro local para seguir currando—. ¿Cómo van las investigaciones? ¿Encontraremos al asesino, Albert?

—¡Hombre, claro, Oti! Dentro de nada. Tú ve pensando que enseguida, sea donde sea, tendrás que ponerme el salmón a la plancha con una buena botella de vino de esas que tú llamas «de categoría».

—He visto un local en la Rambla que me gusta. Ya te informaré, Albert.

Abandono la calle Jerusalem y me encuentro de bruces con una guardería de gatos, literalmente, con sus redes de alambre para que no se escapen por el techo, con una especie de patio que da a la calle Hospital a la altura de la Biblioteca de Catalunya. Miro a través de los barrotes, pero entre la pésima iluminación de la zona y que es una noche muy negra, no se ve prácticamente nada. En la minúscula explanada que hay delante veo una figura en el suelo; medio borrado por el paso de los años se lee: «*A la gran Margarita Xirgu, actriz de imaculada historia artística, lumbrera del teatro español y admirable creadora. F. García Lorca*».

¡Ay, la Xirgu, si viera esta representación de personajes estrafalarios en un

escenario tan raro como una pollería! Me acerco al Mendizábal mientras pienso en Mònica, aquella chica de mirada extraña y amargada, y en la fotografía de la otra mujer misteriosa que aparecía haciendo muecas junto al desgraciado de Ramos en un fotomatón.

Recibo un whatsapp. Joder, no. Otra vez, no.

Y si tomamos una copa dentro de un rato? De hecho, estoy en el Samsi tomando un gintonic.

No respondo. Pol otra vez. El Samsi es un hotel que hay delante mismo del Arena. Qué pesado este Pol. Un médico ninfómano. Pobre Rubén. Estoy por enviarle un mensaje y contarle toda la verdad. La terrible sensación que sufro a la hora de tomar decisiones. Es la diferencia entre soledad e independencia. Soledad es lo que no quieres cuando tienes independencia, pero es el peaje que nos toca pagar a los entusiastas de vivir solos, sin nadie cerca cuando estamos en casa. A cenar, a follar y a dormir, pero cada uno en su casa. Si quieres ducharte, adelante. No gaste demasiada agua y hala, haga el favor de ir tirando hacia su casa.

¿Qué hago en una circunstancia como esta? ¿Tengo que contarle a mi mejor amigo cómo es su pareja? ¿Tengo que decirle lo que he hecho yo, su amigo del alma, con su pareja? ¿O tengo que cumplir con esta especie de pacto que me exige silencio para siempre jamás? ¿La traición o el olvido?

Paso por delante de la puerta principal del teatro Romea. La peste del Raval, tan especial y característica, queda eclipsada por un tufo a quemado. Debo de ser yo, pienso riéndome de mí mismo. Ya he cenado, ya he paseado por el mercado, ya es tarde. Y mejor caminar por la calle de la Junta del Comerç, por la acera del Mendizábal, que a estas horas ya está cerrado. Daré una última vuelta, cogeré la moto y me iré a mi casa. Nada de copas con Pol. Nada. Fuera. Que se joda. Veo el cartel del Mendizábal que indica que a las once de la noche bajan la persiana. Mierda de motos. La acera del bar está tan llena que prácticamente forman una

barrera que no deja pasar. Cruzo por el paso de cebra y el hedor a chamusquina cada vez adquiere más potencia; mi pituitaria está a punto de dar la alarma. ¿De dónde vendrá esta peste? De repente veo que la puerta pequeña de la entrada de los técnicos del teatro Romea está entornada. Casi hace esquina con la calle Hospital. Qué raro. Ya hace más de dos horas que ha acabado la obra. ¿Quién cojones hay dentro del teatro a estas horas? Empujo la puerta y el olor a quemado se vuelve insoportable. Joder, ¿qué coño pasa aquí dentro?

—Ramos hablará.

—Pero ¿qué dices?

—Te digo que Ramos nos traicionará.

—¿Y por qué estás tan segura?

—Porque tiene miedo. Se lo noto en los ojos. Está confuso. Se siente vigilado.

Y si habla, estamos perdidas.

La voz de Clara es una mezcla de frenesí y seguridad. Lo tenía clarísimo. Ella decía que, si en aquel momento dejábamos las cosas así, estábamos perdidas. Tenía razón.

—¿Por qué lo hiciste, Clara?

—¿Por qué lo hice? —Recalcó el «hice»—. ¿Por qué lo hicimos?

—No. Yo no quería que pasara nada de lo que pasó.

—Yo tampoco, Mònica. Tú estabas. Me atacó, se volvió loca.

—No te creo, Clara. Lo tenías todo preparado. La puerta abierta de la Boquería, ningún vigilante... ¿Qué llevaban aquellas toallitas?

—Quería asustarla, nada más. Como tú. Es verdad que no te conté todos los detalles... Pero ¿y qué? ¿De qué habría servido? Te protegí, Mònica. Cuanto menos supieses, más libres éramos. Se trataba de llevarla a la pollería, gastarle una broma, asustarla y grabar un vídeo. Ya está.

—¿Por qué llevabas guantes?

—¿Cómo?

Hizo una pausa para meditar la respuesta y prosiguió:

—Era una carnicería, no quería ensuciarme. Y después de la pelea, mira... — Me enseñó un corte en el brazo—. Me quité los guantes para tapan la hemorragia, no lo sé, estaba en shock, y ahora debe de haber sangre mía en algún rincón de aquella tienda...

—¿Qué hiciste cuando te fuiste?

—¿Qué es esto, un interrogatorio? —Se sentía acorralada.

—No. Pero quiero entender lo que pasó.

—Cuando te piraste corriendo, intenté que pareciese un robo. Tenía poco tiempo. Habíamos hecho mucho ruido. Forcé la cerradura... Es lo primero que se me ocurrió. Pero no te preocupes. Nadie sabe quién soy. No cuento como posible sospechosa. No tengo nada que ver.

—Yo sí.

—Tú estabas cenando en mi casa. Yo soy tu coartada.

—¿Y Àlex?

—¿Qué pasa con él?

—Puede hablar de ti.... Contar que estuvisteis a punto de casaros... el odio que sentías por ella.

—A Àlex le envié un mensaje la tarde antes diciéndole que quería hablar con él, que sentía mucho todo lo que había pasado y que para mí era una persona tan importante que no quería perder su amistad, que ahora a lo mejor no podía, pero más adelante... Al leer los mensajes, flipó y me llamó. Y hablamos como dos buenos amigos. Casi se pone a llorar. Estaba feliz. Y al día siguiente de que se supiera la noticia le llamé yo, llorando. Me dio las gracias. Me dio mil veces las gracias. Yo tendría que llevarme una ovación en el Romea, Mònica.

La muy desgraciada lo tenía todo previsto.

Durante muchos años pensé que la más peligrosa de mis amigas era Paula, y demasiado tarde comprendí que no. Lo había tenido delante de las narices. Sus pensamientos extraños, sus confesiones nocturnas en el campamento cuando me decía que los querría matar a todos, sus comentarios cínicos, aquella humillación

en la fiesta del Institut... Poco a poco había perdido el norte, como un barco a la deriva.

—¿Me ayudarás o no?

—¿A qué?

—Solo queda Ramos. Es el único que puede hablar.

—¿Y Marcos?

—Marcos está muy enamorado de mí. Quiere que vivamos juntos. Es él quien me ha avisado de que hay un investigador rondando por el mercado, es él quien me ha dicho que tenemos que ir con cuidado con Ramos..., y tiene razón.

La hija de puta estaba dispuesta a matarlo. A él también. Para protegerse.

—¿No me quieres ayudar? De acuerdo. Lo haré yo.

Y se fue de casa a las tantas de la madrugada, con un portazo. Entonces empecé a temblar y me entró miedo. Mi enemigo no eran los Mossos ni aquel investigador mediocre, era ella. Había cruzado un umbral aquella noche, en la Boquería, y sabía que ya no podía volver atrás. Ahora el que estorbaba era Ramos, pero después podía ser yo. Daba lo mismo. Sabía que me tendría que vigilar porque podía contarlo todo. Repasé la noche mentalmente y me convencí de que no había huellas mías en ninguna parte... De que era completamente inocente y libre. Pero no tenía escapatoria, y a la mañana siguiente le envié un mensaje.

Entro en el teatro a oscuras, y una niebla de humo negro no muy densa empieza a cubrir las bambalinas. La luz de los bastidores está encendida. Subiendo hacia el escenario dejé a mi izquierda el famoso camerino de la Xirgu, ese que dicen que los siempre especiales y raros actores no utilizan por superstición. Y los que no son supersticiosos no entran por si acaso, supongo. El humo cada vez se espesa más y resulta muy difícil ver más allá de este manto oscuro. Oigo un grito a lo lejos, pero no es de socorro. Es un grito firme, de tenista que golpea una pelota desde el fondo de la pista. Y ahora otro. Son gritos claramente femeninos que se van repitiendo en el tiempo de forma sostenida. Cuando entro en el escenario por la izquierda, como si fuera un mal actor secundario, veo que hay fuego en el patio de butacas. Unas llamas que me parece que cada vez son más altas.

Hostia, ¿qué se hace en situaciones como esta? Estoy acostumbrado a sentarme y pensar y, en cambio, resolver circunstancias como apagar un incendio mientras se oyen gritos en uno de los escenarios más históricos de Barcelona es una responsabilidad que solo puede ser literaria o cinematográfica. A un investigador nunca se le quema el Romea en la vida real ante sus propios ojos mientras unos gritos de mujer ahogan el fuego pero no lo apagan. Eso no pasa nunca. En pocos segundos tienes que decidir cuál de las puertas del laberinto es la adecuada.

Le propuse a Clara quedar en el Mendizábal, había un detalle del Romea que quería que viese y era mejor no hablar por teléfono. Ella aceptó. Ya había matado a Ramos haciéndolo pasar por un suicidio, pero yo eso aún no lo sabía.

Cómo entramos en el Romea?

Tengo las llaves, no habrá nadie.

Ok.

Llegó tarde. Solo la noche de la Boquería su reloj corrió con precisión exacta. La esperaba tomando una cerveza. Me saludó y me dio dos besos.

—¿Qué tenemos que hacer?

—Tenemos que revisar una cosa del camerino... Creo que hay más toallitas, no lo sé..., podría ser peligroso...

—Yo no entré en el camerino, era tu trabajo. Y ahora ya ha entrado mucha gente... No me busques líos.

Tendría que convencerla para llevarla a mi terreno.

—Paula dejó una carta. La he encontrado en el vestuario pero no he podido sacarla. Y dijiste que teníamos que estar juntas.

—¿Qué dice?

—Quiero que la leas...

Hizo una pausa, no sé qué le pasaba por la cabeza.

—No me has ayudado con Ramos.

—¿Qué le ha pasado a Ramos?

—Venga, vamos al teatro.

«Albert, de este trabajo no sales con vida», pienso.

Descarto el móvil. Estoy convencido de que el humo ya sale por la puerta y

algún vecino del Raval ya habrá llamado al 012 o a los bomberos. No puedo perder ni un miserable minuto en una llamada. Estoy en mitad del escenario... pero ¿no hay unas escaleras en todos los teatros para bajar a la platea? Una platea invadida por el fuego; son pocos los asientos de madera que todavía se aguantan derechos. Todo son preguntas sin respuesta: ¿la ley no obliga a tener cortafuegos en los teatros?

El fuego ha llegado casi al primer piso, donde veo a dos chicas que se pelean. No las distingo bien. La mezclanza de humo, fuego y nervios no me permite pensar con claridad. Empiezo a toser. O me largo de aquí o hago como el valiente de las películas. O Chita o Tarzán. Y que nadie me pregunte por qué, pero pego un salto desde el escenario al patio de butacas y corro por el carril central directo hacia las chicas que se pelean. Joder, con un incendio de tres pares de cojones y las tías estas peleándose. Me acerco desde la primera fila de la platea. Una de ellas ataca con una mala leche poco habitual. La otra aguanta como buenamente puede aquellas embestidas propias de un búfalo. La más dócil sale corriendo, pero las llamas me impiden ver bien lo que pasa. Les doy el alto a gritos, pero es como si oyeran llover. Ojalá lloviese aquí dentro. Les vuelvo a gritar. No puedo parar de toser. Ellas también tosen. He perdido el ángulo de visión; no sé dónde están. De pronto oigo un chillido seguido de un golpe seco. Podría ser el de una parte de la madera que se separa del resto, pero juraría que el grito tiene causa y efecto con el «cloc» que lo sigue. Una mujer cae. Oigo las sirenas de los bomberos a lo lejos, gracias a Dios ya llegan. Vuelvo la cabeza y veo el escenario del teatro, que todavía aguanta con dignidad las llamaradas. El fuego se va multiplicando y ahora, mientras me tapo la boca con un pañuelo de papel que llevaba en el bolsillo del pantalón, veo a una chica en uno de los palcos del Romea mirando el suelo.

Le grito:

—¡Salid de aquí inmediatamente!

Una vez dentro ya me inventaría algo con la carta. Entramos por la puerta de los técnicos. Cuando no me miraba, observaba a Carla. Quería descifrarla. Tenía una actitud diferente. A ella también le rondaba la cabeza una idea parecida a la mía. Llevaba una venda en el brazo. Entramos por detrás y dejé la puerta entreabierta, para que pareciese cerrada aunque en realidad no lo estuviera.

Estábamos en el escenario, con el cortafuego bajado.

—Espera —dije.

—¿Qué haces?

—Quiero que veas esto.

Pulsé el botón de la derecha y poco a poco se alzó el telón. Era precioso contemplar el Romea. Aquel silencio con las butacas tapizadas.

—¿Tenemos que hacer esto? ¿Quedarnos aquí mirando la nada?

—Ven.

En la escenografía de *Medea* había algún elemento de fuego, pero siempre ignífugo. Los teatros están hechos de materiales ignífugos. Nada puede ser susceptible a una chispa. Por supuesto, yo eso ya lo sabía, y había entrado antes en el Romea y había preparado una plancha bien caliente. Yo controlaba el fuego. Ella lo previó todo en la Boquería, en su terreno. Yo había meditado (asustada) aquella misma noche cómo solucionaríamos las cosas entre Clara y yo.

Entramos en la sastrería y le pegué un empujón por la espalda.

No hay respuesta. Solo oigo una tos seca de mujer. Una.

Me acerco al palco y ya no hay nadie, aunque veo que algo se mueve entre la humareda. Son unos pies que se agitan, calzados con unas deportivas Nike.

—Levanta, joder. Tranquila, que estoy aquí.

Levanto a la chica como puedo y, cuando le veo la cara semiinconsciente, descubro aquella mirada triste y perdida del bar del Romea el día que interrogué

a los miembros de la compañía. Mònica se incorpora. Tiene sangre en la nariz y un pequeño corte en la ceja, y lleva la blusa blanca medio rasgada.

—Tenemos que salir de aquí —le digo o le comento o le ordeno, qué sé yo.

—Sí, sí —me contesta casi sin fuerzas.

—Eres Mònica, ¿no?

Me indica que sí con la cabeza. Parece recuperada. Dejamos atrás el escenario del Romea de Barcelona ardiendo, imagen que me recuerda al Gran Teatro del Liceo en llamas aquel 31 de enero de 1994.

La platea está prácticamente destrozada, carbonizada, liquidada. Soy incapaz de ver cómo ha quedado el escenario desde un palco esquinero, y me pregunto si el camerino de Margarida Xirgu habrá quedado en pie, como debería ser si quiere perpetuar su eterno misterio. Por suerte, el fuego ha devorado la platea pero no ha llegado a la altura del techo ni se ha extendido a los pasillos o el vestíbulo. El sonido de las sirenas de los bomberos es fuerte, en la calle Hospital debe de ser ensordecedor. Son más de las dos de la noche. En menos de cinco minutos se ha quemado la platea del Romea.

Clara cayó al suelo y salté con todas mis fuerzas. Cuerpo a cuerpo, yo tenía las de perder. Ella gritó y me frenó:

—Para, Mònica, para...

Me paré en seco.

—Estás enfadada, es normal. Me odias, pero ya no tienes que preocuparte.

—¿Qué dices?

—Nadie dirá nada. Ramos se ha suicidado y ha dejado una nota confesándolo todo.

—¿Cómo?

—Lo que has oído...

—Pero si él...

Me apartó y se levantó. Lo había hecho ella.

—Mònica..., abrázame... ¡Ya está! ¡Lo hemos superado!

No quería abrazarla. No quería tocarla. La plancha ya había empezado a quemar unos pantalones y después unas camisas, y la puerta que daba al escenario estaba abierta. Me quedé mirando el fuego, fijamente, hipnotizada. Ella había ido a casa de Ramos, decidida a solucionarlo todo, le había convencido de no sé qué y seguro que también lo había envenenado.

—No, Clara... No ha acabado nada... Si encuentran más pistas, si hay algo que se nos haya pasado por alto..., ya sé qué pasará, la siguiente seré yo... —Me temblaba la voz.

—No, Mònica.

Se me acercó y me pegó un puñetazo en la boca del estómago.

—¿Y la otra chica? —le pregunto a Mònica mientras caminamos los dos y yo la aguanto como buenamente puedo.

—No lo sé. Ha huido —responde con apuros.

Avanzamos siguiendo las curiosas baldosas blanquinegras de los pasillos del teatro y enseguida veo que de cara se nos acerca un grupo de bomberos de la Generalitat con mangueras. Y yo, que siempre voy caliente a pesar de las adversidades, me pregunto en qué calendario solidario podré encontrarlos y si alguno de ellos será de mi gremio.

—¿Queda alguien dentro? —pregunta uno.

—Creo que una chica —respondo mientras se oye un guirigay de gritos insoportables de los bomberos dándose órdenes unos a otros.

Se acerca un grupo de chicos de la Cruz Roja que nos tapan con unas mantas y nos llevan hacia la puerta principal de salida del Romea. En la entrada de la calle Hospital, destellos de luces azules, amarillas, rojas... Y mucho ruido.

—¿Estáis bien? —pregunta una chica—. ¿Necesitáis oxígeno?

—Soy Albert Martínez Boixadera, investigador. Esta chica se llama Mònica y tengo que hablar con ella urgentemente.

—No me encuentro muy bien —dice Mònica.

Dios sabe que no tiene muy buena cara, ni muy buen cuerpo.

—Vamos a una ambulancia a que os echen un vistazo —dice la chica.

—Tenemos que ir a la misma ambulancia. Esta chica está retenida —ordeno.

—De acuerdo —confirma mientras coge un walkie-talkie y se pone en contacto con alguien para pedir refuerzos y sacarnos del teatro.

De fondo de nuestras palabras, a nuestra espalda, en la zona de platea, se oye la voz de un bombero que grita:

—Salid de prisa, que estamos en zona insegura.

El fuego prendió la ropa. El vestuario de las funciones no estaba ignífugo. Después de encender la plancha había mojado el espacio con un reguero de alcohol. Un caminito del camerino al escenario. Las llamas atravesaron la puerta y, aunque parte de la escenografía era a prueba de incendio, el cortafuegos estaba levantado y las llamas avanzaban a pasos agigantados hacia las butacas.

Quemar el teatro me parecía, por fin, justicia poética.

Me giré. Tenía a Clara encima, necesitaba zafarme de ella. Con aquellos brazos era capaz de asfixiarme con sus propias manos. Una patada y eché a correr. Salí por la otra puerta, pero no tenía las llaves y la única salida estaba al otro lado del escenario, incendiado, de modo que corrí en dirección contraria, hacia las escaleras, y subí al primer piso. Clara me perseguía con una cosa en la mano. Oía su respiración acelerada.

Me escondería, me abalanzaría sobre ella y no tendría piedad; con la rabia acumulada, la destrozaría. Me aposté detrás de una de las entradas. Clara iba mirando puerta por puerta. Yo estaba en la de la izquierda y, cuando la abrió, mientras el humo empezaba a llenarlo todo, le aticé un golpe directo en la cabeza.

—Lo has hecho todo mal, Clara, todo. Has matado a dos personas y has arruinado la vida de muchas otras.

—Cállate. Eres una cobarde. La gente cobarde es mucho peor que la gente que tú consideras mala. Yo lo he intentado. He hecho lo que creía que había que hacer, y tú, en cambio, solo has mirado. Solo mirar... ¡Cobarde!

Apretamos el paso, aunque Mònica no puede ir muy deprisa. Le duelen las piernas y lleva una gasa llena de sangre que la chica de la Cruz Roja le ha dado para cortar la hemorragia.

Atravesamos el vestíbulo mientras vemos unas cámaras de televisión en posición de ataque. Freno.

—¿Cuánto tardarán los amigos a los que has llamado por el walkie? —le pregunto a la chica de la Cruz Roja.

Vuelve a coger el walkie, pero no hace falta que pulse el botón de hablar. De pronto entran media docena de miembros uniformados de los Mossos d'Esquadra. Uno de ellos se nos acerca y distingo a Pérez Navarro.

—Joder... pareces un cajero de La Caixa... a todas horas a su servicio.

—Estoy de guardia y, con este follón del Romea, no podía fallar. ¿Y esta mujer? —Señala a Mònica con un ligero gesto de la cabeza.

—Mònica, la encargada de vestuario de *Medea*. Amiga de Paula Cellar. Ahora voy a hablar un rato con ella. Abridme paso hasta una ambulancia, entraremos los dos y que nos lleve al Hospital Clínic.

Los Mossos nos abren paso delante de otro cordón de la policía catalana, que no permitirá, a buen seguro, que mañana se vean imágenes de nuestra cara en los informativos de televisión. Subimos a una ambulancia y tumban a Mònica.

—¿Dónde le duele? —le pregunta un enfermero.

—En las piernas —responde Mònica.

Le hace bajarse los pantalones. Ella lo hace como si nada, dejando a la vista unas piernas llenas de marcas rojas que a las pocas horas se transmutarán en morado. Golpes múltiples y hasta una herida abierta en uno de los muslos, que el

chico de bata blanca y ojos grandes como de batracio procede a limpiar suavemente con algodón y agua oxigenada.

—Aquí tendremos que poner algún punto cuando lleguemos al Clínic. ¿Puede mover la cabeza? —pregunta.

—Sí. —Mònica hace el gesto.

El humo cada vez era más denso. Tosíamos y costaba ver más allá de un metro. Clara me golpeó y yo le devolví la hostia tirándole del pelo. Gritaba. Gritaba poseída por las ganas que tenía de que aquello terminase de una vez por todas.

Las llamas seguían creciendo. A lo mejor alguien ya había llamado a los bomberos, solo había saltado una alarma... ¿Habían apagado las demás? Tal vez fuera el fantasma de la Xirgu, que conspiraba en secreto conmigo.

Clara se abalanzaba sobre mí como un búfalo, me embestía, y yo aguantaba. No lo tenía previsto, juro que fue el instinto de supervivencia, una llamarada que me heló el cerebro, supongo. Pero de pronto, con un movimiento ágil, me giré y coloqué su cuerpo contra la barandilla del primer piso. Hacía fuerza con los brazos, pero yo la empujaba hacia abajo. Un poco más, un poco más. La miré directamente a los ojos y le sostuve la mirada, como tendría que haber hecho con Paula y no me atreví a hacer. Ya no pronuncié ni una palabra.

El enfermero saca de una caja de plástico un ibuprofeno y se lo ofrece a Mònica con un vastito de agua de plástico. La chica, con unas facciones interesantes, guapa a pesar del *show* por el que ha tenido que pasar, se incorpora en la camilla y se toma de un trago la pastilla blanca.

—El día que hablé contigo en el bar del teatro ya me quedó claro que pasaba algo raro.

—Yo no he matado a nadie —dice Mònica—. A nadie. Escríbalo con letra gótica, si hace falta: yo no he matado a nadie.

Pongo mi mejor cara de investigador, me acerco y le digo:

—Ahora te relajas, descansas... Dentro de unos minutos llegaremos al Hospital Clínic, nos atenderán para ver si tenemos algo extraño dentro del cuerpo y después hablaremos un rato y me lo contarás todo. Pero sobre todo tendrás que contestarme una cosa: ¿quién mató a Paula Cellar, y por qué? Y claro, a Ramos, y por qué. Y claro, por qué habéis quemado el Romea.

—Yo no he matado a nadie y no he quemado el Romea —dice mientras empieza a llorar con gusto y ganas.

—Relájate, por favor.

Llegamos al Clínic y un grupo de enfermeros ayudan a subir a Mònica a una camilla con ruedas que empujan con rapidez por los pasillos de urgencias del hospital.

—Y usted, ¿qué? Tendríamos que echarle un vistazo —me aconseja el enfermero.

—Échamelo tú..., si puede ser, de arriba abajo —le digo a este chico interesante a pesar de los ojos de salamandra.

El enfermero se ríe. Se ha dado cuenta de que en la homosexualidad, como en la heterosexualidad, hay chalados.

—Si se me quiere ligar, sepa que soy zoófilo —me suelta con una sonrisa muy cabrona.

—Entendido —le sigo la broma—. Si quieres, tengo perros y gatos en casa.

—Ahora en serio, ¿se encuentra bien?

—Sí. Te lo agradezco.

—De acuerdo, pero el protocolo exige que pase adentro para que le hagamos un reconocimiento. Por favor, entre conmigo.

Lancé el cuerpo de Clara desde el primer piso. Cayó al vacío y, a pesar del humo que había, por el ruido intuí que su cabeza golpeaba contra una butaca. No recuerdo si gritó. Me tumbé en el suelo, estaba agotada; cerré los ojos y me dejé

llevar. No tenía fuerzas para salir de allí, no me lo merecía. En cierto modo, había intentado equilibrar la balanza. El humo negro me llenaba los pulmones.

De lejos, veía una sombra, oía voces, alguien que se acercaba.

Estaba convencida de que era Margarida Xirgu que venía a darme las gracias por quemar aquel teatro infame. Que ahora podría descansar con todas las almas de las actrices que nunca habían subido al escenario, que había vengado la mediocridad de todas aquellas divas que habían maltratado a tanta gente...

Me levanté no sé por qué motivo. Me sangraba la nariz y tenía un pequeño corte en la ceja. La blusa estaba rasgada. La figura de la Xirgu se convirtió en el cuerpo de un hombre. Era el investigador aquel.

—Tenemos que salir de aquí. Eres Mònica, ¿no?

Al cabo de un rato, una hora larga, de un TAC para mirarme los pulmones después de haber tragado tanto humo, de un Gelocatil para el dolor de cabeza y de un zumo de piña con galletas para ingerir unas cuantas calorías, me dejan en libertad médica. Miro el reloj y son casi las cuatro de la mañana. Busco el móvil, que he abandonado desde que he entrado en Urgencias y he dejado la ropa en un box. Nueve mensajes nuevos de whatsapp y dos llamadas perdidas. Los mensajes son media docena de Pol, qué pollo tan pesado, por el amor de Dios, que si todavía espera, que si iré, que si se va, que si aunque llegue tarde a casa que le llame y que si ahora ya no puede esperar más, y que buenas noches, por favor, que te den, tío... Otro mensaje es de Rubén (un simple y cariñoso «Cómo va?»), otro de Andy, el panocho («Si quieres venir al Arena, estos días voy cada noche. Podemos tomar una copa»), y el último del comisario Pérez Navarro reclamando que le telefonee urgentemente. «Urgentemente» escrito con mayúsculas, es decir, a gritos. Salgo al exterior de Urgencias del Clínic.

—¿Qué pasa, comisario? Estaba pasando la ITV médica.

—¿Cómo estás?

—Perfecto, gracias. ¿Qué pasa que es tan urgente?

—Clara Olivé y Llovet. Es la chica que ha quedado atrapada en el Romea. Ha muerto quemada.

—Hostia. Reclama la prueba de ADN, por favor, y que la comparen urgentemente con las del puesto de Fidel.

—Ya me he adelantado.

—Genial. Gracias, comisario.

Entro de nuevo en el hospital. Pregunto a los médicos y al cabo de poco estoy en un box donde hay una cama en la que descansa Mònica. Está durmiendo. Lo siento con el alma, pero las investigaciones no pueden esperar. Le zarandeo el brazo y abre los ojos un poco.

—Lo siento, Mònica, pero tenemos que hablar y deprisa.

La chica se reincorpora, medio sobada.

—Yo no maté a nadie.

El hombre me sacó del Romea.

Tuve tiempo de girarme una última vez mientras llegaban las ambulancias y los bomberos. Es un teatro muy bonito. Todo se movía a una velocidad algo más lenta. No podía distinguir las luces ni las palabras que me rodeaban. El sonido me resonaba en las orejas. Sangraba. Me costaba respirar.

El teatro me había despertado unas ganas locas de vivir, de desafiar al mundo, de sentirlo todo hasta límites imposibles, y al mismo tiempo el teatro había sido la sentencia de todos mis errores. En un escenario empecé a brillar, en un escenario me apagué y en un escenario quise desaparecer.

Cerré los ojos deseando con todas mis fuerzas no abrirlos nunca más.

Paro la grabadora del móvil. 44 minutos y 24 segundos de confesión. Mònica ha explicado que estaba presente en el momento del asesinato de Paula Cellar, que ella no lo deseaba, que ella quería a Clara pero esta se había vuelto loca, que la

ha intentado matar en el Romea, que Clara colgó a Paula de un gancho en el puesto de la Boquería, impulsada por uno de sus ataques psicopáticos, que ella no sabía nada de Ramos ni del envenenamiento... Mònica ofrece todos los detalles: cómo la entraron en el mercado de noche, que en efecto vieron a un sintecho pero no le concedieron ninguna importancia, que solo la querían asustar, que Clara jugó con el pobre Ramos... y más detalles. Y el recuerdo del pasado de por qué habían llegado hasta esos extremos.

Me levanto. Suficiente.

—Ahora descansa, si puedes. No intentes escapar. Los Mossos saben que no pueden dejarte salir. Tendrás que pasar a disposición judicial. —Vuelve a llorar. No me extraña. La espera un juicio duro y, probablemente, algún año de cárcel. Todavía me falta comunicarle lo peor...

—Por cierto, Mònica, Clara ha muerto. No ha podido superar las quemaduras.

La cara de la chica bascula entre la incredulidad, la sorpresa y la duda. Me quedo con el interrogante de si quiere aplaudir o llorar. Que lo decida ella.

Salgo del box y voy a buscar el alta médica. Son casi las cinco de la mañana.

Mirando el techo de la habitación del hospital me dormí; el cuerpo, de pronto, descansaba. Soñé que estaba de campamento, un día luminoso, cerca de un río, y de improviso aparecía mi madre, joven y muy guapa. La miré sorprendida, pero ella actuaba como si fuese lo más normal del mundo. Estábamos juntas, estábamos allí, estábamos bien.

—¿Qué haces aquí, mamá?

—Quería saludarte un rato. Te he traído un zumo de jengibre.

—Gracias.

Me lo bebí. Estaba buenísimo.

—¿Qué quieres hacer hoy? —me preguntó mirándome y esperando de verdad la respuesta.

—Quedarme aquí, no hacer nada, descansar.

Entonces nos quedamos un buen rato en silencio. Y era bonito y no hacía falta nada más. No hacía falta hablar, no hacía falta estropearlo con palabras.

—¿Te arrepientes, Mònica?

—¿De qué?

—De Paula.

Supongo que ella esperaba otra respuesta. Pero fui sincera.

—No. No me arrepiento. Hay gente que no vale la pena. Hay gente mala, o que se quiere tan poco que, adrede o no, hace daño a los demás. Yo no quería matarla. Quería matar su ego. El ego. A lo mejor me arrepentiré dentro de unos

años, no lo sé, pero sin ella todo va mejor, mamá. El mundo sería más digno sin los hijos de puta.

Era un sueño, porque ella asintió con la cabeza.

Entonces aparecía en un escenario. Tapaban el cielo unos focos que iluminaban la nada y el río era un patio de butacas. Me levanté justo cuando se apagaban las luces, con la platea ya oscura.

Era eso, aquel preciso instante cuando todo es posible, ese espacio de tránsito en que el sueño se mezcla con la vigilia.

Pago la entrada. No quiero follones ni ayuda. He hecho cola. Hace veinte horas que hemos cerrado el caso de la actriz y, por lo tanto, las palomas de la Boquería ya pueden volar tranquilas. He decidido ir al Arena a ver qué me encuentro y, sobre todo, a quién me encuentro. Hoy ni Rubén, ni Pol, ni el panocho ni el del péndulo de Foucault me han dejado ningún mensaje de whatsapp. La sala está a reventar. Ya hemos cambiado de día, ya ha pasado la medianoche y vengo de comerme un canelón de cangrejo real y un cabrito enfangado en el Fermí Puig para celebrar la resolución de los asesinatos en Barcelona. De postre me han traído unos fresones con nata. Y que no pare la música, ¡qué cojones!

Voy un poco contento porque me he cascado media botella larga de un vino blanco del Penedès que me servían en copas. He acabado perdiendo la cuenta. Menos mal del café doble que me ha cortado la hemorragia alcohólica.

Entro en la sala y veo al final de la barra (hostia, no) a Rubén con Pol. No tengo escapatoria porque Rubén, que siempre ve lo que no debería, me ha avistado. Levanta la mano con una cara de euforia, el pobre, que no merezco. Pol bebe de su vaso con una mirada que interpreto cínica.

*Au dessus des vieux volcans,
glisse tes ailes sous le tapis du vent,
voyage, voyage,
éternellement.
De nuages en marécages,*

*de vent d'Espagne en pluie d'équateur,
voyage, voyage,
vole dans les hauteurs
au dessus des capitales,
des idées fatales,
regarde l'océan...
Voyage, voyage*

Suena Desireless en la sala. El otro día, en el programa del pesado aquel de la radio por las mañanas dijeron que la cantante de «Voyage, voyage» ya podía pedir la pensión de jubilación porque había cumplido los sesenta y cinco. ¡Cómo pasa el tiempo!

—Felicidades, Sherlock Holmes —me dice Rubén después de darme dos besos.

—No me vaciles, Pepe Gotera —le respondo.

—Felicidades, Albert —me dice Pol discretamente, estirando el brazo para que le estreche la mano.

—Gracias, gracias.

—Ya hemos leído los periódicos, hemos visto los telediarios... caso resuelto. Punto final. Vaya par de locas.

—Sobre todo una, Clara —dice Pol convencido.

—Sí. Mònica pringarà porque ella era la guarnición del filete: ayuda a llenar el plato.

—Venga, ¿qué quieres tomar? —pregunta eufórico Rubén, guapo como él solo, con una *jaquette* azul marino, unos vaqueros claros agujereados y una camisa azul celeste. Limpio y arreglado.

—Un gin-tonic poco cargado, por favor.

Rubén se gira y busca al chico de la barra. Pol me toca el brazo.

—Desde la cena en que cortamos cualquier vínculo no me has querido decir nada, Albert.

—Porque ya te lo dejé claro, Pol. No quiero nada. Me equivoqué.

El malnacido se me acerca a la oreja.

—No te equivocaste. Te equivocas ahora. No sabes cómo podría continuar esta noche. Me entusiasman las celebraciones victoriosas.

—Eres la pareja de mi mejor amigo y no te perdono este juego. Si no fuese porque formo parte de la historia...

—... se lo contarías a Rubén, ¿eh? ¿Eso querías decir?

—En efecto —le contesto.

—Estamos el uno en las manos del otro. Por lo que he leído en el periódico, es lo mismo que pasaba con esas chicas asesinas, ¿verdad? —ironiza Pol—. ¿Por qué no lo aprovechamos?

Rubén trae el gin-tonic.

—Felicidades de nuevo, amigo. Brindemos.

Y allí nos encontramos los tres, haciendo la comedia.

Si no quieres aguantar

y te quieres liberar,

una frase te diré:

solo se vive una vez.

Si no quieres discutir

y te quieres divertir,

escúchame bien:

solo se vive una vez.

Apaga el televisor

y enciende tu transistor,

y siente unas cosquillitas por los pies.

Prepárate pa' bailar

y cuenta luego hasta tres.

One, two, three, ¡caramba!

Las Azúcar Moreno. Las que faltaban en la fiesta. Observo en lo alto de la discoteca a Jan y Andy montándose la fiesta ellos solos, besándose, frotándose como si fueran de una sola pieza. Aquí todo el mundo hace lo que dé la gana. Andy le tira los trastos a todo lo que se mueve, Pol, todavía en el armario, pero se follaría los conos de las obras, y yo le pongo los cuernos a mi amigo con el ninfómano armariado. Un vodevil.

—¿Qué, bailamos? —me pregunta Rubén, dispuesto a irse con un grupo que hace rato que no para de sudar de tanto bailar.

—No, gracias, muy amable.

—Aburrido. ¿Y tú, amor? —le pregunta a Pol, mientras yo ruego que le diga que sí.

—No, gracias. Me quedo a tirarle los trastos a tu amigo Albert —responde sonriendo el hijo de la gran puta.

—Cuidado que os vigilo —dice el pobre Rubén.

Bebo un trago largo de gin-tonic.

—¿Qué, vamos al baño? —me pregunta Pol.

Paro, cuento hasta diez y le respondo acercándome a su oreja derecha:

—Mira, ve al baño con tu puta madre, guapo. No me gusta este juego. Odio el beso que te di anteayer, reniego de ti y de haberte conocido, pero sobre todo de saber que mi mejor amigo vive engañado por un mierda como tú. Déjale en paz. Déjame en paz. Vive la vida de otra manera.

Dejo el vaso sobre la barra del local. Le doy un beso en la mejilla a Pol y le digo, una vez más al oído:

—Dile a Rubén que me duele la cabeza y que me voy a dormir.

Pol no dice nada.

*Si te quieren amargar
con problemas y demás,
no te dejes convencer:*

solo se vive una vez.

Me voy. Antes de salir a la calle me vuelvo y veo a Rubén morreándose con Pol. Este me mira mientras besa a su pareja y me dice adiós con la mano sarcásticamente. Tendría que contarle a Rubén toda la verdad. Lo que he hecho no ha sido tan importante. El problema es con quién. Dos desgracias en una: su pareja y su mejor amigo. ¿Qué coño tengo que hacer? No puedo vivir con estos remordimientos. Un amigo es aquella persona con la que puedes pensar en voz alta. ¿Le confieso que he estado morreando y tocando a su pareja?; ¿le digo que su pareja es ninfómana?; ¿le tranquilizará saber, con todo, que no nos acostamos? ¿Cómo reaccionará? Y, si no se lo digo, ¿podré resistirlo? Y, si lo resisto, ¿podré volver a cenar con ellos dos sabiendo lo que sé de Pol y sabiendo lo que no sabe Rubén? Vaya nudo.

Tiro hacia arriba por Balmes. Subiré hasta Aragó a buscar un taxi. Cojo el móvil. Lo miro. Vuelvo a mirar. Voy a la agenda del whatsapp. ¿Lo hago? Busco la «E». Eduard. Empiezo a escribir un mensaje.

Hola, Eduard. Estás despierto? Estoy en un lío y necesito ayuda.

Doble tic azul. Lo ha recibido.

Y, de repente, me suena el móvil.

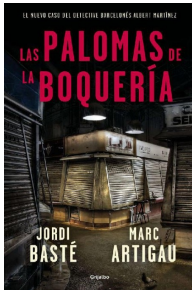
—Hola, Eduard.

—Hola, Albert.

Y entonces confirmo que el mejor sitio donde podemos cambiar las cosas es el presente.

Después del éxito de *Un hombre cae*, regresa el detective barcelonés Albert Martínez con un nuevo caso por resolver.

Albert Martínez, de vacaciones en Nueva York, recibe un mensaje: «Han matado a una mujer en la Boquería».



Una mañana de finales de verano, el famoso mercado de la Rambla se ha despertado con una escena macabra que trastorna la ciudad. Lo que tendría que haber sido un día tranquilo en uno de los rincones más coloridos y bulliciosos del centro de Barcelona, ha quedado teñido de sangre tras un crimen espantoso.

A pocos metros, el emblemático teatro Romea será uno de los escenarios de la acción absorbente de esta novela.

Albert Martínez, el singular detective creado por Marc Artigau y Jordi Basté, *bon vivant* y seductor y heredero del Carvalho de Vázquez Montalbán, se encuentra inmerso en un caso en el que la amistad y la traición, el talento y la envidia se combinan hasta desembocar en un final frenético.

Jordi Basté (Barcelona, 1965) es el director y presentador de *El món a RAC1*, el programa líder de la radio en catalán. Trabajó veintidós años en Catalunya Ràdio, donde colaboraba en las retransmisiones de fútbol de Joaquim M. Puyal y se encargaba de las retransmisiones de partidos de baloncesto. También presentó *La jornada* en las tardes de los domingos y el programa deportivo nocturno *No ho diguis a ningú*.

En el año 2004 fichó por RAC1, donde, además de ser jefe de Deportes, presentó el programa deportivo nocturno *Tu diràs*. A principios de 2007 sustituyó a Xavier Bosch en el magacín matinal *El món a RAC1* y, actualmente, los domingos colabora con *La Vanguardia*, donde publica su dietario semanal.

Ha ganado diversos premios en reconocimiento a su labor en la radio, entre ellos destacan un Protagonistas, un Ondas, un Òmnium de Comunicació y el premio Rey de España de Periodismo. Ha publicado *L'esport als matins de Catalunya Ràdio* (La Magrana, 1997), *El Barça del canvi. Una cronologia personal* (L'esfera dels llibres, 2007), *Crisi, mentides i grans oportunitats* (Columna, 2009), *En efectiu o amb targeta* (Columna, 2010), *Sapigueu que...* (Columna, 2011), y *Un hombre cae* (Rosa dels Vents, 2017) con Marc Artigau.

Marc Artigau i Queralt (Barcelona, 1984) es licenciado en Dirección escénica y Dramaturgia por el Institut del Teatre de Barcelona. Ha estrenado varias obras, como *Caïm i Abel*, *Caixes* (accésit del Nacional Marqués de Bradomín 2011), *Arbres*, *Aquellós días azules*, *Un mosquit petit*, y *Alba (o el Jardí de les delícies)* (premi Quim Masó 2017), entre otras.

Como dramaturgo, ha trabajado con Oriol Broggi; con Àngel Llàcer y Manu Guix, en *El petit príncep*; con Juan Carlos Martel, y con Julio Manrique. En poesía ha publicado *Primers Auxilis*, *Vermella* y *Desterrats*. Y como novelista publicó, *Un hombre cae* (Rosa dels Vents, 2017) con Jordi Basté, *Els perseguidors de paraules* (Estrella Polar, 2016), y *La cova dels dies* (Fanbooks, 2018). Ha colaborado en Catalunya Ràdio y actualmente en *El món a Rac1*.

Título original: *Els coloms de la Boqueria*

Edición en formato digital: septiembre de 2018

© 2018, Jordi Basté i Duran

© 2018, Marc Artigau i Queralt

© 2018, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

© 2018, Gabriel Dols Gallardo, por la traducción

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Carlos Pamplona

Imagen de portada: © 500px / Andi K

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-253-5633-9

Composición digital: M.I. Maquetación, S.L.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

[1] Qué lloro más grande alojo / en mi poco cuerpo. / Qué rayo de fuego siente
/ dentro de él. (Estrofa de la canción «A la vida» de Ovidi Montllor.)

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

ME APUNTO



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

Las palomas de la Boquería

Justo cuando se apagan las luces...

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre los autores](#)

[Créditos](#)

[Nota](#)